

El mundo cuenta con un lado oculto, una cara sobrenatural que nos susurra, que se intuye, pero que muy pocos perciben.

La mayoría de la gente no es consciente de ese lado paranormal... ni de sus riesgos.

A veces la gente se topa con esos peligros y desespera, se atemoriza, y no sabe qué hacer ni a quién recurrir. Pero no todo está perdido...

Dicen que en Madrid reposa una iglesia muy antigua, cuyo origen es desconocido. Allí, en su interior, frente a una cruz de piedra tallada en la pared, se puede alzar una plegaria.

También dicen que aquel que no tiene alma la escuchará, y si la fortuna acompaña, el ruego será atendido. Pero exigirá un elevado precio por sus servicios, uno que no todo el mundo está dispuesto a pagar. Mejor será asegurarse de que se quiere contar con él antes de recitar la plegaria. Eso es lo que dicen.



Fernando Trujillo Sanz

Tomo 2 del Testamento del Gris

La Biblia de los Caídos - 4

ePub r1.0
xciDi 15.12.15

más libros en epubgratis.org

Título original: *Tomo 2 del Testamento del Gris*
Fernando Trujillo Sanz, 2015

Editor digital: XcUiDi
ePub base r1.2

Este libro se ha maquetado siguiendo los estándares de calidad de www.epublibre.org. La página, y sus editores, no obtienen ningún tipo de beneficio económico por ello. Si ha llegado a tu poder desde otra web debes saber que seguramente sus propietarios sí obtengan ingresos publicitarios mediante archivos como este.

TESTAMENTO DEL GRIS

Tomo 2

A lo largo de los tiempos, son incontables quienes se han interesado en la muerte, en desentrañar el gran misterio que nos aguarda más allá de nuestra existencia. Nadie la conoce como yo, que la he experimentado muchas veces, por eso este tomo en particular; más allá de mi pequeña participación, agita sentimientos en mi interior que creí olvidados.

Es quizás este el relato que inicia el conocimiento hacia uno de los grandes secretos. Un conocimiento que dudé si incluir en la crónica de La Biblia de los Caídos y por el que tal vez deba responder algún día. Si ese día llegara, que así sea, responderé, pero no omitiré fragmentos de la historia por temor a las consecuencias. No es ese el camino que he escogido.

He percibido cierta confusión a la hora de abordar estas crónicas, así que paso a detallar el orden de lectura correcto, la lista de tomos completa hasta la fecha:

- *La Biblia de los Caídos. (Tomo 0)*
- *Tomo 1 del testamento de Sombra.*
- *Tomo 1 del testamento del Gris.*
- *Tomo 1 del testamento de Mad.*

- *Tomo 2 del testamento del Gris.*

Alterar ese orden solo puede desembocar en mayor confusión y en una comprensión más pobre de cuanto se relata en esta historia.

Adicionalmente, ya se ha transcrito un tomo de los apéndices que se puede leer en cualquier momento, siempre y cuando se haya leído el Tomo 0, el inicio de este viaje, y el Tomo 1 del testamento de Sombra.

Hecha la oportuna advertencia sobre el orden de los tomos, la elección es vuestra.

RAMSEY



Una pequeña multitud se arremolinaba en la acera, curiosos que extendían sus brazos hacia él, lo señalaban y murmuraban con las bocas y los ojos abiertos. Algunos, los más jóvenes, le apuntaban con sus teléfonos móviles para grabar vídeos o hacer fotografías. Enseguida aparecieron los primeros reporteros, fotógrafos y cámaras de televisión, ávidos de captar el espectáculo. Un minuto más tarde llegó la Policía.

Ramsey se sujetó el sombrero de ala con la mano derecha al sentir una ráfaga de aire en la cara, mientras observaba indiferente a la multitud, que poco a poco era retirada por la Policía, incluidos los medios de comunicación. Pero todos aquellos ojos, rebosantes de curiosidad y expectación, continuaban pendientes de él.

Lo sobresaltó una ruidosa canción de un grupo de *rock*, cuya letra no era la más apropiada para la ocasión. Ramsey miró con desagrado su teléfono móvil, frunció el ceño mientras esa pequeña maravilla de la tecnología seguía vomitando aquel sonido estridente. Luego lo soltó. En sus labios se formó una sonrisa cuando el aparato se convirtió en chatarra al estrellarse contra el suelo. Nunca más escucharía aquella melodía.

Era una canción que lo transportaba a su adolescencia. Le gustaba a una chica de la que nunca llegó a obtener siquiera un beso, pero que incluso ahora seguía en su memoria. Arrastrado por la nostalgia, había descargado la canción en su teléfono, para escucharla solo una vez, para acariciar los recuerdos de una época mejor. Por desgracia fue la ocasión en que conoció al Gris. Aquel hombre triste y sombrío no era la compañía adecuada para los aparatos electrónicos. El teléfono chisporroteó en cuanto lo tocó, y desde entonces había sido imposible borrar la canción.

—Qué asco de vida, ¿verdad, amigo?

Ramsey volvió la cabeza, sorprendido por la intromisión. Estaba tan absorto en sí mismo y en la multitud que se amontonaba abajo, que no había oído a aquel hombre acercarse. Se alarmó, a pesar del uniforme de Policía que lo identificaba.

—¡Lárgate! ¡No soy tu amigo! ¡Y no me interesa nada de lo que tengas que decirme!

El desconocido se encogió de hombros.

—Eso me lo creo. —Se aproximó a la barandilla y echó un vistazo a la calle, a los bomberos que acordonaban la zona—. ¿Sabes? Te envidio. Yo también he pensado en tirarme en más de una ocasión, pero no tengo huevos.

Ramsey no se lo creyó. Aquel hombre diría y haría cualquier cosa con tal de ganarse su confianza. Antes de subir a la azotea, ya contaba con la intervención de un negociador, algo que lo molestaba, porque Ramsey no pensaba causar daño a nadie, salvo a sí mismo.

El negociador, sin embargo, no era como esperaba. No lo miraba a los ojos ni le sonreía, tal y como había previsto. Había supuesto que enviarían a alguien con apariencia amable y voz suave, no a un individuo con aspecto de haber dormido con la ropa puesta, despeinado y con ojeras, y hasta feo, casi desagradable.

—¿Por qué no me dejas en paz? Esto no es asunto tuyo.

El negociador señaló hacia abajo.

—¿Ves a aquella mujer gorda de allí? La que nos mira como si echara rayos por los ojos.

—¿La mujer policía?

—Esa misma. Es mi jefa. Es asquerosa. Tiene la voz grave como la de un oso, y lo peor es que solo sabe gruñir. Insufrible. Pero es mi superior. Y ella dice que tu intento de suicidio sí es asunto mío. En realidad, lo dicen todos esos mirones, la sociedad, ya me entiendes. Hay que intentar salvar a la gente, incluso a los idiotas.

Ramsey no se molestó por el insulto. Ya nada lo molestaba. Aunque para su sorpresa, la actitud del negociador sí lo irritaba un poco. No sabía por qué.

—Dile que ya lo has intentado. Y lárgate.

—Ojalá pudiera.

—Escúchame bien, amigo. —Ramsey tuvo que sujetar el sombrero para que el viento no se lo arrancara de la cabeza—. No me gustas, pero eso da lo mismo. El caso es que no quiero perjudicarte. Deberías irte porque no vas a conseguir detenerme.

—¿En serio? Mejor, así terminaré antes.

A Ramsey se le pasó por la cabeza agarrar el bastón y golpear al negociador. Una reacción refleja. Él no era violento, nunca lo había sido, pero aquel tipo lo exasperaba.

—¿Sigues fingiendo que no intentas detenerme?

El negociador se encogió de hombros, suspiró de mala gana.

—No sé cómo podría decirlo más claro.

—Ya veo. Así que estás aquí para pasar el rato. ¿No afectará a tu trabajo si fracasas?

—Me pagarán igual, tranquilo.

—Y no crees en la sociedad. No quieres salvar a nadie ni...

—Sí quiero salvar a alguien. —El negociador hizo una pausa. Ramsey sostuvo su mirada, indiferente—. A ti no. Tú has decidido. Yo no me interpongo en el camino de una persona que comprende que este mundo es una mierda. Pero resulta que en La Paz, y otros hospitales, hay varias personas a la espera de un riñón nuevo, y también de otros órganos.

Ramsey miró al negociador con desconcierto.

—¿Sabes que soy donante?

—Sé que con eso no es suficiente. Si nadie lo dice, y aunque firmaras los papeles de donante, no se utilizarán tus órganos. Si ya no te importa nada, como aseguras, te dará igual que utilicen los órganos que no se espachurren tras el batacazo, ¿verdad?

—¿A eso has venido? ¿A verme morir y pedirme que done mis órganos?

—¿Algún problema?

—No... Pero me sorprende que...

—Perfecto, entonces. —El negociador metió la mano en el bolsillo y sacó una pulsera con una banda azul—. Toma. Póntela en la muñeca para asegurarnos de que los médicos puedan aprovechar lo que quede de tu cuerpo. ¿O tienes alguna objeción?

Ramsey no se inmutó ante la mirada desafiante que le arrojó el negociador. No le parecía mal que los restos de su cuerpo ayudaran a alguien, si eso era posible.

—Déjala en la cornisa —ordenó al policía.

—¿Tienes miedo de que te toque? Como quieras. Ahí la tienes.

Ramsey recogió la pulsera y la deslizó en su muñeca.

El negociador extendió el brazo con la mano abierta, en un gesto que abarcaba el amplio espacio que tenían ante ellos.

—Tu público espera.

Ramsey aún desconfiaba, pero inclinó la cabeza. El aire le revolvió el cabello que asomaba por debajo del sombrero. Todo se convirtió en un borrón, en una mancha más difusa de lo que cabría achacar a su miopía. Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y la imagen ganó definición, la calle, los coches, las personas, aunque no tanto como para apreciar los detalles. Unos segundos de caída y todo se habría terminado. Un paso al frente, nada más. Era tan fácil acabar con el dolor...

—Quiero que me hagas un favor —dijo sin levantar la vista—. Dile a mi mujer...

—Exmujer —le corrigió el negociador.

—Cierto. Dile que...

—No servirá de nada. La perdiste hace mucho tiempo, no meses atrás, cuando finalmente se cerró el divorcio. Eres lo bastante inteligente para saber por qué has llegado a desear dejar este mundo. Eso te diferencia del típico necio aquejado de un problema al que se le ocurre esta solución en un momento de debilidad.

Desde luego el policía se había informado bien sobre su situación, sobre cómo había arruinado su vida. Aunque no podía explicarle el verdadero motivo por el que su matrimonio había fracasado. Nadie le había creído cuando explicó que había visto a su mujer muerta en la Antártida, después de sufrir una parálisis corporal. Una imagen que lo asaltó durante el sueño más real que nunca había tenido. Una imagen que no podía borrar de su mente y que había sido el comienzo de muchas otras que habían terminado por volverlo loco.

—¿Qué insinúas?

—Que tu decisión de morir es acertada —contestó el negociador—. La respeto.

Por primera vez, Ramsey consideró de verdad que aquel hombre feo y desagradable podría estar siendo sincero respecto a no tener intención alguna de salvarlo. Si pensaba lo contrario de lo que decía, se le daba extraordinariamente bien ocultarlo. Ramsey repasó sus gestos, su mirada, su voz. Sin duda parecía sincero y seguro de sí mismo.

—Algo no concuerda contigo.

—Necesitas un empujón. No me refiero a uno físico, no temas. Necesitas la confirmación de que haces lo correcto. Por eso estoy aquí.

—¿Por qué lo haces?

—¿No te alegras de que esté de tu parte? ¿No me gritabas que me largara o ibas a saltar? Sigo aquí. Venga, vamos.

Podría hacerlo, sin duda. Un paso adelante y aquel tipo no tendría tiempo de pararle. Definitivamente no era un farol, así que debía de haber algo que se le escapaba.

—No mires a todas partes —dijo el negociador—. Estamos solos. Aún no lo entiendes, ¿verdad? Lo cierto es que no quieres vivir, pero contamos con un mecanismo asqueroso para que sigamos en este mundo. Se llama instinto de supervivencia. Sin él, ¿quién querría continuar en esta pocilga?

—No puedes hablar en serio. Eres lo bastante inteligente para saber que la mayoría de la gente desea vivir.

El negociador asintió.

—También prefiere la comida rápida. ¿Ese es tu argumento? ¿El de la mayoría? La gente es idiota. Las escasas personas que utilizan el cerebro saben que cualquier otra cosa es mejor que esto. Pero el instinto de supervivencia nos frena, es un lastre, aunque tú crees que puedes superar el tuyo. Deja de discutir conmigo. Sin darte cuenta, lo haces para retrasar lo inevitable, no porque de verdad te importe lo que yo opine.

Aquello era falso. Ramsey de verdad encontraba interesante que un policía pudiera pensar de aquel modo, aunque eso no variaba su determinación. No compartía los argumentos del negociador, no odiaba el mundo, pero entendía que un policía lo viera a él de esa manera. Sus médicos tampoco le habían creído. La respuesta más evidente es la que más fuerza tiene, como le sucedía a él mismo con el negociador, quien estaba tratando de ayudarlo, por mucho que dijera lo contrario.

—Eres bueno —dijo con sincera admiración—. Tu técnica funciona hasta el punto de hacer que quiera escucharte, lo que debe de ser un logro para alguien que trata con suicidas. Nunca habría imaginado que un discurso tan destructivo como el tuyo pudiera resultar eficaz en una situación límite.

—Ya somos dos. —El policía se mostró algo molesto, cosa que Ramsey no entendió—. Tampoco yo pensé que me caerías bien.

—¿Ahora quieres que sienta que hay una conexión entre nosotros? Un cambio de estrategia arriesgado.

—Un imbécil que se cree un exorcista, un sujeto estafalario que va con un sombrero de ala ridículo, un bastón y una canción vomitiva en su teléfono, un pirado que asegura ver la muerte de los demás... No, no imaginé que me cayeras bien en absoluto. Te imaginé muy diferente. Una lástima que vayas a convertirte en puré. Y te aseguro que no es fácil que yo sienta lástima por nadie.

Ramsey parpadeó varias veces. Retrocedió un paso sin ser consciente de ello. Un murmullo ascendió desde la calle.

—¿Has visto mi expediente!

—Me gusta informarme antes de dar un paseo por la cornisa de un quinto piso con un idiota —corroboró el negociador—. Sé que tu última estupidez fue tratar de realizar un exorcismo a la hija de Mario Tancredo.

Ese dato solo lo conocía su psiquiatra, a quien Ramsey había acudido después en busca de ayuda, a pesar de saber que el resultado sería un nuevo fracaso. Se suponía que esa información era confidencial. Claro que no estaba al corriente de si la ley autorizaba a un médico a compartir su expediente con la Policía si era para tratar de salvarle la vida.

—Creí poder ayudar a esa niña, pero me equivoqué. No soy nadie, solo veo cosas terribles... —dijo con tristeza—. Es mejor que pienses lo que todo el mundo, que estoy loco, que esas visiones horribles son producto de algún desequilibrio de mi cerebro...

—Que ningún anti-psicótico ni medicamento ha conseguido aliviar —terminó el negociador.

Ramsey había probado muchas más drogas de las que socialmente estaban aceptadas, pero ninguna le había ayudado con sus visiones. Incluso había deseado perder la razón y estar loco de verdad con tal de no ser consciente de sí mismo, algo que no consiguió, por desgracia. Y se veía obligado a afrontarlo solo.

Había augurado la muerte de muchas personas, lo que inevitablemente las había alejado de su lado, como un amigo de la infancia, que le pegó un puñetazo en la boca cuando le explicó que había visto cómo un camión de la limpieza pasaba por encima de su hijo y otros cinco niños que estaban paralizados en medio de la calle. Un suceso similar con su jefe le había costado su empleo. Y así sucesivamente.

—Es complicado —murmuró.

—No, no lo es. Un salto y todo se terminó. ¿Te sigue faltando valor? Porque se trata de eso exactamente. ¿No es curioso que la gente considere el suicidio una cobardía cuando en realidad requiere de un extraordinario autocontrol?

Ramsey nunca lo había valorado desde ese punto de vista.

—Para mí es una liberación.

—Otro concepto equivocado, pero más cerca de la verdad.

Advirtió algo extraño en la mirada del policía, cierto aire de... ¿admiración? Ramsey se sintió confuso por aquella inesperada charla sobre la muerte con un supuesto salvador que aparentemente adoptaba la actitud contraria a la esperada. Con todo, el negociador había acertado en que le faltaba valor para dar el paso definitivo, fuera a causa de su instinto de supervivencia o de cualquier otro motivo. El caso es que era más difícil de lo que había anticipado, y eso que conservaba intacto su deseo de acabar con su vida.

—Se acerca más a la verdad, dices...

—A tu verdad personal. Mira en tu interior. No estás aquí por tus problemas. Estás mirando la calle de ahí abajo por la culpa. Porque has matado a un hombre.

—¿Lo sabes? —Ramsey no podía creerlo—. Yo no sé qué me pasó. ¡Lo juro! Vi a ese tipo quemando a una niña pequeña... ¡Con sus propias manos! Así que me... Perdí la razón. Luego, cuando su sangre empapaba mi ropa, me di cuenta de que no había ninguna niña. Y eso no era todo. Lo había visto en algún lugar cubierto de nieve, junto a un río helado, pero aquí no ha nevado. Fue una visión... Yo creí que era real... No puedes... Nadie puede, ni siquiera yo.

Ramsey apartó la mirada. Tenía ganas de llorar. Se sentía peor que nunca por haber revivido aquel episodio. La perspectiva de saltar al vacío le apetecía más que nunca.

—¿De veras? ¿No es un mecanismo de defensa de tu cerebro podrido para afrontar lo que has hecho? Tengo experiencia con lunáticos y también con criminales. Los primeros no son conscientes de serlo. Siempre creen que no están locos. Como tú, ¿a que sí? He conocido algunos que incluso eran muy inteligentes.

Ramsey se sintió muy confuso. Percibía cierta lógica en las palabras del policía, como una verdad que asomaba tímidamente y que no se había atrevido a contemplar hasta ahora. Por primera vez intuía la posibilidad de que hubiera una cura, una esperanza para él.

—¿Es posible que yo...?

—Todo es posible —dijo el policía con firmeza—. Solo hace falta voluntad.

Ramsey le creyó. Aceptó por primera vez que quizá padeciera una enfermedad mental severa. Sin darse cuenta, sus brazos habían rodeado al negociador y lloraba contra su pecho.

—Ayúdame, por favor —sollozó—. No sé cómo, pero has conseguido llegar hasta mí... Necesito... Necesito tu ayuda.

—Por supuesto —lo tranquilizó el policía—. Pero si no controlas el llanto y te separas un poco, nos caeremos los dos.

Ramsey necesitaba el contacto humano después de tanto tiempo solo. Soltar al agente era lo único que no deseaba hacer en aquel momento, pero entendió el peligro que corrían y eso lo ayudó a ver que ya no quería morir, sino curarse, o no le daría miedo la idea de precipitarse al vacío.

—Gracias.

—No se merecen. —El policía lo observó con gesto compasivo—. Algunas personas tienen una claridad de ideas mayor que otras. Es lo normal. Ahora te cuesta verlo, pero la verdad es que te faltan agallas para superar todo esto por ti mismo.

—No estoy seguro de entenderte ahora —titubeó Ramsey.

—No te preocupes y confía en mí.

—De acuerdo. Yo...

Antes de terminar la frase, el negociador lo había agarrado por el brazo y le había dado un tirón brusco. Ramsey no llegó a entender qué había sucedido hasta que se encontró en el aire, pataleando, agitando los brazos mientras el suelo se acercaba a toda velocidad.

El viento le arrancó el bastón de la mano. Después de estrellarse contra el techo de una furgoneta y enviar una lluvia de cristales sobre las personas que estaban más cerca, aún conservaba el sombrero de ala en la cabeza.



1

El Gris no sentía dolor, ninguno, no percibía un vacío inmenso que lo devoraba por dentro.

Sentirse bien era algo que había olvidado, que le resultaba ajeno y antinatural, así que desconfió y estudió la estancia en la que se hallaba. No sabía cómo había llegado a la cocina de aquella casa, qué hacía allí, de pie, en medio de un lugar que no reconocía.

La puerta se abrió con un golpe y entró un niño pequeño corriendo. En sus manos sostenía un avión de juguete. Imitaba el ruido del motor mientras lo mecía a un lado y a otro.

—Torre de control: permiso para tomar tierra —dijo el chiquillo.

Puede que tuviese entre seis y ocho años. El Gris le observó con mucha atención.

—¡La puerta! —dijo una voz de mujer—. ¡Te he dicho que tengas cuidado cuando juegues con el avión!

—Sí, mamá —repuso el chico con aire ausente, claramente centrado en las maniobras que realizaba con su preciado juguete.

El avión aterrizó sobre la encimera, pasando entre una fuente rebosante de manzanas verdes, una botella de agua y tres vasos apilados. El niño tenía los labios carnosos, apretados, formando un círculo por el que soplabla hasta que el avión se detuvo. Entonces los labios se estiraron. El chico miró al Gris y los labios se curvaron en una sonrisa.

—Me gusta mucho —dijo refiriéndose a su juguete—. Gracias, es el mejor regalo que me has hecho por mi cumpleaños.

La madre entró en ese momento en la cocina, antes de que el Gris tuviera tiempo de contestar al niño. Vestía un pantalón amplio y cómodo, salpicado de colores vivos y alegres que contrastaban con la camiseta de tirantes negra y ceñida. Los hombros desaparecían bajo una cascada de pelo castaño. Su rostro mostraba una expresión algo severa, con el ceño fruncido, un rostro que por otra parte era de rasgos suaves. Al Gris le pareció lo más bonito que había contemplado en su vida.

—A lavarse las manos —le dijo al niño—. Vamos, vamos, que si no, te quedas sin comer y sin tarta.

—Ya me las he lavado —repuso el chico muy rápido.

La mujer miró al Gris.

—¿Tú le has visto lavarse las manos?

El niño también le miró. Había un brillo de súplica en esa mirada.

—Sí —contestó el Gris.

No supo por qué lo dijo, pero se alegró cuando la expresión de la madre se suavizó y se expandieron sus labios, justo cuando se movió la cortina de la ventana y un rayo de luz cálida bañó su rostro. Era todavía más hermosa de lo que había supuesto a primera vista.

Le gustaba formar parte de aquella escena que no comprendía. No podía apartar los ojos del niño ni de la madre, aunque no les conocía. Ni siquiera le preocupaba el hecho de no entender cómo encajaba él en aquel lugar.

El niño se acercó y le abrazó.

—Gracias —susurró. Luego se apartó—. Tú coge el helicóptero y yo...

—De eso nada —le interrumpió su madre—. Vais a poner la mesa. Luego podréis jugar todo lo que queráis. Y cuando digo luego, me refiero a después de comer y de haber recogido.

El niño se encogió de hombros.

—Sí, mamá.

El Gris estiró el brazo hacia una bandeja marrón... y se quedó quieto. Una sensación fría recorrió todo su cuerpo. Se dio cuenta de que temblaba. Cayó en la cuenta de por qué aquella escena le resultaba irreal. Los ojos de la madre, su pelo... El verde resplandeciente de las manzanas, los tonos vivos de los pantalones de la mujer... El Gris veía los colores.

El mundo no era un lugar triste y deformado. Estaba más vivo que nunca, nítido, resplandeciente. También captaba el aroma del estofado que se calentaba en la olla. Percibía más matices en los sonidos, sentía el calor del sol que entraba por las ventanas. Y debajo de su brazo se alargaba una sombra, su sombra.

Se volvió, se colocó frente a la ventana y estudió su reflejo. Su cabello y sus cejas no eran grises, no tenían el color de la ceniza. Su pelo era castaño oscuro, su rostro... su rostro era igual, pero había algo diferente, no solo el color de sus ojos, que tampoco era gris. Aquella era la cara de un hombre normal que no sentía dolor, no estaba tenso, ni siquiera a pesar del asombro que le embargaba. Aquel rostro tenía los labios ligeramente estirados en una sonrisa, se apreciaba cierta tranquilidad en su expresión. Era el rostro de un hombre feliz.

—¡Levántate!

El Gris se giró y se encontró al niño frente a él.

—¡Levántate de una vez! ¿Me oyes? —le gritó el chico.

El Gris retiró su gabardina y miró sus botas.

—Estoy de pie —dijo, sintiéndose como un estúpido.

—¡No vas a hacerme esto!

El chico saltó sobre él y le agarró por el cuello. El Gris no comprendía qué estaba pasando. Forcejeó un poco, pero no quería hacerle daño. El niño parecía furioso. Sus ojos despedían rayos, chillaba y berreaba, estaba completamente fuera de sí. El Gris decidió que tal vez debía dejarle sin sentido, por su propio bien.

Cerró el puño y lo alzó. Justo cuando estaba a punto de estrellarlo contra la cara del chico, advirtió un detalle que lo asaltó. Tenía un lunar en la barbilla, debajo del labio. Ese lunar no estaba ahí hacía un instante. Estaba completamente seguro.

—¿Qué...? ¿Qué está pasando?

—¡Maldito seas! —chilló el niño, rodeando su cuello con las manos—. ¡Asqueroso! ¡Te odio!

El Gris sintió la presión, la falta de oxígeno. Los colores se difuminaron lentamente, se desdibujaron las formas y se desvanecieron los aromas. El mundo se convirtió en una mancha oscura y sucia.

Y luego desapareció.



—¿Has venido a matarme?

—No.

—Ya no sé si creerte. Nunca confié en ti, Álex, pero antes te creía, estaba convencida de que eras sincero, a pesar de lo poco que hablabas. Ahora dudo. Ahora ya no sé quién eres.

—Nunca lo has sabido, Sara. Que sepas que estoy muerto no cambia ese hecho.

—No te tengo miedo.

—Lo sé.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Si quisiera matarte no me habrías oído, no me habrías visto, nada te hubiera alertado de mi presencia. Habrías muerto aquí, en tu propia casa, sin saber qué te habría sucedido.

—No hablaré de ti, Álex, no desvelaré tu secreto. Si es eso lo que te preocupa, puedes marcharte tranquilo.

—También lo sé.

—Sabes demasiado. O eso crees.

—¿Y te molesta?

—Bastante.

—Podrás soportarlo.

—¿Qué quieres? Si no vas a matarme, no tenemos nada de qué hablar.

—Quiero que vuelvas... No me mires así. Es la verdad.

—Ahora sí que no te creo.

—Tu sitio está junto a nosotros. Lo sabes, lo sientes dentro de ti. Puedes luchar contra ello, pero no puedes negarlo. La vida normal de las personas corrientes ya no te parece suficiente. Si no vienes con nosotros, nunca serás feliz. El anhelo de tu interior te atormentará, te impedirá dormir y tendrás dificultades para respirar. Siempre te preguntarás qué estará haciendo el Gris, si encontró su alma, si seguirá vivo..., si hubieras podido ayudarlo a recuperar su vida. Y no desarrollarás tus facultades de rastreadora.

—Puedo hacerlo por mi cuenta. Tal vez tarde más, pero...

—Te resistes, pero noto el temblor en tu voz. Sabes que tengo razón.

—¡Basta! No voy a volver, Álex. No importa lo que me digas. Ni siquiera aunque tengas razón. Si debo sufrir toda mi vida, que así sea. No voy a formar parte de vuestro mundo. Y tú eres una de las principales razones. Eres cruel, Álex. Tu desprecio por la vida de los demás representa todo lo que odio. No quiero tener nada que ver contigo.

—Eso lo entiendo perfectamente. Y está bien. Es una de tus cualidades más valiosas. Pero no puedo creer que seas tan superficial. Tú eres mucho más inteligente, Sara. ¿De verdad piensas que me gusta matar, que disfruto, que no me impulsa una razón?

—¿Qué razón puede haber para eso?

—Una que no comprendes, pero que da sentido a mis actos.

—No la comprendo porque no me la explicas. Y en realidad no quiero que lo hagas. Yo no soy como tú, Álex, ni quiero serlo. Me enorgullezco de ser lo contrario. Tú piensas que los sentimientos son algo malo y son lo único que merece la pena en este mundo. Ese es tu error y tu desgracia.

—Estás equivocada. Los sentimientos y las emociones lo son todo. No podríamos estar más de acuerdo en ese punto. Un mundo sin ellos estaría vacío, sería un lugar... gris, en el que no merecería la pena vivir.

—¿Y eso lo dices tú? ¿A qué juegas? Tú siempre te burlas de mí. Me consideras débil, dominada por mis sentimientos, un lastre para el grupo. No te atrevas a negarlo, porque me lo has dicho en demasiadas ocasiones.

—Y es cierto.

—¿Entonces?

—Estás mezclando conceptos, Sara. El mundo necesita los sentimientos y los ideales. Nuestro grupo no. Esa es la diferencia que te confunde. Nosotros somos una excepción. El Gris es la mayor excepción de todas. Una anomalía que no debería existir. Sin embargo, nada debe detenernos. Tenemos un camino que recorrer.

—Lo dices porque estás muerto, porque en realidad ya no perteneces a este mundo. Tal vez fueras diferente cuando estabas vivo, pero ahora...

—No intentes comprender mi muerte. No podrás. Y yo no te contaré nada de ella.

—Lo imaginaba.

—Céntrate, Sara. No te desvíes de la cuestión.

—No he cambiado de idea. No voy a volver.

—Claro que lo harás.

—Por supuesto. Tú lo sabes todo, Álex.

—En cuanto dejes a un lado el odio que sientes por mí, lo verás con claridad. Entenderás que no tienes otra opción. Domínate. Respira hondo.

—Me encuentro estupendamente. ¿Acaso me ves nerviosa? ¿Tiemblo? ¿Confundo las palabras al hablar?

—Te expresas perfectamente.

—Me alegra saberlo. Entonces, dime: ¿por qué quieres que regrese?

—Te lo diré, aunque ya lo sabes, Sara. El Gris te necesita.

—Bobadas.

—Es la verdad. El Gris es un enfermo, y no uno cualquiera, es un enfermo terminal. Sufre más de lo que puedes comprender y es consciente de que no encaja, de que no debería existir. Su estabilidad mental es delicada, necesita que le cuiden, que le mimen, a su manera, aunque él no lo sepa. Se siente mejor contigo a su lado. Tu influencia le hace bien.

—Pero tú no crees eso, Álex. El Gris me quiere junto a él porque me considera una buena persona, alguien que le recuerda por qué merece la pena seguir adelante, pero tú no compartes esa visión. Así que no me mientas.

—Lo que yo crea es irrelevante. Lo que importa es lo que él cree, esté o no en lo cierto.

—Eso ya te pega más. Revela el interés que tienes en esto, tu naturaleza cruel y egoísta, pero no me engañes, sé que me ocultas algo.

—Siempre supe que eras inteligente, Sara. Esa no es tu debilidad.

—Pues dime qué otra razón hay para que quieras que vuelva.

—Mis motivos son asunto mío.

—Entonces la conversación ha terminado.

—No me des la espalda, Sara. Aún no he acabado. Gracias. Tengo algo que explicarte.

—No te molestes. Lo dejé muy claro. No importa lo que piense del Gris. No apruebo la decisión que tomó. Y tú no podrás convencerme de que obró bien. Podríamos haber dado con otro modo de matar al fantasma, pero él se rindió. Nos negó a los demás la posibilidad de ayudarlo a encontrar una solución mejor.

—Es poco probable que lo hubiéramos logrado, pero una vez más estoy de acuerdo con tu conclusión. Como ves, no somos tan distintos, Sara.

—Cada vez te entiendo menos. Si estás de acuerdo conmigo...

—Cometió un error. El Gris no es perfecto. Y como consecuencia tú te viste obligada a matar a un inocente. Supéralo de una vez. Todos los días mueren personas en el mundo por causas injustas. Si nos abandonas, es como si te rindieras, estás comportándote igual que él.

—¿Intentas convencerme comparando lo que sucedió con las desgracias del mundo? ¿Ese es tu argumento?

—Solo en parte, aunque es válido. Lo verdaderamente importante es lo que te está carcomiendo la conciencia sin que tú lo sepas. Esa sensación de culpa que tienes, que se manifiesta en el temblor de tu mano derecha. Yo te la explicaré. El Gris se equivocó y tú le has crucificado. No es propio de ti, Sara. Eres una gran persona y sin embargo no muestras la cualidad más importante de todas: el perdón. Un error y ya se acabó todo. Tú no eres así.

—Hay diferentes clases de errores.

—¿Y ya está? Ni siquiera tú te crees lo que acabas de decir. Y ahora sí noto la duda en tu voz. ¿No se merece otra oportunidad? ¿Vas a ser como todos y a pensar que es un monstruo? Tomó una mala decisión. ¿Quién no lo hace alguna vez? ¿Eres tan arrogante para pensar que tú no cometerías nunca un error así? Ten en cuenta su situación personal, las circunstancias. Darle la espalda es mucho más cruel que lo que yo hago. Si no eres capaz de perdonar, tal vez no seas quien yo creo. Tal vez seas tú el monstruo.

—Nada me gustaría más que poder perdonarle. Yo solo le deseo lo mejor. El Gris es especial, es...

—Tranquila. Toma aire... Eso es.

—Estoy bien. Tienes razón, Álex, en parte al menos. El problema no es perdonarle. Es...

—El miedo. Lo sé. Es natural tener miedo, Sara. Es... humano. Has decapitado a un inocente. No es fácil de asimilar. Y ahora dudas de ti misma. Te preguntas si, de repetirse las circunstancias de nuevo, te resultaría más fácil, si ahora tu valoración de la vida humana ha cambiado. Y yo te entiendo más de lo que imaginas. Pero ocultarse no es la solución. Nosotros podemos ayudarte. Yo puedo ayudarte a superarlo.

—¿Tú? Ni loca. Cuando quiera aprender a enterrar mis sentimientos hasta el punto de poder matar sin pestañear, entonces te llamaré. Hasta ese momento, me enfrentaré a mi problema a mi modo. Y no te equivoques, Álex. Si crees que sería un gran miembro del grupo porque a partir de ahora puedo matar, es que eres un ingenuo. ¡No pienso volver a matar a nadie nunca más!

—Sigues alterada y no razones. Es comprensible, dado el shock por el que has pasado, pero no tenemos tiempo. Ya es hora de que abras los ojos. Volverás a matar, Sara, o al menos lo intentarás. Acéptalo. Aunque no intervengas en nuestras misiones hay alguien a quien siempre querrás matar.

—Eso es absurdo. ¿A quién iba a querer matar?

—A mí.

—¿Qué...?

—¿Recuerdas cuando estábamos en el cementerio esperando a que el Gris regresara del Cónclave? Te conté mi verdadero objetivo. ¿Ya se te ha olvidado? Por tu expresión veo que no. Lo repetiré por si acaso. El Gris encontrará su alma. Yo le ayudaré. Y cuando lo consiga, le mataré. Si vienes con nosotros, podrás tratar de encontrar un modo de matarme a mí para salvarle a él.

—El Gris sabe cuidarse solo.

—Es posible, ¿pero correrás ese riesgo, Sara? Si le abandonas, le dejarás a mi merced. Y nunca te perdonarás no haberlo intentado siquiera, cuando tienes la mejor de las oportunidades, pues nadie más conoce mi secreto ni va a poder pasar tanto tiempo a mi lado, buscando mi punto débil. Aparta tus emociones por un segundo. Como verás, matarme es una obligación para ti. Ahora tienes un objetivo, una meta que guiará tus pasos, como todos nosotros. No es la meta que hubieras imaginado, pero está ahí. Ya te advertí de que tu mundo y el mío son muy diferentes, pero eso ya no importa porque ahora son el mismo. Yo quiero matar al Gris y tú a mí. Bienvenida al grupo, Sara.



—Te lo diré una última vez, gordo asqueroso. —Diego hizo una pausa y tomó aire—. Vas a doblar esa barriga gigante que tienes y te vas a colocar sobre mi amigo. Sí, has oído bien, ese vagabundo sin alma es mi colega. ¿Lo pillas? Luego le echarás agua bendita, le absolverás,

rezarás un padre nuestro y leerás la puta Biblia entera si es necesario. Pero no se va a morir.

El cura no reaccionó de modo visible, aunque el Niño vio cómo sus ojos se desviaban un instante hacia un lado, hacia el Gris, que yacía en el suelo con la espalda apoyada contra el muro exterior de la iglesia. La cabeza pendía inerte sobre su hombro derecho. Su pecho no se movía.

—Me temo que no está en mi mano.

—¡Y un huevo! Me da igual que no seas un santo. Lo vas a intentar, seboso.

—Me refería —dijo el cura con tono paciente— a que ya no está con nosotros. Lamento profundamente tu pérdida, hijo mío.

—¡No!

Diego se apartó del cura y cayó de rodillas junto al Gris. Levantó su cabeza.

—¡Abre los ojos! —El Niño le sacudió un poco—. ¡No vas a palmar, tío, ni de coña! No lo permitiré. —Trataba de imprimir firmeza a su voz, pero se le quebraba, se interrumpía para sorberse los mocos y limpiarse las lágrimas—. ¡Gordinflón! Empieza a rezar algo.

El cura miró a Diego con gesto comprensivo.

—Creo que rezaré por ti y por el dolor que, obviamente, esta pérdida te va a ocasionar.

—¿Pérdida? Y una mierda. —El Niño se levantó, pero se mantuvo agachado, agarrando con fuerza las solapas de la gabardina negra del Gris—. ¡Levántate! ¡Levántate de una vez! ¿Me oyes?

El Gris movió la cabeza, un gesto leve que habría pasado desapercibido por los tirones del Niño, de no ser por que separó los labios...

—Estoy de pie —susurró.

—¡Ha hablado! —soltó Diego, excitado.

El cura asintió.

—En momentos tan terribles es normal percibir lo que más deseamos. El dolor distorsiona los sentidos...

—¡Cállate, gordinflón, o yo sí que te voy a distorsionar a ti! ¡Le he oído, coño! Aunque ha dicho que está de pie... Quizá quiere que le levantemos. Vamos, ayúdame. Pesa más de lo que parece, y no me extraña, con toda la mierda que mete dentro de esa gabardina.

El cura pasó la mano por debajo de la axila del Gris. La cabeza cayó de nuevo, el cuerpo se desplomó como si hubiera perdido los últimos restos de fuerza que le quedaban.

—¡No vas a hacerme esto! —El Niño apartó al cura y se colocó justo delante del Gris. Lo agarró por el cuello. Su cara se había deformado completamente, temblaba el lunar de la barbilla—. ¡Maldito seas! ¡Asqueroso! ¡Te odio! —Lo estrujó, golpeó la cabeza contra la pared. Gritaba y lloraba al mismo tiempo—. ¡Despierta! ¡Despiertaaaaaaa!

Su pie resbaló y Diego cayó al suelo. Se quedó allí tirado unos segundos. No quería volverse, no quería ver al Gris muerto en una acera. Prefería quedarse tumbado...

—Lo siento, hijo mío —le dijo el cura. Diego apenas notaba la mano que se posaba sobre su hombro—. Debemos darle sepultura.

—¡Que te den por culo!

—Está más allá de nuestras posibilidades, hijo mío. Sin un santo... Nadie puede hacer nada por él...

—Yo sí.

Diego escuchó esa voz a pesar de su propio llanto, que cesó de inmediato. Una voz que solo pronunciaba palabras perfectas envueltas en una melodía, una voz que conocía y que nunca podría olvidar.

Separó la cabeza del suelo despacio, observó cómo las sombras se retiraban un poco, como si estuvieran asustadas. La temperatura a su alrededor varió, se tornó más agradable. El murmullo de una brisa acarició sus oídos.

El Niño vio la cara de asombro del cura, sus ojos abiertos al límite. Luego se volvió y le vio a él. Vio al dueño de aquella voz. Vio la persona que más odiaba en el mundo.



Ester estaba considerando seriamente aceptar la oferta de su hermano y arriesgar sus escasos ahorros en montar un restaurante con él y dejar por fin el puesto de inspectora de policía. Sí, mientras veía el cuerpo de aquel desgraciado caer desde un quinto piso, ella solo pensaba en los problemas que iba a tener por haber enviado a Bosco a convencerle para que siguiera en este mundo.

El servicio de emergencias pre-hospitalario trabajaba en retirar los restos de la furgoneta para acceder al cuerpo del suicida, mientras la Policía y los bomberos mantenían a la gente apartada.

Ester pisó los restos de un teléfono móvil y cruzó los brazos. Se mantuvo en esa postura prácticamente inmóvil, ajena al alboroto a su alrededor, a las preguntas que los periodistas arrojaban sin cesar, con la mirada fija en el portal de edificio, hasta que Bosco apareció andando como si nada. Ester le agarró.

—Ven conmigo.

Le arrastró hasta la pared del edificio más alejado de la prensa y el resto de los policías. Bosco no se opuso en ningún momento a los modales bruscos de su superior. Cuando su espalda chocó contra la pared, soltó aire de golpe, pero eso fue todo. Ninguna expresión asomó a su feo rostro.

Ester le fulminó con la mirada.

—¿Quieres explicarme qué ha pasado?

—No he logrado convencerle —repuso Bosco en tono neutro.

Bosco era más que reservado. Nunca hablaba con nadie, no le hacían gracia los chistes de sus compañeros, no se afligía cuando un policía caía muerto en un acto de servicio, no prestaba atención a las noticias, siempre comía solo. Parecía un robot que hacía su trabajo y se mantenía alejado de todo el mundo. Pero Ester no imaginaba que se quedaría impasible tras fracasar personalmente en el rescate de una persona que había terminado empotrada en el techo de un vehículo.

Hasta ese momento pensaba que Bosco era tan extraño porque era un genio. Había desarrollado toda su carrera como forense y por lo visto poseía un don especial para ello, o eso evidenciaban los informes de sus superiores. Hacía año y medio se había trasladado bajo su

mando, sirviéndose, con toda probabilidad, de algún favor que alguien le debía. Ester tuvo problemas al principio para tolerar su indiferencia, aunque terminó por acostumbrarse porque nunca ocasionaba problemas.

Le había desconcertado que Bosco se ofreciera para subir a hablar con el suicida aquella mañana, pero no había nadie más, y ella sabía que el don de gentes no era lo suyo. Además, estaba al tanto de que el nuevo policía se había licenciado en Psicología con matrícula de honor y esa ya era una garantía de que lo haría mejor que ella. En aquel momento, Ester no pensó en lo raro de que Bosco acudiese el primero después de que recibieran la alerta en la Policía; sin embargo, tampoco le seducía la idea de que el suicida saltara mientras llegaba el experto, así que accedió a su petición. Una decisión que ahora lamentaba profundamente.

—¿Eso es todo? —Se enojó Ester—. ¿No lo has logrado? Ha quedado bastante claro que no lo has logrado.

—Entonces, ¿para qué preguntas?

Bosco hizo ademán de marcharse, pero ella lo retuvo.

—Vas a tener que explicarme lo que ha pasado. Me estoy controlando porque no sé si estás en algún estado de *shock* o eres así de gilipollas. Estamos en un buen lío. Ha muerto una persona y yo...

—Sigue vivo.

—No creo que aguante ni siquiera hasta llegar al hospital, así que...

—Vivirá —la interrumpió Bosco.

Ester tomó aire antes de volver a hablar.

—Le tenías. Os vi. ¿Cómo...?

—Se soltó.

Ester tomó aire de nuevo.

—No vuelvas a interrumpirme, Bosco. No voy cargar sola con esta cagada, ¿lo entiendes? Había cámaras grabando. Puede que alguna estuviera enfocada desde un ángulo que nos permita saber lo que pasó.

Bosco sostuvo su mirada sin inmutarse.

—¿No tienes nada que decir? —insistió la mujer.

—¿Puedo hablar?

—No te hagas el gracioso. No es el momento.

—Le empujé. Quería matar a un hombre que iba a suicidarse delante de todo el mundo. ¿Eso esperas que te muestren las cámaras? ¿Esa será tu versión para librarte de esta cagada?

—Es evidente que eso es absurdo, pero tal vez muestren en qué metiste la pata. Y todo el mundo me creerá, Bosco, porque eres un tío raro que no le cae bien a nadie. O me das una explicación lógica de lo que ha sucedido o pienso ir a por ti.

Bosco consultó la hora de su reloj.

—Entiendo. Descargarás la responsabilidad en mí para que no te salpique.

—Tú te ofreciste a...

—Por supuesto, y fallé. Yo también lo haría... Culparme, quiero decir, ¿por qué no?

Ester no estaba dispuesta a seguir con aquella conversación, que no entendía y que no hacía más que aumentar su cólera.

—En cuanto el forense certifique la muerte de ese desgraciado, se abrirá una investigación.

—Falta mucho para que eso suceda.

—¿A qué te refieres?

—A que no está muerto.

Ester resopló de mala gana.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Entonces me lo contarás en comisaría. Voy a tomarte declaración...

—No —cortó Bosco—. Tengo cosas que hacer. Puedes tomarme declaración otro día. No vas a detenerme ahora, lo siento, o les contaré quién eres en realidad.

—¿De qué hablas?

—Olvidas que soy forense. Examiné el cadáver del traficante que mataste hace dos años. Le disparaste, como explicaste en tu informe, pero ya estaba muerto.

—Esto es absurdo. Hubo una investigación y mi participación en el tiroteo quedó perfectamente esclarecida. Disparé en defensa propia.

—Examiné el cadáver —repitió Bosco—. La muerte tiene pocos secretos para mí. Sé cómo se separó el alma de aquel hombre y no fue por un disparo. Fue mucho más agónico.

—¿El alma? ¿De qué estupideces me estás hablando?

—Le estrangulaste. Lo sé. Y fue lento. Forcejó y se resistió. Luego le disparaste, por supuesto. Eso es más fácil de justificar que matar a alguien con tus propias manos.

Ester no pudo evitar quedarse en blanco un instante.

—No hay pruebas —dijo al fin.

Los ojos de Bosco no albergaban duda alguna de que sabía la verdad. No entendía cómo era posible, pero la evidencia no dejaba lugar a la duda.

—No podrás demostrar nada. No hay pruebas —repitió.

—Detenme ahora y corre el riesgo. Me obligarás a mostrar las transacciones bancarias con los pagos que recibías, seguramente por ayudar a los traficantes a mover la droga a través de la frontera. Tengo tus cuentas. O mejor me dejas ir ahora.

—¿Por qué no has dicho nada si lo sabías? —A Ester le tembló un poco la voz.

—No era asunto mío. No hagas que lo sea.

Entendió que por eso Bosco había pedido estar en su unidad, bajo su mando, porque podía recurrir al chantaje de ser necesario.

—Sabes que lo investigarán y me preguntarán. Mucha gente lo ha visto todo.

—No tienes que dejar de acusarme y culparme de todo. Solo tienes que apartarte de mi camino ahora. Tengo asuntos que atender.

Lo decía con toda la tranquilidad del mundo. Ester no podía creer la indiferencia de Bosco, pero a la vez estaba convencida de que al policía realmente no le importaba que le acusaran, como tampoco parecía interesado en sacar a la luz sus actividades delictivas o su vinculación con una red de narcotraficantes. Solo quería irse de inmediato.

—Si te dejo marchar, ¿no me delatarás?

—Nunca me ha importado lo que hagas. —Bosco pasó a su lado, tranquilo—. ¿Por qué iba a preocuparme ahora?

Ester recobró la compostura. A pesar de su desconcierto prefirió marcar bien claro dónde estaba el límite.

—Delátame y lo lamentarás —le amenazó—. Y si tu idea es huir... ya sabes la clase de amigos que tengo.

—No tengo intención de huir —dijo Bosco sin volverse—. Solo voy a rezar.

—¿Me tomas el pelo?

—No veo razón para ello. Voy a una iglesia muy especial, a elevar una plegaria ante una cruz de piedra que está esculpida en uno de sus muros... Y espero que mi ruego sea atendido.



Le despertó una sensación fría.

—¡No quiero hacerte daño! —gritó el Gris.

Enseguida se dio cuenta de que estaba solo y se preguntó por qué habría dicho eso. Algún recuerdo se desvanecía lentamente en su memoria. Entonces observó a su alrededor. Era una estancia de piedra y mármol, sencilla, con un espejo ovalado en una pared y un candelabro que sostenía una única vela. Ni un solo color, solo grises, la variedad monótona en que la vida se mostraba para él.

No había ninguna entrada o salida, ni puertas ni ventanas, lo que le dio una idea bastante aproximada de dónde se encontraba.

—¿Te sientes mejor?

El Gris tardó en ubicar la procedencia de la voz en una de las esquinas. Tardó más en perfilar su silueta, en seguir sus contornos para que no fuera un borrón, una mancha.

—Mikael.

El ángel se separó de la pared de piedra y se deslizó sobre el mármol del suelo sin hacer ruido. La visión del Gris no se había recobrado lo suficiente para captar la gracia de sus movimientos, ni de su porte, el halo majestuoso que emanaba de Mikael y del que todo el mundo hablaba. Para él solo era una forma gris, una figura de ceniza con una voz algo más nítida que las de los demás. No percibía su hermosura ni sus rasgos perfectos.

—De nada. —El ángel inclinó levemente la cabeza, con arrogancia, a pesar de lo sutil del gesto.

El Gris se incorporó en la cama hasta quedar sentado. El dolor regresaba al vacío de su interior, pero aún quedaba lejos, como si de momento solo le recordara que la amenaza continuaba ahí, que él no iba a escapar del sufrimiento, que disfrutara del paréntesis porque nunca se libraría de él.

—¿Me has absuelto tú?

—Di por hecho que te arrepentías de tus pecados. ¿No es así?

—¿Qué quieres?

—Cuidado con tu tono, mortal.

—No me habrías salvado si no fuera porque me necesitas. Amenazar a quien pretendes utilizar, Mikael, no es inteligente.

El ángel dejó ver media sonrisa. Desplegó las alas y comenzó a acariciar las plumas de una de ellas con aire distraído, sin mirar al Gris.

—Si te amenazara, Gris, créeme, lo sabrías. Pero el hecho de que creas que eso es lo que ha sucedido es muy revelador. ¿Por qué habría de amenazarte? ¿Piensas que eres un igual, tal vez? ¿Es eso? ¿Eres tan arrogante para creer que tengo que rebajarme a las amenazas para que cumplas mi voluntad? Eres libre de tener tu opinión. Pero si aceptas mi consejo, no averigües cómo es una amenaza mía. Sé cómo tratar a un ser que no siente miedo ni respeto por nadie, y que por eso se atreve a encararse conmigo. Sin embargo, yo no deseo tu obediencia ni tu respeto, de ti no. ¿Qué significado tendrían esos valores proviniendo de alguien que no los puede sentir de verdad, que solo cree que los comprende, que no puede más que recordarlos? Lo que sí me gustaría es obtener agradecimiento cuando ayudo a alguien, como es el caso, independientemente de los motivos que tú puedas considerar que tengo. A la gente desagradecida, por costumbre, le doy un escarmiento. Pero tú eres único, Gris, por tanto el escarmiento también debería ser... a tu medida. ¿Por qué castigar a un hombre que no lo es? Quizá, y solo estoy improvisando, me inclinaría por elegir a alguien que sí pueda comprender de lo que hablamos, alguien con alma, cercano a ti para que pudiera luego explicarte lo que ha aprendido...

—No ha sido mi intención enojarte, Mikael —repuso el Gris—. ¿Cómo no estar agradecido por salvar mi vida? Te ruego que me disculpes no haber sabido dar con las palabras adecuadas. Sin duda entenderás que la gratitud tampoco sea algo que pueda sentir y por tanto expresar adecuadamente.

—Fingir tampoco es tu fuerte.

—No osaría fingir ante ti, Mikael. He comprobado que no es algo que tolere.

—Te referes a Diego... Interesante. —El ángel guardó las alas—. Desapruebas su condición actual, a pesar de que no sabes qué hizo para merecer semejante castigo.

—Sé cómo es ahora.

—Y yo. ¿Ha mostrado arrepentimiento o se ha refugiado bajo tu gabardina para hablar mal de mí y evitar su maldición tanto como pueda?

—Se cómo es el Niño —repitió el Gris—. Es suficiente para mí.

—E indiferente para mí lo que tú creas. ¿Te alivia verme a mí como el malo? Las criaturas inferiores encontráis cierto placer en etiquetar las cosas de acuerdo a vuestros criterios imperfectos, con un énfasis particular en el bien y el mal. Confieso que te suponía diferente en ese sentido.

—Imagino que lo correcto sería adoptar tu criterio, el de alguien superior, en lugar del nuestro.

—Demostraría sabiduría, pero son escasos los que poseen esa cualidad.

—Y yo no me cuento entre ellos. —El Gris se levantó—. Ni merezco el honor de arrebatarle tu tiempo. Soy indigno de tu presencia, Mikael, por eso me marcharé y así no tendrás que hablar con un monstruo.

El Gris pasó junto al ángel en tensión, no esperaba que Mikael le dejara irse sin más, pero ni siquiera le miró de reojo. Se acomodó la gabardina en los hombros, comprobó que la caída de la tela fuera la que estaba acostumbrado y desde la que podía extraer su cuchillo en caso de necesitarlo. Si bien era consciente de que poco tendría que hacer frente a la ira de un ángel, no se iba a resignar sin más.

Mikael le había salvado, pero aún no le había dicho por qué. También sabía que no tenía la menor posibilidad de abandonar aquella estancia hasta que el ángel le revelara el motivo. Después de todo, nadie le había hecho favores desinteresados al Gris. No pudo evitar que aumentara la tensión cuando estuvo a solo un paso del espejo. Conocía lo suficiente de los ángeles y los centinelas como para saber que esa era la única salida posible, a menos que el paso al exterior dependiera exclusivamente de Mikael.

El Gris se preparó. Acercó la mano al interior de la gabardina y dio un paso. Una vez delante del espejo se detuvo, paralizado por la imagen que veía reflejada. Era él mismo, desde luego, pero muy diferente. Tenía color, su pelo y sus ojos eran de tono castaño oscuro. Su rostro estaba relajado, a punto de sonreír. Ofrecía una imagen muy diferente de la que tenía de sí mismo. Aquel Gris del espejo era una persona corriente, feliz. Probablemente capaz de sentir...

—¿Ves algo interesante? —susurró Mikael.

El ángel se había colocado detrás de él, pero era más alto, su cabeza sobresalía por encima de la suya. En el reflejo le vio como todos: hermoso, de rasgos simétricos, casi antinaturales, una piel de mármol sin mácula y cabello dorado como la miel. Las plumas de las alas, que había vuelto a desplegar, relucían con un blanco puro, como si tuvieran luz propia.

—Recuerdo... Algo. ¿Una cocina? ¿Puede ser?

—¿Cómo voy a saberlo? No puedo ver lo mismo que un hombre sin alma. Nadie puede.

El Gris se apartó del espejo.

—Lo que no te impide burlarte de mi dolor. Adelante, disfruta.

—La burla no es necesaria ni conveniente —replicó Mikael—. Sin embargo, te entiendo. Lo que has contemplado eran tiempos mejores. ¿Sabes qué veo yo en ese espejo? El Cielo, un paisaje con unas características que tu mente no puede concebir.

—Dudo mucho que me entiendas.

—Cuando contemplo este mundo, tu mundo... Digamos que tener que compararlo con el Cielo supone un tormento mucho mayor que no poder apreciar los colores.

—No lo había observado desde ese punto de vista —repuso el Gris—. Porque no me importa, Mikael, si de verdad sufres o no. Tú y yo nunca nos llevaremos bien. Es tan obvio como que no me quieres muerto. Pero no te entiendo. He hecho lo que me pediste, no le he revelado a nadie lo que en realidad sucedió con Samael, y todo el mundo cree que yo le maté. Yo cargo con esa cruz para que todos piensen que solo yo puedo matar a un ángel. ¿No es lo que querías? Pero esa cruz tiene un precio. Han matado al padre Jorge para que yo no pueda confesarme. Un vampiro va a por mí y no se me ocurre ningún motivo, salvo que esté relacionado de algún modo con esto. Es decir, que el padre Jorge ha muerto por la mentira que me obligas a mantener.

—Aún no veo el reproche —repuso el ángel muy tranquilo—. ¿Sientes su pérdida?

—Era un hombre inocente que ha muerto por tu culpa.

—Supongo que harás algo al respecto.

—¿No vas a intervenir? —se extrañó el Gris—. Ha sido un vampiro... Ha matado a un santo...

—No son asuntos de mi incumbencia.

—Entonces... ¿Por qué me salvaste?

—Tú sí lo eres. Te sugiero que resuelvas tus problemas, Gris.

—Pero si... —El Gris se detuvo, reflexionó. El ángel enarcó una ceja—. Es por el traidor. No le habéis sacado nada, ¿verdad? No sabéis por qué un ángel, vuestro hermano, os traicionó a todos, por eso...

—Te entrometes en asuntos que no te conciernen, que están por encima de tu comprensión. Has cumplido al guardar el secreto, es cierto, pero te encomendé una tarea que no has cumplido.

—El martillo de Miriam...

—Vas a recuperarlo para mí.

El Gris se tomó unos segundos para recapacitar, ahora que sabía por qué Mikael estaba interesado en mantenerlo con vida. Solo él podía tocar el arma de un centinela. Cualquiera otro notaría su alma arder, hasta la muerte, si cometiera el error de prolongar el contacto.

—Si lo hago, lo haré por Miriam, no por ti.

—Lo harás porque yo te lo ordeno. No eres capaz de aceptar ni entender mi superioridad y mis razones. Tú no puedes aceptar el criterio de otro, ni siquiera de un ángel. Por eso te lo impongo.

—No renunciaré a...

—Puedes seguir buscando tu alma, pero por el camino encontrarás el martillo y me lo entregarás. Te disculparás por todo, por ser como eres, por existir. Y entonces tú y yo no nos llevaremos bien, pero estaremos en paz.

—No será tan sencillo, Mikael. Yo decido mi camino, nadie más, ni siquiera tú.

—¿Eso crees? —El ángel dejó ver una sonrisa perfecta—. Tu camino es buscar lo que te arrancaron. No es tu camino, es el que alguien decidió para ti. Eres un esclavo. Tu voluntad te arrastra a seguir en la dirección que te han impuesto. Nunca has tenido una meta propia ni podrás tenerla. Así que dime, ¿cuál es el problema en asumir otra más, una que te asigno yo? Así tu existencia tiene un propósito, un cierto sentido. ¿Has pensado alguna vez lo que harías si recuperaras tu alma ahora? No, ¿verdad? Porque no eres nada. No tienes nada que merezca la pena, salvo el deseo de matar al que te hizo lo que eres, que ni siquiera sabes quién es. Persigue ese deseo, si quieres, pero también vas a cumplir el mío. Asímelo o será peor. Tú decides.



2

—Está bien, lo admito. He sido yo —dijo el Niño con los brazos abiertos—. Ya está, ya lo he dicho.

—No era un misterio, precisamente —observó el cura cerrando el libro que descansaba sobre el atril y mirando a Diego con una paciencia infinita—. ¿Todavía no te has cansado?

El Niño resopló y agitó la cabeza.

—Pues claro que sí, gordinflón. Llevo dos días encerrado en esta iglesia, ¿qué esperabas? El obispo me odia y no me deja ver la tele.

—¿Y no será por tus travesuras?

—¿Travesuras?

—¿Cómo denominas a la profanación de un libro sagrado?

—¿Dibujos? ¿Contribución artística?

—Entiendo. Supongo que este añadido en la ilustración del ángel Gabriel es lo que tú consideras arte.

—Bueno, es cierto que no soy muy bueno dibujando. Trato de mejorar, eso sí.

—¿Y la barba?

—En realidad es un borrón, se me cayó un poco de tinta y traté de limpiarlo.

—¿Los cuernos?

—Esos sí los pinté yo. No me dirás que no quedaron bien, ¿eh, gordito?

—¿Y esta botella de alcohol?

—Culpable.

—¿Y esta ilustración?

—A ver... Ah, sí. Tengo serias dudas de que los ángeles se limitaran al alcohol cuando decidieran pasar un buen rato. No imagino al malnacido de Mikael solo con...

—Entiendo. ¿Qué me dices de esto?

—¡Ja! ¡Qué bueno! Pero... Eso no lo he pintado yo. Te lo juro, tío.

—Lo sé, fue un niño de siete años.

—¿De verdad? Qué mamón, el chavalillo... Hay que reconocer que tiene ojo para el dibujo, aunque las proporciones no son lo suyo. No reconozco al pollo ese, pero dudo que alguien tenga algo tan grande entre las piernas...

—¡Basta!

—Eh, relájate, que yo no he sido, te he dicho.

—Pero fue culpa tuya.

—¿Mande?

—El niño te vio dibujando y te imitó.

—Qué mamón. No sabía que alguien me espiaba.

—No fue complicado, después del modo en que interrumpiste la misa.

—¿Te refieres al eructo? Se me escapó. ¡Ay! ¡Auuuu! Vale, vale, no se me escapó. Me bebí dos latas de Coca-Cola seguidas para vomitar ese pedazo de trueno. Creí que me explotaba la garganta y todo. Una pasada. Y una acústica cojonuda la de la iglesia, por cierto. ¡Vaya cara pusiste!

—Deberías ser más respetuoso con nuestras posesiones.

—Sí, sí, y también debería ser más alto, y tú más delgado... Es lo que hay, macho. Bueno entonces qué, ¿qué pasa conmigo?

—Nada.

—¿Cómo? ¿No vas a castigarme? ¿Qué mierda de cura eres? Tío, estoy muy aburrido. Si no me entretienes montaré una que lo flipas. ¡Te lo advierto! Vamos, por favor. ¿Quieres que te suplique? Solo un castigo de nada. Imagina que me he confesado. ¿No tengo que rezar algún padre nuestro o alguna otra estupidez como penitencia?

—¿Por qué no te vas a descansar? Aquí no puedes hacer más.

—¡Y un huevo! Hasta que el Gris no esté curado yo me quedo. Y al que intente echarme... No sé qué le haré, pero se va a cagar.

—Al menos deja de incordiar al obispo.

—Que se joda.

—Tú mismo.

—¿Y ya está? ¿Ningún castigo? Tío, no puedes ser tan aburrido. Ah, claro, te vas a comer, ¿no? A ponerte de bollos hasta el culo. Y a mí que me den. Yo creí que nos llevábamos bien. Te he contado un montón de cosas estos dos días y es raro que a mí un cura me parezca simpático, pero esto... Te pido una simple reprimenda y no eres capaz de hacerlo. Me decepcionas después del cariño que te he cogido, gordinflón repugnante.

—¿Para qué quieres que te imponga un castigo? Solo buscas algo de lo que intentar escabullirte, ¿verdad? Porque no puedes estarte quieto.

—¿Y eso es tan malo?

—Por eso vas con el Gris, porque siempre anda metido en algún lío. Es como no detenerse nunca. Así no tienes que reflexionar, conviertes tu vida en una sucesión de aventuras superficiales en lugar de afrontar lo que más miedo te da.

—Pues sí que ha cambiado la conversación. Hay que joderse. ¿Esto es por cuatro travesuras de nada? Y eso que no ibas a castigarme,

macho. Menudo tostón me has largado.

—Te hago ver tu interior. Intento ayudarte.

—No puedes.

—Si confías en mí, sí puedo.

—Esto se pone interesante y todo. Veamos, cuando la palme, mi culo se va a asar en el Infierno. ¿Lo pillas? ¿Cómo vas a ayudarme, gordito? ¿Piensas morirte conmigo y apagar las llamas con agua bendita?

—¿No te dan calambres cuando ironizas?

—Lo que me faltaba ya... No lo digas ni en broma, tío. Como ese bastardo de Mikael te oiga, es capaz de hacer un par de retoques en mi maldición.

—No puedo evitar tu destino, pero puedo ayudarte a afrontarlo. El Gris no te conviene, no es la compañía adecuada...

—Eh, quieto ahí. De eso nada. El Gris es mi colega. No tiene gusto para vestir y debería sonreír más, pero es un tío de puta madre.

—No es el camino para conseguir el perdón de los ángeles.

—Que les den a los ángeles.

—Así solo conseguirás empeorarlo todo. El Gris atenta contra todas las normas...

—Que pares de una vez, en serio. Que paso de ese rollo. ¿Sabes cuántas veces me lo han soltado? Yo nunca dejaré al Gris, nunca. Y sabes de sobra que no puedo mentir, así que invéntate otra patraña para ayudarme, si es que puedes.

—De acuerdo... No le dejes. Dime, ¿cuándo fue la última vez que tuviste una relación de verdad?

—¿Puedo tenerlas de otro tipo? ¡Si no puedo mentir!

—Quiero decir profunda, trascendente.

—Espera que piense... Coño, es más difícil de lo que parece... Estoy seguro de que tengo alguna, pero no me acuerdo.

—Si no te acuerdas, no sirve. La vida es más que diversión y aventuras. Si profundizaras en las relaciones humanas, en los contactos, lo verías todo de otra manera.

—¿Te refieres a una piba?

—O un hombre si es lo que prefieres.

—No, no, me van las tías, eh, que quede claro. ¡Ja! Un cura me va a dar lecciones sobre las tías.

—Sobre el amor.

—Sí, sí, lo que tú digas. Venga, va, lo cierto es que me estoy divirtiendo. ¿Quieres que te lo explique?

—Desde luego.

—Ahí va. Imagina que tienes una buena jaca, una tía como Dios manda. ¿Lo pillas? Bien... Imagina también que pesas cien kilos menos, para hacerlo más creíble. Ahora llevas saliendo con la tía, digamos que un año. No puedes mentir, ¿eh? Que no se te pase ese detalle. Vamos allá. Quiero que me digas cómo cojones responderías a estas preguntas: «Cariño, ¿has pensado alguna vez en otra mujer?». Mola, ¿eh? No, no, tranquilo, que tengo más. «Cariño, ¿te diviertes con mis amigas? ¿Podemos ir de compras? ¿A que estoy más delgada...?». Ah, sí, y la mejor de todas. Esta es mi preferida: «Cariño, ¿me sigues queriendo como al principio?».

—Entiendo.

—No entiendes un pijo. Todos los listillos piensan que saben lo que supone esta putada de maldición, pero no tenéis ni idea.

—¿Crees que todas las relaciones se basan en una mentira?

—¿Pero tú me has escuchado, tío?

—Las mujeres no son estúpidas, conocen la verdad, y no sería un problema.

—¡Falso! ¡Error! Macho, cómo se nota que eres cura. Las titis saben la verdad, eso está claro, pero no quieren oírlo. Se engañan a sí mismas pensando que quieren a un hombre sincero, pero no es cierto, y nadie mejor que yo para asegurártelo. Tú cágala un par de veces en esas preguntas y otras parecidas, y que luego conozcan a un tipo capaz de mentir como a ellas les gusta. Verás lo que duras. Mira, te lo voy a poner muy clarito: si todos los hombres tuvieran mi maldición, la raza humana tendría menos futuro que un pastel delante de tu boca.

—No concibes que alguien pueda quererte. Es un error. Lo tienes más difícil que la mayoría, pero ahí reside el reto, la penitencia que me habías pedido.

—Me niego a seguir discutiendo de pibas con un cura, lo siento.

—Entiendo más de lo que crees.

—No estamos hablando de comida, zampabollos.

—No tienes el valor de luchar por lo que quieres. No estás dispuesto a sacrificarte por algo que de verdad importe. Solo aceptas retos fáciles, superables.

—Se nota que no tienes ni idea de los líos en los que se mete el Gris.

—Le acompaño porque es él quien asume la responsabilidad. Tú solo eres su apoyo, el que le cura cuando le hieren. No te arriesgas en la vida, no tienes el coraje de entregarte de verdad. Así nunca conseguirás nada de valor. —El cura negó con la cabeza—. Tienes un problema mucho mayor que tu maldición.



Sabino había roto varios espejos. No era feo, aunque sí despistado. Vivía con un gato negro, había derramado sal en incontables ocasiones y no tenía inconveniente en levantarse el primero de la mesa si coincidía que los comensales eran trece. Sabino no era supersticioso.

Aquella mañana, no obstante, se había despertado con una sensación molesta, una nube negra dentro de su cabeza que oscurecía sus pensamientos. Era la primera vez en su vida que sentía que algo no iba a ir como debería, tenía un mal presentimiento. Y no le extrañaba, dado que sí había pensado esporádicamente que su vida era demasiado buena y algún día terminaría su suerte.

Siempre le habían gustado las mujeres, mucho. Por eso, tras una fiesta en la facultad de Enfermería en la que se coló a los quince años, y

descubrió que la proporción de hombres y mujeres entre los estudiantes era la que siempre había deseado, decidió estudiar Medicina. Fue duro, se trataba de una carrera que exigía una gran dedicación, pero la perspectiva de convertirse en médico era ideal para iniciar conversaciones con las mujeres, y ser uno de verdad resultó todavía mejor. Sabino nunca lamentó su decisión. Y en cuanto tuvo ocasión accedió a un puesto ocupándose de los pacientes en coma, dado que se había especializado como neurólogo. Los pacientes en coma no daban muchos problemas. Si se morían... No era agradable, pero no es que le cogiera a nadie por sorpresa. En cambio, si despertaban, independientemente de su estado, Sabino recibía toda clase de halagos y buenas palabras.

Ahora, ante la cama de su nuevo paciente, frunció el ceño.

—¿De verdad que este tipo no está muerto? —preguntó consultando el gráfico.

Lo había dicho en voz alta sin darse cuenta. Por suerte su única compañía, además del paciente, era la enfermera. Aquel hombre tenía varios huesos rotos, hemorragias internas, desplazamiento del bazo... Debería estar muerto. Lo observó de nuevo, tendido en la cama. Su cara conservaba un estado excelente, casi como si estuviera durmiendo, lo que contrastaba con los datos que sostenía en sus manos y los que ofrecía el monitor al que le mantenían conectado.

—Respira, su cerebro funciona —dijo la enfermera—. Pero el doctor eres tú, desde luego.

Sabino recordó que aquella era una de las pocas enfermeras inmunes a su encanto personal, algo que había comprobado numerosas veces, tras el fracaso estrepitoso de sus insinuaciones e intentos de seducción. Ahora le arrojaba una mirada tan áspera como la respuesta que le había dado.

—Pues debería estarlo —repuso Sabino, despreocupado. Él también era inmune a la hostilidad de ella, y además era el médico, el que mandaba, qué coño—. Pero no seré yo el que discuta con la evidencia. Veamos, así que una caída...

—Un intento de suicidio —le corrigió la enfermera.

—Aquí solo pone caída desde un quinto piso.

—Es un informe apresurado de un policía. Ya redactarán el bueno. Pero tengo un amigo que estuvo allí y lo vio todo.

Sabino se detuvo a pensar si ese amigo era la razón de la indiferencia ante sus encantos, pero se obligó a centrarse en el trabajo.

—Entonces que lo explique la Policía. Yo no pienso entrar en esos detalles con los familiares. Me ceñiré a los datos médicos.

—No ha venido nadie preguntando por él.

—¿Nadie? ¿Por eso se tiró de un quinto piso?

Sabino debía de alegrarse por la noticia. Menos trabajo, menos explicaciones que dar y menos miradas lacrimógenas de los allegados que a él tanto le costaba sostener. Con todo, la incómoda sensación con la que se había despertado por la mañana no solo continuaba allí, sino que se hacía más intensa. Aquel caso no traería nada bueno.

La enfermera debía de pensar algo similar. Le observaba en silencio, con una sonrisa retorcida a punto de asomar en los labios. Sabino estaba seguro de que ella disfrutaba con su situación.

—Vigila las constantes mientras informo a la Policía y... ¿Qué es eso?

Sabino reparó en una pulsera que tenía el paciente. Las normas dictaban que los enfermos solo estuvieran vestidos con la bata del hospital, así que se preguntó por qué a ese hombre le habrían dejado la pulsera puesta. Sabino la examinó de cerca. Era de cuero marrón oscuro, aunque por el exterior mostraba una franja azulada. En la parte interior, Sabino vio, tras darle la vuelta, una sucesión de símbolos que no reconoció.

Se incorporó y miró a la enfermera con aire inquisitivo.

—Podría equivocarme —dijo ella—, pero yo apostaría mi sueldo a que es una pulsera.

—Muy graciosa. ¿Por qué no se la has quitado?

—Porque no puedo.

—No estoy de humor para tus jueguecitos —bufó Sabino.

Trató de sacar la pulsera, pero era demasiado estrecha para rebasar la mano del supuesto suicida. La enfermera le miraba desafiante, disimulando mal su regocijo. Sabino sacó unas tijeras de uno de los muebles auxiliares y colocó la pulsera en la intersección de las hojas. Se detuvo un instante. La enfermera acentuó esa mirada pícaro, como retándole a apretar las tijeras. Sus ojos brillaron.

Sabino procedió; primero con la presión normal que cabía esperar para cortar un tira de cuero, después con las dos manos, después con todas sus fuerzas. La pulsera resistió sin mostrar la menor mella. Apenas se dobló un poco bajo las dos piezas metálicas. La enfermera permaneció impassible.

Sabino no pensaba darse por vencido. No le daría la satisfacción a esa mujer de burlarse de él. No creía que las tijeras estuvieran trucadas, pero aun así se resistió a comprobar el filo delante de ella. Extrajo un bisturí en perfecto estado y procedió a cortar la pulsera. O a intentarlo, en realidad, porque el resultado fue idéntico. Sabino se puso nervioso al comprobar que el cuero de la pulsera, si es que ese era realmente el material del que estaba hecha, no cedía. El médico no podía creerlo. En un momento de frustración, uno de sus movimientos escapó a su control y cortó la piel del paciente por error. Un corte diminuto ocasionado por un mero roce, lo que evidenciaba que el bisturí no tenía ningún defecto.

La enfermera sonreía ahora ampliamente y con descaro.

—Disfrutas, ¿verdad? Una broma muy buena. ¿Cuál es el truco?

—Ni idea. Te dije que ya lo había intentado, pero que no podía.

—Vale, sigue con tu jueguecito —se molestó Sabino—. Veremos quién ríe el último.

Se alejó hecho una furia.

—¿A dónde vas? —preguntó la enfermera.

—A por una radial —contestó Sabino—. ¡Le cortaré la mano si hace falta!



Plata olfateaba en medio de la calle. El dragón estaba por allí cerca, escondido en alguna parte. Le había perseguido durante varias manzanas, entre los coches, cruzando parques y esquivando a los niños... No lo iba a dejar escapar ahora.

Además, se trataba de una cría. Un ejemplar pequeño no tenía las alas desarrolladas y por tanto no podía volar. Plata se estremeció de placer ante la perspectiva de capturarlo. Tenía intención de criarlo y domesticarlo, por supuesto. Sería su montura personal. Y eso que adiestrar a un dragón no era sencillo. Para empezar, Plata aún tenía que decidir qué palabra le enseñaría a la bestia para que le reconociera cada que vez que apareciese con un nuevo cuerpo. Tal vez sería mejor un gesto, un ademán particular, porque las voces cambiaban mucho y Plata albergaba ciertas sospechas de que el oído no era uno de los sentidos más desarrollados de los dragones.

Al fin localizó a su presa. El pequeño dragón salió de entre las ruedas de un camión, atravesó la acera y entró por una puerta que estaba abierta. Ah, era un bicho muy astuto, pero él no se iba a dar por vencido. Su nuevo cuerpo era formidable. Podía correr durante mucho tiempo sin cansarse y, cuando se agotaba, se recuperaba con gran rapidez. Era más veloz de lo que recordaba en los últimos... Debían de ser siglos, porque no conseguía recordar la última vez que tuvo un cuerpo así. Y eso le molestó, porque estaba muy orgulloso de su memoria. Decidió, mientras perseguía al dragón, que debía encontrar un método para llevar la cuenta de los cuerpos que ocupaba.

Plata derrapó un poco al frenar delante de la puerta. Su dominio de aquel cuerpo todavía no era perfecto, ya que lo había ocupado hacía muy poco, lo que seguramente explicaba que la cría de dragón hubiese logrado escapar hasta el momento.

Atravesó la puerta a toda velocidad y... Nada. El dragón se había ocultado en alguna parte de aquella estancia amplia, entre alguno de los bancos de madera, seguramente. No le serviría de nada. Plata podía olerlo.

—Cálmese, solo era una lagartija.

Un cura con un notorio exceso de peso hablaba a un hombre que no paraba de mirar al suelo. Qué adorable le resultaba aquel sacerdote; a Plata le gustaban los cuerpos rellenitos. Durante un instante, se imaginó ocupando su cuerpo... Luego recordó al dragón y olisqueó de nuevo. El animal andaba cerca... Sí, por la derecha. ¡No!, al otro lado. Ahora lo tenía claro. Plata retomó la persecución, tan rápido que no vio a un hombre que se había interpuesto en su camino, y chocó contra él.

Su nuevo cuerpo era ágil y rápido, pero no parecía apropiado para soportar golpes en la cabeza, porque todo daba vueltas a su alrededor. Cuando por fin el mundo se quedó quieto, Plata observó al individuo que le había cortado el paso.

—No entrarás en esta iglesia —dijo muy serio—. Hoy no.

Vestía una chaqueta de cuero marrón oscuro hasta las rodillas, parecida a la que solía llevar Miriam, y muy limpia, no como la del Gris. Su pelo era de un tono rojo muy vivo, corto, casi rapado al estilo militar. Plata no le veía los ojos, pero apuntaban hacia arriba. Plata también alzó la cabeza. El dragón era pequeño para volar, pero corría por las paredes con suma facilidad. Seguramente aquel hombre quería expulsar al animal de la iglesia.

—Entraré —tronó una voz grave—. Solo tengo que atravesar la puerta.

Plata se acercó un poco más. Al otro lado de la puerta había una montaña humana que rebasaba los dos metros de estatura, los hombros eran anchos y grandes, como todo su cuerpo, que parecía a punto de ventar una chaqueta vaquera desgastada por los codos. El gigante tenía el pelo gris, largo y canoso, peinado hacia atrás, que dejaba a la vista una frente surcada por profundas arrugas, sobre unos ojos pequeños y entrecerrados que parecían dos ranuras horizontales. Aparentaba cerca de sesenta años. Plata tenía buena vista para los cuerpos y sabía que si alguna vez ocupaba ese, pasaría apuros para mover semejante cantidad de músculos.

El de la chaqueta marrón no se movió.

—Los dos sabemos que no te voy a dejar pasar. Si quieres insistir, es cosa tuya.

—Quiero —repuso el gigante.

Plata vio algo pequeño deslizarse por la pared del fondo y perdió todo interés en los dos hombres. De pronto, el frenesí de la caza invadió todo su cuerpo y salió disparado tras su presa.

Al alejarse llegó a escuchar lo que sin duda era un puñetazo y el estruendo de alguien cayendo al suelo.



—Este no es uno de tus juguetes —dijo el técnico de mantenimiento sosteniendo en alto la radial—. Este disco de aquí... ¿lo ves bien? Me río yo de las mierdas de bisturís que usáis los médicos. ¿Le has cortado un dedo a alguien de un tajo con un bisturí? Pues eso. Mi cuñado lo sabe bien, el muy capullo. Trabajaba en el garaje de su chalé. Sí, tiene un chalé, y se asegura de restregármelo siempre que puede. El muy imbécil colgó un póster de una tía buena. Y luego se puso a trabajar. Hay que ser un gañán para usar estas maquinillas y mirar ese poster al mismo tiempo... ¿Lo pillas, doctor? Cuando la radial da vueltecitas es mejor no pensar con la entrepierna. Pero mi cuñado nunca ha tenido muchas luces. Ahora, cuando piensa con la entrepierna tiene que aliviarse con la mano derecha porque el dedo gordo de la izquierda...

—Lo he entendido —le interrumpió Sabino—. ¿La batería está cargada?

El técnico de mantenimiento le miró con cierto aire de superioridad.

—Anda, dime qué quieres cortar y lo haré yo, porque esto es una herramienta de hombres. No vas a lavarte las manos y ponerte unos guantes. Con esto no se juega, doctor.

—Seguro que tú estás muy ocupado, no te preocupes que yo me encargo. Solo quiero cortar un azulejo. Venga, dámela. ¿Está cargada la batería o no?

—A medias.

—Suficiente.

Sabino alargó la mano, pero el técnico de mantenimiento se echó atrás, manteniendo la radial fuera de su alcance.

—El caso es que... —dijo, fingiendo que reflexionaba— me suena que hay una norma para que mi querida herramienta solo la utilice personal cualificado. Tú no vas prestando tus bisturís por ahí, ¿a que no? ¿Por qué será? Tal vez porque podrías meterte en un lío. Imaginemos que sucediera algo con la radial. Es solo una teoría, pero podría ser que me pidieran explicaciones a mí. Y, claro, ¿por qué iba yo a correr ese riesgo?

Un minuto después, y con cincuenta euros menos en el bolsillo, Sabino recorría el pasillo hacia la sala de Ramsey, el paciente en coma que tenía la pulsera indestructible, la que resistía tijeras y bisturís. Una pulsera que estaba a punto de pasar a la historia.

Se topó con una enfermera al doblar una esquina y a punto estuvo de tropezar con ella.

—Perdón —murmuró mientras la esquivaba.

—Sabino, te estaba buscando.

Sabino se detuvo. Respiró hondo antes de volverse.

—¿Sí?

—¿Qué haces con ese trasto? —le preguntó ella, señalando la radial.

—El de mantenimiento se ha olvidado la radial tirada en el pasillo —mintió—. Voy a devolvérsela. No iba a dejarla por ahí para que alguien la cogiera. ¿Querías algo?

—¡Sí que estás cabreado hoy, hijo! —soltó ella—. Aquí tienes —dijo alargando una carpeta hacia él—. Un nuevo paciente en coma que te han asignado.

—El suicida. Ya le he examinado. Ahora si me disculpas...

—No es el suicida. Es uno nuevo que acaba de ingresar.

—¿Otro? Vaya día. —Sabino dejó la radial en el suelo y ojeó el historial del paciente—. Veamos... Te has equivocado de historial. Este hombre tiene una gráfica de libro.

—Quieren otra opinión porque nadie puede explicar su situación.

Sabino repasó rápidamente la analítica. No tenía ningún sentido. El azúcar controlado, una capacidad respiratoria enconiable... Todos los valores parecían sacados de un libro de medicina que representara a un paciente completamente sano.

—¿Es un coma inducido? —preguntó. La enfermera negó con la cabeza—. Entonces es un error —aseguró Sabino, tendiéndole la carpeta a la enfermera, quien no la cogió y se limitó a sostener su mirada.

—¿Eso quieres que le diga al jefe de neurología?

Sabino sí se había acostado con aquella enfermera, no como con la que supervisaba al paciente de la pulsera indestructible. Por eso no había sospechado al principio, tendía a ver muy diferentes a las mujeres después de haberlas conquistado. Pero ahora una nueva idea se abrió paso en su mente.

—Ya veo. Dile a tu compañera que no me la vais a pegar dos veces. ¿Es cosa vuestra o hay más enfermeras confabuladas para tomarme el pelo?

—¿Mi compañera? ¿De qué demonios estás hablando?

—Buena actuación. Espera, déjame adivinar. Este nuevo paciente tiene una pulsera en la muñeca, ¿a que sí? Sois muy ingeniosas.

La enfermera adoptó una expresión de lo más extraña.

—El paciente lleva la ropa del hospital y, que yo sepa, lo único que tenía en la muñeca al ingresar era un reloj de oro.

—¿De oro?

—¿Es que no has leído el nombre en el historial? Es el mayor accionista del hospital, por si acaso eres el único de todo Madrid que no lo conoce.

Sabino tragó saliva. Abrió de nuevo la carpeta y se fijó en el nombre del paciente. Tragó saliva de nuevo.

—Mario Tancredo...



El temblor de la mano derecha iba y venía. Sara no sabía por qué, no podía controlarlo, no encontraba una causa como el estrés o el miedo. Simplemente sucedía. Comenzaba en la punta de los dedos, pero enseguida era la mano entera la que vibraba.

Sara la enterró en el bolsillo de su cazadora.

—Es mejor que tengas cuidado ahí dentro —dijo Álex.

—¿No vienes conmigo? —Sara miró la puerta de la iglesia, intrigada.

—No es un lugar que me guste —repuso él, indiferente.

—¿Cuidado con qué? ¿Qué peligro puede haber en una iglesia?

—El Niño lleva dos días solo ahí dentro, a saber a cuántas personas habrá cabreado ya. Vigíalo.

Y se dio la vuelta sin esperar una respuesta, para empezar a caminar por la calle tranquilamente.

La rastreadora consideró su advertencia. Diego odiaba a los ángeles por su maldición, y en especial a Mikael por haber sido quien se la impuso. Poco importaba que estuviera curando al Gris. El Niño tenía ese odio muy arraigado y era incapaz de controlar la boca, así que bien podía haberse metido en algún lío.

Al abrir la puerta de la iglesia, apareció un hombre que le impedía el paso. Vestía una chaqueta marrón oscuro por debajo de las rodillas. Su porte era severo, acentuado por una expresión poco afable. Tal vez, de no llevar un parche en el ojo derecho y no tener el labio inferior partido e hinchado, su rostro podría haber ofrecido cierta confianza. No presentaba rasgos duros y el tono cobrizo de su pelo era llamativo, a pesar de estar casi rapado.

—Hoy no se puede entrar en la iglesia —le dijo.

Era obvio que se trataba de un centinela, que probablemente había recibido esa orden directamente de Mikael, dado que el ángel se encontraba en la iglesia, según le habían contado. Por la herida de su labio, era fácil adivinar que se había peleado hacía muy poco. Sara rezó para que el Niño no hubiera tenido nada que ver.

—Soy amiga de Diego y del Gris.

El centinela la observó un segundo.

—¿Tu nombre?

—Sara. ¿El tuyo?

—¿El perro era tuyo?

—¿Qué perro? —preguntó Sara, desconcertada.

El centinela ladeó la cabeza, aparentemente para apuntarla con el ojo que no estaba cubierto por el parche. La rastreadora sintió esa mirada muy dentro de ella. Un mirada despiadada, invasiva.

—Me llamo Edgar —dijo el centinela tras un escrutinio incómodo. Suavizó un tanto su expresión y su tono—. Por favor, sé bienvenida.

Abrió la puerta del todo y le ofreció la mano para estrecharla. Sara mantuvo la mano en el bolsillo porque el temblor aún no había remitido. Sonrió con timidez mientras pasaba a su lado, dejando que su melena castaña ocultara en lo posible su expresión avergonzada.

Se internó deprisa entre los bancos de la iglesia, preguntándose si un centinela notaría si ella le rastreaba. Sentía curiosidad por saber cómo se había roto el labio. Y no era lo único que despertaba su curiosidad. En apenas unos minutos había descubierto que a Álex no le agradaban las iglesias y un centinela le había preguntado por un perro. Volvió a sentirse como una novata que no entendía nada.

—¡Diego!

El Niño estaba sentado en un banco, frente a un atril desde el que presumiblemente se oficiaban las misas en aquella iglesia. No reaccionó a su llamada, así que dudó por un instante si aquella pequeña figura era la de su entrañable compañero.

—¿Niño? —La rastreadora se sentó a su lado—. ¿Te pasa algo?

Diego se sobresaltó, volvió el rostro hacia ella. Sostenía un rollo de papel higiénico en la mano que soltó inmediatamente para lanzarse a su cuello.

—¡Sara! ¿Dónde estabas? Álex fue a buscarte hace dos días. ¿Por qué me has dejado solo? Somos un equipo, joder.

—Tranquilo, tranquilo. —Sara le dio unos golpecitos en la espalda. El temblor de su mano había desaparecido—. Estaba pensando... Yo... No ha sido fácil, ¿sabes?

Diego se separó y la miró extrañado.

—Por lo del... —El Niño se pasó el dedo por el cuello imitando a un cuchillo—. Pero, tía, salvaste al Gris. Qué coño, nos salvaste a todos.

—¿Y el Gris? —Sara prefería no hablar de la muerte que había causado en aquel momento. La versión simplificada del Niño era más que suficiente por ahora—. Álex me dijo que...

—Está bien, bueno, eso creo. No me gusta un pelo admitirlo, pero de no ser por Mikael... Aunque está tardando un huevo en confesarle.

—¿Todavía no le has visto?

—No. Pero me alegro de que hayas venido. Sara, este sitio es una mierda. ¡Me han tratado muy mal!

La rastreadora se inquietó al ver la expresión de alarma de Diego.

—¿Por eso estabas abatido cuando he llegado?

—Un cura gordinflón me ha dicho cosas muy malas. ¡A mí! Yo solo trataba de enrollarme un poco, pero me ha... ¡Me ha dicho cosas horribles! Sara, quiero irme de esta iglesia.

A Sara le resultaba imposible no sentirse protectora cuando Diego parecía a punto de desmoronarse. Era como ver a un chiquillo llorando porque le habían pegado en el colegio.

—Ya estoy contigo y no te voy a dejar solo nunca, ¿me oyes? Cuéntame qué te ha dicho el cura.

Diego se sorbió los mocos.

—El caso es que no lo he entendido del todo bien. Dice que soy una mierda o algo así porque no encuentro a una tía y me caso con ella. Sí, te lo juro, por lo visto soy una mala persona, Sara. Dime, ¿es cierto? ¿Soy un...? ¿Un...? ¿Una piltrafa? ¿Una bazofia porque no...?

—Eres una persona maravillosa, Niño. —Sara le cogió por los hombros—. ¿Me has oído bien? No dejes que nadie te diga nunca lo contrario. ¿Por qué le crees?

—Jo, no sé. Me lo dijo de una manera... Nunca me habían hecho sentir tan mal, y mira que me han insultado. Pero el gordo hablaba como... Parecía ser un listillo de esos que saben mucho. ¿Y si tenía razón, eh? ¿Qué pasa si...?

—No la tenía —le cortó Sara.

Le abrazó. Diego se apretó fuerte contra ella. A Sara le habría gustado saber qué le habían dicho para poder hacer que la confianza del Niño se tambaleara. Era inseguro en muchos aspectos, pero nunca habría imaginado que llegaría a dudar de sí mismo. Cuando Diego hablaba de su maldición, de su admiración por el Gris y todo lo que hacían, nunca mostraba la más mínima duda.

—Me dijo que abandonara al Gris —sollozó el Niño.

—¿Y vas a hacerlo?

—¡Ni de coña! —Diego volvió a separarse—. Pero... Dudé. Lo siento, Sara, por un instante me pareció que era lo correcto. Ese maldito gordinflón logró confundirme. ¡Y no me gusta esa sensación! El Gris es mi... ¿Y si se entera de que he dudado? Si me pregunta se lo tendré que decir, ¿lo entiendes? No puedo mentir. Yo no quería pensar eso. Me dejé embaucar por la labia del gordo. ¡Soy un estúpido! ¡Un mierda! ¿Qué voy a hacer ahora?

Sara le dio el rollo de papel higiénico para que se limpiara las lágrimas.

—¿De verdad nunca habías dudado de él antes? ¿Ni una sola vez?

Costaba creerlo con todas las situaciones difíciles que debían de haber atravesado.

—Nunca —aseguró Diego.

—El Gris no te lo preguntará. Y si lo hiciera, no le importaría.

—¿De verdad?

—Tú eres el más importante del grupo, Niño. Sin ti, todo se vendría abajo. Y el Gris lo sabe.

—No sé de qué habláis —dijo uno voz a unos pasos de distancia—, pero estoy totalmente de acuerdo en lo que ha dicho Sara.

El Gris estaba allí, de pie, les miraba con sus ojos de ceniza. Estaba un poco más erguido de lo que acostumbraba. Por lo demás, era el de siempre, envuelto en su gabardina negra, con su pelo gris cayendo ligeramente sobre la frente, serio, inexpresivo y con un destello de tristeza en la mirada.

—¡Gris!

Diego protagonizó una de sus carreras que terminaban en un salto sobre su objetivo, que acostumbraba a ser Plata, por tratarse del que

más se ausentaba del grupo. El Gris tuvo que dar un paso atrás para absorber la embestida del Niño. Sara notó que Diego le apretaba con todas sus fuerzas. Por un momento temió que destrozara la gabardina.

—Estoy bien —aseguró el Gris.

—¡Fue ese maldito gordo! —sollozó el Niño—. Yo no quería dudar, te lo juro, fue solo un segundo. Soy demasiado tonto para evitar que otros me coman la cabeza.

El Gris interrogó a Sara con la mirada. Ella le devolvió un gesto despreocupado, le restó importancia.

—Tú no eres tonto. —El Gris separó a Diego y le miró a los ojos—. Y yo no estaría vivo de no ser por ti.

El Niño trató de decir algo, pero no pudo y se sorbió los mocos en lugar de hablar. Sara se acercó.

—Me alegro de que estés bien.

El Gris bajó la mirada, a la mano de Sara, que había empezado a temblar. Ella la escondió en el bolsillo una vez más.

—Yo me alegro de que sigas con nosotros.

La rastreadora asintió. Se preguntó si el Gris estaba al corriente de que había estado a punto de abandonarles o si era una deducción por todo lo que había sucedido. Las dos posibilidades le hicieron sentir incómoda.

Deseaba hablar con él de muchas cosas en privado. Deseaba compartir con él su experiencia, la reacción de Álex, sus miedos, su temor por haber matado a una persona. Quería comprender cómo lo soportaba él. Anhelaba, más que ninguna otra cosa, conocer su opinión al respecto, lo que de verdad había en su interior, aproximarse más y considerarlo un amigo y un apoyo, no un extraño compañero al que no terminaba de comprender. Nada le habría gustado más que poder abrazarle con la misma naturalidad y fervor que lo había hecho el Niño.

Pero ella no podía. Puede que nadie más pudiera estar tan cerca de él como Diego. Se lo decían los ojos del Gris, que no pedían el calor de nadie, que ahora estudiaban la iglesia con cuidado, alertas, como el que se encuentra en un lugar hostil, que no invitaban a celebrar un reencuentro entre amigos, que era como ella se sentía ahora. Había, además, otro impedimento. Sara sentía una nueva barrera entre ellos, en su interior, y esta vez era cosa suya. Ya no lo veía igual que antes. Permanecer al lado del Gris era caminar de la mano de la muerte.

Nadie que le acompañara estaría a salvo de verse involucrado en las situaciones más desesperadas, de enfrentarse a decisiones límite, como le había sucedido a ella. El riesgo que corría era tan grande que abarcaba a cuantos estuvieran cerca de él, por mucho que intentara evitarlo. Y su camino no se podría recorrer tomando solo las decisiones que ella consideraba correctas. Ahora lo veía claro. Todo eso la alejaba de él y la entristecía.

El Gris apartó al Niño a un lado, dio un paso hacia ella y, con una suave presión sobre su hombro, también le pidió que se retirara. No la miró en ningún momento, sus ojos apuntaban al frente, detrás de ella. Sara se volvió y vio a Edgar, el centinela del parche en el ojo, caminar hacia el Gris.

Ambos se miraban fijamente. Sara se preguntó si el Gris sería el responsable del labio partido de Edgar.

El centinela se detuvo justo delante del Gris y le estudió con descaro. Le repasó de arriba abajo con el único ojo sano. Luego colocó las manos sobre sus hombros.

—Tienes buen aspecto —dijo, y le sacudió un poco—. Yo creo que es la suerte la que te conserva de una pieza.

—No puedo decir lo mismo de ti —repuso el Gris.

—Ni yo —soltó Diego muy animado—. ¡Menudo palo, macho! ¿Quién te ha partido la boca?

—Cosas del trabajo. —Edgar se encogió de hombros—. Gris, te esperaba. Tengo a uno de tus gatos. No me pareció bien dejarle suelto en la iglesia. Y creo que deberías tener cuidado. También había un perro que, si no me equivoco, iba detrás de él.

—Gracias por el aviso. No deberías ayudarme, Edgar. No quiero causarte problemas.

—¿Qué problemas? —repuso el centinela—. Todavía no he encontrado una sola norma que haga referencia a ti.

El Niño chasqueó los dedos con aire molesto.

—Por eso no puedo evitar que me caigas bien.

—Algo que no se puede decir de ti, Niño. A las normas, me refiero. Has desbaratado la tranquilidad de este lugar durante dos días. Te echaré de menos, la verdad, pero te has pasado un poco. Sobre todo con la última de tus bromas.

—¿Bromas?

—Has robado el papel higiénico de todos los servicios y has dejado una Biblia en su lugar.

—¡Ah, eso! Bueno, hombre, cómo os ponéis por una pequeña sugerencia... La higiene es muy importante. ¿Has notado lo suaves que son las páginas de la Biblia? Yo las he usado y te aseguro que te deja muy limpio el...

—Al obispo no le ha hecho ninguna gracia. Yo que tú saldría antes de que te tropezaras con él.

—Lo pilló. Ven, Sara, esperemos fuera. Oye, Edgar, ¿perderás el ojo?

—Es posible —contestó el centinela.

—Vaya... Te curaría, tío, pero es que no me apetece.

—¿Crees que yo permitiría que me cures gracias a una maldición? —Edgar removió el pelo a Diego—. Nos vemos, Niño, que tengo una misión asignada en el hospital. Gris, ven, te entregaré el gato.

Sara se dejó arrastrar por Diego fuera de la iglesia. El Niño parecía tener prisa, como si de verdad temiera encontrarse con el obispo.

—Lo has visto, ¿no? —bufó Diego una vez en el exterior—. Detesto que me toqueteen el pelo. ¿Es porque soy bajito? ¿Parezco un peluche?

Sara estaba bastante sorprendida por la relación que parecían tener con Edgar: familiar, cordial, ¿amistosa? No sabía si eso le impresionaba más por parte del Gris o del Niño.

—¿Edgar es un centinela normal?

—Claro.

—Pero... ¿no te cae mal?

—Debería, pero no puedo evitarlo. Yo soy así. Edgar mola. Es muy bueno como centinela, en serio, pero lo que mola de él es que tiene su propia interpretación del código. O siendo más clarito, tiene cerebro propio.

La rastreadora creyó entender que Edgar, en efecto, cumplía con las órdenes de los ángeles y del código, pero que no sentía ningún rechazo por el Gris, algo poco habitual. Los centinelas nunca habían sentido afecto por el Gris, pero desde que era el principal sospechoso de que un ángel hubiera muerto y la persona que estaba con Miriam cuando el demonio acabó con ella, muy pocos eran los que toleraban su

presencia sin alguna muestra de desprecio.

Debía de ser agradable encontrarse con alguien que no le repudiaba nada más verle. Y bien mirado, sonaba lógico que el código no especificara nada sobre alguien que no debería existir.

El Gris salió unos segundos después por la puerta de la iglesia. El sol bañó su gabardina negra, lo que resaltó más las partes desgastadas y su aspecto destartado. Su rostro parecía más pálido bajo la luz del sol. Un gato negro estaba acomodado alrededor de su cuello y de su hombro izquierdo.

—¡Cojonudo! —soltó Diego—. Tenemos un nuevo caso, ¿no? ¿A quién tenemos que salvar, Gris? Esto es un coñazo si no hacemos nada. Venga, va, dínoslo. ¿De qué se trata?

—Tenemos una nueva misión, es cierto.

—¿Quién te ha contratado?

—Yo —respondió el Gris. El Niño y Sara se miraron—. No voy a responder a esta plegaria.

El Gris abrió la gabardina y tiró de la solapa derecha. El gato saltó desde su hombro y antes de llegar al suelo se perdió entre los pliegues de la gabardina del Gris.

—¿Te explicas ya, macho? —protestó Diego—. ¿Qué rollo es ese de que te has contratado a ti mismo? ¿Y por qué renuncias a un nuevo caso?

—Porque tengo que ocuparme de otro asunto, pero nos veremos en el cementerio. Y debéis prepararos, porque no voy a consentir lo que ha pasado.

Sara percibió un matiz de dureza en la voz del Gris.

—¿A qué te refieres?

—A que han ido a por mí —contestó el Gris—. Y voy a tener que explicar a alguien que eso es un error. Preparaos bien porque vamos a matar un vampiro.



3

Mario Tancredo abrió tanto la boca que a punto estuvo de dislocarse la mandíbula. No le ardía el pecho, pero sentía que se asfixiaba. Vomitó un alarido con todas sus fuerzas, que resultó ser un chirrido agudo, apenas audible.

Sintió torpes sus movimientos, recobraba la visión lentamente. Estaba sentado en una cama que no reconocía como suya. Se sacudió de encima unos cables adheridos a su piel. Un pitido irritante le taladró los oídos.

Sonó un golpe y un chisporroteo. Mario volvió la cabeza, a su derecha, a un paso de distancia. Había una estructura metálica de forma cuadrada, a una altura superior a la de su cabeza. De esa caja metálica sobresalía un objeto alargado... Un cuchillo si no se equivocaba.

—No soportó ese pitido —dijo una voz que no sonaba amistosa.

Mario se frotó los ojos. Distinguió una sombra alargada que se acercó a la cama.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

—En tu propio hospital. Eres el dueño de cuanto te rodea.

Su hospital, sí. Mario Tancredo era el dueño de varios hospitales, y de muchos más edificios y negocios repartidos por todo el mundo. ¿Le había pasado algo? Aquel hombre no era un médico, porque su bata no era blanca sino negra. Aún no veía con la suficiente claridad como para distinguir sus facciones, pero su pelo era de color...

—¿Gris?

—Unos segundos y recobrarás la vista. Tu mente se despejará.

Mario empezó a recordar. Le había prestado al Gris su alma como pago por el exorcismo de la que creía que era su hija, y supuso que se la acababa de devolver. Una experiencia poco agradable, pero había pasado deprisa. Como le había dicho el Gris, sus sentidos retornaban a la normalidad rápidamente. Le vio extraer su cuchillo del aparato que monitorizaba su estado y luego hacerlo desaparecer entre los pliegues de su gabardina.

La puerta se abrió. Entró un médico apurado que sostenía una radial en la mano.

—¿Se ha despertado! —dijo el médico sin disimular su asombro—. ¿Sabía que no...! ¿Pero quién es usted? —preguntó el médico, extrañado, mirando al Gris. El Gris le devolvió una mirada fría, no se movió, no dijo una sola palabra—. ¿Es un familiar?

Mario advirtió temor en el médico. La mirada del Gris, ciertamente, era demasiado fría. En sus ojos, inexpresivos por lo habitual, brillaba algo salvaje. Era sutil, pero Mario había tenido ocasión de tratarle lo suficiente para apreciar la diferencia. Algo muy importante había sucedido mientras el Gris tenía su alma.

—Nada de eso —respondió Mario al médico—. ¿Ese vagabundo tiene pinta de pertenecer a mi familia? Doctor, déjenos a solas.

—Pero tengo que examinarle —objetó el médico claramente desconcertado—. Lleva dos días en coma y...

—Y este es mi hospital —atajó Mario—. Sabe quién soy, ¿no? Ahora largo de aquí antes de que llame a Recursos Humanos. ¡Fuera!

El doctor titubeó un poco, pero al final se dio la vuelta y salió de la habitación.

—Ya vuelves a ser el de siempre —apuntó el Gris.

—Ha dicho que llevo aquí dos días. ¿Es cierto?

—Imagino que alguno de tus esbirros te encontró y te trajo aquí muerto de preocupación por si te había sucedido algo —dijo el Gris—. Agradece que no aprovecharan para arrojarte a un cubo de basura.

Mario todavía no se encontraba del todo bien. El grito que le había dado al médico le había producido un dolor agudo en la cabeza.

—Sé cómo tratar a mis esbirros, gracias. Eres tú el que no ha cumplido su parte del trato. Dijiste que confesarte solo te llevaría unas horas.

—Un pequeño retraso.

—Una infracción de nuestro acuerdo. No te voy a preguntar si sabes lo que pueden suponer dos días en el mundo de los negocios porque conozco la respuesta, pero me debes una explicación.

El Gris continuó sin hacer el menor movimiento. Ninguna emoción asomaba a su rostro.

—No te debo nada.

—Has tenido problemas, ¿no es eso? —Mario se recostó en la cama. Estaba recuperando la claridad de ideas y con ello la seguridad en sí mismo—. Interesante, sin duda, como todo lo relacionado contigo.

—Busco a un vampiro.

—¿Y piensas que yo voy a ayudarte? —preguntó Mario sin disimular su asombro—. Negociar no es tu fuerte, Gris. Acabas de negarme una simple explicación y puede que ese médico idiota hable y me relacionen contigo.

—Has dejado claro que no somos familiares, no temas.

—¿Familiares? Es tu aspecto lo que me preocupa. He estado en coma. Eso habrá afectado a las acciones de mis empresas. Y ahora, además de no poder explicar ni mi recuperación ni el coma, un médico contará por ahí que en mi habitación había un vagabundo. ¿Sabes los problemas que me causará eso?

—¿Tus inversores se retirarán porque no visto un traje caro como los tuyos?

—Mis inversores pueden irse al infierno. No entiendes nada, Gris. La historia es lo suficientemente llamativa para que corra por ahí entre los chismosos. Alguien la escuchará y atará cabos, sabrá quién es el mendigo, es decir, tú. ¿Crees que no hay espías en este hospital? Al menos un centinela y un hombre lobo están infiltrados entre la plantilla, y eso es solo el principio.

—¿Ningún vampiro?

Mario sonrió.

—Tenían problemas para cubrir el turno de día.

—Había una página en tu casa que les pertenecía.

—La que tú me robaste. ¿Crees que no sé que te llevaste el cuadro de Rembrandt? No me pidas ayuda, Gris, no tienes ningún derecho.

—Solo quiero saber dónde se esconden. Eso es todo.

Mario reflexionó antes de responder.

—Estás realmente desesperado, ¿verdad? El escondite de los vampiros es el mayor secreto que tienen, de ello depende su supervivencia.

—Tú no eres un cualquiera.

—Me halagas, pero eres un ingenuo. Ni siquiera a mí me revelarían lo que consideran su mayor debilidad.

—Entonces hemos terminado.

—¿Qué hay de mi mujer?

—No es asunto mío.

—Yo no lo veo de ese modo.

El Gris ladeó ligeramente la cabeza y entrecerró los ojos.

—Te ayudé. Gracias a mí descubriste la verdad sobre tu familia y Miriam murió.

—Y has cobrado tu precio —señaló Mario—. El que tú exigiste. ¿No ves lo que trato de explicarte? Podemos ayudarnos, Gris. Tú y yo no somos tan diferentes. Yo también trato de abrirme paso en un mundo donde los humanos corrientes lo tienen muy difícil.

—Es tu elección. Yo perdí ese privilegio.

—A mí también me miran con desprecio, Gris. No les caigo bien a los habitantes del mundo oculto. Sé cómo te sientes.

—No nos compares, Mario, por favor. Vi tu alma, ¿recuerdas?

—¿Y qué? ¿Insinúas que eres mejor que yo?

El Gris tardó un poco en responder.

—Causo daño a mucha gente, es en lo único que nos parecemos. Nunca me ha importado cómo seas, Mario, no es mi problema. Pero lo que vi en tu interior era muy claro. No eres de fiar.

—Más cosas de las que admites son tu problema, Gris, solo que no te das cuenta. Muy bien, vete, pero te advierto una cosa. Volverás a mí, y puede que ya no esté dispuesto a colaborar contigo. No te sobran los amigos como para ir rechazándolos.

El Gris dio un par de pasos hacia la puerta.

—No somos amigos.

—Una cosa más —dijo Mario en tono grave—. Voy a examinar mi alma. Oh, sí, te aseguro que dispongo de medios para conseguirlo. Si me la has jugado, si se te ha ocurrido hacerle algo... Te encontraré. Crees que me conoces, pero no sabes hasta qué punto tengo influencia. Y no hablo de mi imperio económico.

—Mario, te aseguro que hoy no es el mejor día para provocarme —repuso el Gris con mucha tranquilidad—. Hazte un favor y olvídate de mí. Tú verás si me quieres como enemigo. Poco me importa tener uno más.



Sabino abandonó la habitación de Mario Tancredo un tanto consternado. No había examinado al paciente, como era su obligación, pero no había sido decisión suya. En realidad, le habían dado una orden bien clara. El paciente era el dueño del hospital, por lo tanto su jefe, así que no encontró motivo para insistir.

Además, no le había gustado el tipo de la gabardina negra que estaba con él. Pocas veces se había topado con una mirada tan fría. Aquel hombre no era de los que invitaba a una conversación distendida, precisamente.

Agarraba la radial muy fuerte mientras recorría el pasillo de la unidad de cuidados intensivos, camino de la habitación del suicida, decidido a cortar aquella condenada pulsera. El truco que habían empleado las enfermeras para tomarle el pelo debía de ser muy bueno, y Sabino se había propuesto enseñarles hasta qué punto pensaba permitirles que se rieran de él.

Esperaba que la enfermera continuara en la habitación para ver su cara cuando le enseñara la radial. También porque tenía la sospecha de que enviarle a ver a Mario Tancredo había sido parte de su juego, ya que era imposible que aquel hombre hubiese estado en coma. Tenía que averiguar qué médico las estaba ayudando, el gracioso que había orquestado la broma o al menos participado en ella.

En lugar de la enfermera se encontró a otro médico, uno que no conocía, inclinado sobre el paciente y examinando la pulsera.

—Hola —saludó Sabino—. Este es mi paciente.

El médico ni siquiera se volvió. Solo veía su pelo corto y pelirrojo sobre una bata blanca.

—¿También te han hecho el trquito de la pulsera? —preguntó amigablemente—. Espera, que yo me ocupo de esto.

El médico se enderezó y encaró a Sabino.

—Aparta esa radial del paciente —dijo en tono amenazador.

Sabino se sorprendió un poco. El médico tenía el labio hinchado y un parche que cubría su ojo derecho.

—¿Quién eres? ¿Eres nuevo? No te conozco.

—Ahora yo me encargo de este paciente. Olvídate de él, ¿entiendes? Como si nunca lo hubieras tratado.

Hablaba con dureza. Sabino se sintió intimidado, aunque esperaba que no se le notara.

—No eres mi jefe —dijo rezando para que no asomara un temblor en su voz. La mirada del hombre del parche era casi violenta—. Si no te identificas, llamaré a seguridad. No voy a dejar a un paciente con alguien a quien nunca he visto en este hospital.

Y nunca olvidaría una cara con un parche como ese, pensó, aunque se cuidó de no decirlo en voz alta.

—Sabino, siento llegar tarde —dijo alguien con una voz familiar a su espalda. Se trataba del jefe de neurología, su superior, el que asignaba el trabajo y supervisaba todos los casos—. Te ruego que me perdones por esta informalidad. Las prisas. De ahora en adelante Edgar se encargará del paciente, no te preocupes.

Su jefe siempre sonreía. Era un tipo agradable, de voz suave y cuerpo redondeado por el exceso de grasa, con unos dientes brillantes que

le conferían una sonrisa deslumbrante.

—De acuerdo —dijo Sabino—. Puedo ponerle al día...

—No es necesario —le cortó su jefe—. Edgar está al corriente de todo.

—¿En serio? Incluida la pulsera que...

—¿Qué pulsera? —preguntó su jefe. La sonrisa creció más, hasta el límite.

—Pues... Esa, la de la mano derecha del...

—No veo ninguna pulsera —aseguró el jefe—. ¿Te encuentras bien?

Sabino dio un paso atrás sin darse cuenta. Se encontró con la mirada severa de Edgar, el médico del parche que ahora atendería a su paciente. Aquella mirada no auguraba nada bueno. Sabino vio una vez más la pulsera y se dio la vuelta porque no quería preguntarse si se estaba volviendo loco o si su propio jefe era capaz de haberse conchabado con los demás para gastarle una broma de mal gusto.

Sintió ganas de soltar una risa falsa y decir que ya le habían tomado el pelo bastante. Se llevaba bien con su jefe, que además era un hombre de trato fácil. El inconveniente era que Edgar parecía cualquier cosa menos un bromista.

—Entonces, si no me necesitáis más por aquí, me marcho —titubeó Sabino—. Tengo más pacientes que atender. Bienvenido, Edgar.

Extendió la mano, pero el otro hombre no se la estrechó.

—Desde luego. No queremos entreteneros más —sonrió su jefe.

Sabino asintió y giró sobre sus talones. Como no entendía nada, lo único que quería era salir de la habitación lo antes posible.

—Esa pulsera que has mencionado... —añadió su jefe con tono casual. Sabino se detuvo justo en la puerta, cuando ya tenía un pie fuera de la habitación—. Entiendo que no figurará en tu informe. No queremos añadir errores a los datos médicos, ¿verdad?

Sabino tragó saliva.

—Cierto —contestó.

Y salió antes de que pudieran decirle nada más. Fue directo a su ordenador para revisar qué había escrito en el informe del tal Ramsey, porque en ese momento era incapaz de recordarlo.



El claro estaba iluminado por una columna blanca que descendía de la luna. La luz caía justo en el centro, sobre un árbol grueso sin hojas, el único, porque el resto de aquella zona del cementerio de La Almudena gozaba de una vegetación abundante, más que nada helechos y hiedras que sepultaban algunas lápidas y colgaban de formaciones de piedra que se elevaban varios metros. Aquella vegetación solo podía encontrarse allí, en ninguna otra parte del cementerio.

El árbol tenía la corteza parcialmente arrancada y de su tronco nacían enormes ramas que se retorcían. Aquellas ramas esparcían la luz de la luna en todas direcciones. La luz se fundía con una niebla suave y confería al cementerio una atmósfera espesa y lechosa.

Sara dejó atrás los restos oxidados de una verja medio derruida y caminó por un estrecho sendero junto a las tumbas que asomaban entre la maleza, pisando ramas y hojas muertas. El Gris se encontraba un poco más allá del árbol central. Apenas era una sombra entre la bruma del cementerio que movía los brazos adelante y atrás con un chirrido rítmico. De espaldas a ella, se inclinaba sobre lo que debió haber sido un mausoleo en otro tiempo, pero que ahora no era más que el recuerdo de una esquina de la estructura original, ruinas que parecían a punto de desmoronarse y que, contra toda lógica, aún se mantenían en pie.

—Llegas pronto —dijo el Gris sin volverse.

La rastreadora se sentó cerca de él, bajo una antorcha, y apagó su linterna. El Gris dejó de afilar su cuchillo. Tenía peor aspecto que nunca: oxidado, cochambroso, desgastado, lo que no era de extrañar, si lo afilaba con los escombros de un antiguo mausoleo. El temblor de la mano aumentó. Aquella era el arma con la que ella había asesinado a un hombre.

—Tú nos has convocado, ¿no? El gato vino a buscarme hace poco.

El Gris asintió. El cuchillo desapareció en el interior de su gabardina.

—Me alegro de verte. ¿Mejora o empeora? —preguntó señalando la mano. Se sentó a su lado, cerca, aunque ella le sentía muy lejos.

—Ni lo uno ni lo otro. Es pronto. Álex dice que...

—Se equivoca. Ni el tiempo ni su compañía son la solución.

Sara convino en que él entendía mucho más de ambas cosas. Asumió por sus palabras y su actitud que estaba al corriente de su conversación privada con Álex, al menos con parte de ella.

—¿Cuál es la solución entonces?

—¿Has pensado en lo que te sucede? Nos salvaste, Sara, no solo a mí, sino a todos nosotros. Pero no puedes perdonarte. ¿Entiendes por qué?

—Porque maté a un inocente.

—Quien a su vez iba a matarnos a todos. No había otro modo. Tú crees que sí lo había porque así no tendrías que enfrentarte a tus actos.

—Es un argumento que se puede volver contra ti. Tú pensabas que era la única manera de vencer al fantasma porque así justificas los tuyos.

—Yo no necesito justificarme, Sara. Es de los pocos privilegios que tiene mi condición. Puedo asumir la culpa, el fracaso, el remordimiento, ¿qué es todo eso para mí? Pero nos desviamos de la cuestión. Tu mano no dejará de temblar porque no te gustas a ti misma.

—Qué tontería —repuso Sara—. No soy como tú. Que no acepte lo que hice no quiere decir que me niegue a mí misma. Yo, y tú aunque no lo creas, soy algo más que un acto, por trascendente que sea.

—Ahora por fin estás descubriendo cómo eres de verdad y no te gusta.

—Explicate —pidió Sara, ofendida.

—Muy pocas personas tienen que pasar por la experiencia de decidir si matan a alguien para salvar a otros. La gente ve esas escenas en películas, por ejemplo, y le gusta comentar lo que harían en realidad, imaginarse la situación. Pero tú la has vivido. En ese momento decisivo no se piensa, ¿verdad? Se actúa, se reacciona. Descubriste cómo es una parte de ti que no conocías. Una experiencia nueva, real, que ahora forma parte de tu ser.

—Fue un error, algo que no debería haber sucedido. Puedo asumirlo.

—Si eso es lo que realmente quieres, Álex sin duda te ayudará. Pero podría ser peor. Quizás no te desagradó tanto como pensabas. Es posible que tu rechazo sea forzado porque no quieres admitir que si la necesidad aprieta puedes llegar a cometer los actos terribles contra los que predicas a diario.

—¿Intentas ayudarme o perjudicarme?

—Tendrás que redefinirte, conocer tus límites, si es que los tienes.

—Los tengo.

—Muy rápido respondes. No pensabas igual antes de conocerme. Te advertí que acompañarme no sería agradable, verás partes de ti misma que no te gustarán y eso podría destruirte.

Sara se levantó, furiosa.

—¿Te refieres a que podría suicidarme? ¿Es así como me ves, destruyéndome a mí misma? Porque de eso entiendes mucho, ¿verdad?

—No puedes comparar nuestras situaciones. —El Gris permaneció sentado, solo se limitó a alzar un poco la vista.

—Yo tengo elección, tú no —recitó Sara, asqueada de ese argumento.

—No tanta como crees. En realidad, estás donde debes estar. Nadie me sigue sin un motivo. El Niño puede curarme sin que intervenga su maldición. Las razones de Álex ya las conoces.

—Eso es de lo más perverso que te he oído decir, Gris. El Niño te quiere de verdad.

—Una cosa no excluye la otra.

—¿Y yo también me beneficio de tu compañía?

—Tú encajas, como todos nosotros, porque no encajas en ninguna otra parte.

—Yo tenía una vida normal antes de que vinieras a buscarme.

—No tenías familia ni amigos de verdad. Solo contactos superficiales. Se nota que aprecias al Niño. ¿Nunca has querido tener hijos? Ninguna relación te ha salido bien, Sara. La gente te rehúye cuando pasa tiempo contigo. Siempre fue así en tus anteriores trabajos, por eso terminaste leyendo la buena ventura en una caseta de una feria.

—Aproveché mi capacidad para rastrear. ¿Es eso tan malo?

—La aprovechaste para esconderte. Tú sabes que no te aceptan, Sara, que todo el mundo se siente incómodo contigo. Lo notas. Nunca eres la mejor amiga de nadie, a tu lado las conversaciones no son tan profundas, no les gusta compartir confidencias contigo. Ese patrón se repite en todas tus relaciones.

—Tal vez... tal vez yo no tengo don de gentes, eso que hace que le gustes a todo el mundo, como el Niño, que es imposible no querer comérselo, aunque digan la mayor de las barbaridades. Yo no tengo esa suerte.

—No es suerte, es tu forma de ser. Eres demasiado buena, Sara.

—¿Qué? ¿Por qué iba eso a ser malo?

—Porque la gente no es como tú. No les gusta estar al lado de una brújula moral que nunca falla. La gente miente, engaña, y no quiere que tú se lo echas en cara. Cuando te negabas en el instituto a dejar que copiaran de tus exámenes o de tus deberes, tus compañeros te señalaban.

—No les delataba a los profesores.

—Pero marcabas la diferencia. Les mostrabas que tú siempre podías cumplir sin salirte del camino correcto. En tus trabajos, cuando nunca llegabas tarde ni cometías ningún error, los demás no podían evitar ver que ellos sí lo hacían. Tu presencia les recordaba que son peores, que ellos sí mienten, sí engañan, sí recurren a atajos alguna vez. A nadie le gusta que se lo recuerden constantemente, y es más fácil sentirse cerca de quien comparte tus defectos. Eres demasiado buena para este mundo, Sara, por eso no encajas. Por eso estás aquí, conmigo, con los que no encajan, con las excepciones y las rarezas. Sentada en medio de un cementerio al que nadie puede llegar.

Sara callaba. El Gris se levantó y la miró de cerca, a los ojos.

—Y por eso vas a abandonar el grupo, como querías hacer antes de que Álex te convenciera.

—¿Me echas? Dijiste que te alegrabas de verme.

—No mentía.

A Sara le costaba respirar, contenerse, el temblor de su mano se había extendido al cuerpo entero.

—No te dejaré, Gris. No entiendes por qué estoy contigo.

—Cuando acabemos con el vampiro, te irás —dijo el Gris, impasible.

Sara se dio la vuelta.

—Entonces me marcho ahora.

Él la sujetó por el brazo. La rastreadora se resistió, se revolvió. El Gris se mantuvo firme.

—Sombra no quiere matarme. Ha ido a por el padre Jorge. Le mató en una iglesia, a la vista de todos. Quiere que yo lo sepa. Si no voy por él, volverá a matar a alguien que me sea cercano... Por ejemplo, a ti, Sara.

—¿Me da igual! ¡Si vas a echarme, es mi problema!

—O tal vez al Niño.

—¿Al Niño? —La rastreadora dejó de forcejear.

—Es muy probable.

De pronto todo era más complicado. Sara se dio cuenta de que podría superar la muerte del Gris, pero no la del Niño.

—Entonces, tú lo impedirás —dijo furiosa—. Y ahora es tu turno de hablar. Se te da muy bien analizarme, pero qué hay de ti mismo.

—Yo no soy nada y lo sabes. No hay nada de qué hablar.

—Antes despreciaba esa actitud tuya, Gris, pero ahora creo que es una fachada, dices eso para no revelar todos los secretos que ocultas.

—¿Tan poco has llegado a conocerme? Yo no soy ningún misterio, siento romper el encanto. Dime, Sara, ¿qué es una persona en realidad? ¿Su aspecto, sus actos, sus sentimientos...?

—Si dices que su alma, te juro que te golpeo.

—Has entendido la pregunta.

—Es mucho más que eso. Es un conjunto, es todo eso y más, también es lo que hace sentir a quienes le rodean.

—Interesante. Partamos de tu punto de vista. Lo que yo hago sentir a los demás deriva de lo que me hicieron, lo que me robaron. Eso es lo que me define.

—Una simplificación absurda. O bien te haces el tonto o de nuevo te escudas en tu condición. No puedes discutirme lo que yo siento hacia a ti.

—No lo hago. Pero quiero decir que en lo que sientas pesa mucho el hecho de que no tengo alma y sus consecuencias, nada más. ¿Te gusta mi sentido del humor? ¿Mi opinión sobre el arte, la política, la música? ¿Te gusta cómo me relaciono con el mundo? ¿Y mi trabajo? ¿Mi familia? ¿Mi relación con mis vecinos? Dime, ¿qué aspecto, el que tú quieras, por el que hayas juzgado en tu vida a otra persona, te gusta de mí?

—¿Y tu interior? Tu modo de seguir adelante, de no rendirte nunca.

—Olvidas que hace poco estuve a punto de suicidarme. Yo también tengo un límite, aunque os guste a todos pensar que no es así. Todos me seguís porque no tengo alma, acéptalo.

—Me lo pones muy fácil. De nuevo recorro al Niño. Él te quiere.

—El Niño está acostumbrado a mí. Es el roce, el tiempo que llevamos juntos, y todo empezó por mi condición.

—Eres injusto con él.

—Lo explicaré de otra manera. Imaginemos que aquí, ahora mismo, aparece otro hombre sin alma. Ya no soy único. Puede hacer exactamente lo mismo que yo. Ahora dejemos a un lado que a mí me conocéis y a él no. Dime, Sara, ¿qué razones hay para seguir conmigo y no con él? ¿Qué me diferencia de ese hombre? ¿Qué soy en realidad?

Sara no respondió.

—No tienes una respuesta, ¿verdad? Yo tampoco. Se acabó el misterio.



Estaba oscuro, pero daba la sensación de que allí siempre había algo de luz, como si la luna concentrara su resplandor en aquella parte del cementerio.

—¡Ay! Su puta madre.

Diego retiró su pie dolorido y enfocó con la linterna una losa de piedra que sobresalía entre la vegetación. Una tumba, o más bien los restos que aún permanecían allí. El Niño lamentó no tener una maza para destrozarla, porque tenía la sospecha de que era la misma contra la que siempre tropezaba.

—Solo el Gris tiene la brillante idea de que nos veamos en un asqueroso cementerio —protestó—. ¿Y tú de qué te ríes?

El gato le miró con sus ojos verdes y movió el bigote. Diego estaba convencido de que aquel animal se burlaba de él. Le guiaba y disfrutaba haciéndole tropezar. En un lugar tan grande debía de haber muchas formas de llegar al claro en que se reunían, pero no, aquel bicho le hacía pasar siempre por ese mismo sitio. El Niño, además, estaba enfadado consigo mismo. Ya había ido muchas veces y debería poder recorrer el camino con los ojos cerrados, sabérselo de memoria, pero lo cierto es que se perdería entre tanta vegetación sin la ayuda del gato, no importaba cuántas veces fuera. Además, no le gustaba estar solo en un bosque lleno de muertos. Y menos de noche.

Diego no tenía claro si aquella parte de La Almudena era realmente un bosque. Su vegetación, frondosa y variada, compuesta en gran parte de hiedras y helechos, no concordaba con la del resto del cementerio, que era casi inexistente. Si alguien localizara aquel lugar, se sentiría desorientado. Naturalmente, esa posibilidad no podía darse, dado que nadie podía llegar hasta allí sin conocer el camino, o sin que se lo mostrara uno de los gatos del Gris.

El Niño trató de mantener al animal en el haz de luz de la linterna. El gato, por su pelo negro, parecía una sombra silenciosa que se deslizaba entre las hojas.

Hacía un poco de frío, se oían murmullos entre los árboles de cuando en cuando y Diego prefería pensar que las caricias que a veces sentía eran hojas o ramas y no telarañas. Al Niño no le gustaban las arañas.

—¿Y ahora por qué te paras? Vámonos, bicho, que no me gusta estar aquí... Ah, ya veo. ¿No podías haberlo hecho en el cajón de arena? No, claro. Pues nada, tómate tu tiempo, eh... ¡Oye! ¿También vas a cagar?

El gato erizó el lomo y volvió sus ojos hacia él.

—¿Qué pasa? ¿Te molesto? Pues sí que eres fino, macho. Venga, que ya estoy harto de esperar.

Esta vez el bufido fue mucho más largo. El gato convirtió los ojos en dos rendijas, asomaron los colmillos en un gesto feroz. Diego alzó las manos.

—Oye, bicho, tengamos la fiesta en paz. Mira, no te apunto con la linterna para que tengas intimidación. ¡Pero acaba de una puta vez!

El gato se puso tenso. De un salto se subió a la corteza de un árbol y trepó con la misma facilidad que si caminara por el suelo.

—No, no, ven. Baja. —Diego lo buscó con la linterna. Encontró al animal encaramado a una rama muy alta—. Venga, va, te juro que no te vuelvo a gritar. Baja, por favor. ¡No puedes dejarme solo aquí!... Lo siento, no quería gritar. ¡Te prepararé leche calentita en casa! ¡Y te rascaré! ¡Y no te lanzaré más zapatos si te comes mi comida o destrozas mi ropa! ¿Trato hecho?

De repente escuchó un sonido extraño, como un ronroneo constante. El Niño bajó la vista. A sus pies había un chucho pequeñajo que miraba al árbol con mucha atención. Parecía un perro abandonado porque no tenía collar y desde luego no era de raza.

—¿Esto es lo que te da miedo? —le dijo al gato—. Este pobre chucho raquítico. ¡Pero si tú eres más grande que él! Anda baja de una vez. —Miró al perro con temura—. Pero si es una monada... ¿A que sí, chiquitín?

El perro estalló en una demostración de ira descontrolada. Vomitó ladridos que acompañaba de pequeños saltitos contra el árbol al que se había subido el gato. Daba la impresión de emplear toda su energía y de no cansarse nunca. Una exhibición lamentable de ferocidad, no solo por su reducido tamaño. El ladrido del perro era agudo y no imponía mucho respeto, más bien sonaba ridículo. Aunque sí era molesto.

Diego suspiró. Se agachó para coger una rama y tirársela al animal, por si se distrajera, pero justo en ese momento el gato bufó y huyó. Saltó a la rama de otro árbol y se perdió entre la maleza.

—¡No! Buena la has hecho, chucho. Ahora cómo... —El perro salió disparado y también desapareció—. Eso. ¡Dejadme solo!

Un crujido retumbó a su alrededor. El Niño se giró a tiempo de ver un árbol caer hacia un lado y derribar a otro. Resonaron hojas y ramas aplastadas, varios arbustos se removieron. En el hueco que había dejado el árbol caído asomó una sombra gigantesca de al menos tres metros de altura. Diego alcanzó a ver dos ojos entrecerrados y un cuerpo enorme, de anchos hombros y brazos inmensos.

Se dio la vuelta y corrió tan rápido como pudo.



—He venido solo —anunció una voz tras ellos—. Estoy desarmado.

Sara advirtió un movimiento rápido en el Gris, un medio giro que levantó una onda negra a su espalda. Luego se quedó quieto, la gabardina descendió y envolvió sus piernas. En su mano derecha descansaba el cuchillo.

—Detrás de mí —ordenó el Gris.

La rastreadora obedeció, se colocó detrás de las ruinas en las que poco antes el Gris afilaba su arma. Sonaron pisadas sobre las ramas y las hojas secas. Una figura se recortó contra la niebla. Se acercaba despacio, sin ocultarse.

—¿Le conoces? —preguntó el Gris.

Demasiado alto para ser el Niño y no tanto como para ser Álex. La rastreadora imaginó que el Gris prefería no fiarse de su visión

deteriorada y que por eso le preguntaba.

—No le veo con claridad —apuntó Sara—, pero no me suena de nada. ¿Puede ser Plata en un nuevo cuerpo?

Si el Gris consideró esa posibilidad, no lo reflejó en modo alguno. La rastreadora veía los nudillos blancos en la mano que aferraba el cuchillo. El desconocido se detuvo a unos diez pasos de distancia del Gris. Tenía las manos en alto con las palmas hacia adelante, un gesto de buena voluntad que confirmaba que en efecto no portaba arma alguna. Sus ojos, sin embargo, no eran tranquilizadores. Aquel hombre tenía una mirada afilada que apuntaba directamente al Gris.

—¿Puedo bajar los brazos?

—Puedes —concedió el Gris—. Puedes también explicarme cómo nos hemos encontrado en este lugar, o tus brazos se quedarán aquí después de que te eche a patadas.

—Me ha seguido a mí —dijo Álex, surgiendo de no se sabía dónde. De repente estaba junto a Sara—. ¿No es así, amigo?

—No he tratado de ocultar mi presencia —contestó el hombre.

Álex y el Gris intercambiaron una mirada. Solo movieron los ojos, pero Sara supo que se habían entendido a la perfección.

El Gris guardó el cuchillo, se acercó al desconocido y se detuvo justo delante de él. Sara y Álex permanecieron unos pasos atrás. El hombre sostuvo la mirada del Gris durante varios segundos, y ambos permanecieron inmóviles. Así hasta que el Gris le derribó de un puñetazo.

—No ha contestado a mi pregunta.

—Tú amigo ya te ha dicho que...

El Gris le dio una patada.

—Te he preguntado a ti, no a mi amigo.

El intruso escupió sangre en el suelo.

—He seguido al muerto, sí. Así he llegado hasta este sitio.

La rastreadora se quedó muda de asombro al oír que aquel hombre conocía el secreto de Álex. Sobre todo porque continuaba con vida, incluso después de haber hallado el refugio del Gris.

El desconocido tosió, escupió de nuevo. Primero apoyó las manos, luego se levantó con esfuerzo. Se colocó delante del Gris y le miró con gesto desafiante, a pesar de la sangre que manchaba su barbilla.

—No he venido a pelear, como has comprobado. Me llamo Piedra y...

—¿Piedra? —preguntó Sara sin darse cuenta.

—No te diré su nombre real —aclaró Álex—. Siempre usan un apodo para encubrir su identidad.

La rastreadora estudió con curiosidad al llamado Piedra. Trató de ver más allá de su desafortunado semblante y profundizar en los ojos. El Gris y Álex sabían algo de él que ella ignoraba.

—El muerto tiene razón —dijo Piedra—. En general el anonimato es mi vida, pero ahora es diferente. Si te interesa de verdad, te puedo revelar la identidad que más tiempo he utilizado. Soy miembro de la Policía y...

—Ya te he dicho que no nos interesa —le cortó el Gris—. Nos interesa que te marches ahora mismo. Es la última oportunidad que te doy de salir de aquí por tu propio pie.

Piedra, una vez más, no se amedrentó y sostuvo la mirada del Gris.

—Yo me llamo Sara —dijo la rastreadora metiéndose entre ellos. Le tendió la mano a Piedra, quien se la estrechó con indiferencia—. Este no es el mejor momento para que le lleves la contraria, te lo aseguro. El Gris no está de muy buen humor últimamente. Ha pasado por... cosas, y creo que...

—No hace falta que sigas hablando para prolongar nuestro apretón de manos. —Piedra sonrió—. ¿Quieres que sigamos? Dime, rastreadora, ¿cómo esperas que alguien como yo conserve su anonimato si cualquier aficionado pudiera descubrirme con solo tocarme?

Sara soltó la mano y retrocedió.

—¿Por qué no ha funcionado? —preguntó mirándose la mano.

—Yo diría que ha funcionado perfectamente, al menos para mí. A ver qué tal lo hago —dijo Piedra—. ¿Sabías que estás muerta, Sara?



—No sé cuántas veces voy a tener que repetirlo, pero la paciencia no es una de mis virtudes —bufó Mario Tancredo mientras terminaba de ponerse los zapatos—. Me encuentro perfectamente. Soy el más sano de todo este hospital, mi hospital, y de todos modos no dejaría que me pusiera la mano encima un médico con un parche. Así que desaparece de mi vista antes de que llame a Recursos Humanos y les pregunte por qué han contratado a un médico con un solo ojo.

—Sé que tu salud es envidiable —repuso el médico cerrando la puerta de la habitación—. Es lo que tiene hacer tratos con ciertas... personas, ¿verdad?

Mario se enderezó y estudió al hombre con atención. Descartó enseguida que se tratara de un vampiro, a menos que el ojo estuviera sano y el parche lo llevara por otra razón. Era de noche, sí, incluso podría tratarse de un tipo atractivo a pesar de su cabello pelirrojo, un color que le desagradaba profundamente en los hombres. Lo que le descartaba casi inmediatamente como posible vampiro era esa herida a medio curar de su labio.

—Así que te has apropiado de una bata de mi hospital para hacerte pasar por médico. Te importa que nadie sepa que estás aquí hablando conmigo, ¿me equivoco?

—Me llamo Edgar y soy un centinela.

—Casi prefería que hubieras sido un médico de verdad. Lárgate, Edgar, o como te llames. Seguro que sabes quién soy. Os dejo curiosear en mi hospital y tengo a algunos de vosotros en plantilla, tanto aquí como en varias de mis empresas, pero ahora no estoy de humor para...

—No estoy aquí por tus asuntos privados —aseguró el centinela.

Debía de referirse a sus antiguos tratos con los demonios. Mario advirtió la determinación de Edgar y se preguntó qué podría estar

tramando. Su relación con los centinelas siempre había sido tensa. Ahora, después de que Miriam muriese en su propia casa, estaba peor que nunca.

—¿Asunto oficial o personal?

—Oficial —contestó Edgar—. Pero también confidencial.

—Me gusta. Estas cosas tienen un precio, como bien sabrás.

Mario miró instintivamente a su alrededor, en busca de una botella que contuviese alguna bebida alcohólica, la que fuese. Se sentía mejor negociando con algo de alcohol en el estómago. Obviamente, no encontró nada. Cada vez tenía más ganas de abandonar aquella maldita habitación de hospital.

—Los centinelas no tenemos dinero. No tanto como tú, en cualquier caso.

—¿Quién habla de dinero?

Edgar asintió.

—No partes de una posición muy cómoda. Seguro que lo sabes. Solo tengo que insinuar que hay pruebas de que tú mataste a Miriam y tendrías a media docena de centinelas husmeando en tus asuntos. Y esos asuntos son de los que siempre contravienen alguna norma, ¿me equivoco?

—Te refieres a vuestro código, ¿no? —Mario le devolvió la sonrisa—. Ese que imagino te estás saltando para lanzar una amenaza tan infantil. Debes de ser un centinela muy bajo, un peón, porque no sabes con quién tratas. Adelante, insinúa lo que quieras. ¿Piensas que mantengo mi posición por pura suerte? ¿O que no conozco vuestras normas? Te daré una pista, novato. Sigue molestándome y me enteraré de quién es tu obispo. Luego él y yo charlaremos, porque te aseguro que ya he mantenido tratos con más de uno, y durante la charla me aseguraré de hablar de ti. Y cuando yo hablo de alguien, hay consecuencias, siempre. Así tal vez aprendas cómo funciona el mundo, hijo.

—Estoy al corriente de la corrupción que anida en nuestra organización. Pero esta vez es diferente. Mi misión proviene directamente de un ángel. Es demasiado importante como para que incluso tú puedas interferir. ¿Quieres seguir jugando a las amenazas o prefieres tomarme en serio?

Definitivamente necesitaba una copa.

—Sé breve —bufó Mario—. No soporto este hospital.

—Persigo a alguien muy peligroso.

—Detalles, centinela, quiero detalles o esta conversación perderá su interés.

—Llevo tres años detrás de un infractor del código, uno de los peores.

Mario alzó una mano.

—Ese dato, el de los tres años, y la herida que tienes en el labio no ofrecen una buena imagen de tus capacidades. Quiero saber ahora mismo si estoy hablando con un simple esbirro al que mandan a limpiar la mierda que dejan los demás. De ser ese el caso, te pondré en contacto con alguno de mis becarios, o esperaré a que llegue alguien más capacitado para entender que yo no pierdo el tiempo tratando con lo más bajo de la jerarquía.

Edgar resopló.

—Persigo a uno de los sujetos más peligrosos por orden directa de un ángel —recalcó, respirando de modo que quedara claro que él tampoco andaba sobrado de paciencia—. Está relacionado con el suicida que ocupa una habitación de este mismo pasillo.

—¿Suicida? —se extrañó Mario.

—¿Finges? Se trata de alguien que conoces personalmente.

—¿Cómo dices?

—¿Me tomas el pelo? —Se indignó el centinela—. ¿Pretendes hacerme creer que no sabes de quién hablo?

Mario varió su expresión, se alisaron las arrugas de su frente.

—Digamos que llevo una temporada ocupado con mucho trabajo y no estoy al corriente de los últimos sucesos. —El magnate empezaba a estar interesado—. Ponme al día.

El centinela le relató lo sucedido en la azotea del edificio. Mario escuchó con atención.

—¿Ramsey? ¿El lunático del sombrero y el bastón?

—El mismo.

Mario revivió en un instante la imagen de sí mismo echando a Ramsey a patadas de su casa. Aquel idiota había estado a punto de perder una mano entre las fauces de su hija mientras tarareaba una especie de melodía con los ojos cerrados, un método que supuestamente la liberaría del demonio que en aquel entonces creía que la había poseído. Ramsey había resultado el peor exorcista con el que Mario había tenido la desgracia de tropezarse.

—De modo que en coma... —murmuró Mario. No era probable que guardara relación con él, pero le desagradaba la coincidencia—. Cinco pisos dan para convertirse en papilla.

—No morirá —le aseguró Edgar—. Ese hombre permanecerá en coma indefinidamente. Y sí, es un ser humano corriente.

—Pero el tipo que persigues no. Déjame adivinar, hay runas prohibidas de por medio o no sería un caso tan importante para un centinela.

—Las hay, en efecto. Son las causantes de su estado. El hombre que persigo es quien las utiliza y no dejará que Ramsey muera.

—¿Me necesitas para averiguar quién es?

—Sé quién es. Se trata de la policía que fingió tratar de salvarle. Aunque esa identidad ya no la volverá a adoptar nunca, por lo que no nos sirve de nada. Pero vendrá a por su presa y es cuando yo...

—Un momento —le interrumpió Mario—. Te vuelves a olvidar de un detalle esencial. Si voy a involucrarme en esto, y dudo mucho que lo haga porque aún no veo en qué me beneficio, quiero saber quién es ese tipo. Estás dando rodeos para no decirlo, pero exijo saber a quién nos... a quién te enfrentas. Yo evaluaré si de verdad es tan peligroso como aseguras. Habla.

—Como quieras...



Sara palideció ante las palabras de Piedra. El Gris y Álex se miraron.

—No, no estás muerta —continuó Piedra sin dejar de observarla—. Creo que me he precipitado un poco. Pero lo estuve. Hace mucho tiempo... ¿Se te paró el corazón, tal vez? Estuviste muerta más de medio minuto, de eso estoy seguro. ¿Cuántos años tenías? ¿Diez? ¿Menos?

—¡Cállate! —gritó la rastreadora.

El Gris apartó a Sara a un lado con suavidad, para encararse de nuevo a Piedra.

—Oh, entiendo —razonó Piedra—. Tus amigos no lo saben, ¿verdad? Me pregunto por qué no se lo has contado.

—Gris, ¿cómo lo sabe? ¿Me ha espiado?

—No.

—¿Es un rastreador?

El Gris apretó los puños.

—No. Y no va a ser nada en absoluto porque ha perdido su oportunidad de largarse cuando se lo dije.

—Álex, ¿quién es este hombre y por qué sabe tanto de nosotros? —preguntó Sara sin esconder su miedo.

—Es un nigromante —contestó Álex—. Y sabe demasiado. Mátalo, Gris.



—Eso aclara lo de las runas prohibidas —asintió Mario—. Hay muchos nigromantes. ¿Por qué es ese tal Piedra tan peligroso?

—No estoy autorizado a hablar sobre las runas que emplea...

—Es decir, que no lo sabes.

—Es muy hábil ocultándose. Ha conseguido evitarnos durante años. De repente ha abandonado su identidad más segura como miembro de la Policía y se ha mostrado públicamente al intervenir en el suicidio. Planea algo muy serio.

—¿Tienes pruebas?

—Lo conozco bien.

—Atraparlos te reportaría algún beneficio, ¿me equivoco? No estaría mal conseguir el favor de un ángel, ¿eh? No pongas esa cara, a mí no me molesta. Entiendo ese modo de pensar más de lo que crees.

—Atraparlos es cumplir con mi trabajo y poner a salvo a incontables inocentes.

—Si insistes en jugar al centinela bueno... Tú mismo. Entonces, dime, ¿qué quiere de ese pobre desgraciado que está en coma?

—Todavía no lo sé —admitió Edgar—. Pero es parte de su plan, una pieza indispensable.

—Aún no veo qué tiene que ver todo esto conmigo, salvo porque sigo con la irritante sensación de que pierdo el tiempo con asuntos que no me incumben. Si vas a asustarme con el cuento de que hay un nigromante que me persigue, tendrás que hacerlo mejor.

—Tú no estás en peligro directo. No va a por ti, Mario. Su siguiente objetivo es el que debería estar preocupado. Preocupado de verdad.

—¿Y quién es?



Sara entendió por qué Piedra había sido capaz de seguir a Álex a través del cementerio de La Almudena hasta el claro. También por qué el Gris y Álex no se habían extrañado. Ellos debían de saber que Piedra era un nigromante.

En realidad, creía entenderlo, porque las explicaciones que recordaba del Niño acerca de las actividades de los nigromantes habían sido bastante vagas e imprecisas.

—Entonces —dijo—, tú estudias a los muertos, ¿no?

—Los muertos no —contestó Piedra—. La muerte.

—¿Qué diferencia hay?

—Desde mi punto de vista, mucha.

El Gris sacó el cuchillo una vez más y acercó su hoja mellada a la cara de Piedra. El nigromante hizo gala de una confianza en sí mismo digna de envidia, porque sin duda estaba al corriente de quién era el Gris. Aunque quizá no sabía que había estado a punto de morir por culpa de un vampiro y que no era el mejor momento para jugar con él.

—¿De verdad vas a matarme? —preguntó Piedra—. ¿Por qué? ¿Os he amenazado a alguno? ¿He demostrado acaso alguna mala intención con vosotros?

—Me estás haciendo perder el tiempo —contestó el Gris—. Escuché tu plegaria y no quiero aceptar tu caso, sea el que sea. No me interesa. Estoy cansado de que todos queráis jugar conmigo para vuestros experimentos.

Sara recordó el gato que Edgar entregó al Gris en la iglesia. Debí de transmitirle la plegaria de Piedra, lo que aclaraba que el Gris estuviese al corriente de que un nigromante quisiera contratarle.

—¿Jugar contigo? —Piedra dio un paso atrás, se alejó del puñal despacio—. Un hombre sin alma... Tu muerte, Gris, es la menos

interesante que puedo imaginar. ¿Qué aprendería de ella? No se me ocurre un ser más aburrido para un nigromante que tú.

El Gris pareció meditar sobre ello unos segundos. Luego miró a Álex.

—No creo que sea tan estúpido —respondió Álex a esa mirada.

—No lo soy —asintió Piedra—. Nada me gustaría más que poder aprender de un muerto, pero sé que es imposible. No hay modo de obligarles, y aunque lo hubiera, ellos tienen prohibido hablar de la muerte.

—¿Es cierto? —preguntó Sara.

Álex ni negó ni confirmó nada. Ni siquiera parpadeó.

—No te molestes —continuó Piedra—. Él nunca dirá nada al respecto.

—Lo que nos deja solo a una persona que te pueda interesar —concluyó el Gris, volviéndose hacia Sara—. Solo hay un alma entre nosotros que abandonará su cuerpo cuando muera.

—¿La mía? —Sara se llevó las manos al pecho, intranquila.

—La de todo el mundo en realidad —explicó Piedra—. Excepto él —añadió señalando al Gris—. Pero no, no he venido por ti, rastreadora.

—Entonces, ¿a quién buscas aquí?

—Debería ser evidente, por eliminación —respondió Piedra—. Plata no muere, cambia de cuerpo, de modo que poco se puede aprender de sus saltos. —Hizo una pausa, pero ya sabían todos a quién iba a mencionar antes de que lo dijera—. Al Niño, por supuesto, el más interesante de todos vosotros con mucha diferencia.



Mario Tancredo dejó escapar una risa de resignación. No era una buena señal para alguien que le conociera.

—¿No sabes a quién persigue? ¿Tres años detrás de él y no lo sabes?

Edgar tensó ligeramente los músculos de la cara.

—Sé que el suicida, si de verdad Ramsey saltó del edificio, es parte de su plan.

—A mí todo eso no me importa. Los nigromantes no matan. Todas esas historias sobre que atraen la muerte son falsas, cuentos. Es posible que las inventéis vosotros, los centinelas.

—Hay muchos rumores sin sentido al respecto, y es cierto que la mayoría de ellos no mata, pero Piedra sí. Lo ha hecho antes y lo volverá a hacer. Tú puedes ayudarme a cogerle.

—La gente muere todos los días —dijo Mario sin pestañear—. No me conoces si vienes a mí en busca de ayuda para los demás. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Para que otros se aprovechen de mi esfuerzo? ¿Para que se beneficien tus ángeles, los que han prohibido ciertas runas sin explicar el motivo? Hace mucho que dejé de ser un ingenuo. Si los ángeles quieren prohibir el uso de ciertas runas y etiquetarlas como nigromancia, que sean ellos los que resuelvan los problemas que se deriven de esa decisión. Yo no soy su siervo, y no trates de utilizar conceptos tan absurdos como el bien común. ¿Crees que soy un político? Hijo, si tuviera paciencia, te explicaría cómo es el mundo en realidad, pero sería perder el tiempo, porque los que son como tú, los que se arrastran ante cualquier otro, un ángel o quien sea, merecen el destino que otros dispongan para ellos.

Edgar negó con la cabeza.

—No quería llegar a esto, pero tengo que recordarte que tu poder económico y político no te protegerá de mí o de los centinelas. Ni tus amigos tampoco. ¿Sabes que se rumorea que mantienes relaciones con los magos?

—Mentiras sin fundamento alguno.

—Es posible. A mí no me importa, pero tus actividades llaman la atención. Cada vez son más numerosos los informes en los que aparece tu nombre. ¿Quieres enfrentarte a mí ahora? Muy bien. Crea otro conflicto con un centinela después de que Miriam muriese en tu casa, y te investigarán más todavía. ¿Quieres arriesgarte a que descubran todos tus negocios turbios en el mundo oculto por rechazar una propuesta que ni siquiera me has dejado hacer todavía? Yo creo que estás mucho más implicado aparte de esa relación con los magos que tan rápido has negado, pero la elección es tuya.

Mario Tancredo midió a Edgar durante unos segundos.

—De acuerdo, te escucharé. Procura que nada de esto interfiera con mis negocios o comprobaremos quién sale más perjudicado de una confrontación entre tú y yo. Sinceramente, no creo que puedas atrapar al nigromante. Esa es la verdadera razón por la que esto me parece una pérdida de tiempo. Y si lo consiguieras, no le sacarías nada. Los nigromantes son muy celosos de sus secretos y son tan buenos escondiéndose como los vampiros. Todo esto es absurdo.

—Veo que los conoces bien.

—Me gusta estar informado. Mira, Edgar, te haré un favor. Una vez tuve a uno en mis manos. Ni siquiera era un nigromante de verdad, solo un aprendiz que aspiraba a que su maestro le iniciara en su arte, como ellos lo llaman. Puedo ser muy persuasivo cuando decido arrancarle información a alguien, te lo aseguro. ¿Sabes lo que conseguí? Nada. El aprendiz se suicidó antes que traicionar a su maestro. Y ni siquiera pude averiguar cómo logró quitarse la vida.

—Eso no es raro. Algunos aprendices pasan décadas con sus maestros hasta que se ganan la confianza de recibir los secretos. Y todos aprenden a quitarse la vida como primera lección. Torturarles es una estupidez, un error de novato.

—Me lo dice quien lleva tres años sin atrapar a su presa.

—Te lo dice quien ha cometido ese mismo error.

—Entonces dime cómo piensas capturarlo, Edgar. Ardo en deseos de saber lo que tu dilatada experiencia te ha enseñado.

—Este nigromante en concreto es extremadamente peligroso, pero también comete errores. El suicida, el que tienes en tu hospital en estado de coma, es un ejemplo.

—¿Lleva un anillo? —preguntó Mario.

—Una pulsera.

—No me convence. Has dicho que se dejó ver ante toda la prensa. Si suponemos que no es idiota, y detesto subestimar a un oponente, habrá contado con ello. No podrás sacar nada de las runas de la pulsera que te conduzca hasta él.

—Discrepo —dijo el centinela muy firme—. Para empezar, me ha subestimado a mí. Es poco probable que sepa cuánto le he estudiado estos años. Con tiempo, yo puedo descifrar las runas de esa pulsera.

—No pretendo ofenderte, pero lo han intentado antes que tú... Y dime, ¿ese es el único error que ha cometido? ¿Subestimarte? —añadió Tancredo con escepticismo.

—Y otro más. Creo que no tiene tiempo, que se ha visto obligado a hacer lo que ha hecho porque no le ha quedado más remedio. Ramsey es una parte esencial de su plan. Y yo puedo descifrar las runas de la pulsera a tiempo de frustrar sus planes.



Primero apareció el gato. De un salto raudo y ágil se posó en el suelo sin hacer apenas ruido. Tenía las orejas hacia atrás y los ojos verdes entrecerrados, y corría a toda velocidad.

Después se escuchó el grito de Diego.

—¡Grrrrrrr!

El Niño irrumpió en el claro por el mismo punto en que había llegado el gato. Tenía la cara manchada de tierra y restos de hiedra colgando alrededor del cuerpo. De la capucha de su sudadera asomaban varias hojas de helechos. En sus brazos llevaba un pequeño perro que no paraba de ladrar. Si el gato había sido sigiloso, Diego era todo lo contrario. Tropezó con una rama seca y no cayó al suelo porque los restos del antiguo mausoleo lo frenaron.

—Si mueve un solo dedo, me lo decís —dijo el Gris refiriéndose al nigromante.

Dio dos pasos rápidos en la dirección en la que venía Diego corriendo y flexionó las rodillas en preparación del impacto. El Niño, como no podía ser de otra manera, terminó en sus brazos tras abalanzarse sobre él.

—¡Un monstruo! ¡Gigante! Me persigue. —Diego jadeaba por la carrera, le costaba hablar—. Por allí... Es enorme, Gris... Da un miedo que te cagas.

—Quédate a mi lado y respira, recupera el aliento o no podremos entenderte.

Luego se volvió.

Piedra negó con la cabeza.

—Yo no tengo nada que ver con eso —aseguró el nigromante.

—Álex. —El Gris hizo un gesto con la cabeza.

Álex se alejó y se perdió entre la vegetación. Sara dudaba. Quería acercarse a Diego y tratar de tranquilizarle, pero el Gris le había pedido que vigilara a Piedra, así que eligió no moverse de su lado. El nigromante no daba la impresión de estar preocupado. Lucía una expresión de calma total, de paciencia.

—Ha sido la hostia —explicó el Niño con la respiración menos agitada—. Creo que arrancó un árbol y todo. Tenías que haberlo visto, macho. A lo mejor era un dragón, como dice Plata. Gris, vámonos, en serio. Ese monstruo te partirá la cara si... ¡Eh! ¿Quién es ese tío tan feo?

Había acompañado las explicaciones con gestos de manos y una colección de muecas y expresiones que lo único que dejaban claro era el miedo que había pasado el Niño. Pero en cuanto vio a Piedra, su interés en aquel supuesto monstruo se desvaneció.

El perro dejó de ladrar y correteó alrededor de todos ellos. Al final se quedó junto a Sara y frotó el lomo contra su pierna. El gato había desaparecido.

—¿Y este perro? —preguntó la rastreadora.

Diego dejó atrás al Gris, que seguía pendiente de vigilar los alrededores, y caminó hacia ellos.

—Me lo voy a quedar, a ver si espanta a ese maldito gato. Está un poco guarro, pero pienso darle un buen baño.

—¿Tanta manía tienes al pobre animal?

Sara le seguía la corriente para que dejara de pensar en ese monstruo imaginario, porque le conocía y sabía que era capaz de obsesionarse.

—Lo odio —bufó el Niño—. ¿Sabes cuántas horas paso acariciando a esa bola de pelo negro? Duerme conmigo y le he comprado la mejor caja de arena de todo Madrid, pero ese cerdo se ha meado en mi cama. ¡Y no solo una vez! ¡Me tiene harto! ¡Vaya! —exclamó mirando al perrito—. Parece que le molas, ¿eh, Sara? —Luego se plantó delante de Piedra, sin dejar de hablar en ningún momento—. ¿Eres nuevo, tío? Dabuti. Yo soy Diego, y digan lo que digan no soy un niño. Soy el único sensato de este condenado grupo. Tengo que decirlo, macho, no tiene sentido retrasarlo: eres feo, ya lo creo. ¡Menudo callo! Pero a mí eso no me importa. Venga, choca esos cinco, compañero.

—Es un nigromante —dijo Sara.

El Niño retiró la mano que había alzado y la pasó por su cabeza, fingiendo que se colocaba su pelo alborotado.

—No jodas —dijo retrocediendo hasta Sara—. ¿El Gris va a fichar a un carroñero de estos? Hurgan en los cadáveres, ¿lo sabías? A mí eso no me va a nada. No me parece higiénico. Eh, feo, ni se te ocurra acercarte. Ahí, a dos pasos de distancia como mínimo.

El Gris se reunió con ellos.

—Ahí fuera no hay nadie —anunció—. Pero lo había, porque el Niño no miente. Si tramas algo, Piedra, serás el primero en lamentarlo.

—¿De verdad se llama así? —preguntó Diego—. Bueno, ¿de qué va esto? ¿Me lo va a contar alguien o a mí que me den por...?

—No es un nuevo miembro del grupo.

—Menos mal —suspiró Diego.

—Ha venido a hablar contigo.

El Niño se quedó paralizado durante unos segundos.

—¿Me voy a morir? ¡Lo sabía! ¡Su puta madre! Siempre creí que tú la palmarías antes que yo, Gris, te llevas todas las hostias. ¿Cuánto me

queda? Tengo que despedirme de Plata. ¡Sara! Tienes que darle a ese lunático cazadragones de mi parte...

—Niño, cálmate. —El Gris le sujetó por los hombros, se agachó un poco para poder mirarle a los ojos—. Olvida tus paranoias, ¿quieres? Nadie puede saber cuándo vas a morir.

—Pero estos buitres es lo que hacen, ¿no? Estudian a los moribundos. ¡Lo has dicho para que me tranquilice!

—He dicho la verdad.

—¡Promételo!

—Lo prometo.

—¡Genial! —Diego saltó y rodeó el cuello del Gris con los brazos—. Te quiero, tío. Bueno, ya está bien, que vamos a parecer unos blandos. Venga, suéltame ya, no seas pesado.

El Niño se soltó. El Gris, que no había llegado a devolverle el abrazo, se enderezó. Sara creyó escuchar un leve crujido en el cuello del Gris cuando ladeó la cabeza, pero apenas tuvo tiempo de reflexionar sobre ello. El perro, que continuaba a sus pies, jadeaba con la boca abierta y la miraba con insistencia. Sara sacudió la pierna, para zafarse del animal. No resultó.

—Me gustaría hacerte una propuesta —le dijo Piedra al Niño—, ahora que te has tranquilizado respecto a mis intenciones.

—¿Tranquilizado? Ni de coña. Gris, ¿por qué me busca el feo este?

—Ha prometido hacerte una propuesta y luego marcharse por donde ha venido, ¿verdad?

—Cierto —asintió Piedra.

Diego le miró con aire suspicaz.

—Paso. Me liaré con runas chungas, de esas que están prohibidas. ¿Te crees que me chupo el dedo, pedrusco?

—Están prohibidas, sí. Eso solo significa que alguien no quiere que se descubra de lo que son capaces esas runas. ¿Tienes miedo?

—Nos ha jodido que lo tengo.

—¿No has pensado alguna vez por qué las prohibieron? Los ángeles no quieren que aprendamos más de lo que ya sabemos. Pretenden mantenernos en la oscuridad para controlarnos mejor a todos, de ahí la prohibición. No pensé que precisamente tú, Niño, tuvieras reparos en saltarte las normas de quienes te impulsaron la maldición.

—Ahí le has dado —convino Diego—. Ese rollo ya me mola más.

Sara se acercó al Niño.

—No puedes estar considerando esto en serio. Dime que no lo harás.

—Eh, que solo he dicho que paso de los ángeles. No que vaya a creerme lo que diga pedrusco.

—No finjas ser un científico preocupado por los demás —intervino el Gris—. Exploráis la muerte.

—Somos mucho más que científicos —aseveró Piedra—. Somos los únicos que nos atrevemos a investigar la muerte, aunque por ello nos persigan y nos acusen de saltarnos un código arbitrario. Nos vemos relegados al anonimato y la clandestinidad para sacar a la luz los secretos que se nos ocultan a todos. Pero llevas razón en que no lo hacemos por los demás, al menos yo no. Claro que mis motivaciones no importan, ¿o sí? Lo que importa es lo que puedo ofrecerte, Niño. Los ángeles tienen miedo de lo que podemos descubrir, por eso nos cubren bajo ese falso manto de muerte y tratos oscuros, incluso nos comparan con ciertas prácticas de los demonios. Son cuentos, tonterías para engañar a los ingenuos.

—El caso es que yo me las creo... —confesó el Niño desviando la vista, avergonzado.

—¿Qué hay de ti, Gris? Tú no lo crees o no me dejarías hablar ahora. Tú sabes que hay mucho más de lo que conocemos, tú eres el ejemplo viviente de que las normas que nos han inculcado son mentira. No eres una excepción como te han hecho creer siempre, ni un engendro de la naturaleza. Tu existencia es parte de la realidad, fruto de una de las reglas cuyo conocimiento nos han negado, quién sabe si alguna de las normas que nosotros tratamos de investigar. Tu existencia tiene explicación y, si algún día alguien la encuentra, no será quien cumpla con los dictados de los ángeles y sus falsos códigos. Ten por seguro que lo averiguará alguien como yo, a quien ahora miráis con asco por la propaganda que han extendido sobre nosotros.

—El tío suena convincente —opinó Diego—. Y es cierto que da un poco de asco, ¿verdad, tíos?



5

—Esas runas, las de la pulsera —continuó Mario—, enlazan el alma de Ramsey para que el nigromante pueda rastrearla cuando muera y se separe del cuerpo, así que no habrá sido tan estúpido como para haber dejado pistas que desvelen su identidad.

—Es posible, pero no es seguro —apuntó Edgar.

—Es probable.

—Sigues sin entender el propósito de mi misión. No tengo que descifrar todas las runas, sino solo las suficientes para poder hacer algún cambio, algo que él note. Cuando vea que su plan pelagra, vendrá a solucionar el problema y le cogeré.

—¿Lo hará? ¿Cómo sabes que no buscará otra presa?

—Porque tiene que ser ese tipo en concreto. Le ha preparado de algún modo, estoy seguro. Su coma no es casual. Hace tiempo encontré a otro suicida con una pulsera en la muñeca. Se había cortado las venas en la bañera, pero había muerto. ¿Lo entiendes? No es sencillo encontrar a alguien que quiera suicidarse y lograr que se quede en coma. Ese nigromante es un maestro.

—¿Lo admiras?

—Sé reconocer el mérito de lo que hace.

—Pues te voy a demostrar que ese nigromante es un necio, igual que tú. Voy a resolver esta situación del modo más efectivo.

—No está en tu mano lograrlo.

—La mano es precisamente la clave de todo esto. Quieres frustrar sus planes, ¿no? Y se basan en la pulsera que le ha puesto a ese pobre idiota de Ramsey antes de que saltara de un edificio. ¿Lo he entendido bien?

—No veo a dónde quieres llegar.

—Bien sencillo. Le voy a quitar la pulsera al suicida.

—Eso es imposible. Si pudieran quitarse esas pulseras, los nigromantes no...

—Precisamente por eso le voy a cortar la mano al paciente. Tranquilo, que no sufrirá. Después de todo está en coma, ¿no?



Sara nunca había contemplado aquella posibilidad. Después de escuchar tantos insultos y ver el rechazo que el Gris producía en casi todo el mundo, ni se le había pasado por la cabeza que su situación pudiera estar dentro de la normalidad, que pudieran explicarla ciertas leyes de la naturaleza o del universo que ellos no conocían porque, como había señalado Piedra, los ángeles habían establecido que su conocimiento estuviera vedado.

De ser cierta esa teoría, el Gris no podría ser considerado una anomalía, ni una excepción, solo un hecho desconocido y sin precedentes. Supondría una mejoría considerable para él, al menos desde cierto punto de vista. La incógnita, entonces, era por qué los ángeles prohibirían algún conocimiento, sobre todo si no era malo en algún aspecto.

—Niño, no estarás pensando en aceptar la oferta de Piedra, ¿verdad? Que te veo muy animado.

—Es que cuando alguien le mete caña a los ángeles me emociono un poco.

—Pues contén tu emoción —advirtió la rastreadora—. Por cierto, ¿no puedes hacer que el perro se separe de mí?

Sara sacudió de nuevo la pierna sin resultado. El animal le había cogido cariño, al parecer.

El Gris se había sumido en un silencio extraño, quizá meditando sobre cuanto se había dicho, sopesando las implicaciones que le afectaban personalmente.

—Rastreadora, ¿qué interés tienes en que el Niño no acepte mi oferta? —preguntó Piedra muy cordial—. ¿Hay alguna información que quieras compartir con nosotros? ¿O solo es el miedo que sientes por mí? ¿Por los prejuicios con los que te han lavado el cerebro?

—Déjate de prejuicios, tronco, y mírate en el espejo —intervino Diego—. Esa jeta que tienes da miedo a cualquiera, sobre todo de noche y en un cementerio. Y eso si no rompes el espejo, claro.

—Estudiáis muertos —contestó Sara—. Matízalo como quieras, pero es lo que hacéis. Y si los ángeles prohíben vuestras prácticas, o investigaciones, si así preferes denominarlas, alguna razón tendrán.

—No matamos a nadie, que es lo que insinúas pero no te atreves a decir —repuso Piedra.

—Eso es falso —apuntó el Gris.

—Ha habido casos, es cierto —admitió Piedra—. Pero de eso hace mucho tiempo. Algunos perturbados mataron a personas para estudiar el modo en que el alma se separa del cuerpo, pero ya no se hace.

—¡Menuda trola! —soltó Diego.

—Yo no miento —aseguró el nigromante—. Sara, ¿hay asesinatos entre la gente corriente?

—Bueno, sí, pero...

—¿Robos? ¿Violaciones? ¿Incesto?

—Eso es...

—¿Sois todos violadores, asesinos y pedófilos?

—¿Intentas defender tu causa como si fuéramos racistas o algo así? —contraatacó Sara.

—Intento abrir vuestra mente. Puede que haya todavía algún nigromante que haya matado, ¿y qué? ¿Esa es razón para juzgarnos a todos?

—Es razón para tener cuidado con vosotros —dijo el Gris—. Quieres ver cómo el alma del Niño se separa de su cuerpo para estudiarla, es lo que haces, es a lo que dedicas tu vida, a ver morir a otros. Si no esperas que consideremos la posibilidad de que te interesa que esa separación se produzca, eres un ingenuo. No finjas que nuestra actitud te sorprende. Estás acostumbrado a esta situación porque se da en todos los tratos que has cerrado con tus objetos de estudio a lo largo de los años. Cualquier nigromante ha aprendido a defender su postura, por eso se te da tan bien conducir la conversación.

—No niego que siempre se produzca una reacción parecida. En ese sentido, vosotros sois decepcionantes, pero eso no invalida mis argumentos.

—Tampoco los ratifica.

—Pensad un poco. Matar a alguien es sencillo. No me hubiera presentado solo y desarmado si esa fuera mi intención. Las experiencias con almas que abandonan el cuerpo tras una muerte provocada están muy documentadas y queda poco que aprender por ese camino.

—¡Dios! —Escupió Sara, asqueada—. ¿Y pretendes que no dudemos de ti tras confesar que tus estudios se han basado en asesinatos?

—¿No avanzó la medicina después de la Segunda Guerra Mundial, cuando Hitler experimentó con seres humanos? Eres una mojigata, rastreadora. Descartar el conocimiento por los errores de otros es de imbéciles. Y tú eres la peor de todas al no reconocer que vosotros también lo hacéis. Pero si se trata de los demás...

—Cuida tu boca, nigromante —amenazó el Gris.

—¿O qué? —Piedra se mostró desafiante por primera vez—. Estoy cansado de ser pacífico y compartir con vosotros mis ofertas y mis conocimientos sin que me respetéis un mínimo. Me has golpeado nada más llegar, me habéis insultado, y creo que mi paciencia se está acabando. Yo no he amenazado a nadie, como tú. ¿Quieres pegarme otra vez, hombre sin alma? ¡Adelante! —Piedra asestó un puñetazo al Gris en la cara. La cabeza del Gris se giró a la derecha—. ¿O quieres matarme? Vamos, deja de amenazar de una maldita vez y haz lo que tengas que hacer.

El Gris, que había encajado el golpe sin que nada más que el cuello se girara un poco, atravesó a Piedra con una mirada fría, tan inexpresiva que a Sara le recorrió un escalofrío. Extendió la gabardina lentamente y extrajo el cuchillo. Dio un paso hacia el nigromante, quien se limitó a desafiarle con la mirada.



—Es propio de ti —se indignó el centinela—. ¿Sacrificarías a un inocente?

—Eres tú el que ha pedido mi ayuda, no lo olvides —repuso Mario Tancredo—. Has dicho que no va a despertar a menos que sea para cumplir el plan de Piedra, ¿no? Además, no voy a matarle. Solo le cortaré una mano, o el brazo, si no es suficiente. Está en coma, falsificaré su parte médico y justificaré...

—Así, lo matarás. El nigromante lo habrá previsto.

—Así saldremos de dudas. Además, hay precedentes. Oí hablar de un tipo que se cortó un dedo en el que le habían colocado un anillo...

—Un mago, lo sé, pero te repito que Piedra no es un cualquiera.

—Demuéstralo.

—Como quieras.

Edgar deslizó la mano por el cuello de su jersey. Al sacarla dejó a la vista un collar, una tira de cuero. Mario distinguió las runas que había en la parte interior del collar que rodeaba el cuello del centinela, runas prohibidas.



—¡No!

Sara agarró al Gris por el brazo que empuñaba el cuchillo. El nigromante no le inspiraba simpatía, pero no podía consentir que apuñalaran a un hombre indefenso. Eso en el mejor de los casos, claro, porque esperaba de corazón que el Gris no tuviera intención de matarle.

A ella no le gustaba reconocerlo, pero Piedra tenía razón en una cosa: hasta el momento, no había amenazado ni insultado a nadie. Su actitud era pacífica, lo que no había impedido que el Gris le golpeará.

—De la que te has librado, pedrusco —dijo el Niño.

—Bueno, creo que me equivoqué al venir aquí. Tenéis miedo, tanto a mí como a ese código. No os atrevéis a quebrantar unas normas que ni siquiera os han explicado por qué han sido establecidas.

—Espera un momento, tronco. —Diego se acercó al nigromante—. ¿Que no quebrantamos normas? ¿Pero tú eres tonto? Mira al Gris, anda, que no te enteras de qué va el rollo. ¿Y yo? Dime, ¿piensas que los ángeles me iban a dar una condecoración por buena conducta y en el último momento se equivocaron y me cascaron esta puta maldición? ¿Es eso? Si se trata de romper reglas, payaso, a ver si encuentras unos mejores. ¿Te pusieron el mote de Piedra porque es lo que tienes en vez de cerebro?

Sara retiró la mano del brazo del Gris, que parecía haber renunciado a pelear con el nigromante.

—No quiero matarte, Niño —dijo Piedra—. No debes temerme. Estoy aquí para ayudarte.

—¿En serio? ¡Vaya! ¿Lo has oído, Sara? Y yo que le había tomado por un cabrón de esos que hurgan en los cadáveres. ¿Cómo se me habrá ido la olla de esa manera? Si lo normal es que todo el mundo venga a ayudarnos y a asegurarse de que nos encanta congelarnos el culo por las noches en un cementerio.

—¿Nunca te has preguntado qué es la muerte? ¿Y tú, rastreadora? —Piedra les abarcó a los dos con la mirada, dejando al Gris

deliberadamente al margen—. Y por favor no me digáis que os convencen las explicaciones de alguna religión.

Sara evitó mencionar que, aunque ahora había cambiado, después de todo lo que había visto y aprendido, durante la mayor parte de su vida había asumido la idea general que transmitía la religión católica al respecto. No era creyente, ni practicante, pero le reconfortaba imaginar que había algo más, un lugar mejor, y cierta relación entre los actos y el modo en que vivimos con el destino que nos aguarda cuando nuestro camino llega a su fin en este mundo.

No tenía claro si la pregunta de Piedra encerraba alguna artimaña o era sincera, y le habría encantado tratar el tema en profundidad, pero ahora no tenía tiempo de formarse una opinión sobre algo tan trascendente.

—No voy a creer la respuesta que nos ofrezcas, si esa es tu intención.

El nigromante hizo un gesto de aprobación.

—No tengo respuestas. Aunque sí tengo claro que debemos buscarlas. Las almas: ¿qué sucede con ellas después de separarse del cuerpo? Es muy poco lo que sabemos, por no decir nada. Solo algunas deducciones por los fantasmas y los estudios que nosotros realizamos. Pero van a alguna parte, hay algo más. Eso es innegable.

—Puede que indagar sobre ello sea peligroso —aventuró Sara—. Y la razón de que los ángeles quieran impedirlo.

—¿Por nuestra seguridad? Si de verdad piensas eso, apuesto a que eres la única de los presentes.

Piedra señaló a Diego. El Niño bajó la vista, silbó, acarició al perro para rehuir las miradas. El Gris no dio muestras de apoyarla en esa teoría.

—Es peligroso —continuó el nigromante—. No lo dudes. Pero ya sé más de lo que preciso respecto a las almas que se separan tras un asesinato. Hace años que estudio las muertes naturales o accidentales, pero no provocadas. Requiere mucho más trabajo encontrar a un individuo cuya muerte esté próxima. No es lo mismo un hombre que una mujer, o un niño, o...

—Me hago una idea —le interrumpió Sara. Le asqueaba imaginar a Piedra merodeando a gente moribunda, en un hospital tal vez—. ¿Buscas enfermos terminales para tus estudios?

—No soy el único. Te sorprendería lo que puedes aprender de pacientes que están esperando un órgano para que se lo trasplanten. Te diría que he ayudado a muchos, pero no me creerías. Y los moribundos son solo una parte. Hay personas que no cuidan su salud, que practican actividades o deportes de alto riesgo... No puedo resumir toda mi ciencia en una charla.

—Ahora entiendo por qué quieres al Niño. Es por su maldición.

—Por supuesto —dijo muy rápido Piedra.

—Anda que se corta el tío —bufó Diego.

—Crees que se verá obligado a curar mucho, la maldición le hará envejecer demasiado aprisa y morirá pronto, ¿no es eso? —preguntó Sara.

—No, no es eso lo que tiene de especial. Podría dar con otros que muriesen antes que él, si quisiera. —Piedra atravesó al Niño con la mirada—. Pero solo hay uno del que estoy seguro que irá al Infierno.



—Reconozco que casi me habías convencido de que eras un centinela auténtico, de los que de verdad creen en el código y en los ángeles, hasta que me has enseñado el collar, claro. Por fin has desvelado la verdadera razón de tu interés en ese nigromante.

—No es lo que crees. Aunque no me sorprende, considerando la visión deformada que tienes del mundo.

—Mi visión es mucho más precisa que la tuya, centinela. ¿Qué te ofreció Piedra a cambio de que te pusieras el collar? Siento mucha curiosidad por saber cuál es tu precio.

—Yo le ofrecí mi vida entera. Fingía querer ser su aprendiz para infiltrarme entre ellos y descubrir la manera de atraparles a todos. Llevar el collar en el cuello era una condición innegociable para poder ganarme su confianza.

—Pero te descubrió.

—Lo hizo, sí.

—Y ahora le has ofrecido tu alma de centinela para que la estudie cuando mueras. Cada vez siento más respeto por ese tal Piedra.

—No podrá aprovechar nada de mi alma. Por si no lo sabes, la muerte de un centinela...

—Siempre que te mantengas puro y conserves la gracia de los ángeles, sí, ya lo sé —recitó Tancredo con tono cansino—. Pero apuesto a que ya tiene un plan para corromperte. ¿Te ha tentado ya con una mujer? No, por supuesto. Demasiado fácil. Pero algo tendrá en mente.

—Si esa es su intención, fracasará. No puedes entenderlo porque estás convencido de que todos somos corruptibles.

—Un punto a mi favor, no hay más que ver el éxito que tengo. En cualquier caso, Edgar, eres tú el que equivoca la perspectiva, no yo. Hablas de la corrupción con desprecio.

—¿Es algo bueno, en tu opinión? No te tenía por un cínico.

—Bueno o malo es irrelevante. Es algo natural. Forma parte de nosotros, incluso de tu institución, como ya hemos comentado. Puedes despreciar esa parte de todos nosotros, si quieres, pero eso no la suprimirá. Yo, sin embargo, no tengo inconveniente en aceptar que somos todos unos hijos de puta y acepto a la gente como lo que es en realidad. Como, por ejemplo, un grupo de idiotas sin voluntad que siguen ciegame a otros solo porque tienen alas en la espalda.

—Eso te retrata bastante bien.

—Estamos de acuerdo en algo.

—Por curiosidad, ¿piensas que no hay excepciones?

—¿Quieres hablarme de los misioneros, las ONG? ¿Sabes que yo he fundado una? Hay excepciones, sí, pero en el plano individual. Existen unas cuantas personas excepcionales, muy escasas, totalmente insuficientes para causar un impacto significativo. Pero si hablamos de la mayoría, si quieres entender una sociedad y cómo se ejerce el poder, más te vale entender bien al hijo de puta que todos llevamos dentro.

—Desde luego tú eres el ejemplo perfecto de tu propia teoría.

—Y no lo veo como algo negativo, pero tú sí. De todos modos, hay una excepción, solo una a esta regla universal e inmutable. Una excepción que me molesta de verdad, contra la que me siento completamente impotente.

—¿Te refieres a un colectivo?

—En efecto.

—Te escucho.

—Los brujos. Esos condenados críos son incorruptibles de verdad, no hay modo de quebrantar su unidad, ni de que se traicionen entre ellos. Forman una sociedad perfecta, sin fisuras, que trama algo que no nos gustará a los demás. Los centinelas deberíais aprender de ellos lo que es la lealtad. Y tienen demasiado poder. Lo dicho, son una excepción, una anomalía con la que es imposible tratar.

—¿Por qué asumes que no nos gustará lo que traman? Les temes porque no puedes embaucarles.

—Son los únicos que me dan miedo de verdad, te lo aseguro.

—Así que además de tener el concepto más bajo que se puede tener de los demás, eres un paranoico. Los brujos son neutrales.

—Qué ingenuo eres, centinela. En fin...

—Mario, aunque me gustaría seguir discutiendo esa filosofía tan particular, tenemos que ocuparnos del nigromante, si no te importa.

—Desde luego. Ahora tenemos otra posibilidad de interferir en sus planes. Podemos cortarle la mano al suicida o a ti el cuello, si tanto te preocupa su bienestar. ¿Qué prefieres?



—Te cachondeas de mí, ¿eh, pedrusco? —Gruñó Diego—. Qué divertido, qué fácil es partirse el culo de risa del Niño. Venga, vamos a descojonarnos todos un rato.

Sara estudió al Gris de reajo, que continuaba impasible. Observaba pero apenas tomaba parte en la conversación. El nigromante se sentó sobre una roca cubierta de raíces.

—Nunca he hablado tan en serio como ahora. Estudio las almas cuando se separan del cuerpo, pero aún no he podido determinar a dónde van. Solo sé que no desaparecen, que hay algo más. La tuya, Niño, es la única de la que conozco el destino. Es una oportunidad única.

—No, si encima me tendré que sentir halagado, no te jode.

—¿Qué es lo que te da tanto miedo?

—Yo flipo con este pollo... Pues que andes olfateando mi alma como si fueras un chuchó, como este de aquí. No, macho, a mí no me cotilleas por dentro. —Diego se pasó las manos por la sudadera como si tuviera una avispa dentro—. Qué asco. Es la propuesta más humillante que me han hecho nunca.

—El proceso no es invasivo.

—Ni de coña.

—Es indoloro.

—Que no, pesado, que le des la paliza a otro.

—Puedo sacarte del Infierno.

—Y dale, ¿es que eres imbécil o...? ¿Qué has dicho?

—Puedo sacarte del Infierno.

—Repítelo.

—Niño —intervino Sara—, ¿no irás a creerle?

—Hombre, yo... No soy tan idiota... ¡Au! Espera, sí, bueno, no, no le creo del todo, pero quiero escucharle.

—¡Niño!

—Sara, tronquita, sabes que te quiero, me molas mucho, de verdad. Pero es mi culo el que se va a asar en el Infierno y, si alguien dice que puede librarme, no pierdo nada por escucharle, aunque sea un tío tan feo como pedrusco.

La rastreadora pidió ayuda al Gris con la mirada. Una ayuda que no recibió, dado que el Gris, para variar, no reaccionaba. Sara advirtió que su cabeza estaba algo más inclinada de lo normal. En la penumbra de la noche no distinguía sus ojos grises, pero le dio la impresión de que apuntaban al suelo. O puede que fuera al pequeño perro que había traído el Niño, que ahora brincaba alrededor del Gris, como tratando de atrapar la gabardina con sus ridículos colmillos.

—No voy a dejar que le engañes. —Sara se enfurecía sin querer, pero no pensaba dejar a Diego en manos de aquel embaucador—. Es imposible que sepas cómo escapar del Infierno —acusó al nigromante.

Se dio cuenta de que esa era otra de las cuestiones sobre las que nunca había reflexionado. ¿Existían el Cielo y el Infierno? Suponía que sí. El Niño le había hablado varias veces de su maldición y todo el mundo hablaba de ángeles, aunque ella no los hubiera visto. También se decía que los santos percibían a Dios. Si todo era cierto, el lugar donde Dios residiera debía de ser el Cielo y no parecía descabellado, partiendo de esa premisa, asumir que había un Infierno en alguna parte.

Sara no entendía por qué le costaba tanto aceptarlo a pesar de las pruebas y testimonios. Suponía que una cosa era creer como todo el mundo, cuando en el fondo lo máximo que se va a derivar de esa creencia es una discusión espiritual, y otra muy diferente creer cuando se sopesa la posibilidad de que alguien conocido vaya a ir al Infierno mientras otra persona se ofrece a rescatarlo. Ese tipo de creencia implicaba necesariamente que ambos lugares existían de verdad, que eran reales, que se podían tocar y oler, suponía... Sara sintió un leve mareo. Todo era muy confuso.

Piedra la miraba a los ojos.

—Imposible, dices. De acuerdo. Pruébalo, ten la bondad de compartir tus conocimientos conmigo y explícame cómo aseguras de un modo tan inflexible que sabes lo que yo soy capaz o no de hacer.

—Si fuera posible, alguien lo sabría —replicó Sara, consciente de que no tenía prueba alguna en la que apoyarse.

—Yo soy alguien.

—No serías tú, precisamente.

—¿Ese es tu argumento? ¿Una mueca de desprecio? Como quieras. Ya advertí que estoy hartado del trato que recibo, a pesar de que no he hecho más que compartir información con vosotros. Habéis conseguido cansarme y normalmente tengo una paciencia casi interminable. No os molesto más. Sabéis mucho más que yo sobre los nigromantes y sobre la muerte, y algo menos sobre educación. Que os vaya muy bien.

Piedra giró sobre sus talones.

—¡No tan rápido, tío! —dijo el Niño—. ¡Chucho! ¡Detén al feo!

El perro salió disparado de entre las botas del Gris. Ladraba enloquecido, aunque sonara como un pajarito afónico. Tenía el lomo erizado y asomaban sus pequeños dientes bajo el labio fruncido. Se plantó ante el nigromante y abrió el hocico en lo que parecía un gesto amenazador y feroz. Sara temió que Piedra lo pisara sin darse cuenta.

—¿Lo habéis visto? —chilló Diego, excitado—. ¡Buen chucho! No como tus gatos, Gris. Esto sí es un bicho obediente. —El Niño se agachó y dio unos golpecitos en la cabeza del animal—. Lo sé, lo sé, a mí también me acarician así cuando me porto bien. Un gesto asqueroso, perdona. —Se enderezó—. Quieto ahí, macho —le advirtió a Piedra—. Me vas a contar todo ese rollo del Infierno. Y me importa un pijo si no soy educado. Eres feo y metes las narices en los cadáveres, así que no me jodas porque no pienso darte la mano ni invitarte a comer. ¿Puedes sacarme de allí o no? Vamos, suéltalo, y habla clarito.

—No puedo darte garantías.

—¡Bah! Ale, tira, pírate de una vez.

—Pero si alguien puede soy yo. Nadie sabe más sobre la muerte. Rastrearé tu alma y puede que logre sacarte de allí o no, pero puedo intentarlo. ¿Tienes una oferta mejor?

—¡Mierda! —Diego pateó una rama—. No sé qué hacer. La verdad es que quiero creerte, pero no me das buen rollo.

—¿Qué pasará si fracaso?

—Supongo que nada —razonó el Niño—. Por eso no me lo trago. Parece demasiado bueno. Tiene que haber algo chungo.

—No es mal modo de pensar —concedió el nigromante.

—Si los ángeles se enteran...

—No son tan poderosos como todo el mundo cree. ¿Hacen algo cuando curas al Gris y te saltas la maldición? No pueden. Tienen otros problemas más urgentes, te lo aseguro. Es más cómodo para ellos prohibir que actuar directamente. Como mucho se lo encargarían a sus esbirros.

—Los centinelas.

—Exacto. Me han acosado durante años. Uno de ellos está obsesionado conmigo y me hace la vida imposible. He soportado mucho para poder estudiar la muerte. Me estoy acercando cada vez más a la verdad. Y seguiré investigando sin descanso. Piensa, Niño, lo que habré averiguado para el día en que llegue tu hora. Tal vez para entonces ya tenga la solución definitiva.

Diego miró a sus compañeros con timidez. Sara no supo responder a la súplica muda que relucía en sus ojos. Intentó negar con la cabeza, pero no supo si llegó a realizar gesto alguno. El Gris tampoco hizo ningún ademán que ella viera.

—¿Qué tengo que hacer?

—Nada —contestó Piedra. Metió la mano en el bolsillo y la sacó muy rápido—. Solo tienes que ponerte esta pulsera.



—No le cortarás la mano al suicida. —Edgar imprimió más dureza a su voz. Tensó los músculos de la cara, lo que provocó un leve movimiento en el parche de su ojo—. Ni tampoco el brazo. Respecto a cortar mi cuello... ¿De verdad quieres entrar en esa discusión?

A Mario Tancredo no le impresionó el gesto de autoridad del centinela.

—Ni siquiera lo decía en serio. Relájate, Edgar, no tengo nada contra ti, me gustas. En realidad me gustan todos los que poseen una debilidad. Lo expresaré con más claridad: todo el mundo tiene una debilidad, algunos más de una, pero me gustan los que desvelan cuál es, sean conscientes o no. La verdad es que los que no son conscientes de haber desvelado su punto débil me interesan un poco menos, porque se acercan peligrosamente a la definición de idiotas descerebrados.

—¿Cuántas veces tengo que pedirte que me ahorres tus lecciones sobre la vida?

—Esta será la última.

—El nigromante no vendrá si le cortamos la mano al paciente. Sabrá que ya no puede rastrear su alma y que no podrá cumplir su plan. Es más, sabrá que alguien anda detrás de él, alguien tan estúpido como para anunciar sus pasos con una idea tan previsible.

—Pero tú sabes qué hacer, ¿me equivoco? Y quieres algo de mí. Suéltalo ya. Estoy perdiendo el tiempo en esta habitación y me muero de ganas por llegar a la parte en la que negociamos. El resto me aburre.

—No estoy aquí para eso.

—Eso crees, centinela, que tu código y tu misión angelical te elevan por encima de los demás, ¿no? Conmigo siempre se negocia. Tenlo presente.

—Déjalo ya, en serio. El tono amenazador, esa insistencia en reforzar tu posición de superioridad... Es patético. Este no es uno de tus negocios. Llevamos un buen rato hablando y no hemos terminado, pero sigues aquí. Es evidente que estás muy interesado.

—Bravo, centinela. Es lo primero inteligente que has dicho en toda la noche.



El Gris se adelantó al Niño. Con un movimiento rápido, cogió la pulsera que Piedra ofrecía en la mano abierta.

—¡Eh! —protestó Diego.

El Gris le ignoró.

—Entiendo que no soy de utilidad para ti —le dijo al nigromante—. No puedes estudiar mi alma porque no tengo. No me importa la opinión que tengas de mí, pero estoy seguro de que me conoces y sabes de lo que soy capaz.

—Perfectamente —asintió Piedra.

—Has expuesto tu oferta. Ahora quiero que me mires a los ojos y me digas que es sincera, que no tendré que ir en tu busca porque al Niño le suceda algo malo. No le mires. Si algo sale mal, responderás ante mí, no ante él.

El Niño dio un par de tirones de la gabardina del Gris.

—Gris, macho, me estás dejando muy mal. Ni que fuera un palurdo que no sabe cuidar de sí mismo... No, no, sigue, dale caña al guijarro, que yo me fio de ti. ¿Has visto cómo me ha mirado, Sara? Y eso que le curo cuando le parten la cara...

—Todos entendemos nuestra situación —dijo Piedra—. Mi arte no es una ciencia exacta todavía. No puedo ofrecer garantías de que libraré al Niño del Infierno. Exactamente igual que tú, Gris. ¿O vas a decirme que garantizas el éxito cuando aceptas un encargo? No, ¿verdad? Los que tratamos con lo que nadie más se atreve no podemos cometer esa imprudencia.

—Aunque cierto, es una evasiva. Pregunto por tus intenciones. No precipitarás la muerte del Niño para que puedas estudiarla si enlaza su alma con tu pulsera.

—Desde luego —prometió Piedra.

—A los ojos —exigió el Gris—. Mirame a los ojos y repítelo.

—Mi trato y mi pulsera no guardan relación alguna con la vida del Niño. ¿Satisfecho?

El Gris asintió.

—Ahora vete. Nosotros decidiremos si aceptamos o no. —El Gris extendió el brazo y señaló la salida del claro, la verja medio derruida que era lo más parecido a una entrada a aquella parte del cementerio—. Si eres inteligente, olvidarás este lugar y el camino que conduce hasta él.

Piedra no respondió ni se despidió. Solo se giró y se alejó entre las lápidas.

A Sara le sorprendió la facilidad con la que el Gris le permitió marcharse. No se le ocurría qué podría hacer para salvaguardar el secreto de la ubicación de aquel emplazamiento, pero se alegró de que no siguiera el consejo de Álex de matar al nigromante. No era capaz de descifrar la expresión del Gris, con el rostro medio cubierto por las sombras. Este era uno de esos momentos en los que daría cualquier cosa por saber qué había contemplado al pedirle a Piedra que le mirara a los ojos, y a qué conclusión había llegado para zanjar sus diferencias sin tomar medidas drásticas.

Enseguida se olvidó de ese asunto para atender el que de verdad le preocupaba.

—Niño, no me digas que vas a aceptar ese trato.

—¿No te ha parecido una pasada? Podría escapar del Infierno. ¡Yo flipo! Los brujos iban a alucinar. Seguro que toda la peña babearía conmigo. Y nada de Niño esto, Niño lo otro... Verás cómo todos me respetarían y querrían saber de mí. Cuando yo sea el más molón del mundo oculto, me sé de unos cuantos que me van a besar el culo. Se van a acordar de cuando...

—Silencio, Niño —ordenó Álex.

Sara no tenía idea de cuándo había llegado ni desde dónde. Simplemente apareció por detrás de Diego. Se advertía cierta premura en su expresión.

—Gris, tenemos compañía.

—¡El monstruo! —El Niño palideció—. ¿Lo has visto? Acojona, ¿eh?

Sara se había olvidado de la historia que les había contado el Niño al reunirse con ellos. Suponía que habría visto una sombra en el cementerio o escuchado un ruido, y se habría asustado. Diego no podía mentir, por supuesto, pero el miedo lo dominaba y tenía una imaginación difícil de igualar, una combinación que podía dar lugar a cualquier cosa, especialmente estando a solas en un cementerio oscuro.

El perro comenzó a ladrar, a lanzar aquella especie de lamentos agudos. Un árbol tembló y sus ramas se agitaron. Aquel árbol estaba situado entre dos formaciones de piedra alargadas que se elevaban varios metros desde el suelo.

Un crujido resonó en la noche. El árbol cedió hasta apoyarse en una de las rocas. Por el hueco que había dejado asomó una figura enorme.

—¡Ese! ¡Ese es el monstruo que me persigue! —chilló Diego.



—Edgar, llevamos demasiado tiempo discutiendo sobre lo mismo. Nadie se va a creer que existe una pulsera irrompible. Si ese médico o las enfermeras tienen la genial idea de contar una historia como esa, no conseguirán más que provocar la risa de los demás, y ayuda psiquiátrica. Nadie les va a creer, así que deja a un lado tu paranoia de centinela porque no hay ninguna información que vaya a salir a la luz pública.

—Es el mundo oculto el que me preocupa. Las personas corrientes no lo creerán, cierto, pero puede que el rumor se extienda, aunque sea solo para burlarse del médico. Antes o después llegará a oídos de alguien que sí sepa de lo que están hablando.

—Y no nos conviene que vengan a meter las narices en nuestros asuntos. Bien visto. Especialmente los brujos. No quiero a esos mocosos entrometidos en mi hospital. De acuerdo, espera que hago una llamada... Soy yo... No me importa la hora que sea. Despiértate... ¿Ya estás espabilado?... Así me gusta. Quiero que traigas a ese informático listillo... Ahora no recuerdo su nombre... No, nada importante, solo quiero que borre los datos de un informe médico de uno de mis hospitales y de cualquier sitio al que se haya enviado... Me da exactamente lo mismo. Os quiero a los dos en mi casa dentro de tres horas... Le sacas de la cama si es necesario. Adiós. Arreglado, Edgar, en unas horas no quedará nada por escrito sobre esa pulsera ni sobre las runas que grabó el nigromante.

—Las runas no me preocupan.

—¿Perdón?

—Sin que las relacionen con la pulsera no despertarán sospechas.

—¿No acabas de decirme que si alguien las ve...?

—Las ven todos los días, Mario. Solo son símbolos, signos, garabatos, nadie les presta atención. Hay personas que incluso se hacen tatuajes pensando que son dibujos tribales y cosas por el estilo.

—Los he visto alguna vez. ¿Lo consentís? Pensé que los centinelas no...

—No hay mejor forma de ocultar un secreto que dejarlo a la vista de todo el mundo. Nadie cree que un símbolo pueda tener algo de particular si aparece en el póster de su habitación o tatuado en un brazo.

—Ahora tienes toda mi admiración. Una idea brillante... Imagino que sin ingredientes no es posible que las runas cumplan su función.

—No solo eso. Aún con ingredientes, hay que saber pintarlas del modo correcto. Las probabilidades de lograrlo al azar son ridículas. Creo que solo ha sucedido una vez.

—¿En serio?

—Fue hace un par de siglos, si no recuerdo mal. Es el único caso documentado. Un chaval se dibujó una runa en el brazo y le reventó en pedazos.

—¿Sin ingredientes? No me lo creo.

—Era un mago, aunque el pobrecillo no lo sabía. No le habían descubierto los suyos y nadie le había enseñado a controlar sus capacidades ni le había explicado en qué consistían.

—Lo que hay que ver... De acuerdo, borraremos todo rastro de lo que ha sucedido. Por si acaso, cambiaré el nombre del paciente en el expediente. Ramsey ha hecho algo de ruido últimamente y puede que haya quien le busque. Creo que mató a una persona y, sinceramente, me pareció un lunático con delirios, o visiones creo que decía.

—El médico le ha tratado y...

—Déjame eso a mí.

—¿Suelta ese teléfono! No se te ocurra matarlo, Mario, no lo consentiré.

—¿Quieres tranquilizarte? ¿Por quién me has tomado? Matar es un recurso caro que solo contemplo en casos extremos. Esto es infinitamente más sencillo. Ahora cierra la boca que tengo que hacer otra llamada... Soy Mario Tancredo, quiero hablar con el director de Recursos Humanos... Se va a despertar ahora mismo y va a ir a mi casa para tramitar el despido de un médico. Y también el de una secretaria irritante si no dejas de bostezar ahora mismo y cumples mis órdenes al pie de la letra... Ya está. Todo arreglado. ¿Qué más tengo que solucionar ahora, Edgar?



El monstruo era bastante grande. Su silueta correspondía a un hombre de más de dos metros de estatura, con una distancia casi igual de hombro a hombro, o esa era la impresión que le dio a Sara. Arrastraba hierbas por todo el cuerpo, señal de que había atravesado la espesa maleza que rodeaba el claro con esos andares impenetrables, lentos pero constantes.

Hasta que no se acercó un poco más al resplandor de las antorchas, no pudo verle algo mejor. Sintió una punzada de miedo ante la envergadura de aquel hombre. Tenía los brazos grandes como troncos, vigorosos. Aunque no parecía tener definido el músculo, aquella constitución física irradiaba una fuerza natural, no la que provenía de hacer ejercicio en un gimnasio y consumir anabolizantes.

Se adivinaba una melena canosa, puede que blanca, y desde luego algo descuidada, aunque podía deberse a haber atravesado la vegetación. Había dos rendijas, que debían de ser los ojos, justo debajo de una colección de arrugas que evidenciaba cierta edad, sesenta años, como poco. Vestía una chaqueta vaquera sin mangas y lucía varios tatuajes de calaveras en los brazos, hasta llegar a unas muñequeras de cuero y guantes negros que dejaban los dedos al aire. Tenía el aspecto de un motorista gigante.

No pudo estudiarle más porque el Niño pasó por encima de ella. Saltó, después de derribarla y pisarla en el hombro, y se escabulló detrás de las ruinas. El perro salió disparado hacia el hombretón. Sara, aturdida en el suelo por el atropello del Niño, se incorporó y se volvió. El Gris se había plantado enfrente del gigante, que continuaba su avance lento pero imparable.

—¿Dónde está el nigromante? —preguntó Álex, a su lado.

Sara quería responder, pero la escena la tenía completamente absorbida.

El Gris, con la cabeza ligeramente inclinada, algo que contrastaba con la altura del desconocido, estaba en medio de un cementerio, con restos de tumbas a su alrededor, envuelto en jirones de niebla apenas visibles, con la gabardina negra ondeando ligeramente a su espalda. Y una montaña humana con tatuajes de calaveras caminaba directamente hacia él.

Era la prueba viviente de que no sentía miedo, porque nadie en su sano juicio se pondría en el camino de semejante mastodonte.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el Gris.

El coloso no contestó, pero tampoco se detuvo.

—Si estás con Piedra, has cometido un error —le advirtió el Gris.

Dos pasos más del gigante, directos, pesados, tres o cuatro más, y estaría encima del Gris.

—¿Quién eres? —insistió el Gris.

—Soy yo —contestó el intruso.

Su voz era grave y pesada. Sara la escuchó con total claridad a pesar de estar a bastante distancia por detrás del Gris.

—¿Ese era el monstruo, Niño? —preguntó Álex a su espalda.

Sara escuchó un balbuceo y lo que parecía un castañeteo de dientes. Momentos después la cabeza de Diego asomaba tímidamente desde detrás del muro.

—S... Sí. No me echas la bronca... Sé que es un hombre y que se me fue la olla al describir lo grande que era... ¡Pero estaba oscuro, solo y tenía miedo! ¡Y no es que sea bajito, joder!

El Niño perdió el temblor en la voz al enfadarse. Se le encendieron las mejillas. Sara tuvo la impresión de que su furia iba dirigida contra sí mismo, tal vez se sentía culpable, lo que no era de extrañar con las maneras de Álex para interrogarlo.

—Tengo que saber si estaba solo. Piensa, Niño —lo apremió Álex.

Los ojos de Diego se abrieron al máximo. Sonó un golpe y un gemido. Sara se dio la vuelta. El Gris estaba tendido en el suelo boca arriba, bastante más cerca que hacía un momento. El gigante seguía caminando, a la misma velocidad, hacia ellos. El perro correteaba a su alrededor, ladrando y dando saltitos. Parecía una mosca que revoloteara entre las piernas del intruso.

Sara, que había temido lo peor, respiró al ver al Gris arquear la espalda e incorporarse de un salto ágil. Corrió la escasa distancia que le separaba del desconocido y se abalanzó contra él. A juicio de la rastreadora, aquella no le parecía una técnica de combate apropiada para enfrentarse a un hombre que era el doble que el Gris.

En el último momento, el Gris saltó y chocó con el hombro del gigante. Sara consiguió mantener los ojos abiertos.

El Gris salió despedido, rebotó contra una de las formaciones rocosas que rodeaban el claro y se perdió entre la maleza. El hombretón cayó de espaldas, haciendo un ruido considerable, rodó hacia atrás, aplastó una lápida de piedra medio derruida a su paso y también desapareció bajo la espesa vegetación del cementerio.



Mario Tancredo se encogió de hombros.

—No sé de qué me hablas —dijo con la mayor naturalidad del mundo.

—Lo sabes perfectamente —aseguró el centinela.

—No tengo ninguna hija.

—La que creías que era tu hija, la que mató el Gris en tu casa, en el mismo incidente, por cierto, en el que murió Miriam.

Mario asintió y sonrió.

—Si estás tan bien informado, ya sabrás lo que esa criatura era en realidad. No me apetece revivir ese episodio.

—Puedo imaginarlo —dijo Edgar—. La querías, al menos cuando creías que era tu hija. Sabes que se ganó tu confianza, pero aun así el sentimiento de cariño perdura en tu interior. Son demasiados años... Es tu punto débil. La gente como tú, capaz de odiar con tanta intensidad, también puede amar del mismo modo. Pero no te gusta reconocerlo ni que nadie lo sepa. No es bueno para la imagen que quieres proyectar.

Mario se mantuvo impasible.

—Está muerta.

—Oh, no importa. Solo necesito su sangre. No se te ocurra decirme que no guardaste su sangre porque te conozco.



—Tenemos que ayudarle —suplicó Sara.

—¿Cómo? —Gruñó Álex—. ¿Vas a hacer cosquillas al mastodonte para distraerle y que el Gris pueda acabar con él?

—¡No puede vencer él solo a ese gigante! —Se encendió la rastreadora.

—Tendrá que apañárselas. No es un niño...

—¡Eh! Sin ofender —protestó Diego.

—Si quieres hacer algo útil, Sara, ve a colocarte junto a la verja por si alguien más viene. Si Piedra nos la ha jugado y ha ocultado a uno,

podría haber más.

—Ya te digo —soltó el Niño—. Yo me descojono con eso de que nadie puede llegar a este lugar. Nos iría mejor montando una fiesta y cobrando por las entradas.

—Podéis hacer lo que queráis —insistió Sara—. Yo voy a ayudar al Gris.

—¡No! ¡Sara, espera! —Diego la sostuvo por el brazo—. Quédate, por favor. No soportaría que te pasara nada.

A Sara la conmovió el gesto del Niño, la angustia que se reflejaba en su rostro al detenerla.

—Oh, gracias, no sabía que yo te...

—Con el Gris no pasa nada, pero si te tengo que curar a ti me duele un huevo y envejeczo y... ¡No vayas, te lo suplico! Si no te curo, me sentiré culpable.

—Deberías haberte ahorrado la explicación, Niño —dijo Álex.



El Gris saltó sobre el intruso mientras aún estaba en el suelo. Le dio dos puñetazos en la cara que apenas surtieron efecto. El gigante se levantó y se sacudió al Gris de encima, quien giró en el aire y cayó sobre los pies.

—¿Estás con Piedra?

Lo preguntó saltando a una rama para sortear la vegetación del suelo, que estorbaba sus movimientos. El desconocido no respondió. El Gris lo rodeó para asestarle una patada en el estómago. Acto seguido se alejó y quedó fuera de su alcance.

—¡Habla!

—No soy de piedra —contestó.



—¡Bah! El Gris le partirá la boca —dijo el Niño rebotando confianza—. Era un viejo. Que sí, que parecía una ballena de lo grande que era, pero esos tipos tan grandotes son lentos y torpes. El Gris es más rápido.

—No estás aquí para pelear, Sara —intervino Álex—. No es tu función y solo conseguirías estorbar al Gris.

—Pues ayúdale tú.

Álex miró a Diego de reojo.

—Eso hago, entre otras cosas, evitando que metas la pata, como siempre.

Un árbol se removió en la distancia, luego se quebró y se vino abajo. Casi al instante sucedió lo mismo con otro que estaba mucho más lejos. Desde el centro del claro, los tres veían las copas de los árboles menearse, escuchaban crujidos y jadeos. Hasta cierto punto, seguían el curso de la pelea.



El Gris se acercó por la derecha y amagó una finta a la izquierda. Se le enredó un pie entre la maleza y no pudo evitar que su enemigo le embistiera. Se quedó sin aliento un segundo, pero se recuperó y volvió a la carga.

Golpeó al gigante en el costado y evitó su enorme brazo, que le pasó justo por encima de la cabeza. Entonces se agachó y hundió el cuchillo en la pierna de su adversario hasta la empuñadura.



—Además, el Gris parece un mendigo, pero reparte que no veas. ¿Con cuánta gente se ha currado ya? Demonios, magos... En el fondo es un broncas —dijo el Niño, excitado—. ¿Qué va a hacer ese abuelo con pinta de motorista? No, no hay duda de que le ganará. El Gris es muy veloz y puede esquivar un puñetazo, darle una patada, ponerse detrás de él y mearle en la espalda. Todo eso antes de que el otro sepa lo que ha pasado. Joder, cómo me gustaría ver la pelea.

El Gris apareció volando, literalmente, sobre ellos. Se empotró contra el tronco del árbol situado en el centro del claro, el que no tenía ni una sola hoja, uno de los más grandes. El tronco se tambaleó, pero resistió el impacto. El Gris se estrelló contra el suelo y se quedó inmóvil.

Sara y Diego se abrazaron al sentir las pisadas a su espalda, retrocedieron al ver la mole que caminaba en su dirección, el hombre que había irrumpido en el claro. Asomaban restos de vegetación entre su melena canosa. El desconocido no les miraba, solo avanzaba recto, hacia el Gris. Sara advirtió que arrastraba ligeramente la pierna derecha y allí dirigió su mirada. De su muslo asomaba la empuñadura del machete del Gris, el mango y el cuero desgastado que lo envolvía. Una mancha marrón se extendía hacia abajo por el vaquero, consecuencia de la sangre

que manaba de la herida. Sin embargo, la pierna no había quedado inutilizada. El movimiento era un poco más lento que el de la otra, sí, pero apenas perceptible, como si el gigante tuviera una molestia, no un largo cuchillo que la atravesara.

La punta del puñal apenas asomaba por detrás de la pierna, como pudieron comprobar cuando se apartaron y el intruso les rebasó, lo que daba una idea precisa de lo grande que era el muslo de ese hombre.

—Tenemos que hacer algo —dijo Sara al ver que aquel hombre se acercaba al Gris, quien seguía inconsciente.

El Niño temblaba aferrado a ella. La rastreadora se libró de su abrazo y corrió, adelantó al gigante, que no se desplazaba con excesiva prisa, y se plantó delante de él, con el Gris tirado a un paso detrás de ella.

—No te dejaré hacerle daño —amenazó con el tono de voz más duro del que fue capaz.

El desconocido, para su sorpresa, se detuvo ante ella. Sara tuvo que alzar la cabeza para mirarle a los ojos.

—¿Por qué le atacas? ¿Quién eres?

El hombre se agachó un poco, estiró el brazo, inmenso, lleno de tatuajes. Sara reparó en uno en el que se veía a una mujer de ropa ligera montando una Harley Davidson con una serpiente enroscada a su alrededor. El enorme bíceps se tensó. El hombre extrajo el cuchillo de su pierna sin hacer siquiera una mueca.

—Esto no es mío.

Dejó caer el cuchillo en el suelo, luego continuó. Sara no quería apartarse, pero no le quedó más remedio. Se sintió impotente al no poder hacer nada para ayudar al Gris, que seguía indefenso en el suelo.

Para su sorpresa, el gigante pasó por encima de él y continuó recto. Sara dejó escapar el aire contenido, aliviada, aunque sin saber si aquel coloso había evitado aplastar al Gris con una de sus botas o había sido una coincidencia que quedara justo entre sus piernas. En cualquier caso, el hombre no dejó de andar, miró a un lado y a otro, y continuó hasta perderse de nuevo entre la jungla del cementerio.



—No funcionará —aseveró Mario Tancredo.

—Claro que sí —le contradijo el centinela—. La pulsera enlaza con el alma de Ramsey para que Piedra pueda estudiarla cuando muera.

—Estoy al corriente de cómo funcionan las prácticas de los nigromantes.

—Los demonios utilizan su sangre para cerrar tratos con los humanos a cambio de sus almas —repuso Edgar, obviando el reproche de Mario—. ¿Ves a dónde quiero llegar?

—Lo veo.

—Piedra creerá que un demonio está interfiriendo para hacerse con el alma de Ramsey.

—Eso es imposible estando en coma. El nigromante lo sabrá. Para cerrar un trato con un demonio hay que dar la conformidad voluntariamente.

—Pero Piedra podría creer que Ramsey ha despertado, o tal vez sospechar que hizo el trato antes de que él le colocara la pulsera, ¿lo entiendes? De todos modos, creerá que algo va mal y vendrá a comprobarlo...

—Y le atraparás, ¿no?



—No tiene gracia —gruñó Álex.

A Diego le costó serenarse y ahogar las carcajadas lo suficiente para contestar.

—Es por las cosquillas, tío —dijo limpiándose una lágrima.

—Prueba otra vez.

—Dejadlo ya —intervino Sara.

Señaló al Gris, que acababa de abrir los ojos. No quedaba ni rastro de la herida que tenía en la frente, aunque aún se podía ver la sangre. El Gris se incorporó.

—¿Qué dices ahora, listillo? —se burló el Niño. Álex se alejó un paso y se quedó allí, en silencio—. No me des lecciones de curar, que yo sé lo que me hago. ¿Qué? ¿Te he dejado como nuevo o no?

—Gracias —dijo el Gris.

—Tu cuchillo. —Sara se lo entregó y acto seguido desapareció en la gabardina.

El Gris terminó de levantarse y dio un par de pasos. Diego acarició al perro, que había regresado trotando, cubierto de hierbajos.

—¿Quién era ese tipo? —preguntó Álex—. ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—A lo mejor también te ha seguido, como Piedra —le acusó Sara.

—No sé quién es —dijo el Gris—. Pero no estaba con el nigromante. Respecto a cómo ha llegado aquí, ha seguido al perro.

Diego se quedó paralizado con la mano en el aire, a escasos centímetros de la cabeza del animal. Sara y Álex le miraron.

—¿Yo? Venga ya, queríais que abandonara al chuchó...

—No has sido tú, Niño —aclaró el Gris—. El perro habría sabido llegar hasta aquí aunque tú no lo hubieses traído.

—¿Qué tal si hablas claro, macho?

—Ese perro es Plata.



—Sigo sin ver por qué no buscaría a otro —insistió Mario Tancredo—. Si es tan inteligente, sospechará.

—Ya te lo he dicho. No puede cambiar su plan porque va muy mal de tiempo o no habría desvelado públicamente su identidad como policía, porque era evidente que interviniendo ante los medios de comunicación, yo o alguien del mundo oculto le identificaríamos tarde o temprano. Además, necesita a Ramsey, no a otro.

—¿Eso es una suposición?

—Una certeza. No he podido investigar a fondo a Ramsey, pero no es un lunático como todo el mundo cree. Hay algo... Piedra ve algo en él, probablemente en sus desvaríos... No puedo asegurarlo, pero, por lo que sé de él, juraría que Piedra piensa que Ramsey tiene un destino especial tras la muerte.

—Bobadas.

—No te discutiré eso, pero es lo que Piedra cree. ¿Sabes cuánto se arriesgó al exponerse en la azotea? ¿Lo complicado que era su plan?

—Quería ponerle la pulsera, no es tan difícil.

—Y luego quería que saltara, apuesto a que le incitó, a que alentó lo que atormentara a Ramsey. No me extrañaría nada que incluso le hubiese empujado de ser necesario.

—Sigo sin ver por qué no cortarle el brazo a Ramsey.

—Te he dicho que...

—Que sí, que sí, pero eso impediría su plan. Si tu treta con la sangre de demonio falla, no impedirás que cumpla su objetivo.

—Eso es solo una excusa para no usar la sangre.

—¿Por qué negar el valor que tiene? Es cierto, no pienso utilizarla para beneficiarte a ti.



—¡No jodas! —El Niño sostuvo la cabeza del perro entre sus manos—. ¿De verdad eres tú, colega? ¿En serio? —El perro asintió varias veces—. ¡Ja! Pero cómo molas, tío, cuánto me alegro de verte. Ya decía yo que no venías a verme. ¿Qué tal lo de ser un chucho? ¿Puedes mear en cualquier parte! Pero, Plata, hazme un favor, nada de comer mierdas del suelo, ¿vale?

El perro le dio un lametón. Luego saltó de los brazos de Diego y se puso a correr en círculos alrededor de Sara.

—Ya me ocupo yo —dijo ella, con resignación—. Me llamo Sara. Soy rastreadora y me he unido al grupo. Encantada de conocerte, Plata.

El perro se pegó a su pierna y frotó el lomo contra ella. No satisfecho con solo eso, también jadeó, ladró y la miró con ojitos tiernos. Sara, resignada, le acarició.

—Oye, Gris, ¿por qué el grandullón que te partió la cara no te remató? —preguntó el Niño—. Si se ha molestado en encontrarte siguiendo a Plata, ¿por qué se ha pirado? ¿Te has vuelto blando para las peleas? ¿Quién era ese tipo?

—No lo sé, Niño.

—Suerte que en realidad me la suda. ¿Me pasas la pulsera, tronco?

—¿Piensas aceptar la oferta de Piedra? —Se espantó Sara.

Diego la miró extrañado.

—¿Qué pasa? Me la ha dado a mí, ¿no?

La rastreadora cogió al perro y lo levantó en el aire delante de su cara.

—Plata, no dejes que lo haga. El Niño quiere aceptar un trato con un nigromante.

El perro estiró los labios, ladró y llenó a Sara de lametones. La rastreadora lo soltó involuntariamente y se limpió las babas de la cara con una mueca de asco. Le gustaban los animales, pero el nuevo cuerpo de Plata no olía especialmente bien. Sara le imaginó por las alcantarillas, persiguiendo ratas que hubiera confundido con dragones.

—¿Cuál es el problema? Todos palmamos antes o después. Excepto tú, colega —dijo el Niño cogiendo al perro—. No sé si preferiría ser un chucho en lugar de ir al Infierno, pero claro, tú saltarás a otro cuerpo... En fin, que tampoco veo que arriesgue mucho considerando lo que me espera, ¿no?

—¿Y si todo eso que nos ha contado sobre la muerte es mentira? Que no sepamos qué hay más allá, no significa que él, por ser un nigromante, lo sepa.

Sara trató de no mirar a Álex mientras hablaba. Diego usó la réplica evidente.

—¿Y los fantasmas? Algo hay, Sara, no me vengas con paridas, que ya has visto suficiente.

—Los fantasmas no cuentan nada sobre la muerte, por algo será.

—Porque están zumbados —insistió el Niño.

—Algo sí hay después de la muerte —dijo el Gris.

Todos le miraron. Sara advirtió una mueca en el rostro de Álex y comprendió que ambos tenían un acuerdo sobre el asunto, del que ella no estaba al corriente.

—No sabemos qué es, cierto, pero... —El Gris se tomó unos segundos—. No es el último paso.

—¿De verdad? —dijo el Niño con el rostro iluminado—. Ni siquiera estaba seguro de lo que decía. Solo trataba de convencerme a mí mismo. ¿Cómo lo sabes, Gris? Venga, dílo. Suéltalo ya. Venga.

El Gris se sentó en una roca y apoyó los codos en las rodillas. El borde de la gabardina descansaba sobre la hierba.

—Creo que estuve muerto hace poco, justo antes de que Mikael me absolviera. Experimenté algo... que no sé explicar del todo porque no lo recuerdo con claridad. Pero sé que no era una nada, un vacío sin existencia. Tuve sensaciones...

—No se hable más. —Diego dio un saltito. Plata ladró—. Vi la cara de tonto que se te ponía a las puertas de la iglesia. No puede ser tan malo. Venga, suelta la pulsera de una vez.

—Todavía no —pidió Sara con firmeza—. Al menos escúchame antes de cometer una locura. Gris, ¿cómo sabes que estuviste muerto? Y aunque así fuera, tú eres... diferente. No le afectaría al Niño o a cualquier otro de la misma manera. Si algo sabemos es que eres único. No apliques tu experiencia a los demás, por favor, no en un tema tan serio.

—¿Pretendes que mienta, Sara? Comparto lo que sé, lo que tengo, lo único que puedo ofrecerle al Niño después de todo lo que ha hecho por mí. La decisión es suya, no mía.

—Buen momento has elegido para jugar a ser como los demás —se enfadó la rastreadora—. El Niño hará lo que tú le digas y lo sabes. Si insinúas que hay algo positivo en todo esto, seguirá tu consejo.

—Oye —protestó Diego—, que estoy aquí, ¿eh?

—Álex, ayúdame —suplicó Sara, ignorando al Niño.

—El Niño quiere hacerlo, se le nota —señaló Álex—. Es testarudo. No lograrás que cambie de opinión.

—¡Que estoy aquí! Ya vale de hacer como si no os oyera.

—No puedo creerlo. —La rastreadora resopló con deseperación—. No voy a dejar que lo hagas, Niño, lo siento.

Diego se enderezó tanto como pudo. Se rascó el lunar de la barbilla.

—Con todos los respetos, se me están hinchando los cojones más de la cuenta. Todos habláis como si fuera un pobre idiota sin voluntad. Pero tengo mi opinión, coño. Y soy el único que está condenado, no solo maldito. No sería la primera vez que cometo una estupidez, pero hasta ahora no había tenido la más mínima esperanza de librarme de mi condena. ¿Alguien puede decirme qué hay en el Infierno? No, ¿verdad? Pues yo tampoco lo sé, y no quiero enterarme. Gris, macho, dime lo que sepas de la muerte.

Se hizo un silencio incómodo. Al final el Gris alzó la cabeza y miró a Diego.

—Vi... Tuve una sensación... ¿Cómo describirla? No puedo. Pero sé que Piedra no miente al decir que la muerte es más de lo que sabemos. Yo vi a un chico más joven que tú, Niño... Y sé que era mi hijo.



—Resumido. Así que pretendes usar la sangre de un demonio, mi hijastra, por llamarla de alguna manera, para pintar una runa que haga creer a un nigromante que uno de los idiotas que ha accedido a colocarse una de sus pulseras está haciendo un trato con un demonio para vender su alma. ¿Me he olvidado algo?

—Un resumen escueto, pero acertado.

—Y todo esto me lo cuenta otro idiota que se ha puesto un collar, no una pulsera, del mismo nigromante. Nigromantes, demonios, runas prohibidas... No parece la clase de cosas con las que permitan jugar a un centinela.

—Olvidas que vuestro conocimiento de nuestro código es muy superficial. Habéis deducido algunas normas a partir de nuestras pautas de conducta, pero poco más. El código está más abierto a interpretaciones de lo que imagináis.

—Reconozco que eso no me lo esperaba de un centinela. Pero sí sé que los ángeles son muy severos con los fracasos. Si no le atrapas, apuesto a que ese ojo que has perdido será el menor de tus problemas.

—¿Te preocupas por mí? Eso tampoco me lo esperaba yo.

—No sabes cómo funcionan los tratos con los demonios, ¿verdad? Yo hice uno y por eso me necesitas, para que parezca creíble.

—¿Esa es tu forma de negociar? Qué fácil me lo pones. Bien, hiciste un trato, cierto, pero no fue tu alma la que vendiste. Yo sé mucho más sobre esos tratos que tú. Dime, Mario, ¿quieres que te enseñe cómo es la runa que permite a los demonios comprar un alma o prefieres fingir que sabes más que yo de este tema?



—No sé si estará aún con vida, pero sé que tuve un hijo antes de que me...

El Gris no terminó la frase.

—¡Tío! Eso es una pasada. —Diego cogió al Gris por los hombros—. Lo encontraremos, ya lo verás, y a tu alma claro, y al vampiro ese de mierda. Buf, tenemos un huevo de cosas que buscar...

—¿Estás convencido de lo que dices? —preguntó Álex, interrumpiendo al Niño—. ¿Puedes asegurar que tuviste un hijo? ¿Que eso fue lo que viste?

Le miraba con una dureza increíble, atravesando al Gris con sus ojos negros, implacables, fríos.

—Lo estoy —contestó el Gris.

Álex retrocedió de nuevo y no dijo nada más. No era la reacción que Sara había previsto, a juzgar por el tono con el que había formulado la pregunta.

—Tenemos un montón de curro —dijo el Niño—. Y estamos perdiendo el tiempo en este cementerio podrido. Vamos a hacer algo de una vez. Venga, Gris, dame la pulsera.

El Gris sacó la pulsera del interior de la gabardina.

—¿Estás seguro, Niño? —insistió Sara.

—¿De que no quiero ver mi culo en el Infierno? Bastante. Joder, no me mires así. Ahora tengo dudas. Quiero hablar con el Gris a solas. ¿Os importa? Bah, quedaos. Como si yo pudiera guardar un secreto... Antes o después lo cascaría, así que... Vamos allá. Gris, macho, la última vez la cagaste, en la casa de tu piba, con el fantasmón. Ya sabemos cómo se altera Álex cada vez que te la juegas, y no aprende el tío, porque anda que no lo haces. Sara me contó que querías morir. ¿Es cierto?

—Quería salvaros —contestó el Gris.

—Hasta yo sé que una cosa no implica la otra. ¿Querías palmarla o no?

—Yo también tengo límites...

—Te cuesta decirlo, ¿eh? Eso es buena señal. Todo esto causa mal rollo entre nosotros, se nota porque el grupo ya no mola tanto, os miráis mal, con esa cara de acusación de... Ya no nos reímos, coño. Y encima nadie se acuerda de mí. ¿Has pensado en cómo me afectó tu intento de palmarla?

—No —admitió el Gris—. No creí que te...

—¡Y lo dice tan pancho, el tío! —Se encendió el Niño—. Claro que no creíste una mierda. Total, si ibas a morir, ¿qué importaba lo que me pasara a mí? Tronco, qué decepción. Me da tanto asco que... Prefiero pensar que te has dejado el cerebro dentro de la gabardina. Piénsalo ahora. ¿Qué sería de mí?

—Tú eres más fuerte de lo que crees.

—Responde.

—Te iría bien, encontrarías el modo de salir adelante. Tú tienes algo especial que yo nunca tendré, Niño.

—Por ejemplo, que yo no contesto con evasivas.

—Te iría mejor que conmigo. Menos peligro, menos riesgo. Podrías llevar una vida mejor...

—¡Vete a la mierda!

—Soy yo el que estaría perdido sin ti.

—Te partiría la cara si... ¿Qué has dicho?

—Yo te necesito a ti, no al revés.

—Eso está mejor, aunque no me lo trago. Entonces dime qué pasó en aquella casa.

—Tomé una decisión que...

—¡Basta! ¿Crees que eso me importa? Yo meto la pata todo el rato. ¿Quién no lo hace? Quiero saber si tú piensas que la cagaste o no. ¡Quiero oírte decir!

—La cagué.

—No me mentirías, ¿verdad?

—Nunca.

—Menuda trola. Bien, ahora dime: ¿qué debo hacer con la pulsera?

—Es tu decisión.

—Pero quiero tu opinión.

—Yo aceptaré lo que tú decidas. Te lo prometo. Pero no puedo tomar la decisión por ti.

—Mira que me lo pones difícil. Veamos... Supón que con el trato de Piedra existe una posibilidad, solo una de que recuperes tu alma. ¿Te la pondrías?

—Sí.

—No sé para qué pregunto. Eres un maldito descerebrado sin miedo. Al menos podrías fingir que te lo piensas.

—Lo he hecho.

—Suficiente —les interrumpió Sara—. No puedo creer lo que haces, Gris. No le estás ayudando. Niño, vas a aceptar un trato con el que alguien se beneficiará cuando mueras. Incluso si de verdad pretende ayudarte, le conviene que mueras.

—¿Qué insinúas, tía? Me estás asustando.

—Que puede que esa pulsera le haga algo a tu cuerpo a la vez que se enlaza con tu alma. Algo para acelerar tu muerte.

—¡Hostia puta! —Diego se golpeó la cabeza—. Pues mira que... ¡No! Estoy harto de ser un cobarde. El Gris se come todos los marrones y si algo he aprendido de él es que hay que arriesgarse.

La rastreadora atravesó al Gris con una mirada que nadie consideraría amistosa.

El Gris se levantó.

—¿Es ese tu único miedo, Niño? Si la pulsera no te causara ningún daño físico, ¿te arriesgarías? ¿Es lo que quieres? ¿Lo que quieres de verdad? Piensa antes de contestar.

El Gris tenía la mano extendida con la pulsera en la palma. Diego la observó un instante. Después miró a Sara, a Álex, abrazó al perro con mucha fuerza sin darse cuenta. Plata ladró y le lamió la cara. El Niño se meneó, nervioso. Al fin se dirigió al Gris con timidez.

—Sí —susurró—. Lo siento.

—No puedo consentir que corras ese riesgo —dijo el Gris.

Sara había empezado a esbozar una sonrisa, pero no tuvo tiempo, porque el Gris agarró la pulsera, se remangó la gabardina y la deslizó sobre su propia mano hasta la muñeca antes de que nadie pudiera decir nada.



—Por última vez: Ramsey no tiene ningún destino especial. Es un pirado y un idiota. Fue casi competente en ciertos temas hace tiempo, incluso el Gris pensaba que era bueno, lo que no habla muy bien de ese mendigo sin alma, por cierto. Pero luego empezó a tener alucinaciones y...

—Por última vez: no importa si tiene o no un destino especial, importa que Piedra piensa que lo tiene.

—Más conjeturas. Intuyo que hay más... No sé de qué se trata, pero hay mucho más. Vamos, centinela, ya te has comprometido al tratar

conmigo. Desembucha. ¿Qué me ocultas de ese nigromante tan malo? Estás obsesionado con él más allá de una simple venganza por que te descubriera en su momento. Tengo ojo para esas cosas.

—El proyecto de Piedra, ni siquiera sé si es posible, pero no podemos consentir que lo lleve a cabo.

—Dijiste que le hacía falta embaucar a otro idiota para ponerle otra pulsera.

—Lo encontrará.

—¿De qué se trata ese proyecto?

—Es un secreto a voces. ¿Conoces la mayor aspiración de todos los nigromantes? ¿Lo que de verdad quieren aprender al estudiar la muerte?

—Todo el mundo lo ha oído mencionar alguna vez. Vamos, ¿no insinuarás que Piedra pretende conseguirlo? Es absurdo.

—Absurdo o no, Piedra cree haber descubierto el secreto de la resurrección.



El primero en reaccionar fue el perro. Se escuchó un maullido, se removieron algunos helechos en la oscuridad y Plata saltó de los brazos del Niño y se perdió entre la maleza para perseguir al gato. Sus pequeños ladridos cada vez se escuchaban más lejos.

Diego fue el segundo en reaccionar y romper la parálisis que parecían sufrir todos.

—¿Pero tú eres tonto o quieres tragarte la gabardina? ¿Qué has hecho, retrasado sin alma?

Sara trató de tranquilizar al Niño, que realmente parecía a punto de sufrir un infarto por el enfado que tenía. Colocó la mano sobre su hombro mientras se acercaba al Gris.

—¿Por qué? Esto no es ser temerario, es mucho peor.

—Estoy de acuerdo con Sara —la apoyó Álex, aunque sin demasiado énfasis, como si tuviera al Gris por un caso perdido.

Diego chapurreó algunas palabras ininteligibles, insultos, con toda seguridad. Le temblaba el lunar de la barbilla de la rabia. Sara creyó que tendría que emplear toda su fuerza para sujetarle, pero el Niño se quedó quieto de repente. El Gris se había quitado la pulsera con suma facilidad.

—Yo... —balbuceó la rastreadora—. Pensé que nadie podía quitársela si se la ponía.

—Yo sí —explicó el Gris—. No tengo alma que enlazar con las runas de la pulsera.

—Pero tienes cuerpo —intervino Álex.

—Precisamente. Ahora puedo asegurarte que la pulsera no te causará ningún daño físico. —El Gris le tendió la pulsera al Niño.

A pesar de que las expresiones de Álex eran sutiles, Sara creía que empezaba a distinguirlas. El leve temblor de la mejilla la indujo a pensar que Álex estaba enfadado con el Gris. La razón era evidente: si la pulsera hubiera escondido alguna trampa, el Gris habría caído en ella debido a su temeridad, algo que Álex, por supuesto, no aprobaba, pero que tampoco discutió. Sara imaginó que el Gris se limitaría a replicar que no había pasado nada y zanjaría la cuestión.

No dejaba de sorprenderle la comunicación que había entre ellos, la relación tan complicada que mantenían con total naturalidad. En instantes como aquel, Sara se daba cuenta del grupo tan particular al que había ido a parar y de cuánto había cambiado su vida desde que el Gris la visitó en la feria, en su tienda, para decirle que iban a matar a un demonio. Por aquel entonces el Gris no era más que un rumor que apenas había escuchado un par de veces y al que no había dado crédito. Ahora estaba con él, en un cementerio, acompañada de un muerto, un niño maldito y un ser que ocupaba el cuerpo de un perro, discutiendo sobre las especulaciones de un nigromante, sobre lo que les aguardaba después de la muerte, considerando la posibilidad de rescatar del Infierno a un alma condenada.

Cayó en la cuenta de que también ella encaraba la situación con naturalidad. Contaba con menos experiencia que ellos, pero ya no era la muchacha asustadiza que les acompañó durante el exorcismo. Ahora defendía sus ideas, sostenía la mirada de Álex cuando era preciso. Había ganado confianza en sí misma, tenía opinión propia, acertada o no, y no temía expresarla. Solo deseaba que remitiera el temblor de su mano de una vez por todas.

—Tío, se me fue la olla... —se disculpó el Niño—. Ya sabes que yo no pienso eso de ti. Cuando me pongo nervioso no controlo mi boca. Lo sabes, ¿no? Dime que lo sabes.

El Gris asintió. Diego le abrazó. Permanecieron así unos segundos. Un niño y un hombre rodeados de tumbas en mitad de la noche. Daba la impresión de que estaban allí solos. Sara tuvo la certeza de que esa era la relación más especial de todas. A esos dos les unía un lazo que no se podía explicar ni comparar con ningún otro, no solo por sus respectivas condiciones, sino también por todas las increíbles experiencias que habrían vivido juntos. ¿Cómo definirlos? ¿Como hermanos? ¿Amigos? Cualquier intento de etiquetarlos fracasaba, se quedaba corto, no abarcaba todos los matices. Aquella relación era lo más hermoso que Sara había contemplado en el mundo oculto.

El Niño tomó la pulsera que el Gris sostenía en su mano. Sara quería gritar, pero se quedó quieta, con una terrible sensación de fracaso por no haber convencido a Diego de que no lo hiciera.

El Niño tembló un poco. La miró y sonrió con una mezcla de tristeza y alegría. A Sara le pareció que aquella sonrisa era deliciosa, también una máscara para el miedo que trataba de superar, lo que demostraba su valor. Se sintió orgullosa de él. Quiso devolverle el gesto, decirle que le apoyaría aunque no hubiese tenido en cuenta su opinión, transmitirle de algún modo que la decisión era suya y de nadie más, porque era él quien tenía que afrontar su condena. Pero no le dio tiempo.

Ese niño que no lo era, que para ella seguía siendo pura inocencia, deslizó la pulsera sobre su mano y la ajustó a su muñeca.



—Creo que por fin hemos aclarado todos los puntos. —Mario Tancredo se frotó las manos—. Te ayudaré a borrar todo rastro de Ramsey y la pulsera en los informes médicos. Aunque no lo creas, estoy a favor de mantener a la opinión pública al margen. Pero ahí queda todo, Edgar. Lo cierto es que tu nigromante no me interesa lo suficiente como para que yo me implique.

—Cometes un error —le advirtió el centinela—. Y voy a ir a por ti...

—Ahórrate las amenazas. Hazlo. Ve a por mí.

—¡No me interrumpas! —Edgar bajo la mano hacia la empuñadura de su arma. Comprendió el impulso al que había estado a punto de ceder y recuperó el dominio de sí mismo—. Te crees intocable y vas a tener ocasión de demostrarlo. Explicaré en mi informe todo lo que sé sobre ti y tus actividades.

—No olvides incluir que has intentado asociarte conmigo, además de sobornarme, extorsionarme, pedirme que manipule runas prohibidas y utilice sangre de demonio... Ya sabes, todo eso tan interesante.

—Eres un ingenuo. Cómo se nota que no conoces a Mikael. ¿Crees que al ángel le importará algo que no sea...?

—¿Mikael?

—¡Te he dicho que no me interrumpas!

Mario separó los brazos en gesto amistoso.

—¿Por qué no lo habías dicho antes? Si respondes ante Mikael puedes contar con mi total colaboración.

Edgar frunció el ceño. Ladeó el rostro para mirarle con el ojo sano.

—¿Bromeas?

—Para nada. Mi devoción por Mikael es absoluta. Solo te pido que le transmitas de mi parte que puede contar con mi apoyo siempre que lo necesite.



—Los muertos no duermen, ¿verdad? —Sara se frotó el cuello y bostezó. Trató de no pensar en el aspecto que debía de tener sin apenas haber descansado. Su cuerpo pesaba más de lo habitual desde que se había despertado, y le había supuesto un esfuerzo enorme vestirse y arrastrarse hasta allí.

—¿Una mala noche? —preguntó Álex.

Sara había pasado doce horas seguidas en la cama y tenía la sensación de no haber dormido ni diez minutos. Se despertaba afligida por una angustia terrible. No recordaba las pesadillas, pero sentía su corazón enloquecido, el sudor sobre su piel y el peso de un tormento que no podía explicar. La mano le temblaba.

Álex estaba impecable, como siempre. Nunca tenía ojeras ni estaba despeinado, no se le arrugaba la ropa y... ahora que se fijaba, tampoco olía a nada. Un detalle que no debería sorprenderla, pero no se acostumbraba a verlo como a un muerto. Su imagen y su voz eran tan reales...

—¿Qué haces aquí?

—He venido a ayudarte —contestó él.

—¿Cómo...?

—Rastreaste a Piedra y fingiste muy bien en el cementerio. Después de todo, no eres tan torpe. Te felicito.

—Así lo descubrí yo, ¿pero cómo te has enterado tú?

La única razón para que Álex estuviera a la puerta del hospital, esperándola, era que también estuviera al tanto, de modo que no tenía sentido fingir.

—Por la prensa —dijo Álex—. Debías de estar agotada e ir directa a la cama, porque si hubieras encendido el televisor, habrías visto en las noticias de todas las cadenas la actuación de Piedra.

Aquello la confundió. Ella había alcanzado a ver, durante su contacto con el nigromante, cómo arrojaba a Ramsey al vacío, una imagen de apenas un segundo, seguida de otra en la que Piedra asentía satisfecho frente a este hospital. Si, según Álex, la prensa le había grabado tirando a alguien desde una azotea, la policía debería haberlo detenido.

—Ramsey se suicidó —explicó Álex, que pareció entender su turbación.

—No es eso lo que vi.

—Piedra se aprovechó de la situación.

—¿Es una coincidencia que matara a un tipo que se iba a suicidar de todos modos?

—No creo en las coincidencias —dijo Álex—. Lo que nos deja ante un sujeto muy hábil.

La rastreadora sintió un escalofrío ante esa afirmación, con la que estaba de acuerdo de un modo instintivo.

—Y tú dejaste que el Niño se pusiera la pulsera. ¿Por qué no me ayudaste?

—Te lo dije, es muy testarudo. Nadie le habría convencido de lo contrario.

—Y además, a ti no te importa lo que le pase —le acusó.

Álex se limitó a mirarla sin contestar a la pregunta.

—Aunque seas un cerdo insensible, pensaba que le considerabas útil porque curaba al Gris.

—¿De veras me consideras insensible? El Niño tiene miedo del Infierno. Haría lo que fuese por librarse, como el cobarde que es. Sé que tú le ves como a alguien valeroso, así que no discutamos ese punto.

—Estoy de acuerdo. No tengo ningún interés en hablar de eso contigo, Álex.

—Deberíamos hablar de tu mano. Salta a la vista que no has pasado una noche muy buena.

—No es asunto tuyo.

—Negándolo no lo superarás. Te dije que te ayudaría. Estoy aquí, Sara, no encontrarás a nadie mejor para compartir ese dolor. No es fácil quitar una vida...

—¿Me lo dices tú? Olvídalo, Álex, no quiero tus consejos.

—Como quieras.

De pronto lamentó que él no insistiera. En el fondo se le había despertado la curiosidad por conocer su opinión, también por entender a un muerto que se ofrecía a ayudarla y cuyo único objetivo era matar al Gris, a quien, por otro lado, no hacía más que proteger.

—No ha venido el gato —dijo Sara, cambiando de asunto—. ¿Ha habido algún cambio?

—No. Nos encontraremos el domingo en la tienda de los brujos, como está previsto. He venido por iniciativa propia.

—¿Para vigilarme?

—Para cuidarte. No interferiré, te lo prometo. Quieres estudiar a Ramsey para averiguar si Piedra y su vasto conocimiento sobre la muerte te ayudan a acabar conmigo.

A estas alturas, Sara ya estaba acostumbrada a esconder sus emociones de Álex.

—Quiero estudiar a Ramsey para ayudar al Niño. —Se negaba a darle la satisfacción de admitir que había descubierto sus intenciones.

—Mejor, porque no es la primera vez que ese crío nos mete en un lío.

El deje en su voz fue sutil, aunque suficiente para que la rastreadora detectara con cierta satisfacción que a Álex no le agradaba la estrecha relación que había entre el Gris y el Niño. Con toda seguridad constituía un obstáculo para las maquinaciones y el control que Álex aspiraba a ejercer sobre el Gris.

—¿Dónde está, por cierto?

—Está bien, no temas. Ha ido con el Gris a buscar alguna pista sobre el paradero de Sombra.

No le hacía gracia que Diego se expusiera ante un vampiro asesino, pero la tranquilizaba que estuviera con el Gris. Ya habían valorado la posibilidad de que Sombra fuera tras él, dado que no parecía interesado en atacar al Gris directamente.

—De acuerdo, vamos allá —dijo Sara—. ¿Sabes en qué habitación está Ramsey?

—En la Unidad de Cuidados Intensivos, imagino.

—¿Es todo?

—Eres una rastreadora, Sara, así que rastrea.

—Y eso que venías a ayudarme... Menos mal que esta es mi última misión con vosotros.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Álex visiblemente molesto.

—¿No te lo ha dicho el Gris? Me ha echado del grupo. En cuanto resuelva el conflicto con Sombra me iré. Viniste a buscarme para nada, Álex. Muchas gracias, pero no tenías que haberte molestado.

Álex frunció el ceño, solo un segundo. Enseguida miró a Sara y negó con la cabeza.

—Él te necesita y lo sabe.

—No necesita a nadie. Al menos a mí no. Lo dejó muy claro.

—¿Estás dolida? Eres muy infantil, Sara, e ingenua, e insegura... Mejor lo dejo ahí. El Gris no quiere que te pase nada malo, por eso te ha echado, para que no vuelvas a estar en peligro por su culpa.



Cindy caminaba por la acera, se contoneaba con gracia, resonaban los tacones de sus zapatos con cierto ritmo. Se detuvo al ver algo que no se esperaba.

—¡Eres un bicho malo! ¿Me oyes? Eso no se hace.

Había un muchacho inclinado sobre un perro pequeño y algo sucio. Le apuntaba con el dedo índice mientras le soltaba una dura reprimenda, aunque a su voz le faltaba algo de gravedad para sonar amenazadora. El chico tenía un cierto aire travieso, casi rebelde, pero su voz delataba bondad y juventud, malas cualidades para encontrarse en aquel lugar.

Cindy debía alejar al muchacho de allí cuanto antes.

—¿Te has perdido, chico?

—Y no quiero escuchar más estupideces de dragones... —continuó regañando al perro.

Dragones... A Cindy le pareció adorable. El chiquillo estaba jugando con su mascota.

—¿Qué ha hecho tu perro?

Él alzó la cabeza y la miró por primera vez.

—Se ha cagado.

Tenía un lunar en la barbilla y una cara dulce. Oírle decir una palabrota era enternecedor, como cuando las dice un niño de tres años porque se lo ha escuchado a algún adulto. Imposible no sonreír.

—Bueno, estamos en el campo —dijo Cindy—. No es tan malo.

—Díselo a la poli —refunfuñó el chico—. Me ha puesto una multa por no recoger la mierda del chucho. Y luego encima la he tenido que recoger. —El perro ladró y se acercó a Cindy, se acurrucó entre sus zapatos—. No, no, que te conozco. Ella no es rastreadora. ¡Plata! Ven aquí.

El perro miró al chico, pero no se movió.

—¿Una multa, dices? ¿No eres muy pequeño para eso? ¿Cuántos años tienes? ¿Doce?

—¡Eh, tengo dieciséis años! —respondió ofendido.

No los aparentaba, en opinión de Cindy, tan delgadito, tan bajito... Tan mono. Trece, como mucho.

—¿Y la policía no te llevó con tus padres?

—Es que tengo un carné de identidad falso. Me lo consiguen los brujos, ¿sabes?

Debía de tener una obsesión por la Edad Media, con tanto mencionar a brujos y dragones. De no ser por su indiscutible aire de inocencia, Cindy habría dudado de la mirada con la que el chaval había recorrido sus piernas hasta detenerse en su minifalda de cuero.

Un coche aparcó algo más adelante. Cindy vio bajarse a una compañera y recordó que el niño no debería estar allí o habría problemas.

—Cariño, ¿por qué no vas con tus padres? Dime, estabas en el parque de atracciones y te has perdido al pasear a tu perrito, ¿verdad?

—Qué va. Yo quería ir, me flipan las montañas rusas, pero el Gris no me dejó.

—¿Quién dices que no te dejó?

—Mi colega. Se llama así.

Más juegos. Definitivamente, le iba a venir muy bien tanta imaginación a ese chico para no entender dónde se encontraba.

—Dices que no te dejó, así que es mayor que tú.

—Ya te digo, piba. Tiene... La verdad es que no lo sabe, porque perdió la memoria cuando le robaron su alma, pero nosotros vamos a recuperarla. ¡Somos los mejores!

—Entiendo —dijo Cindy, comprensiva—. ¿Y dónde está ese amigo tuyo?

—Pues con una amiga tuya, claro, ¿qué íbamos a hacer aquí si no? El muy cerdo no me deja acompañarle nunca.

—¿Venís mucho? —preguntó escandalizada. Un hombre que acostumbraba a venir y dejar a un niño solo esperando mientras él... A Cindy le entraron náuseas solo de pensarlo—. Ven, cielo, es mejor que vayamos a otra parte a esperar. Yo te acompañaré.

—Tía, yo iría contigo, pero si mi colega no me encuentra se pondrá nervioso. Creerá que me ha matado un vampiro y la liará. Cometerá alguna idiotez, le partirán la cara y luego yo tendré que curarle. La historia de mi vida.

—Aquí no puedes estar.

El chico miró a un lado y a otro.

—¿Cómo que no? Diría que hay un montón de peña por aquí. ¿No será por el chucho? Tranquila que ya ha cagado.

Cindy no tenía tiempo de explicarle quién era la gente que merodeaba precisamente por aquella parte de la Casa de Campo de Madrid, una enorme extensión que constituía el mayor parque público de la ciudad, un pulmón que la oxigenaba. La Casa de Campo contaba con numerosas instalaciones muy adecuadas para un chico, como el zoológico o el parque de atracciones, pero precisamente en la zona en la que se encontraban era donde no debería estar ningún menor de edad. Su amigo, el tal Gris, debía de ser un auténtico desgraciado si acostumbraba a venir y dejar allí al chaval esperando. Cindy conocía bien a ese tipo de personas, incluso llegó a tener contacto con un padre que se comportaba del mismo modo.

Aquel niño de mirada inocente merecía no saber lo que sucedía y seguir disfrutando de sus juegos y sus fantasías. Ya tendría tiempo de pasar por allí cuando fuese mayor, aunque Cindy esperaba no volver a verlo nunca, por su bien.

—Escúchame, hemos tenido suerte, pero tienes que marcharte, ¿me oyes? —Cindy trataba de sonar firme, era parte de su trabajo con algunos clientes, pero con un niño tan adorable no sabía si lo habría logrado—. Mi jefe está a punto de llegar y no le gustará verte aquí.

—Ah, lo pilló. —El chico le guiñó un ojo—. Te estoy interrumpiendo, ¿no? Bueno, yo esperaré por aquí.

—¡No! En otra parte. Vete de aquí, por favor. Te lo digo por tu bien.

—Pero no me ladres, tía. Ni que te hubiese insultado... —Se ofendió el chico—. Jo, yo pensaba que las putas tenían que ser amables.



Encontrar a Ramsey en el hospital resultó algo más complicado de lo que Sara había imaginado. Álex, por el contrario, fue más útil de lo que cabía esperar. Sara había creído que se limitaría a seguirla y a censurarla. Se equivocó.

Álex la ayudó a franquear la entrada de un modo extremadamente sencillo. Aquel hospital no contaba con una vigilancia excesiva, pero había personal administrativo ante el que responder. Por suerte, ese personal constaba de dos mujeres. Álex ni siquiera tuvo que abrir la boca; una mirada y una sonrisa, un gesto del que Sara le creía incapaz, y ninguna de las dos mujeres pudo apartar la vista de él, lo que la rastreadora aprovechó para deslizarse al interior sin dificultad alguna.

En el siguiente paso, encontrar la habitación de Ramsey, Álex no colaboró. Por el contrario estorbó, porque Sara tenía que abrirle constantemente las puertas y escucharle con su cuerpo para que nadie le rozara por casualidad y advirtiera que en realidad solo era un fantasma, uno extremadamente atractivo, eso sí.

De modo que Sara tuvo que rastrear.

—Convendría que dieras con su médico o alguna enfermera que sepa si le están haciendo alguna prueba, una cura o si Ramsey recibirá alguna visita —la apremió Álex.

Resultó más complicado de lo que Álex había dado a entender. Sara tuvo que tropezar, saludar y buscar excusas variopintas, con el único fin de tocar a numerosos miembros del personal sanitario. Un roce no era suficiente, necesitaba prolongar el contacto al menos unos segundos, y era incómodo.

Enseguida se saturó de información irrelevante. El hospital era grande y se atendía a muchos pacientes. Sara rastreó envidias, sobre todo por los salarios, demasiado bajos en opinión de la mayoría. También recabó una cantidad considerable de quejas sobre el horario, los turnos y algunas normativas que no entendió. Por último, y no con menos frecuencia, en su rastreo se topó con diferentes intercambios sexuales.

Sacudió la cabeza y se dijo que se estaba mareando por rastrear tanto y tan deprisa. Era sencillamente imposible que en aquel hospital hubieran ocurrido tantos encuentros sexuales.

Lo curioso fue que gracias a aquellas aventuras dio con el médico de Ramsey, uno de los que gozaba de más éxito entre el personal femenino y también de los que más antipatías despertaba, en ambos casos por la misma razón.

Sara se formó una imagen del médico que no correspondía con la realidad, como comprobó cuando por fin se cruzó con él.

—¡Coja la indemnización y métasela por el culo! ¡Bien dentro! —Rugía mientras salía de espaldas de un despacho. Había golpeado a Sara con la puerta, pero estaba tan enfadado que no reparó en ella—. Si lo hace, le juro que yo meteré después la mano y la firmaré. Otra cosa, burócrata asqueroso, quiero decirle, señor, que no distinguiré una jeringuilla del pene de su novio. ¡Sí, ese que está tan gordo como usted! ¿Pensaba que nadie lo sabía? ¡Pues espere a que lo cuente en el hospital! Y a su hermana tuve que ponerle un calcetín en la boca porque no paraba de chillar mientras nos lo montábamos en su mesa, en la que apoya ahora los codos. ¡Váyase al diablo!

Sara, aturdida, se apoyó en la pared. El golpe y la sobreinformación de rastrear a tantas personas le nublaron la mente. La sobresaltó un portazo tremendo.

—Perdón, ¿la he golpeado? —preguntó el médico.

—Sí —contestó Álex.

—No era mi intención.

Sara se levantó.

—Estoy bien. En realidad, doctor, si no es molestia, quería preguntarle por un paciente que...

—¡Ya no tengo pacientes! —soltó enfurecido. La preocupación anterior desapareció al instante—. ¡Me han despedido! Si quieren saber algo de algún paciente, pregunten al mierdecilla que hay en ese despacho.

Señaló la puerta que acaba de cerrar bruscamente y se alejó a toda prisa.

—Qué tacto tienes, Sara —se quejó Álex.

—¡No me atosigues!

—Quédate aquí.

La rastreadora temió por un momento que Álex fuera a cometer alguna locura con el médico, dado que fue en su dirección, pero después de unos pocos pasos desapareció tras una pared. Regresó unos minutos más tarde.

—Dos plantas más arriba —dijo Álex—. En la habitación que hay justo encima del despacho.

Sara reprimió las ganas de preguntarle por qué no había buscado antes a Ramsey por ese método. Con toda seguridad, lo único que conseguiría sería una respuesta sarcástica, tipo «quería comprobar si podías valerte por ti misma» o algo por el estilo. Y no sería porque Álex la despreciara, sino para mantener ocultas sus capacidades. Sara estaba segura de que Álex, igual que no podía materializarse casi nunca, y solo por unos segundos, tampoco podía atravesar las paredes y los objetos siempre que quisiera. Como poco, debía de suponerle algún esfuerzo.

A pesar de que cada vez le conocía más, aún distaba mucho de entenderle, pero aprendía de él, paso a paso. Sara comenzaba a sospechar que sus modales rudos eran un escudo para mantener a los demás alejados. Quién sabe, puede que incluso terminara cayéndole bien, que Álex hubiese ido a buscarla no solo para ayudar al Gris, sino también para que regresara al grupo porque no le desagradaba su compañía. Esa posibilidad concordaba con la seguridad de Álex al decirle que el Gris no la iba a expulsar del grupo. Cuanto más lo pensaba, más le daba la sensación de que encajaban las piezas, la actitud de Álex...

—¿Qué estás pensando? ¡Despierta! —Gruñó Álex frente a la puerta de una habitación—. ¿Qué tal si te concentras?

La rastreadora asintió y abrió la puerta, apartando aquellos pensamientos para otro momento más relajado. Ramsey estaba tumbado en una cama, como era de esperar, con los ojos cerrados. Hasta parecía disfrutar de un sueño plácido.

—La pulsera. ¡Deprisa! —bufó Álex.

Sara acarició la tira de cuero que rodeaba la muñeca de Ramsey.

—Tócala bien. No se va a despertar, maldita sea.

—No veo nada —dijo ella tras unos segundos—. Nada en absoluto. Piedra sabe cómo ocultar su rastro.

—En la pulsera sí, pero no es tan fácil en las runas. Mira en el interior, rastrea las runas, los ingredientes.

A Sara le excitó la idea de estudiar runas prohibidas, aunque para su decepción le resultaron vulgares a simple vista, incluso recordaba haber visto a gente corriente con tatuajes parecidos.

—¿Son estas? ¿Están prohibidas, no? —señaló un tanto decepcionada.

—Sí. Pero la prohibición reside en la forma de pintarlas más que en el símbolo concreto. Esa de ahí es muy conocida.

—Una runa de enlace.

—Celebro que el Niño te haya enseñado algo. Parece una runa de enlace, pero se ha dibujado y activado de otro modo, te lo aseguro. Ahora, si no te importa, céntrate en averiguar algo sobre Piedra, lo que sea. ¿O esperas descifrar toda la ciencia de los nigromantes tú sola, rastreando una muestra?

Sara lo intentó. Se concentró, pero no percibió nada.

—Tienes que borrar de tu mente todo lo que has rastreado antes.

—¿Qué?

—Estás... llena, no hay sitio para nada más.

—Tú me obligaste a...

—¡Hazlo!

Sara se esforzó en poner la mente en blanco, lo que le vino bien para expulsar la rabia que Álex le producía. Se forzó al máximo.

—¡Ay!

—Vuelve a poner la mano.

—Me ha dolido, como si...

—Eso es que lo estás haciendo bien. Vamos, otra vez.

Esta vez consiguió no retirar la mano cuando notó el pinchazo. El dolor no remitió. Cuanto más prolongaba el contacto, más penetraba la punzada, como si una aguja se introdujera desde la punta de su dedo índice y avanzara hacia la palma de su mano. Comenzó a ver imágenes incomprensibles, deformadas.

—Sigue.

—No entiendo lo que veo.

—Son solo distracciones, trampas que los nigromantes colocan para los rastreadores. Ignóralas. Busca más.

—Duele.

—Sigue.

El dolor llegaba ya hasta la muñeca, y no se detenía, se abría paso entre su carne como si fuera un objeto sólido. La sensación era tan real que a Sara le extrañaba no ver sangre saliendo de su dedo.

—Duele mucho.

—Resiste.

Le recorrieron varios calambres, su mano temblaba, y esta vez no se debía a la muerte que había causado.

—No aguantaré mucho más.

—Lo harás.

—Álex, por favor...

—¡Sigue!

—¡No puedo!

—¿Quieres ayudar al Niño o no? Deja de hablar conmigo y concéntrate.

Sara gimió. Jadeaba, le caían gotas de sudor, apretaba los ojos y sacudía la cabeza. La aguja le perforaba el brazo ya casi hasta llegar al codo. Era imposible que un dolor como ese fuera imaginario. Tenía una maldita barra de hierro que pronto le saldría por el hombro. Sara gritó.

—¿Vas a llorar? ¿No puedes soportar un poco de dolor y pretendes matarme algún día? Porque es tu misión, ¿recuerdas? Tú quieres salvar al Gris, Sara, y al Niño, y al mundo entero. Pero para eso tienes que sufrir, no lo conseguirás sin sacrificio. Ni siquiera tú eres tan ingenua como para no saber eso.

El grito de Sara se prolongó y se extinguió de repente, cuando se desplomó en el suelo. Permaneció un tiempo recobrando el aliento. Al incorporarse, vio a Álex arrodillado frente a ella, observándola atentamente, inexpresivo. Lo primero que hizo la rastreadora fue comprobar su mano y su brazo. Estaban intactos, ni rastro del dolor.

—Lo he visto —dijo ordenando sus ideas—. Piedra le ha colocado pulseras a varias personas más... Y creo... Creo que le puso un collar a Edgar, el centinela del parche. Aunque conservaba los dos ojos cuando eso sucedió. Era muy guapo, deslumbrante... Lo siento, me estoy

desviando de...

—Está bien. Sigue hablando para que no lo olvides. Necesitamos nombres. Escríbelos antes de que los olvides, porque sucederá, no podrás retener esos recuerdos mucho tiempo.

Sara, con gran esfuerzo, logró escribir varios nombres antes de que, como había anticipado Álex, fuera incapaz de recordarlos.

—Tenía muchas pulseras, Álex. ¡Muchísimas! Y también collares, anillos...

—Eso es normal en un nigromante. No significa que haya hecho nada malo al Niño.

—Espero que tengas razón. ¿Es suficiente? —preguntó Sara señalando el papel.

—Lo has hecho muy bien, Sara. Sabía que lo lograrías.

Sonó casi amable. Puede que fuera la primera vez que Álex la trataba con cierta normalidad. La rastreadora no pudo evitar preguntarse por qué no se comportaba así siempre. Ahora sentiría su apoyo, de no ser porque se trataba de algo que había considerado imposible por parte de Álex. En aquel momento ni recordaba al hombre despiadado que en realidad era, sino que se veía a su lado, superando peligros y dificultades, como un compañero y no un adversario. Todas esas sensaciones no eran más que un destello de lo que podría llegar a sentir junto a él. Y la sorprendió enormemente ser capaz, aunque solo fuera durante un instante, de contemplarlo de ese modo.

—Quizás sientas una leve desorientación. No imaginaba que Piedra fuera tan hábil escondiendo sus rastros.

—No lo alabes tanto, al final he conseguido leer un poco de sus...

—Eso es porque tú eres una de las mejores rastreadoras que existen, solo que todavía no te has dado cuenta.

Sara se quedó literalmente con la boca abierta. No estaba preparada para un comentario como ese por parte de Álex y no supo reaccionar, se bloqueó.

Álex señaló el papel en el que Sara había escrito los nombres.

—Guárdalo. Ve a casa y descansa hasta que el Gris te llame.

—¿Qué? ¿Dónde vas tú?

—Tengo cosas que hacer.

—Pero...

—No te incumben —dijo, tajante.

Y desapareció. Atravesó una pared y la dejó allí sola.

—Maldito seas, Álex —murmuró mientras se incorporaba.

Un olor a gasolina la invadió de inmediato. Sara ya no estaba en un hospital, sino en... ¿Dónde se encontraba? La imagen era borrosa. Estaba en el exterior, al aire libre. Si esa era la desorientación a la que se había referido Álex, se había quedado corto. Ante ella estaban los restos de un coche. Le costó distinguir el modelo porque se había convertido en un amasijo de hierros. Tenía forma ovalada y parecía un modelo antiguo. La parte trasera no había sufrido daños y Sara dedujo que se trataba de un Volkswagen escarabajo, si bien podría estar equivocada, porque los coches nunca habían sido su pasión. Un examen más detallado le descubrió una mano sobre el capó. De aquella mano caían gotas de sangre. La luna delantera se había roto en lo que supuso había sido un accidente y el conductor la había atravesado parcialmente.

Brotó una llama entre los hierros, en la parte delantera, donde ella calculaba que estaría el motor. La manga de la chaqueta del conductor se incendió. Sonó un alarido terrible. El conductor estaba vivo y chillaba desesperado mientras las llamas se extendían a su alrededor. Sara dio un paso resuelta a ayudarlo y... La imagen desapareció.

De nuevo estaba en el hospital junto a la cama de Ramsey. Tenía la respiración agitada. Tardó en entender que había tocado la mano de Ramsey sin darse cuenta y que aquella visión era el resultado de un rastreo involuntario por su parte.

Salió de la habitación asustada. Por suerte no tuvo problemas para abandonar el hospital mientras trataba de entender lo sucedido. Nunca antes había rastreado nada con tanto realismo, que la confundiera hasta el punto de no saber que se trataba de una visión. Una vez en la calle, todavía no estaba segura de si guardaba o no relación con la pulsera del nigromante. Tal vez su destreza había aumentado sin ser consciente de ello, lo que justificaba la aparente confianza que ahora Álex tenía en ella.

De cualquier modo, quería descansar y olvidarlo antes de llegar a conclusiones quizá erróneas, dado su estado de excitación. Se alejó caminando, tratando de fijarse en detalles cotidianos y sencillos, en la gente con la que se cruzaba, en una farola, una parada de autobús, un cartel que anunciaba una película de cine, una Harley Davidson impresionante que... Sara parpadeó varias veces.

Esa moto le resultó familiar y Álex le había dicho en más de una ocasión que nunca se fiara de las coincidencias. Era un modelo que se veía mucho en las películas americanas, con la rueda delantera exageradamente separada y dos largos tubos metálicos que se alzaban hasta dividirse y transformarse en el manillar. El sonido de la Harley era característico, un rugido suave y potente. La moto se detuvo delante de ella. El conductor era el hombre grande que se había peleado con el Gris la noche anterior en el cementerio.

Desde luego su indumentaria concordaba con la de un motorista, un poco hortera, la verdad. A la luz del día se le veía mayor, se apreciaba mejor el tono grisáceo de su melena y las arrugas que rodeaban las dos ranuras que le servían de ojos.

El motorista se acercó a ella con el mismo caminar lento y pesado que había exhibido en su visita al cementerio. No quedaba ni rastro de la herida que debía tener en la pierna por el cuchillo del Gris, que no era precisamente pequeño, nada que se apreciara en sus andares, al menos. Tampoco se veía un roto en los vaqueros desgastados que vestía. Sara estaba segura de que eran los mismos, como lo estaba de que nadie se cura de semejante herida en menos de un día.

Se obligó a mantener la compostura. De todos modos, no podría escapar de un motorista, aunque en realidad no creía que estuviera en peligro. Si aquel hombre quisiera causarle daño, podría haberlo hecho en el cementerio.

—¿Dónde está el hombre vacío? —dijo el motorista, tras detenerse a un metro escaso de ella, lo que no era una distancia cómoda para Sara, dado el tamaño de aquel hombre.

—¿Hombre vacío? —repitió Sara.

—El hombre... que busca su alma.

—Ah, el Gris. —El imponente aspecto del motorista no dejaba pensar a Sara con claridad—. Ya veremos. ¿Quién eres?

—¿Mi identidad te ayuda a saber dónde está el hombre vac... el Gris?

Sara detestaba sacar conclusiones precipitadas a partir de una primera impresión, pero tampoco podía evitarlo. El motorista hablaba despacio, como si tuviera que buscar las palabras. Su expresión era neutra, pero su voz y su tono la indujo a pensar, en contra de su voluntad,

en alguien con alguna ligera deficiencia mental. Esa impresión, que bien podía estar equivocada, también la llevó a bajar la guardia y no percibir peligro en su compañía, a pesar de su envergadura y el hecho de que noqueó al Gris.

—¿Cómo te llamas?

—¿Sabes dónde está el hombre vacío?

—Y dale, que no está vacío, es... —Sara reparó en que la gente se quedaba mirando al motorista, lo que era de esperar—. Ven, mejor vamos a esa calle de ahí...

Le agarró por el brazo para indicarle hacia dónde debía ir, una señal clara de que sin darse cuenta había perdido cualquier rastro de miedo. Pero no fue por eso por lo que Sara se detuvo y lo miró asombrada. El motorista se había girado y se dejaba guiar dócilmente.

—¿El hombre vacío está en esa calle?

—No, espera.

El motorista obedeció. Sara todavía se recuperaba de la impresión que le había causado el contacto con él. Ni un solo rastro, de ninguna clase. No era algo habitual en absoluto.

—¿Por qué buscas al... hombre vacío? Ayer peleaste contra él. No pienso decirte dónde está si no...

El gigante se volvió sin darle tiempo a terminar. Se subió a la Harley Davidson, hizo rugir el motor con aquel sonido tan característico y se marchó zigzagueando entre los coches.



El Gris regresaba de un humor considerablemente peor que al llegar a la Casa de Campo. No miraba el suelo cuando sus botas aplastaban palos y hojas o cuando su gabardina se enredaba en las ramas de algún árbol. Seguía caminando mientras la noche se hacía más oscura.

No le incomodaba pisar preservativos usados de cuando en cuando, ni pasar junto a un coche con los cristales cubiertos de vaho que se balanceara rítmicamente. Tampoco escuchar jadeos entre los arbustos para ver aparecer después a un tipo maloliente subiéndose los pantalones. Nada de aquello le afectaba porque para ello tendría que poseer algo que le arrebataron hace tiempo. Sin embargo, estaba enfadado.

Y se enfadó un poco más cuando emergió del bosque y vio que el Niño no estaba donde debía, esperándole junto a la carretera. No le sorprendía, Diego era incapaz de estar más de cinco minutos solo en el mismo sitio, y era mucho peor en compañía de Plata, quien para complicarlo todo un poco más había saltado al cuerpo de un perro. No, lo cierto es que el Gris no contaba con que esos dos le hubieran hecho caso, pero le molestó de todos modos. Últimamente todo le molestaba, incluso él mismo.

Mientras buscaba al Niño, rechazó un par de proposiciones de unas prostitutas, una de las cuales debería de haberle ofendido.

—Eh, guapo, si tienes dinero, no me importa que seas un indigente.

Ni siquiera la miró.

Le extrañaba que todo estuviera en calma. No eran frecuentes los sitios en los que el Niño podía estar sin vigilancia y sin meterse en algún lío, pero por allí no parecía haber signos de que hubiera sucedido algo fuera de lo corriente. Eso, que debía ser una buena señal, también lo molestó, aunque no supo por qué.

Unos minutos después consideró por primera vez que el vampiro tuviera algo que ver. Habían llegado al atardecer, pero era un día nublado y Sombra tenía fama de arriesgarse antes del ocaso. Así había asesinado al padre Jorge, introduciéndose en una iglesia a plena luz del día, delante de todo el mundo, cuando nadie lo esperaba.

Pero entonces escuchó la voz del Niño y abandonó esa teoría.

—Así que ya sabéis, si queréis rezar por vuestra salvación, un día de estos después del trabajo, no vayáis a esa iglesia, porque os aseguro que todas las sagradas escrituras están llenas de mierda.

Sonaron dos carcajadas de mujer y un ladrillo. Al menos Diego no estaba en peligro y no había perdido a Plata. Las voces provenían de su derecha, entre los árboles. Ni el oído ni la visión del Gris eran sentidos que tuviera muy desarrollados, así que prestó atención para encontrarles.

—¿No te dije que era muy gracioso? —dijo una mujer.

—Y muy guapo —dijo otra.

—¿En serio? —se alegró el Niño.

El Gris supo que aquel comentario inocente de la prostituta iba a tener repercusiones en el ego del Niño en el futuro. Y no serían buenas.

—A lo mejor los curas tenían más papel higiénico y no usaron las biblias —sugirió una de ellas.

—Que no, pesadas, que me lo llevé todo.

—¿Y si compraron más?

—¿Nunca te ha pasado que estás en el váter y cuando te vas a limpiar el culo descubres que el papel se ha acabado? —preguntó Diego—. Cuando eso aprieta... vas y cagas, lo primero de todo. No tiene sentido, lo sé, pero nadie suele comprobar si hay papel hasta después de haber soltado la descarga, cuando ya es demasiado tarde.

Las chicas se rieron de nuevo. El Gris vio un arbusto removerse a pocos metros de distancia.

—Qué mono es, Cindy, y qué imaginación tiene. Me encanta. ¿Le imaginas robando biblias en una iglesia?

—Eso fue fácil —dijo el Niño con modestia—. Lo chungo fue echar laxante en todas las botellas de vino sin que me trincara el cura gordiflón que... ¡Gris! No pasa nada, pibas, es mi colega.

Las chicas habían dado un salto cuando el Gris apareció. Debían de estar tan concentradas en las historias del Niño que no le oyeron acercarse. Plata ladró y no paró de corretear alrededor de sus botas hasta que el Gris le dio unas palmaditas.

—Tenemos que irnos, Niño.

Una de las chicas le arrojó una mirada severa.

—¿Te parece bonito dejar a un niño solo mientras tú te diviertes?

—No he venido a divertirme.

—¿A desahogarte? Llámalo como quieras, degenerado, pero sí...

—Chicas, chicas, calmaos. —Diego se acercó al Gris—. ¿Cómo lo haces, macho? Siempre estropeas la diversión. Te he dicho que cambies esa gabardina cochambrosa, que da mal rollo.

El Gris bufó, pero no tuvo tiempo de replicar. Un tipo con aspecto de matón apareció con prisas y modales bruscos.

—¡Aquí os habías metido! ¿Creéis que así vais a pillar clientes? Vamos, llevad el culo a la carretera, porque como esta noche no recaudéis cada una al menos...

Se calló al ver al Gris. Al ver al Niño enarcó una ceja.

—Le estábamos cuidando —dijo una de las chicas señalando a Diego.

—¿Ahora cobramos por servicio de guardería?

—No podíamos dejarle solo...

—¡Cierra la boca! Tú, el de la gabardina, no tienes pinta de tener dinero, pero al parecer has utilizado a dos de mis chicas.

El Gris le tapó la boca a Diego.

—No he utilizado nada. Acabo de llegar y ya me iba.

Empujó al Niño hacia atrás.

—No tan deprisa, amigo. Mis chicas han gastado su tiempo cuidando a ese crío, ¿no?

Las dos chicas asintieron, claramente atemorizadas por el matón.

—Y su tiempo es dinero, mi dinero. Más te vale que hayas pagado por ese tiempo, amigo, porque si no...

—No llevo dinero encima.

—Mal asunto. —El matón sacó una navaja—. No es una excusa muy original, amigo.

—¡Ja! —soltó Diego—. ¿Qué es eso, un juguete? Anda, Gris, enséñale el tuyo.

—Calla, Niño. —El Gris extrajo su puñal. Plata ladraba al matón con el lomo erizado—. Nos vamos a marchar, amigo —dijo imitando su modo de hablar—. ¿Algún inconveniente?

El tipo contempló el cuchillo del Gris, que era casi tres veces el tamaño de su navaja, y tragó saliva.

—Ningún problema —dijo conciliador. El Gris guardó su puñal—. Vosotras, todo esto es culpa vuestra y lo vais a tener que compensar... ¡Ay!

Plata se había lanzado sobre el matón en cuanto gritó a las chicas y le mordió en la pierna. El matón levantó el pie, lanzando al pequeño perro hacia la oscuridad. El Gris, con un movimiento veloz, lo tumbó de un puñetazo.

—¿Siempre tienes que meterte en algún lío, Niño?

—¿Yo? Ha sido Plata. No le gusta que abusen de las damas, ya le conoces.

—Pues ahora ve a buscarlo. Nos vamos.

—¿Yo solo? Una mierda. Ya vendrá. Ese nunca se pierde.

—Espera. —Una de las chicas se acercó a Diego, se agachó y le dio un beso en la mejilla—. Gracias. Eres un encanto. Ahora marchaos o esto se pondrá feo.

El Gris ya se alejaba hacia la carretera. Diego le seguía de cerca, dando tirones de su gabardina.

—¿Lo has visto, Gris, el beso? ¿Y has oído lo que ha dicho?

—Borra esa cara de idiota, Niño.

—Eres un amargado. Entiendo que no te ha ido muy bien con la puta mientras yo esperaba. ¿Me equivoco?



Sara no se dio cuenta de que la taza se había escurrido entre sus dedos. El ruido al estrellarse contra el suelo la trajo de vuelta a la realidad. Había visto decenas de rostros, miles, millones... Imposible contarlos. Eran las personas que habían bebido de aquella taza antes que ella.

Su capacidad para rastrear parecía fuera de control. De seguir así, tendría que empezar a usar guantes.

El camarero, un chico joven y atento, se acercó con una fregona.

—Lo siento —se disculpó ella.

—Cualquiera tiene un accidente. —El camarero le dedicó una sonrisa mientras limpiaba el suelo y recogía los trozos de la taza—. Te traeré otra enseguida. Té, ¿verdad?

Sara asintió, algo avergonzada.

—¿Te encuentras bien? Solo era una taza.

El camarero se refería a la mano derecha de la rastreadora, que había vuelto a temblar.

—Estoy bien, gracias —contestó metiendo la mano en el bolsillo.

Sara suspiró aliviada cuando el camarero se marchó sin hacer más preguntas. Esperaba que Diego apareciera pronto. No le gustaba estar sola, aunque por lo menos aquella noche la había pasado mejor, sin pesadillas, y eso que había vivido una cantidad considerable de episodios inexplicables durante su visita a Ramsey en el hospital.

—¡Sara! ¡Sara!

El Niño la llamó desde la puerta de la cafetería y echó a correr hacia ella. Intentó frenar, pero resbaló en el suelo recién fregado y se dio un buen costalazo. Sara le ayudó a levantarse, contenta de verle tan activo como siempre, un síntoma de que la pulsera del nigromante no le había causado ningún mal.

—No aprenderás nunca a controlarte —le reprendió ella en tono cariñoso.

Diego se sentó con una mueca de dolor, frotándose el trasero.

—Ya, es que tengo muy buenas noticias —murmuró, aún lamentándose—. Me duele el culo.

—¿Qué noticias? —Sara quería oír desesperadamente algo bueno—. Dime, venga.

El rostro de Diego se iluminó de repente.

—¡Me ha besado una puta! —dijo tan alto que varias personas se volvieron a mirarle, aunque él no se dio cuenta, excitado como estaba—. Y su amiga, que también era puta, dijo que soy muy guapo. ¿Qué te parece? ¿Eh?

Tenía la misma cara que si le estuviera entregando las notas del colegio y fueran todo dieces, como esperando un premio por su actuación.

—¿Esas son las buenas noticias?

—¿Te parece poco?

Sara suspiró y se obligó a recordar que Diego no podía mentir, así que tenía que ser cierto que una prostituta le había besado, porque era mucho pedir que se tratara de una alucinación del Niño.

—Niño, eso que dices de que te ha besado una chica...

—¡Una puta! Presta atención a los detalles.

—Y, ¿cuándo? ¿Cómo... has conocido a...?

—Ayer. El Gris me llevó de putas a la Casa de Campo —explicó con una sonrisa tan grande que parecía a punto de cortarle la cara en dos.

—El Gris... —Sara trató de serenarse. Tenía que haber otra explicación que no fuera la obvia—. ¿Él también fue con una...?

—Con una puta. Sara, joder, dilo, que no te va a pasar nada.

—Tú cuéntame lo que pasó, ¿vale?

—Estás celosa, ¿eh? Vamos, admítelo. Desde que curé al bebé en aquella maldita casa y crecí, ya casi soy mayor de edad y estoy desarrollando mi potencial sexual. ¡Le voy a quitar el puesto a Álex y voy a ser el seductor del grupo!

La pelusa debajo de la nariz le asomaba algo más tupida y oscura, pero aún no podía considerarse un bigote. Con todo, y a pesar de que la autoestima del Niño tenía la particularidad de subir y bajar más que cualquier otra, la rastreadora prefirió no mencionar ese detalle. Lo prefería radiante, como ahora, no abatido, y Dios sabía que iban a pasar momentos muy duros como para restarle aquel arrebatado de felicidad.

—Es cierto que eres muy atractivo.

—Bueno, Sara, no me parece muy apropiado siendo compañeros, ¿sabes? Y todavía soy un poco joven —dijo acariciando el lunar de su barbilla—. Aunque bien mirado, no es culpa tuya sentirte atraída por este cuerpo. ¿Quién soy yo para negarte...?

—Niño, céntrate en las putas. ¡Maldición! Mira lo que me haces decir... Venga, cuéntame qué paso.

—Claro que sí, preciosa.

Diego le guiñó un ojo y a Sara le supuso un esfuerzo considerable no reírse.

—El Gris tenía la teoría de que los chuchos le ayudarían a enfrentarse al vampiro.

—¿Y eso está relacionado con...?

—No te alteres, tía, que sí. Es que hay una manada que se disputa la Casa de Campo y casi siempre tiene a una mujer chucho infiltrada entre las putas, vigilando y esas movidas. El Gris la conoce y a veces habla con ella.

Sara se alegró de que hubiese otra razón para que hubieran ido a visitar prostitutas.

—Por tu tono diría que los hombres lobo no le ayudaron.

—Pues no. Le dije que me dejara hablar a mí, que él es un negado tratando con la peña, pero pasó de mi cara, y tampoco quiso que Plata se acercara a ellos para que no la liara mientras siga en el cuerpo de un perro.

—¿Dónde está, por cierto?

—Ni pajolera idea. Ya aparecerá. Como te decía, el Gris está de muy mal humor. Los lobos le mandaron a paseo, prácticamente. Por lo visto no quieren meterse en lós si no es necesario. Están con el rollo ese del equilibrio y no sé qué paridas y pasan de todo. Ya se lo dije al Gris, pero es muy cabezón y no me escucha. Es como si se tapara las orejas con la gabardina cuando hablo.

El camarero regresó con una taza de té.

—Gracias.

—Tronco, una Coca-Cola para mí. No, mejor un zumo de naranja, que esa bazofia no es sana, aunque está buenísima.

—¿Algo más? —preguntó el camarero mirando a Sara.

—Anda, cómo te mira... —sonrió el Niño—. Te gusta, ¿eh, pillín? —le dijo al camarero—. Lo siento, pero está colada por mí...

—¡Niño!

Sara y el camarero enrojecieron. Diego ensanchó más todavía su sonrisa.

—¿Qué pasa? Hay que ver cómo encandilas a los jovencitos, Sara, estás hecha una loba. —El Niño se tapó la boca para esconder la risa de su propia gracia—. Una loba... ¿Lo pillas?

Sara esperó a que el camarero se alejara, y dudó de que fuera a traer las bebidas enseguida. La verdad era que si el camarero la había mirado de un modo especial, ella no lo había advertido. Tuvo el impulso de tocarle, para rastrear si efectivamente le había prestado mayor atención de lo normal, pero se contuvo. No estaba bien rastrear a los demás, invadir su intimidad, sin una razón, y todo por una necesidad infantil de sentirse deseada por un hombre. Aun así, no podía negar que le intrigaba saber si alguien tan joven la encontraba atractiva.

—¿Y dónde está el Gris ahora?

—Buscando al chupasangre.

—¿Solo?

—Tranquila, no hará nada sin nuestra ayuda. Sobre todo porque un vampiro es cosa fina, tía. En realidad yo le he recomendado que lo deje correr, porque no creo que pueda vencerlo. Si se mete con un vampiro... Me temo que lo van a crujir.

—No tiene alternativa, Niño. Han ido a por él, tiene que...

—Lo sé, lo sé. Solo digo que más le valdría contar con ayuda. De todos modos, lo chungo es encontrarlos. Nadie sabe dónde se ocultan. Tiene que ser un buen escondrijo, porque si no, les podrían sacar al sol mientras están sobando y convertirlos en tostadas. En fin, todo muy complejo.

El camarero regresó y dejó un vaso con zumo de naranja delante del Niño.

—Gracias, tronco. ¡Eh! Todavía miras a Sara. ¡Ja!

Al camarero se le desencajó el rostro. Diego congeló su expresión justo cuando estaba a punto de beber, con el vaso de zumo a dos

centímetros de su boca abierta.

—Oye, ¿has escupido aquí?

El camarero enarcó una ceja sin saber qué responder. Sara se atragantó con el sorbo de té que acababa de tomar.

—¡Niño!

—¿Te has sacado un moco y lo has pegado al vaso? —insistió Diego.

—Soy un profesional —se defendió el camarero—. No sé qué insinúas...

—¿Te has metido las manos en los pantalones y te has arrancado un pelo de los...?

—¡Niño! ¡Ya vale! Por favor, no le hagas caso —le dijo Sara al camarero a modo de disculpa—. Solo bromea, de verdad.

—¡Au! —chilló Diego al recibir la patada que Sara le dio por debajo de la mesa.

El camarero se marchó. Sara tomó nota de dejarle una buena propina cuando se marcharan. Desde luego se la había ganado.

—Eres un paranoico.

El Niño se cruzó de brazos.

—Se me ha pasado la sed de repente —refunfuñó.

—¡Crío!

—¡Vieja!

La rastreadora fue la primera en reírse, aunque Diego no tardó en unirse a ella. Definitivamente, se sentía bien en su compañía. Era la primera vez que reía desde que... Decidió no recordarlo por si regresaban los temblores de su mano derecha.

—Oye, tía, me tienes muy cabreado. ¿De qué va eso de que estuviste muerta? No me lo has contado, pero seguro que el Gris ya lo sabe todo. Llega un nigromante al cementerio, suelta algo interesante y me lo pierdo.

—No es nada importante. —Sara bajó la vista a la taza de té.

—Ya, claro. ¿No me lo vas a contar? —preguntó en tono juguetón—. Sabes que quieres haceeeerllooooo... Lo estás deseaaaaandoooo... Vamos, Sara, que soy yo, no esos estirados del grupo sin sentido del humor.

—Tenía ocho años... Me desmayé en el patio del colegio. Yo solo recuerdo que estaba corriendo detrás de un chico...

—Ya veo, qué pillina eras, ¿eh?

—Estábamos jugando, Niño. ¡Que tenía ocho años!

—¿Quieres que te diga lo que hacía yo a esa edad? Verás...

—¿Quieres que te lo cuente o no?

De pronto Sara tenía ganas de hablar de aquel suceso, lo que no era habitual en ella. Diego debía de afectar a su estado de ánimo más de lo que imaginaba.

—Claro que sí. Tú dale caña, que ya me callo.

—Desperté en el hospital —continuó Sara—. Y mi madre me miraba con una mezcla de alegría y miedo. Para mí fue horrible porque mientras estaba inconsciente, me asaltaron imágenes de ella con otro hombre...

—¿En la cama?

—Sí.

—¡Jo! Qué palo.

—Mi madre sostenía mi mano mientras yo permanecía inconsciente. No sabía que podía rastrear en ese estado. En realidad creo que solo había rastreado una vez antes de eso, a un niño. Ahí lo comprendí, al ver a mi madre... con otro hombre.

—¿Y lo de estar muerta?

—Mi corazón se detuvo durante un minuto —explicó Sara—. Y los médicos no determinaron una causa concreta, solo conjeturas y suposiciones porque yo estaba sana. Nunca antes había tenido problemas de salud, más allá de un catarro normal y corriente. Después de eso mi vida cambió. Yo no quería tocar a nadie, porque no entendía qué eran aquellas imágenes que me asaltaban. Mis padres se volvieron sobreprotectores por miedo a que me fallara el corazón de nuevo. Hasta que se divorciaron y entonces dedicaron más energía a pelearse entre ellos que a mí.

—¿Por las aventuras de tu madre?

—Mi padre tampoco se quedaba corto en infidelidades. No quise tocarles más porque solo veía odio y traición entre ellos... Me hacía daño tocar a las personas que yo más quería... Fue muy duro.

—Alucino. ¿Y qué hiciste?

—Me marché de casa.

El Niño se bajó de la silla y corrió hasta Sara. La abrazó tan fuerte que casi se cayeron los dos al suelo. Ella encontró calor en ese abrazo, se sintió reconfortada.

—Ya nunca estarás sola. ¡Te lo juro! —Diego se separó un poco. Tenía los ojos vidriosos—. Ahora somos familia, ¿me oyes? Los demás no nos entienden, pero eso no nos importa, ¿a que no? ¡Pues claro que no! Yo estaré siempre contigo, Sara, hasta que la diñe, claro, porque en algún momento seré mayor que tú, así que moriré primero... Lo que bien mirado no está tan mal, porque no soportaría...

—Cállate, Niño. —Sara le abrazó de nuevo—. Lo estabas haciendo muy bien. Dejemos el futuro para cuando llegue.

Diego le dio unas palmadas en el hombro. Luego regresó a su sitio y, todavía mirándola con ojos tiernos, bebió un poco del zumo de naranja. Enseguida se dio cuenta de lo que había hecho. Arrugó la cara y escupió en el suelo. Entonces, se sorprendió, miró de nuevo el vaso y dio otro trago.

—Está bueno —dijo con aprobación. Se lo terminó de un trago y soltó un eructo considerable—. Perdón.

Lo que menos le apetecía a Sara en ese momento era reprender al Niño.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Esperar. Hemos quedado el domingo en la tienda de los brujos.

—Faltan dos días.

—Sin contar este —apuntó Diego—. En realidad tenemos que escondernos, pero pasando de eso, ¿no? Yo no quiero congelarme en ese cementerio de mierda todas las noches.

—¿Noches?

—Sí, por el vampiro. El Gris cree que puede venir a por nosotros, pero no lo hará. No sería la primera vez que el pobrecillo mete la pata con sus predicciones. Además, yo tengo un plan más chulo para escondernos.

—No me digas —repuso Sara, escéptica.

—Pues sí. Lo que vamos a hacer es lo contrario. Iremos a fiestas y sitios con mucha gente. Gente normal, no como nosotros. ¿Quién nos buscaría ahí? Ya verás, Sara, lo vamos a pasar cojonudo este fin de semana. Tú déjame a mí.



Sara había conocido a muchos padres que se quejaban del desgaste que producían los niños. Era una queja sincera, que reflejaba un tipo de cansancio agradecido porque es el que se dedica a los hijos, los seres más queridos de este mundo, un agotamiento que en realidad conlleva felicidad, pero que no deja de ser duro en ciertos momentos.

Después de dos días junto a Diego, Sara se sentía como una madre que tuviera cinco críos a su cargo. No había parado quieto ni un solo segundo. El Niño era peor que hiperactivo. Nada parecía entretenerle más de unos pocos minutos, y tampoco era capaz de estar solo. Demandaba la atención de Sara en todo momento, buscaba su opinión constantemente, su aprobación, como... como un niño.

Un contratiempo añadido era que su concepto de sí mismo había aumentado más de lo aconsejable después de su visita a las prostitutas en la Casa de Campo.

—¡Esa me ha mirado! —decía cuando iban por la calle—. Esa de ahí. ¿La has visto, Sara?

Y así en todas partes. Cualquier mínima atención que recibía de una mujer, y daba igual la edad que tuviese, Diego la interpretaba como una reafirmación de su atractivo físico. Sara cometió el error de llevarle una vez al cine. Quería estar un rato sin escuchar la voz de Diego. Les echaron, por supuesto. El Niño no solo no mantuvo la boca cerrada, sino que además comentaba continuamente lo que a su juicio deberían haber hecho los personajes de la película, de quienes no parecía tener un concepto muy elevado, dada la cantidad de correcciones que sugería. También arremetía contra el guion, aunque Sara tuvo que admitir que Diego tuvo alguna ocurrencia que mejoraría la historia. Los demás espectadores no apreciaron tanto sus opiniones y reclamaron su expulsión o que les devolvieran el precio de las entradas. Sara no esperó a la decisión de los responsables del cine. Diego se enfadó bastante porque, a pesar de sus protestas, la película le estaba gustando mucho, al menos, los diez minutos que duraron dentro de la sala.

El fin de semana Sara no varió su opinión de Diego en absoluto, salvo porque descubrió que el momento más adorable del Niño era cuando dormía. Y dormía mucho. A Sara le gustaba contemplar su rostro enternecedor, inocente, de esos que dan ganas de abrazar y apretar con fuerza.

No le dijo nada sobre Ramsey, a quien Piedra también había colocado una de esas pulseras, ni sobre más personas con las que había realizado pactos similares. No quería incomodarlo, y Álex, quien suponía estaba investigando los nombres que ella había rastreado, no había aparecido para compartir sus averiguaciones. La rastreadora no sabía si porque no había descubierto nada o porque la había ignorado, aunque esta opción ya no le parecía probable después de cómo se había comportado con ella últimamente. En cualquier caso, el Niño se encontraba a la perfección: alegre, inquieto hasta resultar molesto, curioso, parlanchín... No veía motivo para preocuparse hasta tener más información.

Al fin había llegado el domingo y caminaban hacia la tienda de los brujos, en el Rastro, entre una marabunta de personas que deambulaban de un puesto a otro.

—Otra que no me quita ojo, Sara. ¿La has visto?

—Es porque tienes la bragueta abierta.

—Muy graciosa.

—Pero has picado.

Ya se había acostumbrado a él, pero al mismo tiempo necesitaba un respiro. Tanta actividad junto a Diego iba a terminar con ella. Por eso sintió un gran alivio cuando llegaron a la tienda y el Niño desapareció nada más atravesar la puerta.

—Luego te veo. Tengo que ocuparme de unas compras personales.

Acababan de descender a un sótano muy bien iluminado. Sara se dejó caer en una silla en cuanto Diego desapareció tras una cortina que hacía las funciones de puerta. Solo había estado una vez en una tienda de brujos, también en el Rastro, y aunque no era la misma, ambas presentaban un aire similar, decrepito y marchito. El olor era agradable, peculiar, a lo que más recordaba era al incienso, pero no cabía duda de que no era eso. Flotaba una pequeña nube de humo similar a la que levantarían varios fumadores en un recinto cerrado. Sin embargo no era esa clase de humo. Ardían velas, refulgían runas en el techo... Sara no terminaba de estar segura de muchas de las sensaciones que experimentaba allí, pero no era desagradable.

—Si acierto al leer la expresión de fatiga de su dulce rostro, me permito sugerirle que se refresque con una de nuestras bebidas. Estamos muy orgullosos de ellas. En mi humilde opinión, agradecerá sus maravillosos efectos reconstituyentes.

La bruja era una muchachita huesuda con el rostro sucio y una colección de harapos que le cubrían el cuerpo, a excepción de los pies desnudos.

—¿Tenéis un bar aquí dentro? —preguntó Sara.

—Por esa cortina de ahí —señaló la brujilla—. Esto no es más que el recibidor.

La tela daba paso a unas angostas escaleras que descendían entre candelabros de las formas más elaboradas. Antes de llegar a la siguiente cortina, Sara escuchó una melodía suave de violines.

El bar, como suponía que debía denominarse a aquella amplia estancia, tenía el techo abovedado y muy alto, mucho más de lo que Sara calculaba que había descendido. Techo, suelo y paredes estaban revestidos de madera, el mismo material del que estaban hechos todos los muebles, incluida la barra. Había bastante gente, repartida en grupos alrededor de mesas o barriles. Bebían, se reían, algunos cantaban. Los pequeños brujos harapientos se deslizaban entre ellos con bandejas en las que portaban jarras y vasos de cerámica, iban y venían entre las mesas y la barra, atendían las peticiones con humildad y educación, y siempre con buena cara.

Sara se acercó a la barra sin atreverse a mirar a nadie directamente.

—¿Qué va a ser?

Un brujo de unos ocho años le sonreía desde el otro lado de la barra. Ahí dentro tenían que disponer de un suelo más elevado o un chico

tan pequeño no sobresaldría para atender a los clientes.

—¿Qué me recomiendas?

—Nuestro especial, por supuesto —indicó el brujo.

Sara se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta para comprobar si le quedaba algo de dinero suelto después de la sangría que habían supuesto todos los caprichos del Niño. Supuso que no aceptarían tarjetas de crédito.

—Oh, no —se apresuró a aclarar el muchacho—. No es necesario. La bebida es gratis.

—¿De veras?

—Naturalmente. La satisfacción de nuestros clientes es una de nuestras máximas prioridades. Entendiendo por cliente a aquel que adquiere alguno de nuestros productos o servicios.

—¿Quieres decir que si compro algo la consumición es gratis?

—Eso es.

—¿Cualquier cosa?

—Sin importar el precio —sonrió el brujo.

Imposible negarse a una oferta como esa. Sara le devolvió la sonrisa. El chiquillo apenas tardó en servirle una vasija de barro retorcida, muy complicada de sujetar, de la que manaba una especie de vapor azul que se derramaba sobre la madera de la barra. Sara tomó la vasija y se volvió con la intención de echar un vistazo mientras fingía deleitarse con aquella extraña bebida que aún no estaba convencida de probar.

Lo primero que le llamó la atención, inevitablemente, fueron los pechos perfectos de dos mujeres que estaban casi desnudas. Su única ropa era un tira de tela colgada a la cadera, que hacía a duras penas las funciones de minifalda, aunque sería más apropiado considerarla un cinturón ancho. Las dos mujeres tenían la piel blanca, perfecta, adornada por manchas de pintura parecidas a las de los militares en las películas bélicas. Las acompañaban tres hombres, uno de ellos con una indumentaria similar, ya que solo vestía unos pantalones cortos.

En otra mesa había al menos cinco personas con la misma túnica amplia, que cubría bajo ella a unos cuerpos perfecta y exageradamente musculados. Sara vio a un anciano de ojos dorados y antinaturales, y a algunas personas de aspecto corriente. Una de aquellas personas, un hombre que vestía un elegante traje oscuro, era el que parecía fuera de lugar en aquel sitio.

Un estruendo la sobresaltó desde el otro extremo del bar. En una esquina se arremolinaban varias personas en torno a dos gruesas piezas de mármol rectangulares, ambas apoyadas sobre dos tocones de madera, dispuestas en lo que podría ser un asiento incómodo, aunque no era ese su propósito. Frente a las losas de mármol había dos hombres, uno de ellos vestido de cuero, que sujetaba un martillo sobre su cabeza y que justo en ese momento lo descargaba sobre el mármol con todas sus fuerzas. La piedra se agrietó entre los clamores de los que observaban, pero resistió. El otro tipo, un culturista con un extraño traje de cuero ceñido a la piel hizo lo propio con la losa de mármol que tenía ante él, solo que golpeó con el puño desnudo. El resultado fue el mismo, en opinión de Sara. Los de alrededor pidieron una nueva ronda, de bebida y de porrazos.

Sara interpretó que era alguna clase de juego, que los dos hombres eran un centinela y un mago, y que la apuesta la ganaba quien rompiera el mármol con menos golpes. Habría alguna regla más, porque vio cómo el mago y el centinela repasaban cada uno una runa sobre la losa de mármol que intentaba quebrar el otro, para reforzarla, imaginó Sara, y medir no solo la fuerza del estacazo, sino también la de la runa que protegía la piedra.

Un ligero calor descendió por su garganta y su pecho hasta llegar al estómago. Sin darse cuenta, absorta en estudiar el lugar, había dado un sorbo a la bebida. Y era refrescante, a pesar del calor que notaba, y deliciosa.

—Parece que te gusta. ¿Puedo invitarte a otra?

Sara tropezó con algo muy duro al volverse, que resultó ser un brazo. Habría jurado que era de piedra en lugar de carne de no ser porque por encima de aquel brazo había un rostro que conocía y que la miraba con mucha atención. Reconoció aquellos ojos negros que solo había contemplado una vez sin la menor dificultad. Eran los de Erik, un mago, uno muy fuerte y... muy guapo, más que la última vez que lo vio, sin llegar ni de lejos a la belleza de Álex, pero puede que con un atractivo superior. Se sintió extraña, como la primera vez. Bebió de nuevo por si el frescor de aquel brebaje la ayudaba a contener el calor que notaba crecer en su interior.

—No hace falta que me invites, es gratis.

Se sintió orgullosa de su respuesta, que ofrecía, esperaba, una imagen de autocontrol que distaba mucho de ser cierta. Erik se había comportado como un caballero cuando se conocieron... hasta que apareció el Niño y se enteró de que ella también era compañera del Gris.

—¿Puedo sentarme? —Erik acercó una banqueta antes de que ella respondiese—. Me gustaría disculparme por mi comportamiento cuando te conocí.

—Sigo con el Gris —le advirtió Sara, aunque deseaba de verdad oír esa disculpa.

—Y me parece perfecto. Mis diferencias con él no tienen que afectar a mis relaciones con los demás y desde luego no justifican cómo reaccioné contigo. Me gustaría que aceptaras mis disculpas.

—No sé, no sé... —Sin querer, Sara ya había contestado con un tono demasiado juguetón. Y él se dio cuenta; le brillaban los ojos—. ¿Lo odias?

—No exactamente —aseguró Erik—. No es odio. Es... complicado de explicar. ¿Qué sabes de los magos?

Mucho menos de lo que le gustaría, pero prefirió no admitirlo.

—No tanto como tú, obviamente. Pero lo suficiente. El Niño me lo explicó.

Se arrepintió de ese comentario que le hacía parecer una novata, dependiente de un niño con una maldición y una boca muy grande. Sara se dio cuenta de que cada vez le preocupaba más lo que Erik pensara de ella, con lo que eso conllevaba... Y no podía evitarlo.

—Los magos lo basáis todo en el alma y no podéis aceptar que exista un cuerpo sin ella. Me parece una postura intransigente e infantil, si me pides mi opinión.

—Entiendo —repuso Erik con una sonrisa deslumbrante—. Lo verías de otro modo si pudieras sentir tu propia alma, si la acariciaras como haces con otra parte de tu cuerpo, si pudieras experimentar la vida con la conciencia completa de todo tu ser.

A Sara le gustó la idea. Sin embargo, también le hizo sentirse un poco... inferior.

—Entonces un mago debe de poder odiar con mucha intensidad.

Se resistía para jugar, para que Erik continuara, no porque quisiera echarle de su lado.

—Y también amar —rebató él.

Ahora fue ella la que sonrió.

—Lo siento. Ha sonado un poco cursi, ¿no crees?

—En absoluto. Ahí reside la esencia de todo. ¿Qué te ha enseñado el Niño sobre el mundo oculto? ¿Te explicó, por ejemplo, por qué los centinelas no pueden mantener relaciones sexuales?

—He conocido a más de uno —repuso ella para demostrar que no todo lo sabía por Diego—. Ya veo por dónde vas. No pueden tener relaciones porque su alma se... ¿mancharía? Con la de la otra persona y tienen que mantenerse puros.

—Mancharse no es un término apropiado. Ellos lo consideran una contaminación, pero sirve para lo que te quiero explicar.

—El error es que un centinela sí puede amar. ¿O vas a decirme que es imposible sin sexo?

—Lo es.

—¿Qué me dices de una madre y un hijo?

—Es diferente. El amor con un extraño no es completo si las almas no se funden. Para vosotros es romanticismo, o cursilería, si lo prefieres. Para un mago es algo evidente como el color del cielo. Otro ejemplo: ¿qué sabes de los vampiros?

—Que su única posibilidad de convertir a alguien es mordiendo a quien esté enamorado de ellos. ¿Te referías a eso?

—Sí. ¿Por qué es de ese modo?

—¿Porque así les ofrecen su alma?

—Se entrega, sí, se pone a disposición del otro, sin reservas. Como ves, todo está relacionado, aunque suene cursi. Para nosotros es real. Odiamos, como dices, pero eso no nos distingue de ningún otro. El odio es lo que es. Pero en cuestión de amor... Digamos que no podrías imaginar lo que es fundirte con alguien que domina completamente su alma. Nadie puede comprender ese acto como los magos.



—Me hago cargo de tu consternación —aseguró el brujo, un adulto de quince años con la cara de llena de granos—. Y reitero nuestra disposición a complacer a nuestros clientes, especialmente, en tu caso, dado que eres uno de los más ilustres con los que tenemos el placer de tratar. Mi angustia sería menor si me pidieras algo que esté dentro de mis humildes posibilidades.

El Gris apoyó las manos en un barril vacío que hacía las funciones de asiento. Se encontraban en un reservado, una sala a la que, según los brujos, solo tenían acceso los más allegados, un estancia que a su vez era un barril gigante en posición horizontal, con la incomodidad consiguiente de tener el suelo curvo. El brujo echó un leño a la chimenea, chisporrotearon unas brasas con un color de un naranja muy intenso. Al agitarse las llamas, unas sombras danzaron, excepto la del Gris, que permanecía inmóvil como resultado de la luz que proyectaba la runa del techo. El fuego, al ser luz natural, le atravesaba como si fuera una ilusión que no estaba allí, o tal vez que no debería estar.

—No te apures —dijo el Gris—. Me esperaba vuestra negativa.

Se refería a todos los brujos en general, porque a pesar de que a este en concreto no lo había visto nunca, todos ellos parecían disponer de la misma información. Bastaba con comprar o acordar algo para formar parte de la particular red de información que los brujos compartían. Por lo tanto, hablar con aquel brujo, a efectos prácticos, era como hablar con todos ellos al mismo tiempo.

Recordó que el Niño había hecho un experimento una vez. Compró una estaca muy cara y, nada más pagar, se marchó corriendo a otra tienda y solicitó una devolución a un brujo diferente. La treta no funcionó, porque el dependiente, para su sorpresa, estaba al tanto de la venta. Diego se enrabietó un poco porque no le desvelaron el secreto. Luego perdió un treinta por ciento al devolver la estaca, que era demasiado grande para su pequeña muñeca, y fue el Gris quien se enfadó.

Por desgracia el Niño era lento para asimilar ciertos hechos, y le costaba meterse en la cabeza que a los brujos no se les engaña fácilmente en temas comerciales, los únicos para los que parecen dispuestos a tratar con el resto del mundo.

—Las guardias de los vampiros son uno de los secretos mejor guardados que existen —explicó el brujo—. De ese secreto depende su supervivencia. Por eso está fuera de nuestro alcance.

El Gris arrojó otro leño a la chimenea, que se convirtió en astillas al estrellarse contra la piedra por la fuerza que le había imprimido al lanzamiento. Observó el fuego abortar en sus pensamientos.

Entonces la pared a su derecha retumbó. Se combó un poco hacia dentro, tembló una estantería hasta desencajarse por uno de los lados. De la estantería cayeron varios frascos al suelo que se convirtieron en un montón de cristales rotos. El Gris rodó hacia atrás, sobre su espalda, veloz, se levantó y arrojó el puñal, que había sacado del interior de su gabardina durante la piñeta.

El Gris, de pie, en guardia, miró al brujo. El Brujo sonrió y enarcó una ceja. El mango del cuchillo vibraba clavado a la pared.

—Te ruego me disculpes —dijo el chiquillo—. En la estancia contigua están realizando pruebas con runas experimentales. Debería haberte advertido de que podríamos sufrir alguna leve incomodidad. Con todo, puedo asegurarte que nuestros experimentos están debidamente supervisados y no corremos riesgo alguno.

El gris se acercó a la pared y extrajo el cuchillo de un tirón. Luego regresó junto a la chimenea, se acuclilló.

—Me gustaría hacer un depósito.

Los ojos del brujo brillaron ante la perspectiva de un nuevo negocio.

—Te escucho.

—Primero quiero saber si podréis cumplir con lo que os quiero pedir. A cambio, os dejaría cuanto tengo o tendré. Firmaré un documento para que podáis reclamar cualquier pertenencia mía en caso de que muera. Y sé que sabréis hacerlo valer.

—Será un honor inmenso que deposites en nosotros semejante confianza. Me pregunto cuál será el precio.

—Quiero que se lo entreguéis a mi hijo.

—No veo inconveniente —aseguró el brujo.

El Gris le había observado con toda la atención que su visión deteriorada le permitía, por si mostraba sorpresa, vacilaba o le temblaba la voz. No sucedió nada de eso. Si el brujo tenía conocimiento previo de que el Gris tenía un hijo, no lo evidenció en modo alguno.

—Hay un problema: no sé quién es.

—Rectifico, entonces. Si hay un inconveniente, como resulta obvio.

—¿Puedo pedir que lo investiguéis?

—Nos introducimos en un terreno pantanoso. La claridad en los negocios es nuestra seña de identidad. Tu petición es interesante, sin duda, pero escapa de los cauces convencionales. Aunque tengo que consultarlo, puedo adelantarte que no podemos en modo alguno garantizar que identifiquemos a tu hijo si...

—Podría estar muerto —le cortó el Gris—. Quiero que en ese caso, se lo deis todo a Diego. Y aquí añadido que aun en caso de estar vivo mi hijo, si el Niño está en apuros económicos, quiero que le entreguéis a él una parte.

—¿Dejas el reparto a nuestro juicio?

—Sí.

—Quizá te resulte desagradable, pero tengo que contemplar la posibilidad de que Diego también haya fallecido.

—En ese caso, me importa muy poco lo que hagáis.

—Una afirmación demasiado vaga. Es mi labor precisar más...

—Redacta un borrador. Lo revisaré en cuanto pueda. Y, por una vez, tened en cuenta quién soy a la hora de establecer las condiciones. Nunca os he pedido un trato de favor, pero ya he comprobado que estoy solo. Nadie me ayudará contra el vampiro, ni contra nada a lo que me enfrente después en caso de que sobreviva. Si mi última voluntad significa algo para vosotros, por una vez, respetadla sin forzarme a una negociación.



—¡Nada! Tíos, esto es muy decepcionante —se quejó Diego—. Tiraos un poco el rollo, que tampoco estoy pidiendo algo tan complicado.

La bruja sonrió.

—La complejidad, por lo visto, es un concepto relativo. Una runa que te haga parecer mayor, en nuestra humilde opinión, es de una complejidad excesiva. Aun suponiendo que pudiera realizarse, algo que personalmente dudo, aunque no me guste negar nada a un cliente, su elaboración requeriría de una inversión en investigación difícil de cuantificar, en tiempo y esfuerzo, por lo que el coste sería desorbitado.

—¿Y si hago una provisión de fondos? Se dice así, ¿no? Que adelanto algo de pasta, hablando como la gente normal. ¿Cuánto queréis sacarme, malditos usureros enanos, para investigar esa runa? Es muy importante para mí.

—Si me permites la indiscreción, poseo un conocimiento razonable de tus finanzas y...

—Al grano, brujilla. No te enrolles.

—¿No sería un gasto innecesario teniendo en cuenta que serás mayor algún día? Más aún, considerando que una o dos curas que realizaras a alguien que no sea el Gris podrían lograr el mismo efecto sin coste alguno.

—¡Ja! No sabes lo que duele eso, enana. Esos calambres me recorren todo el cuerpo. Es... como... Eres una chica, así que no lo puedes entender, pero la última vez temblé tanto que mis pelotas chocaron entre ellas... ¡Varias veces!

—Puedo imaginar el dolor que...

—Los cojones, puedes. Eso no lo sabe nadie más que un pringado como yo. En fin, no tiene sentido seguir discutiendo. Creo que sois los únicos más cabezones que yo. ¿Y mi segunda petición?

—Irrealizable —aseguró la bruja.

—¿Qué?

—Irrealizable.

—Lo he pillado. Venga, dime que estás de coña. ¡Era mi mayor ilusión! ¿Sabes cuánto tiempo he invertido en ese proyecto?

—Un esfuerzo incalculable, no lo pongo en duda. Pero me temo que diseñar una runa capaz de provocar calambres en las personas que te mientan se escapa de los límites de lo posible.



Un hombre le impedía el paso, uno muy grande, uno que conocía y con quien no le importaría pelearse en ese instante. El Gris apretó los puños.

—¿Te apartas de mi camino?

Demasiadas cosas no estaban yendo como deberían. Una lucha con alguien que la llevaba buscando bastante tiempo era, con toda seguridad, una estupidez, pero al Gris no le importaba. Le vendría bien para aliviar la tensión. El posible desenlace de aquel enfrentamiento ni siquiera ocupó un segundo en sus pensamientos.

—Relájate —dijo Erik—. Yo respeto la tregua en este lugar, como todos. ¿Hasta qué punto crees que contigo no se aplican las normas?

El Gris alzó la cabeza. Erik era unos diez centímetros más alto que él, y estaba un peldaño más arriba en las escaleras, por lo que la cabeza del Gris quedaba a la altura de los musculosos pectorales del mago.

—Sigues en mi camino, mago.

—Así es. —Erik lo miró a los ojos—. La taberna está abarrotada. Lo sé porque acabo de estar allí con Sara. A ti no te gusta la gente, ¿verdad? Por eso quería invitarte a un trago en esta sala, donde no nos molestarán.

El mago tomó un corredor a la derecha y entró en una estancia vacía, en la que solo había una mesa, con una jarra y dos vasos de cristal, y dos sillas. Tomó asiento sin volverse para comprobar si el Gris le seguía, seguro de sí mismo. Aquel detalle molestó al Gris.

Por lo general, no prestaba atención al porte ni al atuendo de nadie, pero en esta ocasión, a solas con Erik, mientras se sentaba frente a él, fue consciente de la elegancia del mago, de su postura recta, de sus movimientos suaves y precisos, igual que advirtió el contraste tan grande

que él mismo ofrecía, con su gabardina desgastada, ligeramente encorvado en la espalda, los hombros caídos y el poco saludable tono de piel de quien apenas siente el calor del sol en su rostro. Todo eso lo molestó más todavía. Reflejaba la realidad de un modo visual. Erik pertenecía a uno de los linajes más prestigiosos, era un orgullo para los magos, un hombre acostumbrado a despertar sentimientos de lealtad y respeto, a ser obedecido. Él, por el contrario, era un hombre sin iguales, habituado al desprecio y al rechazo.

Un hombre que vivía en torno al empleo de su alma y otro que carecía de ella.

—¿Cerveza? —Erik se ofreció a llenarle el vaso.

—Gracias.

El Gris bebió un trago sin dejar de atravesar al mago con la mirada.

—No tiene nada que ver con Sara, tranquilo. Solo quería disculparme con ella por nuestro anterior encuentro.

—Te disculpas y hablas conmigo... —El Gris terminó su cerveza. Se sirvió de nuevo sin ofrecer a Erik—. ¿Sabes? Creo que este rincón apartado es por ti, no por mí, para que los tuyos no te vean hablando con una abominación sin alma, ¿me equivoco? ¿No es indigno que precisamente alguien tan distinguido comparta una cerveza conmigo?

—Mi posición no depende de un detalle tan insignificante.

—Ahora que sé eso, por fin podré dormir tranquilo.

—Yo también quiero ir al grano, pero tu actitud no me lo pone fácil. Sabes el esfuerzo que hago para estar aquí contigo.

—Acepta mis disculpas, Erik. ¿Cómo he podido ser tan desconsiderado ante un representante de los tipos que me consideran una aberración, los mismos que ya intentaron matarme en el pasado?

—Aquello fue un malentendido. Pensábamos que eras uno de los nuestros. Irónico, ¿verdad? Los que resultaron muertos fueron los magos y no hubo represalias contra ti, de modo que no deberías quejarte.

—Yo no empecé. Ellos me acosaron a mí, como haces tú ahora. No sé qué pensáis que os he hecho o qué clase de odio irracional me profesáis, pero no me importa. Lo único que tenéis que hacer es dejarme en paz.

El Gris se levantó de la silla.

—Creo que has sido tú el que ha pedido nuestra ayuda, ayer mismo, si no estoy mal informado.

—¿De eso se trata? ¿Del vampiro? —preguntó tomando asiento de nuevo—. No te creo, Erik. Tú nunca harías nada por mí. Ya me rechazaste, ayer mismo, como bien has dicho.

—Yo no. Acudiste a Padre, no a mí.

—Ningún otro clan de magos se dignaría a escupirme siquiera, no lo niegues.

—¿Y cómo explicas que estemos ahora bebiendo juntos? Nos conoces lo suficiente para saber que Padre es un mago... peculiar. Su palabra no es la mía.

—Es un mago con cerebro —apuntó el Gris—. Capaz de evolucionar al margen de vuestras normas anacrónicas.

—Es curioso que admires siempre a los que van contra las normas. ¿No ves un patrón? ¿No es tu misma esencia la que te acerca a ese tipo de conductas, contra el sistema, contra el orden, contra la vida misma? Pero es más curioso que digas que Padre tiene cerebro sabiendo que te ha rechazado.

—Erik, no sé a qué juegas. Sí, sé que os consideráis los mejores seres de todo el mundo. Tú, en especial, tienes esa aura de arrogancia y superioridad con la que te diriges a los demás. Eso crea más rechazo que mi condición, te lo aseguro. Ya que te preocupas por mi conducta, haré otro tanto contigo. No puedes evitar creerte superior a los demás, pero podrías intentar disimularlo un poco. Estoy convencido que alguien tan capacitado como tú debe de saber lo que es la humildad, aunque seas tan incapaz de sentirla como yo mismo. Yo al menos tengo una excusa.

—¿Es culpa mía que así sea? —se defendió el mago—. Los vampiros tienen que matar humanos para alimentarse, los lobos les muerden para convertirlos. Dime, ¿quiénes, si no nosotros, son los elegidos?

—Es imposible, te lo aseguro con total sinceridad, que me hagas otra pregunta de la que me importe menos la respuesta. Por mí, podéis organizar todos un debate para decidirlo.

—No es necesario.

—Humildad, Erik, no es tan complicado.

—Tampoco es necesaria. Ahora que te has desahogado, a lo mejor escuchas con más atención lo que tengo que decirte. Ese vampiro, Sombra, acabará contigo. Tu insensibilidad al miedo y al sentido común no te permiten razonar y no te detendrán, así que ni siquiera lo intentaré yo. Pero sí quiero que tengas en cuenta una posibilidad.

—Te escucho.

—¿Y si Sombra mató al padre Jorge por otra razón?

—¿Una coincidencia? ¿Justo cuando todos los santos estaban reunidos fuera de Madrid?

—¿Por qué no? ¿Te ha atacado desde entonces, a ti o a otro miembro de tu grupo? Le atribuyes demasiada inteligencia a ese vampiro. Los santos ya han regresado. Estuvieron fuera solo dos días. ¿Te conoce tan bien ese vampiro como para predecir cuándo necesitarás confesarte? ¿Hay alguien en este mundo que sepa tanto de ti como para poder anticipar tus necesidades? Supongamos que sí, que así es. El vampiro ha descubierto por arte de magia cuándo necesitarás una confesión. Qué suerte tuvo de que fuera en el preciso momento en que los santos no estaban. Sombra no escondió su intención de matar al padre Jorge, lo sabe todo el mundo. Lo amenazó públicamente, días antes de matarlo, y trabajó su plan para entrar en la iglesia de día. Una planificación impresionante para que todo cuadre en el momento exacto en que sucedió.

—No entiendo por qué todo esto te importa a ti, Erik.

—Vaya, no lo niegas... Recurre a nuestra enemistad para evitar responderme, pero te has dado cuenta de que algo no encaja.

—¿Cuál es tu teoría? ¿Sombra fue a por el santo por un motivo personal?

—Más o menos. Puede que personal no, pero sí que otro se lo encargara, he oído que es un asesino a sueldo. O puede que sea algo que han urdido los vampiros en su conjunto. Se están muriendo desde hace mucho, se extinguen, y su odio principal siempre se ha dirigido a los ángeles, quienes les impusieron la debilidad a la luz del sol.

—Los santos no obedecen a los ángeles como muchos creen.

—Pero están muy relacionados, aunque mantengan cierta independencia. De todos modos, eso es lo de menos. Lo relevante es que es mucho más probable, o al menos posible, que el ataque al padre Jorge se debiera a una razón que no tiene nada que ver contigo. Además,

Sombra mató a un santo... Los únicos que en cierto modo no pueden morir, pues otro nace en su lugar. ¿Para qué arriesgarse con una víctima que será reemplazada? Tú eres una víctima colateral de ese enfrentamiento. Nadie te ha molestado estos días, pero tú vas a medirme con un vampiro que a lo mejor no tiene nada contra ti, y a quien no puedes superar, seamos sinceros.

—Eso es discutible. Si nadie puede saber cuándo necesito confesarme, tampoco puede estar seguro de mis límites.

—¿Qué decías antes de la humildad?

—Buen punto.

—Escúchame, Gris, si quieres suicidarte es cosa tuya. Yo...

—Tú sonreírás, lo sé.

—No eres tan importante como para que me preocupe por ti. —El mago clavó los codos en la mesa—. No todo gira a tu alrededor, como piensas. Yo tengo una responsabilidad, asuntos de la mayor trascendencia de los que ocuparme. No pretendo que, precisamente tú, un solitario acostumbrado a hacer lo que le viene en gana, sin lealtades ni obligaciones, comprenda mi posición.

—¿Así mides la importancia de alguien, por el número de personas en las que influye?

—Es uno de los factores de más peso, aunque hay otros, cierto.

—Si así te sientes mejor...

—Me interesa conocer tu opinión al respecto, Gris, si no es inconveniente.

—Prefiero la tuya, esa escala según la cual yo quedo muy abajo porque no tengo miles de seguidores. Así que, ¿qué importa lo que haga este pobre vagabundo? Déjame adivinar. Es por Plata, porque me sigue a mí y no a ti, a pesar de que le veneráis y le consideráis un alma pura. Pero, fíjate qué cosas, Plata prefiere mi compañía a la tuya, Erik, prefiere a un solitario sin alma que a un gran mago que es uno de los elegidos.

—Ahora es cuando me veo obligado a advertirte, Gris. Puedo tolerar más que nadie tu falta de respeto por varias razones, pero cuando hables de Plata mide tus palabras.

—Lamento desilusionarte, Erik, pero ha pasado el tiempo en que atendía a razones. Diré de Plata lo que me parezca y si quieres advertirme, te recomiendo que no lo hagas con palabras.

—Tal vez deba de ser así, Gris, dado que no me dejas alternativa, pero no será aquí. Te repito que yo respeto la tregua de los brujos.

—Te equivocas de enemigo. Nunca me han interesado vuestras disputas absurdas, con todos los respetos. No me enredéis en vuestras guerras. Pensáis que los vampiros se extinguirán y que ha llegado vuestro momento.

—¿Eso crees de nosotros?

—La gente habla, Erik, y nunca entenderé por qué, pero parecen interesados en contármelo a mí, como haces tú ahora, aunque yo me mantenga al margen.

—¿Y qué dice la gente?

—Lo que ya sabes. Tras la caída de los vampiros, los lobos pudieron ser los más fuertes porque podían convertir a humanos a placer, sin embargo no trataron de someter a nadie. Algunos piensan que es el error que os ha permitido crecer a los magos, que lo teníais más complicado porque no podéis convertir a nadie, tenéis que encontrar a otros magos o tener descendencia solo entre vosotros. Otros consideran que fue una estrategia de espera a lo largo de los siglos hasta haceros fuertes, y ahora, preparados y armados, someteréis a todos los demás.

—Por tu tono diría que no te lo crees, Gris.

—Poco me interesa lo que hagáis, unos y otros. No, no creo que lo consiguierais, Erik, de ser cierto que esas sean vuestras intenciones. Quizá durante un tiempo, pero ninguna supremacía dura para siempre.

—Entonces, ¿no te inquieta en absoluto? Es interesante, considerando que eres parte de todo esto, te guste o no.

—Y una suerte para ti, porque los rumores más sólidos aseguran que vuestro mayor empeño es borrar a los demás de la faz de la tierra para aseguraros de que la historia no se repita. ¿Incluye eso a los menores? Seguro que a las rarezas como yo sí. Tú eres el que muchos auguran como el futuro rey de los magos. Rey, líder... qué más da. Tu muerte, de acuerdo con esos rumores, contribuiría a garantizar mi futuro. ¿No es una suerte que no me interesen vuestros estúpidos conflictos?

—Sin la menor duda, celebro que no des crédito a cuchicheos y palabrería que propagan cuatro insensatos, seguramente escoria, como con la que te sueles juntar, nigromantes, demonios o tu amigo Mario Tancredo, a quien ayudaste no hace mucho. Viendo con quién te juntas, es de admiración que tengas las ideas tan claras. Por curiosidad, en ese mapa político que comentáis los parias del mundo, ¿qué papel desempeñan los demonios?

—Poco relevante. Ellos dependen de los Caídos, quienes a su vez tienen su propia disputa con los ángeles y los centinelas. No sois tan importantes como para llamar su atención. Los brujos siempre se han mantenido neutrales, antes de que me preguntes por ellos, y no creo que intervinieran salvo que les forzarais, algo que no veo probable dado lo que ocurrió la única vez que se cometió el error de presionar a los brujos. Hasta los magos sois capaces de aprender esa lección.

—Entiendo.

—Sonríes, Erik. Dime, ¿es falso que hay más magos que nunca en Madrid?

—Estoy convencido de que entenderás que no pueda compartir contigo información interna sobre los magos.

Surgió una mano de la pared, a espaldas de Erik, de modo que el mago no lo advirtió. La mano duró apenas un segundo antes de desaparecer.

—Lo entiendo perfectamente. —El Gris se levantó—. Adiós, Erik. Estoy convencido de que tú entenderás que prefiera no compartir contigo un apretón de manos.

El mago también se levantó.

—Piensa en lo que te he dicho, Gris, sobre el vampiro y las posibilidades que no has contemplado. ¿Nunca te has equivocado? ¿Me vas a decir que siempre juzgas correctamente las situaciones?

—Ni loco. —El Gris se giró hacia la salida—. Equivocarme es una de mis peores cualidades. Y pagar las consecuencias de mis errores también es otra de ellas.



Desde que Erik se había marchado, Sara tenía la desagradable sensación de que todos la observaban. En algunos casos no era solo una sensación, sino una evidencia. El anciano de los ojos dorados y una de las mujeres semidesnudas apenas hicieron esfuerzo alguno en disimular sus miradas.

Al fondo seguían golpeando las losas de mármol, el centinela y el mago, coreados por un grupo cada vez más amplio de espectadores. Sara se había tomado ya dos de aquellas extrañas bebidas y se impacientaba. Había considerado preguntar a un brujo por el Gris, pero mientras acaparara la atención de tantos extraños, no quería arriesgarse a pronunciar su nombre en voz alta. Habían sido demasiado pocos los que habían reaccionado bien ante el Gris. Estando sola, Sara decidió que prefería no airear su relación con él si no era preciso.

—Abuelo, ¿quieres prestar atención? Estoy hablando... ¿Se te han muerto los oídos? Venga, te invito a una si me cuentas cómo es el Infierno.

La voz del Niño la llenó de alegría. Sara giró y lo vio conversando con el anciano de los ojos amarillos. Puede que conversando no, ya que Diego era el único que hablaba. El anciano lo ignoraba completamente.

—¡Niño!

—¡Voy! —Diego se acercó sonriendo. Estuvo a punto de tropezar con una bruja pequeña que transportaba una bandeja enorme para su tamaño, cargada de bebidas—. ¿Qué pasa, tía? Mola este sitio, ¿eh? Parece un antro, pero el ambiente es flipante.

—¿Y el Gris?

—¿Todavía no ha venido? Menudo vago. Ven, vamos a apostar.

—Espera, Niño, ¿quién era ese anciano?

—¿El viejo? Es un demonio de lo más aburrido. Nunca habla y mira que le tiro de la lengua al condenado. Pasa de él. Ven conmigo, Sara, no seas carca.

Se dejó arrastrar por el Niño, que tiraba con mucha insistencia de su brazo. Sara rezó para que esas apuestas a las que había aludido Diego fueran legales, dentro de las normas que imperaran en aquel lugar, porque no le apetecía verse envuelta en uno de sus enredos. La verdad era que el Niño se desenvolvía con perfecta soltura por allí, saludaba a mucha gente, y el hecho de que no siempre fuera correspondido no hacía mella en su sonrisa. Se le veía muy animado.

Por desgracia, Sara no anticipó un problema evidente.

—Bonitas tetas —soltó el Niño delante de una de las mujeres medio desnudas, con los ojos abiertos y tan cerca de los pezones que forzosamente tenía que verlos borrosos—. Muy bonitas, sí. ¿Silicona? No, no, ya lo sé. ¡Pero mira que están bien puestas! ¡Mira, Sara, vaya par de...!

La rastreadora tiró de él.

—¿Es que no puedes controlarte?

—No te preocupes —dijo la mujer acercándose a ellos—. El Niño es así, ¿verdad?

Sonrió y le revolvió el pelo a Diego.

—¿Ves, Sara? No pasa nada. ¿No te dije que aquí todo el mundo me conoce? —Se volvió hacia la mujer—. ¿Puedo sobártelas? Solo una vez, lo prometo.

—Si no te importa que te rompa la mano, adelante.

Diego rechazó la invitación a regañadientes. Miraba a su alrededor y de vez cuando, de reojo, a los pechos de la mujer. Seguro que estaba evaluando sus posibilidades de palpar con una mano y escabullirse a toda velocidad antes de que le atraparan.

A la rastreadora no le pareció buena idea mantenerse al margen y esperar a que se cumplieran sus deducciones.

—No me has presentado a tu amiga —dijo colocando una mano en el hombro de Diego.

—¡Pero si te hablé de ella! —se quejó el Niño—. Ah, por cierto —le dijo a la mujer—, una puta me dijo que soy muy guapo. ¡Y otra me dio un beso! ¿Tú crees que le gusté? La respuesta es evidente, lo sé, pero como son amigas tuyas a lo mejor te han comentado algo de mí. Venga, suéltalo.

—¿Esta es la...?

—La puta, sí, la que el Gris fue a ver a la Casa de Campo. Joder, Sara, todavía no te atreves a decir la palabra. Pobrecilla... Bueno en realidad Circe no es puta, se hace pasar por una. Y, por cierto, llevas más ropa cuando haces de puta que ahora. ¿Cómo es eso?

De modo que Circe era una mujer lobo, si Sara no había entendido mal la historia que Diego le había contado en la cafetería. Era la primera que conocía, y sus compañeros, evidentemente, también lo eran. No tenía conocimiento de su aparente alergia a ir tapados, aunque podría no ser un rasgo de todos los licántropos, solo de aquel grupo. En cualquier caso, eso no le sorprendía a nadie en aquel lugar, mientras que si una mujer como ella se mostrara así en un local normal y corriente... Sara prefería no imaginarlo.

—Y tú eres la rastreadora —dijo la mujer lobo—. El Gris me habló de ti.

—¿En serio? ¿Qué te dijo?

—No me contó que fueras tan amiga de Erik.

—¿El mago? —preguntó Diego—. ¿Otra vez, Sara? ¿Pero de qué va ese musculitos? Si te ha molestado...

—No la molestaba —señaló la mujer lobo con una mirada venenosa—. ¿Verdad, Sara?

—¿En serio? Vaya, vaya, vaya... Sara estaba tonteandooooo... Y no me habías contado nada, ¿eh, pillina? Te dejo sola y tú a cazar hombres como...

La rastreadora le dio un codazo.

—Cuéntanos, Sara.

Circe atrajo a Diego hacia ella y lo abrazó, apretándole la cabeza contra su vientre desnudo, cerca del ombligo. El Niño le devolvió el abrazo encantado. Babeó y adoptó la expresión más estúpida que Sara le había visto hasta el momento.

—Nos encantaría saber de qué hablabas con Erik, ¿a que sí, Niño? Se os veía tan cómodos juntos, tan tiernos...

Había algo en los ojos de Circe que no le gustaba a Sara, un destello envenenado que los afeaba y que no concordaba con la sonrisa, un tanto forzada. La confirmación de que algo no iba bien provino de los dos hombres lobo que acompañaban a Circe. Se habían situado a ambos lados de ella, a varios metros de distancia, pero no dejaban de observarla, como si entre todos estrecharan un cerco. Y en el centro de ese cerco estaba el Niño, abrazado a una mujer lobo que le rodeaba el cuello y mostraba una expresión poco tranquilizadora.

Cabía la posibilidad, no obstante, de que no hubiera peligro alguno y todo fueran imaginaciones suyas. Sara nunca había sostenido la mirada de un licántropo. Con todo, su intuición la aguijoneaba y la pregunta sobre su conversación con Erik la había puesto en alerta.

—No quiero aburriros —dijo Sara a modo de evasiva—. Quizás en otra ocasión que disponga de más tiempo. El Niño y yo tenemos que irnos.

—¿Ya? —preguntó Diego con los ojos bizcos—. Pero si...

—El Gris nos espera —insistió la rastreadora.

—Vaya lata —refunfuñó el Niño.

La mujer lobo no opuso resistencia a que Diego se separara de ella.

—Oye, Circe, acuérdate de preguntar a tus amigas si...

La rastreadora tiró del brazo del Niño, quien se quejó y gruñó. Sara no tenía intención de quedarse más allí. De camino a la salida estaba uno de los hombres lobo. Sara evitó mirarle, pero no se desvió, sino que fingió actuar con la normalidad de alguien que se marcha. Su hombro tropezó con algo. Volvió el rostro. No era el compañero de Circe como había temido, sino un hombre alto con una melena negra que vestía una chaqueta de cuero larga, un centinela probablemente.

—Espera. —El tipo se dirigía a Diego—. Quiero hablar contigo, Niño.

—Yo no —contestó Diego, encogiéndose de hombros—. Vaya problema. Ah, no, no hay problema porque me importa una mierda lo que tú quieras.

Sara volvió a tirarle del brazo. Esta vez el Niño se tropezó y, de no ser por ella, habría acabado en el suelo. Por fin salieron sin más interferencias, pero la rastreadora no se relajó, al contrario, apretó el paso escaleras arriba, hacia la salida del complejo subterráneo de los brujos.

—¿A qué viene tanta prisa? Casi me dislocas el hombro —protestó Diego.

La respuesta de Sara fue acelerar más. Llegaron a la tienda y salieron a toda prisa. Sara agradeció el sol cayendo sobre ellos, la gente que iba y venía cargando con sus compras o comiendo algo, el bullicio del Rastro, el ruido. Y pensar que ahí abajo, a tan solo unos metros de distancia, había un mundo tan diferente...

—Por aquí —dijo Sara.

Sujetaba con fuerza la muñeca de Diego mientras obviaba sus preguntas y se dirigía a una de las calles más abarrotadas del Rastro, una con tanta gente que apenas se podía caminar.

—Pero ¿dónde está el Gris? ¿Ha salido a la calle a plena luz del día? Sara, tía, ¿quieres decirme algo de una vez? ¡Oye! ¡Que no soy un muñeco! ¡Que me arrancas el brazo!

—Tus amigos no me daban buena espina —contestó Sara torciendo por una callejuela estrecha—. ¿No notaste nada raro en ellos?

—¿Los chuchos? El Gris los conoce. Que yo sepa se lleva bien con Circe. ¿Te has asustado? Si es por eso, mejor volvemos, invitamos a una ronda y ya verás cómo...

—No pienso volver.

—¡Espera! —El Niño se quedó quieto en medio de la calle—. Yo no he hecho nada malo. A ver, si una tía enseña las tetas, ¿por qué no puedo mirar? Ni las he tocado, coño. Hasta he pedido permiso. Es injusto que...

—No es por eso, de verdad, pero allí dentro no me sentía segura. Nos miraban y...

—Sara, ¿no te sentías segura? —Diego sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. ¿Y por eso has salido? Dime que sabes dónde está el Gris, por favor.

—No lo sé.

—Esto va de mal en peor. Tía, tenías que habérmelo dicho. Allí dentro hay una tregua. Nadie nos haría daño, ¿lo entiendes? Aquí fuera, en cambio...

—Crees que estoy loca y me lo he inventado —dijo Sara a la defensiva.

—Ni de coña. Es más, estoy seguro de que tenías razón. Por eso, Sara, teníamos que habernos quedado dentro. No te enteras de la movida. Más vale que el Gris sepa dónde estamos.

—Le enviaremos un mensaje.

—No creo que podamos.

Diego señaló algún punto detrás de ella. Sara giró para comprobar a qué se refería y vio la silueta de un hombre que caminaba hacia ellos, con la cabeza algo inclinada y una mano, la derecha, en el interior de su chaqueta, seguramente empuñando un arma. Era el centinela con el que había tropezado al salir y al que Diego había despachado con su habitual falta de tacto.

En ese momento caminaban dos personas por la calle, aunque pronto rebasarían al centinela y se quedarían ellos solos. Estaban a plena luz del día, con una multitud en los alrededores, por no hablar de la presencia de la Policía, que siempre patrullaba el Rastro los domingos, pero por desgracia se habían alejado de la zona más transitada. ¿Se atrevería el centinela a atacarlos? Mejor no averiguarlo.

Sara, una vez más, agarró la mano del Niño y tiró en dirección contraria, resuelta a salir corriendo hasta mezclarse con la multitud.

—No te molestes —dijo el Niño.

La rastreadora se paró nada más dar un paso. Por el otro extremo de la calle se acercaban Circe y dos de sus amigos, que habían tenido la precaución de vestirse antes de salir a la calle. Los tres les miraban fijamente y esta vez no sonreían.



—Más vale que sea urgente —bufó el Gris.

—Créeme, lo es —aseguró Álex—. Tenemos que irnos. Ahora.

El Gris echó un vistazo al exterior, a la luz que bañaba las calles. En cuanto pusiera un pie fuera y el sol cayera sobre él, no se extendería una mancha negra a sus pies con la forma de su silueta.

—Más vale que sea importante.

Sabía interpretar el gesto de su compañero. Además, Álex no le pediría que se mostrara a la luz del sol sin una razón de peso. El Gris abrió la puerta para que él no tuviera que tocarla y salieron. De inmediato estudiaron el ángulo de los rayos del sol y se colocaron de modo que la sombra de Álex cubriera el espacio que debería ocupar la del Gris en la medida de lo posible, para reducir las probabilidades de que alguien se fijara en un hombre con una gabardina negra que no proyectaba una mancha oscura sobre la acera.

Las probabilidades eran escasas, pero eso no reducía la incomodidad del Gris, que se sentía diferente, señalado, un hombre que tenía que caminar a la sombra de un muerto.

—¿Y bien?

—Sara rastreó a cuatro individuos a los que Piedra les había colocado una pulsera, un anillo o un collar.

—Es buena, entonces.

—Muy buena —confirmó Álex.

Doblaron una esquina, zigzagueando entre las callejuelas, hacia donde había menos gente. Cerca ya del mediodía y la hora de comer, había público en el Rastro de Cascorro, aunque no tanto como para desplazarse con comodidad, y ellos avanzaban deprisa. El Gris no tuvo más remedio que adelantarse a Álex y chocar deliberadamente con un tipo que de otro modo habría atravesado a su compañero.

—¡La madre que te parió! —protestó el sujeto desde el suelo.

Continuaron sin prestarle la menor atención.

—Presta atención —le reprendió el Gris.

Álex miraba en todas direcciones, buscaba algo y no estaba tan pendiente como debería de las personas que tenían alrededor.

—¿No podemos ir en metro? —sugirió el Gris.

—Sara rastreó la pulsera de Ramsey —explicó Álex, ajeno al incidente—. He tardado, pero he encontrado a los otros cuatro, a todos.

—¿También están en coma? —preguntó el Gris tratando de anticiparse.

—Peor: están muertos. El último se había cortado las venas en la bañera.

—Otro suicida —murmuró el Gris. Se detuvo en mitad de la calle—. ¿Por eso te has arriesgado a interrumpirme? ¿Y si Erik hubiese visto tu brazo asomando a través de la pared?

—Soy más cuidadoso de lo que crees. ¿Por qué hablabas con Erik? Deberías agradecerme que te haya sacado de ahí.

El Gris dio una zancada larga para mantenerse bajo la sombra de Álex. Un par de adolescentes le habían observado más de la cuenta y habían dicho algo de su gabardina. Cada vez se sentía más incómodo. Y la intervención de Álex a través de la pared con el brazo no le ayudaba a sentirse mejor.

—Espero que nadie te haya visto —continuó de mala gana—. Y contestando a tu pregunta, el mago vino a mí, no yo a él. Quería que dejara correr al asunto de Sombra. Me dijo que solo era una coincidencia, que en realidad el vampiro no tenía nada contra mí.

—¿Le creíste?

—Ni siquiera le escuché, en realidad.

—Mal hecho —dijo Álex girando bruscamente a la derecha, tan rápido que su mano atravesó el retrovisor de uno de los coches aparcados en la acera—. Erik no habló contigo para pasar el tiempo. ¿Qué más te dijo?

—¿Y eso qué más da? No nos importan las disputas entre facciones, ¿recuerdas? ¿O has cambiado de opinión? Por mí pueden matarse entre ellos, si quieren. No me concierne. Y camina más despacio, a mi derecha.

Álex obedeció, pero giró y dio la vuelta, lo que obligó al Gris a cambiar de lado para que su compañero quedara a su derecha. Estuvo a punto de atravesarle a propósito para forzarle a que tuviera más cuidado.

—Que no nos concierna no significa que no nos interese estar informados. Erik no es un mago cualquiera.

Álex respetaba de cierto modo el alto estatus de Erik. El Gris cada vez detestaba más al mago.

—No es eso lo primero que me dijiste cuando nos conocimos —gruñó el Gris—. ¿Has cambiado de opinión? Aclárate, Álex. Prometiste ser sincero conmigo dentro de tus limitaciones. Hasta me dijiste que querías matarme. No negarás que he aprendido a respetar esas limitaciones, pero si ahora algo ha cambiado, ten la decencia de decírmelo a la cara y sin rodeos. Me lo debes.

—Aún lo recuerdas.

—Cómo olvidarlo...



El Gris ardía de dolor. Cualquier movimiento era una tortura, por eso yacía en un charco inmundo, en el que había vomitado instantes antes de desplomarse sobre él. Oía a orina y residuos. Una lluvia fina empapaba sus ropas llenas de barro. A su lado había una jeringuilla rota con la aguja oxidada.

—¡No está muerto! —exclamó la voz del camello que le había vendido la droga.

—Imposible. Esa dosis mataría a un elefante —contestó de mal humor su compañero.

El Gris recibió una patada en las costillas. Notó que su cuerpo se elevaba y giraba, pero no le dolía, no tanto como el fuego de su interior, como el frío que recorría cada fibra de su cuerpo. Alguien le tocaba, uno de los narcotraficantes, con toda seguridad. Abrió los ojos. Mover los párpados también dolía. Respirar dolía.

—Regístralo.

—Está muy sucio —se quejó el que le toqueteaba por todas partes—. Qué asco... ¡Diez pavos! Todo lo que tiene son diez pavos.

El otro, que se mantenía erguido a dos pasos de distancia, con un paraguas sobre su cabeza y que no parecía dispuesto a ensuciarse, compuso una mueca de fastidio.

—Mátalo. Nos ha visto la cara y es evidente que no podía pagar la droga. De todos modos le hacemos un favor. ¿Qué vida puede llevar un mendigo asqueroso como este?

El que tenía encima retiró las manos. Después sonó un clic y la hoja de una navaja brilló con un destello plateado. El filo comenzó a descender hacia su cuello.

El Gris no fue consciente del movimiento de su brazo, pero lo había interpuesto en el camino de la navaja. El mango sobresalía del antebrazo, donde se había clavado la hoja plateada. Una gota de sangre cayó sobre su rostro. No le dolió, no tanto como el infierno que albergaba dentro de sí.

De una patada derribó al matón, se incorporó con un salto. El jefe, incrédulo, dejó caer el paraguas al suelo. La lluvia aplastó su pelo. El Gris no dio tiempo a que su atacante se recuperara. Le agarró por el cuello y lo arrojó sobre el jefe. Los dos rodaron por el suelo. El Gris, de pie ante ellos, se arrancó el puñal del brazo.

—No, por favor —suplicó el jefe—. Pensé que te hacía un favor. La sobredosis que te has metido...

—Yo te haré otro. Esto es tuyo —dijo moviendo la navaja.

—No. Es de él. —El jefe señaló a su esbirro, que apenas se mantenía consciente.

El Gris asintió.

—Cierto. —Y le clavó el puñal al esbirro en el hombro. Luego recogió la jeringuilla del suelo—. Esto sí es tuyo, ¿verdad?

Antes de que el otro respondiera, mientras los ojos del camello se crispaban de pánico, el Gris le clavó la punta en el muslo y apretó el émbolo hasta el fondo.

—Ahora, matarte es hacerte un favor de acuerdo con tu filosofía. Es una obra de caridad.

Arrancó el cuchillo del esbirro, que no paraba de moverse y gimotear, lo alzó, apuntó al cuello del jefe... Y se derrumbó en el suelo, atravesado por una punzada de dolor desgarradora, más fuerte que ninguna que hubiera soportado hasta el momento. El Gris se retorció de nuevo entre la basura y la inmundicia del callejón.

Ya no oía su propia voz, pero gritaba, o al menos creía que lo hacía. La tortura duró una eternidad, aunque bien podían haber sido unos segundos, porque cuando por fin recuperó el dominio de sí mismo lo suficiente para sentarse, nada había cambiado, salvo que los dos camellos habían huido. La lluvia todavía caía, todavía era de noche. No estaba seguro de si el dolor había remitido o de si él se había acostumbrado. Las dos opciones le asquearon por igual.

Un hombre salió de entre dos cubos de basura. Su ropa no estaba manchada ni parecía rota o desgastada. Vestía informal, pero impoluto, con cierto estilo. No se trataba de un indigente, eso seguro. El hombre se acuclilló frente a él.

—Este ya no es tu mundo. —Su pelo moreno comenzó a pegarse a su rostro por la lluvia. Tenía las facciones y la piel perfectas, como un modelo masculino de pasarela—. Pero puede volver a serlo. Por eso te duele, por eso sufres.

—¿Quién eres? —susurró el Gris.

—Tu amigo. Tu único amigo. He venido a decirte que vas a sufrir mucho más, que te espera un camino largo y más duro del que nadie debería recorrer, pero tú lo harás. Y yo estaré a tu lado.

El Gris se derrumbó de nuevo. Dejó que la lluvia empapara su rostro.

—No lo haré. Estoy cansado...

Lo último que quería era oír hablar de más dolor.

—No tienes elección. Tu verdadera tortura empieza aquí y ahora. Levántate, Gris.

—¿Por qué me has llamado así?

—Me pareció apropiado. Ah, ya veo... Mira tu rostro, aquí, en el charco y lo entenderás.

—¡Por Dios! ¡Qué me ha pasado!

—Seguramente fue hace poco. Mientras desperdiciabas tu vida entre la basura y temías mostrarte al sol. Porque tu sombra empieza a ser transparente, ¿no es así? Lo mismo le ha pasado a tu pelo y a tus ojos. ¿Aún puedes ver los colores? ¿La sangre sigue siendo roja?

El Gris asintió.

—No durará. Tampoco te servirán de nada las drogas, como ya has comprobado. Pronto te costará dormir, la comida sabrá a ceniza y apenas percibirás los olores. No serás capaz de ver los colores, todo serán manchas, botrones. El mundo se desdibujará para ti, Gris, aunque no desaparecerá, no tendrás esa suerte. Seguirá estando ahí, será igual para todos menos para ti.

—Todo eso no me importa —aulló el Gris—. ¡Solo quiero detener el dolor!

—No puedes.

—Por favor...

—Lo siento. Tienes que aprender a soportarlo.

—Mátame...

—A su debido tiempo. Te harás más fuerte, Gris, arrinconarás el dolor y convivarás con él, aunque encontraremos la forma de aliviarte. Pero no te preocupes, el dolor físico no te incomodará mucho tiempo, calculo que un año y...

—¿Un año? ¡Es demasiado! Haz que sea menos.

—En un año más o menos estarás preparado. Entonces entenderás que hay otro dolor aún peor, uno que pondrá a prueba realmente si eres lo suficientemente fuerte. Prepárate para ser odiado. La gente te despreciará y te temerá. Será más fácil para ellos rechazarte que tratar de entenderte.

—¿Por qué? ¿Por qué a mí?

—También perderás tus sentimientos, se irán diluyendo hasta convertirse en recuerdos.

El Gris se puso de rodillas con un esfuerzo terrible. Con un esfuerzo todavía más grande se incorporó hasta quedar de pie.

—¿Por qué tengo que creerte?

—Porque sé lo que te conviene. Nadie más que yo puede ayudarte o comprenderte. ¿No me crees? Observa.

El Gris tardó en entender lo que había cambiado. Era sutil, pero... la lluvia pasaba a través de aquel tipo. Sí, le atravesaba como si no

estuviera allí.

—¿Cómo es posible?

—Porque estoy muerto. Y algún día, cuando logremos recuperar lo que te han robado, también tú lo estarás. Yo mismo me ocuparé de matarte.

El Gris clavó su mirada en aquellos ojos negros por los que pasaban las gotas de lluvia.

—¿Tú me matarás?

—Sí. Para eso he venido. Ya te he dicho que soy tu único amigo. Te mataré, Gris, te lo prometo.

—Gracias.



—Este ya no es tu mundo —dijo el Gris—. Eso me dijiste. Esa fue la primera frase que salió de tu boca.

Giraban por callejuelas y callejones. Álex se asomaba a las vías anchas, oteaba desde la distancia, pero evitaba transitar por ellas. Daban rodeos. El Gris observó una tienda de electrodomésticos de procedencia sospechosa frente a la que ya habían pasado.

—Eso dije, sí —convino Álex—. No negarás que fui sincero.

Al Gris le disgustaba recordar aquel encuentro.

—Durante meses creí que eras un producto de mi imaginación —murmuró—. Una alucinación para aliviar el dolor.

—De nada.

—Este ya no es mi mundo... —susurró el Gris, hipnotizado, siguiendo a Álex de manera mecánica—. Por eso no entiendo que ahora tengamos que preocuparnos por él. Nunca nos han interesado las cuestiones de los magos o los vampiros.

—Nunca habías tratado con un mago de la posición de Erik —insistió Álex—. No nos meteremos, pero no estaría de más saber qué interés tiene en ti.

—De acuerdo —refunfuñó el Gris—. No creo que a Erik le importe un pimiento si muero o no a manos de un vampiro, pero quiere sacar algún provecho particular de esto.

—Particular no —le corrigió Álex—. Si precisamente Erik, y no otro mago, es quien se ha reunido contigo, quiere decir que la importancia es de un nivel superior.

—¿Algo que atañe a todas las familias de magos? —La idea no le convenía.

—¿Por qué no?

Álex se detuvo ante una calle bastante transitada. Sería imposible pasar entre toda esa gente sin que nadie le tocara, o más bien sin que nadie le atravesara accidentalmente. Barrió con la mirada y luego regresó por donde habían venido.

—Hay quien dice que Erik podría regir a todos los magos en un futuro —aventuró Álex.

—Bobadas. Nunca pondrá a todas las familias de acuerdo. Los magos llevan hablando de unirse durante siglos y luego siempre terminan enfrentados en guerras internas. Se creen superiores, pero son incapaces de encontrar un punto en común entre ellos mismos.

—Hace más de un siglo de su última guerra interna.

—Dales tiempo —dijo el Gris, indiferente, y algo molesto por la conversación. Todavía no entendía por qué Álex estaba tan empeñado.

—Erik es importante, te guste o no.

Al Gris le molestó que resultara tan evidente el desagrado que le producía el mago. Le molestó también que Álex tomara una calle por la que ya habían pasado.

—¿Por qué está en Madrid y no en otra parte? —preguntó Álex—. Si no me equivoco, Erik solía residir en los Estados Unidos.

—¿Crees que es por mí?

—Por tí, por Plata, por la muerte de Samael... Todo está pasando aquí, justo aquí. No creo en las coincidencias. Y sí, creo que todo es por tí y lo que representas. Aunque eso los demás no lo saben... todavía. Ya atarán cabos.

El Gris hizo un esfuerzo más por seguir la conversación.

—No sería la primera vez que tus teorías sobre el orden mundial son erróneas. ¿Quieres especular? Ya conozco cómo piensas, Álex. Siempre tratas de ir un paso por delante. Si Erik no quiere que me enfrente a un vampiro, suponiendo que eso sea cierto, cosa que no tengo clara, tú ves una alianza entre esas facciones. Incluso puede que temas por los hombres lobo. ¿Me equivoco?

—En realidad no estoy seguro de nada, por eso me preocupo. ¿Qué más te contó?

—¡Maldita sea! ¡Nada! Fue un intercambio de rumores absurdos, discutimos de las mismas estupideces que todo el mundo. En realidad, tengo la sensación de que hablé yo más que él.

Álex resopló y sacudió la cabeza.

—Eso me lo creo. Hablaste tú, no él. Y apuesto a que le encaraste y te mostraste desafiante. Gris, no quiero que vuelvas a hablar con Erik. Es demasiado inteligente para tí. Él entiende de política, de las fuerzas que rigen este mundo. No estás a su altura...

—No tengo ninguna gana de hablar con Erik —le cortó el Gris con brusquedad—. Pero, Álex, para que nos llevemos bien, no me digas lo que puedo o no hacer. Eso por una parte. Y por otra, te digo lo mismo que al mago: no es mi culpa que todos vengan a contarme sus intrigas y sus penas. Si tanto te molesta, habla con Erik y dile que me deje en paz.

—Te noto más cabreado últimamente.

—Lo sé. No entiendo qué me pasa... Pero tengo la impresión de que... No sé, algo no va bien, Álex, nos estamos desviando de nuestro objetivo. Estamos dejando que esos magos, vampiros y ángeles interfieran en nuestro camino. Y eso me cabrea. Deberías ayudarme, no seguirles el juego.

—Eres tú quien le sigue a Mikael la corriente —repuso Álex—. ¿Crees que no me he dado cuenta?

—Si tienes alguna sugerencia sobre cómo evitar a un ángel, soy todo oídos. Pero tienes razón, tengo que calmarme. No pienso con claridad por toda la presión que...

—No, no te calmes ahora.

—¿Cómo dices?

—Estoy buscando al Niño y a Sara.

—¿Han salido de la tienda? ¿Por qué?

—Imagino que habrá sido cosa de Sara. El Niño suele ser más sensato. Pero se han metido en líos, para variar. Más vale que los

encontremos cuanto antes. No pueden andar lejos —dijo Álex—. Mejor que te mantengas enfadado y en tensión. Presiento que te hará falta.
—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —Se encolerizó el Gris.
—Porque te conozco —contestó Álex—. Y tampoco es bueno que te alteres demasiado.



—De acuerdo, que no cunda el pánico —masculló Diego con la voz ligeramente temblorosa—. O mejor dicho, que no cunda más de lo necesario. Sara, el centinela para ti, que yo me llevo mal con esa chusma. Yo me ocupo de los chuchos.

Sara apreció el esfuerzo del Niño por mantener la serenidad. El esfuerzo habría dado mejor resultado si no le temblara la mano con la que se aferraba a la cintura de la rastreadora. No se imaginaba qué había querido decir con ese reparto apresurado que había hecho, dudaba de que se refiriese a enfrentarse a ellos.

El centinela se había detenido a una distancia de unos diez metros, lo que desconcertaba a la rastreadora. Mantenía una expresión demasiado seria que no auguraba nada bueno. Los licántropos, Circe y sus dos compañeros, se acercaban por el extremo opuesto de la calle. No podía ser una coincidencia.

El único modo de salir de allí evitándolos a todos era una tienda de objetos de segunda mano que tenían enfrente y que parecía abandonada, eso suponiendo que consiguieran abrir la puerta, y suponiendo que la tienda contara con otra salida, y suponiendo que los licántropos y el centinela se durmieran para que ellos tuvieran tiempo de dejarles atrás. Eso era mucho suponer. Sara estaba consintiendo que el miedo se adueñara de ella y ni siquiera sabía por qué les perseguían. Tal vez hubiera una explicación razonable. Debía pensar y no perder la cabeza.

—Circe, tía, no te habrás enfadado por lo de las tetas, ¿eh? —oyó decir al Niño a su espalda.

—¿Por qué nos sigues? —le preguntó Sara al centinela.

—No te incumbe —respondió él con tono amenazador—. El Niño sabe por qué estoy aquí.

Sara se giró justo cuando respondía Circe.

—Aparta, Niño, no tenemos nada contra ti, pero tu amiga se ha marchado sin que termináramos nuestra conversación.

Así que era por ella. Sara no entendía qué esperaban que les contara, pero...

—¿Que yo sé qué? —preguntó el Niño al centinela—. Anda, tío, pírate porque no sé de qué vas, ¿está claro? Y yo no miento. Tampoco hablo con tíos que van de duros cuando en realidad...

—No tienes que hablar —le cortó el centinela—. Solo tienes que enseñarme esa pulsera de cuero que llevas en la muñeca.

La había visto. Con toda probabilidad cuando ella había tirado del brazo del Niño para que se marcharan. El centinela habría reconocido alguna de sus runas prohibidas y quería investigarlo, tal vez ese código suyo le forzara a examinarlo.

Diego se llevó las manos a la espalda. Sara lo supo porque se mantenían pegados, espalda contra espalda, y notó sus pequeñas manos. Ella tenía sus propios problemas.

—No tengo nada que contaros —le dijo a Circe.

—Yo creo que sí —repuso la mujer lobo.

—¡Pues te jodes! —gritó el Niño al centinela—. Yo no tengo por qué enseñarte nada. Pero bueno, ¿es que eres marica? Mira, voy a fingir que no he oído nada para que no venga el Gris a romperte la cara, ¿vale? Mejor te largas y me dejas en paz. Incluso te puedo recomendar una iglesia para que reces y leas la Biblia en paz. Qué coño, sé de una donde las biblias cuentan con un aroma añadido que te recomiendo mucho.

Sara sintió un golpecito en la espalda.

—¿Cómo te va a tí? —susurró Diego—. Dime que bien, porque con este lo llevamos crudo.

—No sé qué queréis que os cuente, pero así no lo conseguiréis —les advirtió a los licántropos.

Apenas había entendido al Niño, aunque había captado su urgencia. Las dos conversaciones simultáneas complicaban la situación más de lo que ya era de por sí.

—No me lo enseñes, si no quieres —dijo el centinela—. Me basta con que me digas de dónde has sacado la pulsera. A ti, Niño, sin duda te creeré. Habla o tendré que cerrarte esa boca antes de examinar la pulsera.

Sara volvió la cabeza. El centinela sacaba algo del interior de su chaqueta. La rastreadora creyó que era una especie de cuerda, hasta que el centinela la desenrolló y vio que se trataba de un látigo plateado que parecía de metal. El movimiento fue muy veloz. El látigo restalló en aire y el retrovisor de un coche aparcado a su derecha cayó al suelo.

—Uno —contó el centinela.

Luego repitió el movimiento y sucedió lo mismo con el coche que tenían a la izquierda. Quedaba bastante claro que el centinela dominaba su arma a la perfección.

—Dos.

Diego temblaba tanto que Sara le agarró por los hombros. No se le ocurría nada para solventar la situación. Si el Niño hablaba, tendría que decir la verdad, y el centinela se lo llevaría por tratar con nigromantes. No sabía qué le harían, pero no quería averiguarlo.

—Yo le regalé esa pulsera —dijo a la desesperada.

—Tu palabra no me sirve —dijo el centinela—. Y tres.

Sacudió el brazo una vez más y el látigo se onduló en el aire, en esta ocasión en dirección al Niño.



El Gris saltó, giró en el aire y aterrizó de pie. Estiró el brazo derecho justo a tiempo. El látigo le golpeó y se enrolló alrededor de su antebrazo y su muñeca. Dolió, pero no le quemó. Una ventaja que solo él tenía.

El centinela abrió mucho los ojos ante su aparición. Para él era impensable que alguien agarrara su arma sin quemarse. Estaba acostumbrado a que sus adversarios bloquearan el látigo con otros objetos, pero no a que lo tocaran, al menos aquellos que supieran lo que sucede con solo rozar el arma de un centinela.

El Gris no estaba dispuesto a darle tiempo a reaccionar y comprender que ahora se enfrentaba a un adversario sin alma a quien su arma solo podía dañarle de un modo convencional. Así que hizo lo que menos se esperaba el centinela. Agarró el látigo con la mano que tenía libre y tiró con todas sus fuerzas.

El centinela voló por los aires. El Gris tiró de nuevo y le hizo aterrizar sobre los tres licántropos al otro lado de la calle.

—Corred —les dijo a Sara y al Niño.

—Estás herido —le advirtió Sara.

—Corred —repitió pasando a su lado.

Se desenrolló el látigo del brazo. Su mano se mojó de sangre gris, como él la veía. El tirón debía de haberle desgarrado la piel, pero no sentía dolor, solo rabia.

Circe fue la primera en incorporarse.

—Gris, no tenemos nada contra ti, solo queremos hablar con la rastreadora. Ella...

—No hablarás con nadie.

El Gris separó las piernas, apretó los puños.

—Nosotros no estamos con él —dijo un hombre lobo, refiriéndose al centinela, que tiraba del látigo y lo recogía—. No queremos...

—Que hable Circe —atajó el Gris.

El hombre cerró la boca de mala gana y le indicó a Circe que hablara con un ademán de la cabeza.

—Los magos han comprado todos los ingredientes que quedaban de...

—No me interesa.

—Tu amiga estaba con Erik y sabe lo que está pasando. ¿Entiendes lo que significa para nosotros? Nos conocemos, Gris, no somos enemigos.

—Entiendo que hace poco te pedí ayuda y no me sirvió de nada. Me marché sin causar problemas. Haz ahora lo mismo y seguiremos siendo amigos. —El Gris giró un poco la cabeza, lo suficiente para ver por el rabillo del ojo que Sara y Diego seguían detrás de él—. ¿Queréis hablar con ella? Muy bien. Solo tenéis que pasar sobre mí. Adelante.

—¿Podrá con los cuatro? —oyó preguntar a Sara detrás de él.

—Si lo consigue —contestó el Niño—, le dejarán tan hecho polvo que ni yo podré curarle. Sara, vete, yo tengo que echar una mano.

El Gris maldijo. Les oía cuchichear a pesar de que quería mantener la concentración al frente. Si trataban de ayudarle, le estorbarían, y bastantes problemas tendría para pelear y protegerles al mismo tiempo.

—¿Qué te pasa, Gris? —insistió Circe.

Sus compañeros se habían separado y lo rodeaban, de modo que el Gris perdía el control de la ubicación de todos ellos.

—¿Desde cuándo te mezclas en estos asuntos? —quiso saber la mujer lobo—. ¿Ahora estás de parte de los magos?

La hora de las palabras había pasado. El Gris supuso que tal vez, con mucho esfuerzo, Circe podría llegar a creerle, si le explicaba con calma que él no tenía nada que ver con los magos. Pero no estaba calmado, ni mucho menos, y sus compañeros no serían tan comprensivos, por no mencionar al centinela que le miraba con odio mientras medía la situación, que probablemente sopesaba el mejor momento de atacarlo. Al Gris le pareció un tipo prudente, de esos que calculan en vez de precipitarse. Consideraría aprovecharse de la ventaja que le daría intervenir una vez estuviera enzarzado con los licántropos. Los tipos así eran siempre peligrosos.

Uno de los hombres lobo se colocó detrás de un coche, medio agazapado.

—Adelante, transfórmate —le dijo el Gris adivinando sus intenciones.

Lo más probable era que Circe y uno de los compañeros trataran de mantenerlo distraído, mientras que el otro cambiaba de forma.

—A mí no me importa —dijo el Gris, mirando esta vez al centinela.

Hubo una pausa en la que todos intentaban medirse. El Gris lo tenía claro. Si alguno de los licántropos se transformaba en público, el centinela se vería obligado a cambiar sus prioridades. No podría permitir que la gente corriente viera a un hombre lobo en las calles de Madrid, a plena luz del día, en una zona tan concurrida, y que alguien lo grabara con un *smartphone*, por ejemplo. Además, el Gris no se preocuparía por ese hecho y conduciría la pelea a donde más le conviniese.

—Esto no os concierne —dijo el centinela a los licántropos—. Gris, no tengo nada contra ti, pero interfieres en mis obligaciones y sabes que el Niño ha infringido el código. Conozco esos rumores de que no sientes miedo y...

—Esos rumores deberían contar que mi tolerancia a la palabrería es nula. Así me ahorrarían charlas como esta.

—¿Por qué proteges a un niño condenado por los ángeles?

—Tu arma no te servirá conmigo. En cambio la mía... —El Gris sacó lentamente su cuchillo.

—Tu brazo está roto —advirtió uno de los hombres lobo—. No podrás con nosotros.

El Gris torció el gesto.

—No vais a pasar y menos con palabras. Pero no tenéis que creerme. Solo tenéis que dar un paso más, solo uno, y entonces comprobaréis por qué se cuentan historias sobre mí.

No perdía de vista al centinela, a quien juzgaba el más peligroso de todos, en especial si los licántropos no cambiaban de forma. El centinela a su vez le sostuvo la mirada sin inmutarse. Sus ojos reflejaban el resultado de un adiestramiento severo.

—Como quieras. —El centinela desenrolló el látigo.

El rugido de un motor le llegó por la espalda. El Gris pensó que un coche se acercaba, pero al volverse, vio una moto con una rueda enorme que se acercaba haciendo un caballito. El Niño y Sara tuvieron el tiempo justo de echarse a un lado.

La moto pasó a un centímetro escaso del Gris, que no se movió, siguió sola y se estrelló contra un coche después de que Circe y el centinela se apartaran. El conductor, que se había bajado en marcha, estaba colocado a su lado. La cabeza, melena canosa y alborotada, asomaba muy por encima de la del Gris.

—Estoy aquí —dijo el motorista con el que el Gris se había enfrentado en el cementerio. El gigante cruzó sus enormes brazos llenos de tatuajes sobre el pecho y miró al centinela.

El Gris, tras unos segundos de incertidumbre, le dedicó un breve gesto de aprobación y luego también se volvió hacia el centinela.

—¿Decías? Creo que querías discutir sobre un código o algo así. Y vosotros —añadió refiriéndose a los licántropos—, si todavía tenéis alguna pregunta que hacer a Sara, podéis dar ese paso hacia adelante del que os hablé antes.

El Gris supo que no habría pelea en cuanto vio la crispación en el rostro del centinela. Definitivamente, era un hombre juicioso que sabía que no podría ganar aquel enfrentamiento y que, aunque así lo creyera, los destrozos que ocasionarían llamarían la atención de la gente.

Los cuatro retrocedieron, con cuidado, vigilantes. Antes de volverse, atravesaron al Gris con una mirada de odio, sobre todo Circe y el centinela.

—¡Gris!

Sara y Diego se abalanzaron sobre él en cuanto se quedaron solos. Le dijeron un poco de todo, se mezclaron las disculpas y los agradecimientos, y algún reproche. Él se mantuvo impassible, con los ojos fijos en el motorista.

—Ahora tú. Tenemos una cuenta pendiente.

El motorista bajó la cabeza sin decir nada. Ambos tenían el cabello gris, pero ahí terminaban las similitudes. El Gris ocupaba aproximadamente la mitad que el hombretón y aparentaba una edad muy inferior. El motorista no debía de ser menor de sesenta años a juzgar por sus arrugas.

Sara y Diego retrocedieron.

—Tío, te ha ayudado —dijo el Niño—. Parece un buen tipo. Mira la cara que tiene de buena persona, a pesar de las pintas de hortera que lleva, claro.

Sara puso una mano en el hombro del Gris.

—Yo le vi hace unos días. Me dijo que te buscaba. No... No creo que quiera hacerte daño, la verdad. Creo que nos precipitamos en el cementerio.

El Gris continuó vigilando al motorista.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me buscas?

—No quiero... No puedo querer nada —respondió el hombretón. Su voz era grave, su tono un poco... infantil, no terminaba de concordar con su edad y tamaño—. No busco. Voy contigo.

—O este tío es tonto o te está vacilando —concluyó el Niño.

El Gris chasqueó los nudillos. Demasiados problemas tenía para cargar con un desconocido que ni siquiera respondía a sus preguntas.

—Espera —pidió Sara—. Tienes el brazo roto.

—Cúrame. —El Gris extendió el brazo hacia Diego.

—Eso está hecho, tío.

—Tienes hasta que el Niño termine de curarme para responder —advirtió el Gris al motorista—. Luego no hablaremos.

—No hablaremos —repitió el grandullón.

—No te entiende, Gris, es muy raro —dijo Sara.

—Me entiende.

—Pero no quiere pelear, ¿no lo ves?

—Entonces que se explique. Apártate, Sara. ¿Niño?

—Hay... Hay algo chungo... —baluceó Diego—. No puedo tío, no sé... ¿Qué me está pasando?

El Gris despegó los ojos del motorista por primera vez y los posó en el Niño. Se agachó a su lado.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no me curas?

—¡No puedo! —berreó el Niño, descontrolado. Tenía los ojos descajados, el color de la piel se había desvanecido hasta un blanco pálido como la muerte—. ¡No puedo curar! ¡Gris! —Se cayó al suelo, asustado y tembloroso—. ¿Qué me pasa? ¡Es la pulsera! ¡Es esta puta pulsera! ¿Qué me va a pasar, Gris? ¡Dios! ¿Qué me va a pasar?



El domingo era un buen día para recoger sus cosas del hospital. Había menos personal, y la mayor parte, en urgencias. Además, Sabino, tras unos días de descanso, había descubierto que su enfado por el despido se había diluido hasta desaparecer. Parte de la culpa la tenía una preciosidad de treinta años que había conocido en un bar por la noche y con la que había desayunado a la mañana siguiente.

Ahora, mientras recogía sus pertenencias, se dio cuenta de que casi nada de lo que tenía allí le importaba. No era de los que ponían fotos personales en un marco ni colgaba su título universitario en la pared, lo que le hizo pensar que tal vez no tenía tanta vocación como todo el mundo presuponía. Quizás por eso no le había afectado el despido. No había pensado ni una vez en buscar trabajo en otros hospitales privados, solo en hacer algún viaje y gastar dinero, en disfrutar un poco. Le vendría bien pasar una temporada alejado de pacientes en coma, aunque echaría de menos a las enfermeras, eso sí, un aliciente de su profesión de lo más estimulante.

La puerta del despacho se abrió y entró una pareja singular, un anciano de piernas frágiles, acompañado de un niño de unos diez años. Podría ser su nieto, a juzgar por los ojos violetas que ambos lucían. El chico ayudaba al anciano a caminar, le servía de apoyo. El anciano repartía su peso entre el chaval y un bastón negro. Una larga coleta blanca se balanceaba a su espalda.

—Es por tu bien, Tedd —dijo el niño—. Tienes que cuidarte más. La tensión...

—Mi tensión está bien, Todd —protestó el anciano un tanto molesto.

—¿Y las rodillas, Tedd?

—Justo en su sitio, Todd.

¿Tedd? ¿Todd? Debían de pertenecer a una familia muy rara. El chico se adelantó y acercó una silla al anciano, quien trepó a ella con serias

dificultades.

—Discúlpeme, caballero —dijo Sabino. Ese viejecillo de ojos violetas le inspirada un respeto como de otra época—. Me encantaría ayudarle, pero ya no ejerzo en este hospital.

—Ya has conseguido enfadarme, Tedd. —Todd, el niño, se acercó a las estanterías y curioseó entre los diversos manuales de medicina que las poblaban—. Al ver lo gruñón que eres, seguro que este buen doctor se ha inventado esa excusa con tal de no tratarte.

—Tú y tu insistencia, Todd, sois los que me hacéis gruñir. No mezcles a este gran profesional en tus maquinaciones.

Eran graciosos, entretenidos, pero Sabino quería terminar de recoger sus cosas y largarse de allí.

—Tengo que pedirles que se marchen, lo siento. Todavía tengo que empaquetar... ¡Eh! Deja eso, mocoso.

El esqueleto humano que Sabino tenía en una esquina, con el que Todd había estado jugueteando hasta ese momento, se desmoronó por completo. El chico miró el montón de huesos de plástico durante un segundo y se fue a buscar en un cajón.

—¿Quieres estarte quieto, Todd? —Tedd agitó su bastón en lo que pretendía ser un gesto amenazador—. El doctor no tiene que soportar tus impertinencias.

Todd tomó un estetoscopio y se auscultó su propia caja torácica.

—Intento encontrar algo con lo que comprobar tu tensión, Tedd —dijo Todd—. Así el buen doctor podrá tratarte como es debido.

—Basta —dijo Sabino—. No quiero ser descortés, pero tienen que marcharse o avisaré a seguridad.

—Me siento desconcertado, Todd.

—Eso es porque te ha subido la tensión, Tedd, te lo dije.

—Olvida eso, Todd —gruñó Tedd—. Este buen médico, cuya excelente reputación admiramos, insiste en decir que ya no trabaja aquí. ¿Te lo puedes creer? ¿Para eso he intercedido yo en su defensa?

Sabino arqueó una ceja y parpadeó. No entendía a qué se refería el anciano. Tedd parecía muy irritado. Gesticulaba y hablaba con rapidez. En uno de sus torpes y descontrolados movimientos se le cayó al suelo un papel.

—Quizás no le han informado, Tedd —opinó Todd.

Sabino reparó en que todavía no le habían mirado ni una sola vez. Hablaban entre sí y solo se referían a él en tercera persona. Recordó la broma pesada que le gastaron las enfermeras con la pulsera irrompible del paciente en coma, y de pronto todo encajó. Esos dos eran parte de la broma. Sus compañeros no tenían suficiente con que le hubiesen despedido, tenían que hacer una gracia más antes de que se marchara. Pero esta vez no iba a salirles bien.

Recogió el papel del suelo y... Sabino vio su nombre escrito. Lo desdobló y lo leyó deprisa. Eran varios papeles, en realidad. Tuvo que sentarse y leer de nuevo, con más atención esta vez, porque le costaba creerlo.

—¿Es mi contrato? ¿A eso se refería usted cuando ha dicho que intercedió en mi defensa?

—¿Lo ves, Tedd? —dijo Todd, apuntando al anciano con un dedo—. Todo se ha aclarado. ¿Harás el favor de dejar que te examine ahora?

Sabino repasó el documento una vez más. Figuraba la firma del director de recursos humanos, con quien se había despachado a gusto, arrojándole toda clase de insultos cuando le despidió. Había también una nota de disculpa del propio director, en la que agradecía a Tedd que le hubiera abierto los ojos al error que había cometido al prescindir de sus servicios. Y por último...

—¿Me suben el sueldo?

—¿Qué opinas, Todd? —dijo Tedd—. El diez por ciento que le he conseguido será suficiente para un médico de su categoría.

—No lo entiendo —suspiró Sabino—. ¿Por qué me ha ayudado? No me interprete mal, señor, se lo agradezco de corazón. Es que... me sorprende.

—Eso puedo contestarlo yo, Tedd —dijo Todd—. Tú no podrías expresar debidamente la admiración que sentimos hacia su inestimable labor.

—Yo domino las palabras y el lenguaje mucho mejor que tú, Todd. De hecho, si no me hubieras incordiado durante la negociación, como haces ahora, le habría conseguido un aumento de un veinte por ciento.

Sabino no albergaba la menor duda de que no era un buen médico, tampoco malo, simplemente uno del montón, nadie que debiera destacar de un modo especial por el desempeño de su labor profesional.

—Verá usted, don Tedd —dijo en un acceso de sinceridad—. No sé por qué voy a decir esto en vez de callarme, pero lo cierto es que, si me ha ayudado por mi hacer profesional, tal vez se haya equivocado de persona. No soy ningún experto ni he logrado nada verdaderamente significativo dentro de mi campo. A decir verdad no he logrado nada importante como persona.

—Lo sabía, Todd. —Tedd golpeó el suelo con el bastón—. Esto me pasa por pensar que eres capaz de hacer algo a derechas. Estamos molestando a este pobre médico, que se dirige a nosotros con una educación exquisita, por cierto, para nada. Te has vuelto a equivocar.

El niño frunció el ceño, pensativo.

—Qué raro, Tedd —dijo Todd—. Habría jurado que era el médico de Ramsey, pero...

—¡Esperen! —dijo Sabino más alto de lo que pretendía—. ¿Ramsey? ¿El suicida? ¿El que...? —Iba a mencionar que llevaba una pulsera indestructible, pero recapacitó y omitió ese detalle—. ¿El que está en coma?

—¿Ves como no tenías por qué ponerte nervioso, Tedd? —sonrió el niño—. Conoce a Ramsey, así que nos podrá decir quién es el médico que se ocupa de él.

—¡Soy yo! —exclamó Sabino, que de pronto se sentía eufórico sin saber por qué—. Bueno, lo era. Lo cierto es que...

—Mis disculpas, Todd. —Tedd relajó su rostro lleno de arrugas—. Aún puedes resultar de cierta utilidad.

—Claro que sí, Tedd, claro que sí —dijo Todd en tono condescendiente. Se acercó al anciano y acarició su mano—. Tú no te alteres por nada. Ahora le aclaro al doctor que la recuperación de su trabajo conlleva ocuparse de sus antiguos pacientes, incluido Ramsey. Deseamos al mejor para cuidar al bueno de Ramsey.

Ese Ramsey debía de ser alguien especial, desde luego, para contar con unos amigos tan estrafalarios e influyentes al mismo tiempo, y esa pulsera que tal vez no era exactamente el resultado de una broma pesada. Allí había algo... misterioso, intrigante. Sabino se sintió ligeramente excitado. No recordaba la última vez que se sintió de ese modo sin mediar alguna situación sexual de por medio. Tendría que averiguar más sobre el tal Ramsey. Y ahora podría hacerlo ganando un diez por ciento más que antes.

—No sé cómo agradecerles lo que han hecho por mí. Cuidaré a su amigo, por supuesto, y si quiere que le haga un chequeo, don Tedd...

—Me encuentro perfectamente, Todd. ¡Díselo!

—Eres un viejo testarudo, Tedd. El doctor solo se preocupa por ti.

—También podría conseguirles... —Sabino meditó un segundo sus palabras— ayuda. Creo que en Psiquiatría podrían tratar esa especie de mutismo selectivo que tenéis, para que podáis hablar a otras personas. No había oído hablar de un caso tan severo como el vuestro, pero...

—No te lo tomes a mal, Tedd —dijo Todd—. Solo pretende corresponder al gran gesto que hemos tenido con él. No sabe que nuestra única ilusión es ayudar a los demás, contemplar esa cara de satisfacción.

—Cierto, Todd —asintió Tedd—. Me siento estupidamente cuando alguien agradece nuestra labor. Solo lamento que no podamos estar presentes cuando Ramsey despierte para poder decirle que...

—Me temo que su estado es muy crítico —intervino Sabino—. Podría no despertar. La verdad es que un coma es algo muy serio y... —dejó la frase en el aire al ver la expresión de profunda tristeza que ensombreció los rostros de Tedd y Todd al mismo tiempo—. Claro que con la atención adecuada, seguro que se recuperará. —Nunca antes había cometido la imprudencia de garantizar la recuperación de un paciente en coma, pero sentía que no podía defraudar a Tedd y a Todd—. Sí, estoy convencido de que algún día abrirá los ojos y me encantaría transmitirle ese mensaje de su parte, ya que parecen preocupados por no poder estar presentes.

—¿No es todo un detalle, Tedd? —Todd explotó de alegría—. Ahora no empieces con tus temores y no le ofendas insinuando que no puede memorizar el mensaje como es debido, que te conozco.

—Pero ¿qué dices, Todd? —Gruñó Tedd—. Yo no tengo ninguna duda de su capacidad, al contrario de lo que me pasa con la tuya.

—Caballeros, por favor, no se peleen —dijo Sabino, conciliador—. Recordaré sus palabras y se las repetiré a Ramsey. Es lo menos que puedo hacer —añadió convencido de que ese momento nunca llegaría, pero que a ellos les haría muy feliz creerlo.

—Todo arreglado, Tedd. Dile el mensaje y luego vámonos a que te hagan pruebas.



El Gris se detuvo delante de dos hombres trajeados que estaban sentados en un banco. Tras alzar la vista, uno de ellos se apresuró a meter la mano en uno de sus bolsillos.

—Oh, aquí tiene, amigo —dijo, ofreciendo unas monedas—. Es cuanto tengo suelto.

—Largo —bufó el Gris.

Puede que se fijaran en que no tenía sombra, o puede que solo bastara con la expresión de su cara. En cualquier caso, Sara vio a los ejecutivos recoger sus maletines y marcharse a toda prisa, sin dejar de mirar el Gris con recelo.

El Gris se sentó en el centro del banco, en medio de un parque por el que pasaba mucha gente. Era la primera vez que lo veía mostrarse en un lugar público, a plena luz del día, sin preocuparse por el hecho de no tener sombra. Álex, que era incapaz de relajar la guardia, le pidió al motorista que se colocara a su lado, de modo que su enorme sombra cubriera al Gris. El hombretón les había seguido dócilmente a todas partes, silencioso, sin estorbar, pero sin desvelar en momento alguno sus intenciones. Álex solo le había interrogado un par de veces. Por lo visto se había convencido de que no podrían librarse del motorista y le había aceptado. Eso o estaba buscando el modo de liquidarlo, algo que no le sorprendería a Sara.

El Niño y su insistencia podían haber resultado útiles para sonsacar al motorista. Diego no se habría resignado tan rápido, como poco le habría sepultado bajo un aluvión de preguntas interminable y puede que hubieran sacado algo en claro de su misterioso acompañante. Pero el Niño se encontraba abatido y cabizbajo, y no decía una palabra. Caminaba con la mirada perdida, les seguía sin ser consciente de sus pasos. Sara estaba muy preocupada por él. Se había lastimado intentando quitarse la pulsera de Piedra.

La rastreadora le colocó al otro lado del Gris. El aspecto del grupo era lamentable. El Gris solo había abierto la boca para decir que no iría a un hospital a curarse.

—Tienes que reaccionar. —Sara cogió su brazo y remangó su gabardina.

—No quiero vendajes —dijo él, pero no retiró el brazo.

Tenía mal aspecto, amoratado y con un bulto cerca de la muñeca. Sara no tenía conocimientos médicos, pero daba la impresión de estar fracturado y con una hemorragia interna.

—Por si lo has olvidado, antes casi te peleas contra cuatro personas tú solo. Tengo que vendarte el brazo para inmovilizarlo un poco, ya que eres demasiado testarudo para dejar que lo haga un profesional. Si das un puñetazo a alguien, se te partirá en dos.

—No podré tatuarme runas con el vendaje.

—Pues usa el otro brazo o no te metas en líos.

—Los líos suelen venir a mí —repuso el Gris.

Sara trató de no presionar demasiado, aunque el Gris no se quejaba, ni siquiera soltó un gemido mientras ella lo vendaba. Se preguntó si resistía el dolor o si no lo sentía.

—Voy a morir —murmuró el Niño.

—No —repuso el Gris.

—Me lo merezco. Soy un capullo, un pobre imbécil al que han tomado el pelo.

—No lo permitiremos, Niño —aseguró Álex, para sorpresa de Sara—. Antes te cortaremos el brazo.

—¡Álex! —se escandalizó la rastreadora—. ¿Así es como ayudas?

—¿Qué propones tú? Si hubiera un modo de quitarle la pulsera, los nigromantes no supondrían un problema. Suerte que no aceptó ponerse un collar.

—Das asco. ¿No puedes comportarte como un compañero por una sola vez?

—Las palabras amables no le ayudarán. Él aceptó el trato. Él debe asumir las consecuencias. Tal vez debiste hacer algo útil y evitar que esto sucediera.

—¿Yo? Yo fui la única que le pidió que no lo hiciera. ¿Cómo te atreves? Tú fuiste el que condujo al nigromante hasta el claro del

cementerio.

—¿Crees que no nos habría encontrado en otro lugar en otro momento?

—No me culpes a mí de esto, Álex, no te atrevas. Yo...

—Tú le advertiste, pero eso no fue suficiente. No supiste hacer valer tu postura, no tienes fuerza ni sabes convencer. Asímelo tú también. No eres culpable, pero lloriquear y endulzar la situación no nos servirá de nada. El Niño puede amputarse el brazo o arriesgarse a que Piedra haga con él lo que tenga planeado, que obviamente no será nada bueno. Esa es la realidad. Ahora aporta algo nuevo y deja el melodrama porque eso no ayuda. Y que nadie olvide que estamos en peligro, porque el Niño podría ser solo una excusa para atacarnos a todos. ¿Lo entiendes ya? ¡Debería darnos vergüenza cómo nos han tomado el pelo! Poco importa quién dijo qué. ¡Mira el resultado! ¡Mira cómo estamos! ¡Espabilad! ¡Todos! Pensad por una maldita vez en lugar de lamentaros. Eso también va por ti, Gris.

—¡Yo flipo con vosotros! —dijo el Niño levantándose de un salto—. La he cagado yo. Nadie más. Así que este marrón es mío.

—Somos un equipo —dijo Sara—. Lo que te pase a ti nos pasa a todos.

—Siempre meto la pata. Siempre la lío. Ojalá te hubiera hecho caso, Sara. Ojalá me hubieses cruzado la cara. Ojalá pudiera tomar decisiones sin joder a los demás. Esta vez no. Esta vez cargaré yo solo con...

—Cierra la boca y siéntate —dijo el Gris.

—Vale. —Diego regresó al banco y abrazó al Gris—. No me dejes solo, tío, por favor. No volveré a hacer nada sin pedir permiso, pero no dejes que ese cabrón de nigromante me trinque, Gris.

—Y tú, Álex. —El Gris le señaló con el dedo—. A ver si mides tu tono cuando...

—¡Yo flipo con vosotros! —exclamó el motorista, dando un salto.

Los demás se miraron durante unos segundos. El hombretón regresó a su posición anterior, serio, y se quedó tan tranquilo, sin dar muestras de que le afectara el escrutinio al que le sometían.

—Ha imitado mi tono de voz, ¿no? —se interesó Diego—. Oye, gorila, ¿cómo te llamas? ¿Eso tampoco puedes decírnoslo? Si no, ¿cómo voy a insultarte? —El Niño cogió uno de sus largos mechones canosos—. Venga, abuelo, ahórranos el misterio. ¿Cómo te llamas?

El motorista volvió el rostro hacia él.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Yo, Diego. Pero puedes llamarme guaperas, o Brad Pitt. Sí, ese mejor. ¿Y tú?

—Yo no.

El Niño le dio una palmada en el hombro.

—Bien, está claro que no eras el más listo de la clase, ¿eh? Esto lo arreglo yo. A ver... —Guiñó un ojo y le repasó de arriba abajo—. ¡Harley! ¿Qué te parece? Tienes una moto y un tatuaje de una Harley, y te pega. A partir de ahora, si vas a darnos el coñazo, responderás al nombre de Harley. ¿Vale?

—Harley —dijo Harley.

—Me gusta —sonrió el Niño—. Me cae bien.

El Gris agarró a Diego por el cuello de la sudadera y lo situó delante de él.

—Deja en paz a... a Harley. Hasta que me cure el brazo o averigüe quién es y por qué me sigue, no quiero que te encariñes, que te conozco. Aún tengo una cuenta pendiente con él.

—Lo pilló —asintió el Niño—. Oye, tiene cara de tonto, pero a lo mejor no es buena idea que digas delante de él que le vas a partir la jeta, ¿no?

El Gris cogió el brazo de Diego y retiró la manga para que se viera la pulsera.

—¿Ya se te ha olvidado lo que nos traemos ahora entre manos? A partir de este momento se acabó todo. Pospondremos nuestros planes, incluido el vampiro. ¿Está claro, Álex?

—Lo suponía —repuso Álex.

—Me alegro, porque voy a quitarle al Niño esa pulsera.

Diego se echó de rodillas al suelo.

—No, Gris, por favor. Te juro que no me arrimaré a Harley, pero no me arranques el brazo. ¡No quiero ser manco!

—No pensaba en eso —dijo el Gris—. Hay una persona que puede quitártela. Piedra. Voy a encontrar al nigromante.

—¿Así de sencillo? Vaya, ¿por qué no se nos ha ocurrido a ninguno? —se burló Álex—. Piensa por una vez. Nadie puede encontrarlo. Es su mecanismo de defensa más elemental. Si la gente pudiera dar con los nigromantes o quitarse sus joyas, no supondrían un peligro. Si quieres ayudar al Niño, usa el cerebro. Piedra es muy inteligente, nos engañó a todos...

—Estoy muy harto de todas esas personas tan inteligentes, Álex.

—Recapacita antes de dejarte llevar por la rabia. Alguien que no depende de la fuerza física, recurre al cerebro. Si te dejas llevar... Piedra lo habrá previsto...

—A mí no. Por muy listo que sea, a mí no me puede prever.

—¿Y cómo piensas dar con él? —preguntó Álex.

—Yo lo encontraré —intervino Sara—. Quiero decir... Bueno, me gustaría intentarlo. Puedo rastrear a Ramsey otra vez, su pulsera. Daré con él.

Le habría gustado que su seguridad fuera real y no figurada. Diego la miró con adoración. El Gris, para su sorpresa, asintió.

—Iré contigo —dijo Álex. A Sara le pareció bien. La primera vez que rastreó a Ramsey, Álex le fue de mucha ayuda—. Vosotros, ¿podéis esperar a que regresemos? —pidió Álex—. Al Niño no le pasará nada por un día o dos, y tú podrías curar un poco tu brazo, Gris, incluso meditar un plan de acción más elaborado que presentarte ante el nigromante y liarte a puñetazos con él.

El Gris hizo un gesto afirmativo con la cabeza, casi imperceptible.

—Tened cuidado. Álex, mantén el contacto conmigo.

—De acuerdo, entonces. —Sara se sintió realmente bien por tener algo que hacer y contribuir al equipo.

—Escondeos —advirtió Álex—, pero no en el cementerio, que Piedra conoce el camino hasta el claro.

Él y Sara se marcharon trotando por el parque. Diego le dio un manotazo a Harley.

—Tío, hay que decir adiós a los colegas cuando se piran.

El Gris se puso de pie.

—Harley, ¿vienes con nosotros?

Harley dio un paso al frente.

—¿Dónde vamos a escondernos? Que sea un sitio grande, que el abuelo ocupa un montón.

—No vamos a escondernos —dijo el Gris—. Vamos a por el nigromante.

—Pero...

—Niño, ellos no son como nosotros, no nos comprenden. No saben lo que es estar condenado. Dime, ¿prefieres esperar y dejar a Piedra la iniciativa?

—A ver, no te cabrees conmigo, ¿vale? Álex tiene un poco de razón, Gris, últimamente vas a lo loco, desde que... Ya sabes. Casi la palmas, lo entiendo, pero antes eras más... Ahora es como si te liaras a hostias con el primero que te mira mal y...

—¿Ya no confías en mí?

—¿Eres imbécil? —Se enfadó Diego—. No digas eso ni en broma, payaso.

—No crees que pueda con Piedra, ¿es eso?

—Que no, joder. Mira que eres cerrado, macho...

—Entonces, ¿qué?

—¡No quiero que te partan la boca por mi culpa! Si Álex tiene razón...

—No la tiene. Álex es demasiado sobreprotector, no asume riesgos si puede evitarlo. Para él siempre hay un camino más sencillo, como amputarte el brazo. También es calculador, como Piedra. Nos aprovecharemos de eso.

—¿Cómo?

—Haciendo algo que ese nigromante no se espera, algo que no puede haber incluido en sus cálculos —dijo el Gris—. Vamos a encontrarlo esta misma noche de la manera que menos se imagina.

—Suena cojonudo. ¿Y cómo vamos a hacerlo?

—Confía en mí.



Álex la miró de un modo extraño.

—¿Sonríes?

Sara se había detenido a una manzana de distancia del hospital. No se había dado cuenta de que, en efecto, sonreía a su compañero.

—Estás aquí, conmigo, ayudándome. Ayudando al Niño.

—Ayudando al Gris —matizó Álex—. Él no abandonará al Niño y Dios sabe que esos dos son demasiado tozudos para atender a razones. Les tenemos que salvar de sí mismos, tú y yo. ¿O piensas que de verdad van a esperarnos?

En eso coincidía con él. La paciencia del Niño, como había podido comprobar tras convivir unos días con él, no era una de sus cualidades, aunque Álex la había utilizado para desviar la cuestión que a ella le interesaba, y era el hecho de que últimamente siempre estaba dispuesto a acompañarla.

—Di lo que quieras, pero yo veo que estás cambiando. No entiendo por qué no puedes admitir que te preocupa el Niño, o incluso yo también, por eso viniste a pedirme que volviera con vosotros.

—El Niño no es suficiente, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, intuyendo que no le gustaría el curso que iba a tomar la conversación.

—No puedes evitar quererle. Pero hablar con el Niño de asuntos serios es casi imposible, y con el Gris estás en desacuerdo en demasiadas cosas. No te gustaría que fuera así, seguro, pero lo es. Solo te quedo yo.

—¿Contigo me pongo de acuerdo en todo? ¿Eso crees? No puedo matarte sin conocerte.

Álex la observó de un modo sugerente.

—Ten cuidado con esa carencia tan grande de afecto que tienes y tu necesidad de sentirte aceptada. No soy lo que buscas ni lo que necesitas, no te convengo, no solo por las razones obvias. Dime, ¿de verdad quieres matarme? Sé sincera.

Sara se estremeció ante los ojos negros de Álex, su hermosura y su frialdad, la autoridad que despedían al exigirle una respuesta sincera.

—No, no quiero. Nunca lo he querido. Estoy segura de que cambiarás. Es lo que deseas, en realidad. Sabes que se puede obrar de otro modo, que hay caminos mejores.

—Siempre lo he sabido. Eso no cambia nada. Algún día, Sara, sabrás toda la verdad sobre mí. Entonces pasarán dos cosas. La primera, que te sentirás más cerca de mí de lo que imaginas, más que ahora. La segunda, que entenderás que el único destino posible para el Gris es la muerte. Y me ayudarás a matarlo.

—¡Jamás!

—Eres demasiado impulsiva. Razona antes de hablar.

—Jamás —dijo más tranquila.

—No tiene sentido anticipar acontecimientos, sobre todo los que son inevitables. ¿Eres consciente de las limitaciones que tiene un muerto?

—He notado cómo te aprovechas de mí y de los demás para que hagamos lo que no puedes hacer por ti mismo.

—Sigue por esa línea de pensamiento.

—Lo he entendido, pero yo no mataré al Gris por ti. No es inevitable, como aseguras.

—Cada paso que das, cada decisión que tomas, te contradice. Tu odio hacia mí se va diluyendo, te cuesta menos colaborar conmigo, me ves ya como a un compañero, ¿no? Haces bien. La verdad, cuando estés en disposición de entenderla y aceptarla, hará el resto. Esa es mi verdadera cruz, Sara, una que algún día compartiremos: la verdad es más fuerte que los sentimientos.



—Tío, me aburro.

—Ya lo sé, Niño —contestó el Gris por enésima vez, en el mismo tono reposado, uno que alguien, erróneamente, podría considerar de infinita paciencia.

—Ah, bueno, si lo sabes, ya me quedo más tranquilo. —Diego se sentó en el respaldo del banco que ocupaba el Gris, a su lado—. ¿Qué plan de mierda es ese? Esperar... Es el peor del mundo. ¿Esperar a qué? No creo que pueda soportarlo mucho más, en serio. Estoy al límite ya. Me pides demasiado. ¿Cuánto falta?

—No lo sé.

—¿Cuánto llevamos esperando aquí?

—Menos de veinte minutos.

—¡Insufrible!

El Niño saltó de nuevo a la acera, incapaz de estarse quieto. El Gris apretaba el vendaje de su brazo, que no tenía muy buena pinta. Las gasas estaban húmedas y manchadas de marrón.

—Bájate la manga —sugirió Diego—. Da un poco de asco. Y acuérdate de lavar la gabardina, macho. ¿Duele?

—Estoy bien. Caminemos.

Harley se levantó del suelo y les siguió. No se había separado de ellos ni un solo momento. Era muy silencioso, no opinaba sobre nada,

simplemente estaba ahí, con ellos. Diego ya se había acostumbrado a su presencia.

Subían por la calle Princesa, que a aquellas horas de la noche no estaba abarrotada, pero tampoco desierta. Madrid nunca descansaba del todo, mucho menos en las zonas de la ciudad próximas al centro, donde la vida nocturna vibraba en multitud de locales de lo más variados.

El Gris pasó demasiado cerca de un cajero automático donde dos jóvenes con indumentarias llamativas sacaban dinero. Se escuchó un chisporroteo y una maldición. Uno de los jóvenes miró mal al Gris, quizás con alguna intención poco amistosa, que se desvaneció al instante, en cuanto vio a Harley a pocos pasos de distancia.

—¿Y tú de qué vas? —preguntó Diego colocándose junto al motorista—. En realidad me la sopla, pero me aburrís. Sara al menos me sigue la corriente. Venga, suelta la lengua. Un gorila como tú tiene que saber un montón de historias guapas.

Harley ni siquiera abrió la boca, así que el Niño, al borde de la desesperación, regresó junto al Gris.

—Me ponéis enfermo los dos. Dime que no lo haces a posta.

—Olvida a Harley.

Se detuvieron ante un semáforo en rojo.

—¿Por qué? ¿Ya sabes quién es?

—No. Pero es evidente que no nos dirá nada y no podré mantener otra charla seria con él mientras tenga el brazo roto.

—Al menos viene bien para taparnos el aire. Eh, Harley, ¿te importa ponerte aquí, a mi izquierda? ¡De puta madre! Macho, no te muevas de mi lado. ¿Cuánto tarda el semáforo en ponerse en verde?

El Gris dio un paso lateral y se apoyó en el poste del semáforo. Unos segundos después la luz roja parpadeó, al igual que la verde y la amarilla. Los coches se detuvieron y el Gris aprovechó para cruzar. Diego comprobó sorprendido que Harley obedecía su orden y se mantenía a su lado, protegiéndolo del frío. Solo resultó un problema cuando llegaron al final de la calle, en el barrio de Moncloa, donde el Cuartel General del Ejército del Aire invadía la acera, dejando un espacio reducido para los transeúntes bajo unos arcos de piedra.

—Pero, tío, ¿no ves que no cabemos los dos? Sepárate, venga. Eso es... Desde luego muy espabilado no es, no... Pero ¿qué haces, abuelo? Ahora, sí, vuelve a ponerte a mi lado que ya hemos pasado los arcos y hay sitio. —Harley obedeció—. Estoy empezando a pensar que tú y yo nos lo vamos a pasar bien en el futuro.

El Gris se había detenido y estudiaba los alrededores. Diego se acercó.

—¿Cómo va ese plan tuyo tan bueno?

—Bien. Ya queda menos.

—Oye, a lo mejor, no es tan buena idea todo esto. Álex dijo que ese nigromante es muy listo.

—No tanto si se ha atrevido a jugar conmigo.

—Eso mola, suena a duro y tal. Si hubiese una pibita cerca, seguro que te miraba alucinada de lo macho que eres, pero... Tengo miedo. No quiero... No quiero que te pase nada por mi culpa...

El Gris colocó las manos en los hombros del Niño.

—No es culpa tuya. Le miré a los ojos en el cementerio y me engañó. No vi que quisiera hacerte ningún daño. Mezcló algunas verdades sobre la muerte y me confundió. Yo soy el responsable.

—Tío, eso es por esa castaña de vista que tienes. Vamos a esperar a que te cures el brazo, por favor.

—No.

—Harley, dile algo a este idiota.

El motorista miró al Gris.

—Algo.

—Gracias, de verdad. Eres una gran ayuda. Gris, macho, no tenemos que resolver esto ahora. Tengo un mal presentimiento. ¡Espera aunque sea solo dos semanas! Tus huesos se soldarán un poco al menos. ¡Tengo una idea! Busquemos a tu hijo mientras tanto.

—No quiero encontrarlo —repuso el Gris.

—¿Qué? Pero si es tu... ¿Es por la pinta que tienes? No creo que...

—No es por eso.

—¿Por lo de la sombra?

—No.

—Vale, no se me da bien esto. Debería ser Sara la que... ¡Bah! Allá voy. No eres un monstruo, ¿te entra eso en la cabeza de una puta vez? No tienes que avergonzarte de nada.

El Gris se quedó callado un momento.

—Espera, si lo encontramos... —reflexionaba Diego—. ¡No irás a abandonarme a mí!

—No, Niño, no lo haré. Y tampoco es porque sea o no un monstruo. Es mi hijo, pero yo...

—Serías un buen padre —aseguró Diego—. ¡Harley! Díselo.

—Serías un buen padre —dijo Harley.

—¿Lo ves?

—No lo sería —replicó el Gris—. No tengo nada que ofrecerle. Ni siquiera podría explicarle por qué le abandoné. Correría peligro a mi lado y yo tendría que dejarle para tomar el alma de otros cada cierto tiempo... Es mejor para él que no sepa quién es su padre...

—¡Gris! Cierra la boca y mírame. Sí, haz como hiciste con el nigromante. Mira mis ojos, que son marrones, por cierto; si los llevo a tener azules, sería un cañón con las titis. ¿Estás mirando? Bien. Gris, trata a ese niño la mitad de bien que a mí y te juro que no habrá un padre mejor para él. ¿Lo has pillado?

El Gris asintió.

—¿Sabes, Niño? En momentos así no tengo que pensar en por qué me alegro de que estés conmigo.

—Es porque molo que te cagas.

—Pero sigue sin ser la verdadera razón. No quiero encontrar a mi hijo sin poder quererlo, sin sentir nada por él. Para mí, sería como tratar con un desconocido cualquiera... Y no quiero... No puedo explicarlo...

—Te entiendo. Bueno, no, la verdad es que no entiendo un pijo, pero sí sé que debe de ser jodido no sentir. A mí me vendría bien un poco de eso a veces. Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

—Buscar al nigromante.

—Nadie sabe dónde está —dijo el Niño, exasperado—. Y ese plan tuyo de esperar no sirve de nada.

—Te equivocas. La espera ha terminado. Mira entre tus piernas.

—¿Es una broma?... ¡Plata! —El perro ladró y saltó como un loco alrededor de Diego—. ¿Dónde te habías metido? Cazando dragones, ¿eh? Cómo te he echado de menos, tío. Han pasado un montón de cosas chungas. Espera, no irás a mearte otra vez.

—Déjalo en el suelo, Niño —pidió el Gris.

—¿Tu plan era Plata? ¿Él sabe dónde está Piedra? Ah, ya, es por el olfato de los chuchos, ¿no? Plata, ¿recuerdas al tío ese tan feo que estaba en el cementerio?

El perro asintió y dio un lametazo a Diego.

—Puuaj... Oye, ¿y sabes dónde está?

Plata asintió de nuevo.

—¡Este pavo es flipante! Te seguimos, tío. ¿Por qué no se me había ocurrido esto a mí?

—Plata, espera —dijo el Gris.

El perro, que ya había dado dos pasos hacia el final de la calle, regresó meneando el rabo, excitado.

—Tengo una mala noticia, Plata. Sé que Ramsey es un gran cazador de dragones.

Plata ladró para confirmarlo.

—Por desgracia, ahora está en coma.

El perro se quedó quieto de repente, su rabo ya no se movía.

—Piedra, de algún modo, le colocó una pulsera y le arrojó desde un quinto piso. Si aparece un dragón, tendrás que enfrentarte a él tú solo, porque Ramsey no podrá ayudarte. Y todo es culpa de Piedra.

El perro erizó el lomo y salió corriendo por la calle, en la dirección opuesta en la que ellos habían venido.

—Vamos allá. —El Gris echó a correr detrás de Plata—. ¡No podemos perderlo de vista!



Sara notó mucho frío mientras recorrían el pasillo en el que se encontraba la habitación de Ramsey.

—Encoge un poco los hombros —le dijo a Alex—. Con esa ropa deberías aparentar estar congelado si no quieres despertar sospechas.

—Repíteme la visión que tuviste al rastrear a Ramsey —contestó él sin hacer caso de su consejo.

Al menos no se encontraron con nadie después de escabullirse y pasar la zona de control, donde una enfermera leía, muy concentrada, una novela romántica titulada *El amor huele a café*. Sara supuso que los pacientes en coma no requerían una supervisión muy exhaustiva de noche.

Le relató a Alex la visión del hombre y el accidente de tráfico. Fue tan precisa como pudo, aunque los fragmentos que conservaba en su memoria parecían ahora restos de un sueño lejano. Como era de esperar, Alex no se mostró satisfecho.

—Eres una aficionada —se molestó Alex—. ¿Por qué no me lo contaste de inmediato?

—Te habías largado. ¿O ya te has olvidado de que me dejaste tirada en la habitación?

—Necesito más información de ese hombre, el que se quemó.

—No era Ramsey.

—Un rasgo que comparte todo el mundo, excepto el propio Ramsey. Esfuérzate un poco más. ¿Murió?

—No estoy segura.

Alex bufó. Sara trató de describir el mayor número de detalles posibles de camino a la habitación de Ramsey. Alex era muy insistente, le exigía más, preguntaba por nimiedades, como la marca del coche y las condiciones climatológicas. La rastreadora se sintió tan fatigada como si hubieran subido por las escaleras. Sintió un gran alivio cuando llegaron a la habitación.

—¿Y bien? —Gruñó Alex—. Abre la puerta.

—No puedo. Está atascada.

El pomo resistía los intentos de Sara, ni siquiera se desplazó un milímetro.

—Está bloqueada, no atascada —le corrigió Alex.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo tampoco puedo entrar. Ahí, ¿ves eso?

Era una línea, un trazo que podía pasar por una pequeña grieta en el esmalte de la puerta, pero no lo era, ni mucho menos. La iluminación nocturna del pasillo era suficiente para caminar por él, pero escasa para analizar runas. Sara agudizó la vista y no tardó en encontrar más líneas que surcaban la pared.

—¿Conoces la runa?

—Es bastante rudimentaria —explicó Alex—. Pero muy fuerte. El ingrediente que han usado... Espero que no sea... Lo es. Es sangre de demonio.

Uno de los más potentes y escasos, según le había explicado el Niño. La expresión de Alex auguraba que iban a tener muchos problemas para traspasar esa puerta, por no hablar de la posible implicación de los demonios en aquel asunto.

—¿Es por el Niño? —aventuró Sara—. ¿Por el trato que ha hecho para librarse del Infierno?

—Lo dudo. Ese trato es una mentira, casi con toda seguridad. Cada vez siento más curiosidad por ese tal Piedra.

—Entonces, ¿qué está pasando?

—No lo averiguaremos si no atravesamos esa puerta. Alguien debe de tener mano en el hospital para que nadie del personal indague sobre esta habitación. Este asunto se complica. Sara, tienes que acudir a los brujos y pedirles que te den lo necesario para borrar esa runa. Será caro, te lo advierto.



—¡Esto es injusto! —Sara golpeó la mesa con ambas manos y levantó una pequeña nube de polvo alrededor del brujo—. Soy amiga del Gris.

—Y por eso puedo ofrecerte pasar al tercer puesto de la lista de espera —dijo el muchacho sin inmutarse—. Para subir hasta el primer puesto, debido a esa amistad que has mencionado y sin que sirva de precedente, sería necesaria una gratificación que, digamos, fuera representativa del interés y el respeto que sientes por nuestros humildes servicios.

—¿Una gratificación?

—Es el procedimiento establecido.

—Un soborno, querrás decir.

—El término empleado no es relevante para nosotros, pero mi obligación es advertirte de que lo negaré si aires cierto trato de favor por nuestra parte, y por supuesto quedará restringida en el futuro cualquier posibilidad de recurrir a la mencionada amistad para cualquier transacción.

Sara ni siquiera había considerado el chantaje, como insinuaba el pequeño brujo. Estaba furiosa y no veía cómo resolver el problema. No disponía de dinero para pagar el precio abusivo que pedían por el ingrediente necesario para disolver una runa pintada con la sangre de un demonio, mucho menos para pagar una gratificación que la colocara la primera de la lista, dado que el ingrediente, por lo visto, se había agotado. Ignoraba si se trataba de una treta para incrementar el precio, porque no tenía experiencia para conocer el coste habitual, ni si era frecuente que los precios fluctuaran.

—Apúntame en ese tercer puesto —dijo apartando la cortina mugrienta para salir de la habitación.

Albergaba serias dudas de que el Niño y el Gris fueran a esperar a que los brujos reabastecieran sus mercancías. Debía encontrar otra solución antes.

La Taberna, como denominaban al bar en el que había estado por la mañana, bullía con la misma actividad por la noche. Sara se preguntó si aquel establecimiento se quedaba vacío en algún momento. La mayoría de los rostros eran nuevos, aunque alguno le sonaba vagamente. Por lo visto los magos y los centinelas continuaban con ese juego de destrozarse las losas de piedra al fondo de la estancia. Por fortuna, la persona que buscaba continuaba en el mismo lugar y en la misma postura.

—Hola —saludó al colocarse junto al anciano de los ojos amarillos.

El viejo no respondió ni dio muestras de notar su presencia.

—Si no me han informado mal, eres un...

—Un demonio —se adelantó con voz ronca—. Tu información es correcta.

Sara se recordó a sí misma que la amparaba la tregua de los brujos, por lo que nada le podía pasar en uno de sus establecimientos.

—Necesito tu ayuda.

—No me interesa —repuso el anciano.

De no ser porque sus labios se movían, se le podría haber confundido con una estatua. Ni parpadeaba. La rastreadora se alegró de no tener que enfrentarse directamente con aquellos ojos dorados.

—Pagaré.

—Sigo sin estar interesado.

—Pagaré lo que sea.

Entonces el demonio giró la cabeza y la miró.

—«Lo que sea» no es bastante preciso.

—¿Cómo puedo estar segura de que eres capaz de hacer lo que necesito?

—Ni siquiera chasquearé los dedos por ti sin antes aclarar el pago. ¿Y bien?

El pago era su alma, por supuesto. Sara no conocía el procedimiento exacto por el que se formalizaba el acuerdo, aunque implicaba una runa. Todo lo que sabía al respecto era que un demonio enseñó al Gris a tomar almas, pero eran prestadas, una diferencia importante. En cambio, entregar la suya de manera permanente sería una locura. El demonio no había detallado el alcance de sus servicios, solo parecía querer saber si ella estaba dispuesta a ofrecer su alma. Sin embargo, Sara entendía que deshacer una runa dibujada con sangre de demonio no podía justificar un pago tan alto. Pretendía negociar, claro que no contempló la posibilidad de que el demonio exigiera un precio tan elevado antes siquiera de escuchar la petición.

No se le ocurría otro modo de ayudar al Niño, pero entrar en la habitación de Ramsey tampoco garantizaba la salvación de Diego. Dudaba. Sopesaba lo que el Niño significaba para ella, aunque todo su ser le pedía que hiciera cuanto fuera necesario.

—Pierdes facultades —se burló alguien, en la zona en la que apaleaban las losas de piedra—. Creía que serías un rival más duro.

—Aún no se ha terminado —replicó otro, cargado de autoridad.

Sara reconoció esa voz. Y se alegró más de lo que hubiera querido. Se olvidó del anciano y se abrió paso hasta la zona de juego, repartiendo disculpas y empujones por igual, porque no veía otro modo de atravesar el cinturón de mirones que rodeaba a los jugadores. En la esquina había un centinela, reconocible por su ropa de cuero, la que Sara empezaba a pensar que era su preferida, que sujetaba un martillo con las dos manos. Junto al centinela estaba Erik. El mago no portaba arma alguna. Vestía una camisa ceñida que resaltaba su escultural figura, sus músculos perfectamente moldeados y esculpidos.

—¡Erik! —le llamó, al tiempo que tropezaba por no haber prestado atención al suelo, sino al cuerpo del mago.

Salió tambaleándose al espacio reservado para los jugadores y terminó en brazos de Erik, que la atrapó al vuelo, con brazos firmes pero con delicadeza.

—Necesito tu ayuda —le susurró.

Se oyeron risas y cuchicheos. Erik volvió el rostro. Un grupo de magos guardó silencio de inmediato ante el gesto de Erik. Los centinelas no, aunque bajaron el tono. Sara era consciente de que todos la observaban y de que su entrada en escena había sido bochornosa, pero no

tenía tiempo para preocuparse por nimiedades estando el Niño en peligro.

—Pareces asustada —dijo Erik, que aún la sostenía en sus brazos—. ¿Qué te ha pasado?

—Aquí no puedo explicártelo.

—Es tu turno, Erik —intervino el centinela—. A menos que tengas algo más importante que hacer.

—Tengo que irme —respondió el mago.

—Por mí perfecto. —El centinela abrió los brazos, encantado—. Mi losa sigue intacta, así que paga la apuesta y abandona.

El mago apartó a Sara a un lado, cuidando de no separarse mucho de ella.

—No quiero que te metas en un lío por mi culpa.

—Tranquila. —Erik le guiñó un ojo. Luego se volvió hacia el centinela—. He dicho que me voy, no que me retire.

Acto seguido dio un paso hacia la losa de piedra y se agachó, estrelló la frente contra ella. La losa se resquebrajó y se convirtió en una pequeña lluvia de piedras sobre el suelo.

—Solo te hacía pensar que tenías alguna posibilidad. Cuando aprendas a grabar runas de protección, si quieres hablamos de nuevo. Ahora págales —ordenó señalando a otros magos—. Un placer, centinela.

No esperó una respuesta. Erik arrojó a Sara con su brazo y se alejaron de allí. La gente se apartaba de su camino sin rechistar. Ella no era la única que percibía el aura... quizá majestuosa que irradiaba el mago. Ascendieron por aquellas escaleras angostas hasta llegar a la tienda que estaba al nivel del suelo, la que servía de tapadera para despachar a la gente corriente que se acercara por allí.

En el exterior hacía frío, aunque Erik, a pesar de aquella fina camisa, no se encogía ni daba muestras de sentirse incómodo.

—Los ingredientes... las runas... los magos, tú puedes... —dijo Sara atropelladamente.

Erik le pidió calma con un gesto de las manos.

—Tengo que borrar una runa pintada con sangre de demonio, pero no tengo el ingrediente necesario.

—Es muy caro —confirmó el mago.

—Pero los magos no lo necesitáis, ¿verdad? Erik, tú puedes pintar runas con tu alma. ¿No es esa vuestra fuerza? Necesito tu ayuda. No lo hago por ayudar al Gris, si es lo que te inquieta.

—No es por él. Pero tengo responsabilidades. Mis decisiones repercuten en toda mi gente y podría malinterpretarse que yo interviniera contra un demonio en concreto.

—Pensaba que yo... que yo te importaba.

—Y así es, Sara. Pero borrar esa runa con mi propia alma dejará un rastro. Tú deberías saberlo bien. Por eso los magos prefieren pintar runas por el método tradicional, siempre que sea posible. Tampoco es sencillo desbaratar una runa como esa. No la he examinado, pero imagino que si nadie de tu grupo ha podido con ella, no será la obra de un aficionado.

—Entiendo... Así parece funcionar este mundo. ¿Cuánto, Erik? Te juro que reuniré el dinero si me ayudas ahora. Es por el Niño, ¿comprendes? Tengo que...

—Los detalles me los das por el camino.

—¿Cuánto me costará?

—No quiero tu dinero, Sara, pero mi ayuda sí tiene un precio. —El mago se acercó un poco más. Un palmo escaso separaba sus rostros—. Una cita.



—Esta moto es una pasada —dijo el Niño excitado—. ¡Eh! ¿Por qué te paras? Solo hemos avanzado unas manzanas. ¿Me toca pilotar a mí? Es un poco grande, pero me apañaré. ¿Pero a dónde vas? ¡Harley!

Harley se bajó de la moto y entró en el Edificio España, un rascacielos de veinticinco plantas situado al final de la calle Princesa. Aquella enorme construcción estaba sin uso desde hacía años, si Diego no recordaba mal, y más valía que así fuera, porque Harley atravesó la puerta, que estaba cerrada, como si fuera de papel, reventando la cerradura y esparciendo cristales rotos por el suelo.

La Policía no tardaría en aparecer si alguien los veía en una zona tan transitada como aquella, en plena Plaza de España, al inicio de la Gran Vía, una de las calles más emblemáticas de Madrid.

Diego no sabía si seguir a Harley. Lo cierto era que se sentía más seguro con un mastodonte como él a su lado, aunque luego recordó que era un tanto impredecible. Tan pronto obedecía como un perrito faldero, como ignoraba lo que le decían con todo el descaro del mundo. Un sujeto bastante extraño. No sería un mal miembro del grupo, en opinión del Niño.

El Gris apareció corriendo unos segundos después. Un coche tuvo que dar un frenazo para no atropellarlo mientras cruzaba la calle.

—¿Y Plata?

—Ni idea macho, pero Harley ha entrado ahí. A ver si te pones en forma, Gris, que te ha dejado atrás una birra de perro. Y no me digas que es por el brazo roto. Te haces mayor, tío, aunque no envejezcas. Oye, ¿dejamos la moto ahí? ¿Sin cadena ni nada? Nos la van a manganar.

—Problema de Harley, no nuestro.

El interior estaba oscuro. El Gris no se molestó en encender las luces y buscó a toda prisa los ascensores.

—No, no me digas que... —Se asustó Diego.

—Por las escaleras.

—¿Veinticinco pisos? Oye, ¿y si espero aquí? Por si Piedra trata de escapar.

—Buena idea —concedió el Gris—. No tendrás problemas para detenerle tú solo.

—Te odio —bufó el Niño caminando detrás de él.

Llegó hasta el tercer piso; después el Gris tuvo que cargar con él. Diego, colgando de su hombro, rebotaba contra la espalda del Gris, quien no redujo el ritmo y siguió subiendo escalones de dos en dos. El Niño estaba demasiado cansado para protestar.

En cada piso el Gris se detenía un instante, miraba a su alrededor y luego continuaba ascendiendo por las escaleras. Al llegar al piso veinte,

Diego estaba a punto de vomitar.

—Menos mal, macho... —dijo con la cabeza congestionada de estar boca abajo.

—Es aquí —dijo el Gris.

El suelo estaba lleno de polvo y arena. Era evidente que se habían realizado obras recientemente en aquella planta. Había mesas improvisadas con tabloneros de madera, desconchones en las paredes y diversas herramientas.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Diego.

Entonces resbaló y cayó al suelo. Se le mojó la mano con algo que, para su desgracia, reconoció en cuanto la acercó a su nariz.

—Sí, es aquí —dijo asqueado—. Ese guarro de Plata se ha vuelto a mear. ¡Qué asco, macho! No lo entiendo, coño, con tanto cambiar de cuerpo ya debería controlarlos todos.

Un aullido resonó en el silencio de la noche. El perro apareció corriendo como si lo persiguiera un fantasma, con las orejas hacia atrás y la lengua fuera. El Niño trató de detenerlo, pero se le escurrió entre las piernas.

—¡Plata! ¿Qué le habrá asustado tanto? Ese pirado no le tiene miedo a nada.

—Silencio.

El Gris avanzó despacio, con paso despreocupado, o eso le parecía al Niño, que caminaba detrás y no reconocía su postura de combate más habitual, ligeramente encorvado con una mano cerca de la gabardina para sacar el cuchillo de ser necesario. En vez de eso, el Gris caminaba casi como si estuviera en el claro del cementerio, sin hacer ruido, eso sí, pero con una aparente falta de cuidado que a Diego le intranquilizó.

Casi todo eran estancias diáfanas. Puede que antes hubiera oficinas o viviendas en aquel rascacielos, ahora no se podía precisar. El suelo estaba levantado en algunos puntos; cables y tuberías quedaban a la vista en los agujeros de las paredes y el techo. La luz que se filtraba desde la calle era insuficiente para ver con claridad. Por eso resultó fácil dar con un resplandor que provenía de una zona alejada, cerca de la pared exterior.

El destello brotaba de numerosas velas que había dispersas por aquella amplia estancia. Sobre una caja de madera se amontonaba cantidad de documentos, planos, dibujos, notas sueltas y algunos pergaminos amarillentos. En el suelo había un símbolo dibujado que abarcaba una superficie de unos veinte metros cuadrados. En medio de aquel símbolo, que sin duda era una runa, agachado, deslizándose una estaca sobre el suelo para completar un trazo, se encontraba Piedra.

—Llegáis pronto —dijo el nigromante sin levantar la cabeza—. Enseguida estoy con vosotros.

El Gris dio un par de pasos laterales, evitando pisar la runa y estudiándola al mismo tiempo.

—No me dejes solo, tío —susurró Diego a su lado—. ¿Es de las prohibidas?

—En efecto —contestó Piedra. Se incorporó en ese momento y les miró por primera vez mientras guardaba la estaca en un bolsillo de su pantalón—. Prohibida, como todas las que merecen la pena. Debo felicitarte, Gris. Pensé que tendría que dejarte alguna pista, pero me has encontrado.

—¿Cómo sabes que no te he encontrado yo, pedrusco?

El nigromante no desvió su atención del Gris.

—¿Insinúas que me esperabas? —preguntó el Gris.

—No tan pronto, como he dicho. Pero no importa. Ya he tenido que improvisar antes y estoy preparado. Siempre supe que eras inteligente, por eso no me sorprende que me hayas encontrado.

—¿Siempre? —se extrañó Diego—. Gris, ¿conocías al feo este y no me lo habías dicho?

—No, Niño, nunca le había visto. Piedra insinúa que me conocía de antes, de cuando tenía alma. —El Gris torció el gesto en una mueca que para él era lo más parecido a una sonrisa—. Sabe que está en peligro y practica un juego muy arriesgado. Piedra ignora que no es el primero que trata de engañarme diciendo que conoce algo de mi pasado.

—Menos mal —suspiró Diego—. Me habías acojonado.

El nigromante carraspeó.

—Eres desconfiado, Gris, otra muestra de tu inteligencia. Dime, ¿llevas una pluma colgando del cuello? ¿Una que enseñas por ahí a ver si alguien la reconoce? Sí, esa pluma que tenías en tus manos cuando despertaste sin alma. Vale, no es un dato complicado de averiguar. Pero te daré más. ¿Has descubierto las runas que hay grabadas en esa pluma?

—La conozco muy bien —dijo el Gris—. No hay nada grabado en esa pluma.

—¿Ves esa vela de ahí? —El nigromante señaló un candelabro más alto que los demás.

—Su luz es distinta —dijo el Gris—. ¿Y qué?

—Es que no ve un pijo —aclaró el Niño—. Esa luz es muy rara, tío, parece un poco púrpura y como si fuera... más densa. Es algo muy raro.

—Deberías colocar la pluma bajo esa luz —sugirió Piedra—. No temas, yo estoy indefenso contra ti.

El Gris metió la mano por el cuello de su jersey y sacó la cadena con la pluma. La deslizó sobre su cabeza y se la tendió a Diego.

—¿Yo? Ni de coña —se escandalizó el Niño—. ¿Y si es una trampa? ¿Y si me estalla en la boca? De eso nada, macho...

El Gris le miró.

—Está bien, joder. Siempre me caen los marrones más chungos.

El Niño refunfuñó, pero cogió la cadena y se acercó al candelabro.

—Vamos —lo apremió el Gris.

—No me metas prisa, ¿eh?

Acercó una mano temblorosa a la vela, tratando al mismo tiempo de mantener su cuerpo lo más alejado posible. El Gris bufó y Diego por fin se acercó lo suficiente.

—¡Hostias! ¡Es verdad! Mira, tío, hay runas... La madre que parió al feo este. ¡Tenía razón!

—¿Cómo lo sabías? —preguntó el Gris.

—Yo las pinté —contestó Piedra—. Runas prohibidas que solo se revelan ante una luz que conocemos los nigromantes. Tenemos que protegerlos, a nosotros y a nuestros secretos, de todos los que nos persiguen, de la ignorancia, del mundo que no nos comprende y de quienes no quieren que seamos comprendidos.

—Conozco ese discurso.

—Por supuesto que sí —continuó el nigromante—. Es parte de lo que te enseñé cuando te entregué esa pluma. Cuando tu pelo era castaño y tus ojos tenían vida.

—¿Me enseñaste?

—Sí, Gris, te enseñé, porque tú fuiste mi primer aprendiz.



Lo intentó, pero durante el viaje desde la tienda de los brujos al hospital, Sara no dejó de pensar en la cita que le había pedido Erik como pago por su ayuda. Y eso la molestaba, porque debería tener la mente puesta en el Niño, no en... otras cosas.

El mago, por su parte, no volvió sobre ello durante el trayecto. Se limitó a escuchar con mucha atención la versión que Sara le relató de los sucesos. La rastreadora tuvo cuidado de hablar lo menos posible del Gris, de Plata y Álex. Tampoco le contó nada de Harley, aunque tampoco sabía demasiado del extraño motorista. En cualquier caso, Erik se lo puso fácil, ya que no hizo preguntas incómodas, solo asentía con expresión neutra.

Sara quería actuar con más profesionalidad, pero la estúpida cita se había enquistado en su cabeza y resistía todos los esfuerzos por ser desterrada. La rastreadora se preguntó a dónde la llevaría un mago, un hombre como Erik, con un físico tan llamativo y espectacular. Aún contemplaba su silueta y sus movimientos mientras él estudiaba la puerta de la habitación de Ramsey.

—Tenías razón —dijo el mago—. Es sangre de demonio.

Sara prefirió no reflexionar sobre si el comentario de Erik implicaba que había dudado de ella.

—¿Puedes borrarla?

—Puedo. O mejor dicho, podría.

Sara frunció el ceño. Erik apoyó la mano en la puerta y le pidió que se apartara con un gesto.

—Es complicado de explicar, pero tu presencia no me ayuda, Sara. La runa es fuerte, aunque quizás haya una posibilidad.

El mago deslizó el dedo por la puerta, dejando un rastro apenas perceptible, como unos polvos blancos que se desvanecían. Sara observó asombrada cómo aquella sustancia aparecía tras la yema de su dedo, de la nada, y se preguntó si eso era una porción de su alma. Era obvio, por el gesto de su rostro, que no debía interrumpir la concentración de Erik. Se quedó allí esperando, casi con miedo de respirar demasiado fuerte. La respiración que sí fue cobrando más y más intensidad era la de Erik. Al terminar dio un paso atrás. Jadeaba.

—¿Ya? —preguntó Sara, impaciente.

Trató de abrir la puerta sin éxito. El pomo continuaba tan rígido como antes. Erik la apartó a un lado.

—Solo la he debilitado... Espero.

Y cargó con el hombro por delante. El mago rebotó hacia atrás sin causar más que un crujido y un temblor. Sara iba a decir algo, pero Erik se abalanzó de nuevo contra la madera. También esta vez salió despedido hacia atrás, aunque Sara creyó advertir que el marco se desencajaba un poco en la esquina superior. Le costaba creer que la puerta resistiera esas embestidas. Aguantó otras cuatro más, hasta que el mago cayó al suelo de rodillas.

—¿Estás bien? —Se inquietó Sara.

El mago la mantuvo a raya con un gesto de la mano. Respiraba tan fuerte que parecía a punto de ahogarse. Continuó a cuatro patas un largo rato. Sara no sabía qué hacer o decir.

Al final Erik se incorporó.

—Definitivamente, el que grabó esa runa sabía lo que hacía —resopló el mago.

Sonaron pasos que se acercaban corriendo. Un médico con bata blanca se detuvo a varios metros de distancia.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó con firmeza.

La voz le sonaba vagamente familiar a Sara, pero la oscuridad del pasillo le impedía reconocerlo.

—¿Ha terminado el horario de visitas? —preguntó Erik.

—No te hagas el gracioso, mago —advirtió el doctor, o quien quiera que fuese, porque si conocía a Erik, era algo más que un simple empleado del hospital—. Largaos ahora mismo. Esa runa no es asunto vuestro.

—¿Y tuyo sí? —preguntó el mago.

—La he pintado yo, así que si no queréis interferir en un asunto de los centinelas, os recomiendo que os larguéis. ¡Ahora! He insonorizado esta planta y...

—Mejor. Así no escucharán cómo te doy una paliza —bufó Erik en un tono salvaje, demasiado amenazador—. Yo decido lo que es asunto mío, centinela. Eres tú el que puede largarse. Así, tu cara permanecerá intacta. ¡Vamos! ¿No me has oído?

El centinela, muy lejos de mostrarse intimidado, se aproximó a Erik.

—Lo lamentarás. Esta es tu última oportunidad de...

Erik lo derribó de un empujón. Al caer al suelo, Sara vio la sorpresa en la cara del centinela. Vio también un parche que cubría uno de sus ojos y lo reconoció. Era Edgar, el centinela que conoció en la iglesia y que parecía no llevarse mal con el Gris.

Quiso decir algo, pero Erik ya se había abalanzado otra vez sobre él. Edgar rodó a tiempo y esquivó los dos puños, que terminaron abriendo incontables grietas en las losas del suelo donde el centinela había caído unos segundos antes. Recuperado de la sorpresa, Edgar tomó la iniciativa. Le asestó una patada al mago, que se tambaleó hacia atrás, y en su desplazamiento derribó la puerta de la habitación que quedaba enfrente a la de Ramsey. Edgar salió disparado hacia el interior.

Sara escuchó golpes. Las paredes temblaron y el suelo vibró. La pelea debía de ser encarnizada.

—¡Deteneos! —gritó asomándose a la puerta.

Pero la furia del combate les impidió escucharla. Edgar, que ya tenía la bata de médico hecha jirones, sostenía un arco plateado con las dos manos, que en ese preciso instante utilizó para golpear a Erik en las costillas. El mago resistió sin apenas retroceder, aunque se le escapó una mueca cuando salió humo de su ropa. Sara se acordó de que nadie podía tocar el arma de un centinela sin quemarse.

Erik dio un paso atrás, cogió los restos destrozados de una cama y se la arrojó al centinela. Edgar dio una voltereta en el suelo para sortear

el impacto. Al ponerse en pie, tenía el arco cargado con una flecha brillante que Sara no supo de dónde había sacado, y apuntaba al mago.

—¡Espera!

Entró corriendo, resuelta a detener aquel enfrentamiento sin sentido. Por desgracia lo hizo en el momento en que Erik se lanzaba contra el centinela, el mismo momento en que Edgar liberaba la flecha. Sara recibió un golpe que no supo de dónde vino y que le nubló la vista. Escuchó un ruido de cristales, el frío de la noche la envolvió. Por último sintió el viento y la nada bajo sus pies, y supo que había atravesado la ventana y se precipitaba al vacío.



El Gris paseaba de un lado a otro. Diego juraría que nunca lo había visto tan nervioso. Mientras, el nigromante permanecía inmóvil en el centro de la runa que había pintado en el suelo. Ambos se medían con la mirada.

El Niño quería hablar, preguntar, incluso gritar, pero por primera vez en mucho tiempo tenía miedo de abrir la boca y decir algo inconveniente. Su amigo se estaba enfrentando a la posibilidad de saber quién era y solo Dios sabía lo que se agitaba en su interior.

—Mi nombre —exigió el Gris. No era su tono de voz algo que al nigromante le conviniese pasar por alto—. Quiero saberlo. Ahora.

Piedra conservó la compostura. O estaba realmente loco, o puede que de verdad conociese al Gris antes de que le robaran su alma, pero no al que tenía ahora ante él.

—Nunca lo supe —contestó el nigromante—. Nosotros siempre protegemos nuestra identidad. Usamos apodos y no revelamos información personal. Y lo cierto es que no nos importa. Ya lo sabes.

Se refería al mecanismo de defensa con el que los nigromantes se mantenían ocultos, sobre todo de los centinelas. Se rumoreaba que tenían alguna especie de código e idioma para comunicarse entre ellos. Sus reuniones siempre eran clandestinas, o eso tenía entendido el Niño.

—No hables de mí como si fuera uno de vosotros —dijo el Gris—. Quizá lo fuese, no lo sé, pero ya no lo soy. Si lo que dices es cierto, ¿por qué no me buscaste antes? Estoy seguro de que habías oído hablar de mí.

—Por precaución —aclaró Piedra—. En tu iniciación te colgué esa pluma en el cuello, que se fundió con tu alma, ya conoces el procedimiento. Es imposible que te la pudieses quitar...

—Pero me quitaron mi alma...

—En efecto. Se rompió el enlace y ahora no es más que un colgante cualquiera.

—¿Sospechas que me hicieron esto para llegar hasta ti?

—¿No es lo que pensarías tú? Has llegado a la misma conclusión que yo. En cualquier caso, ponerme en contacto contigo habría sido una terrible imprudencia por mi parte.

—¿Quién fue?

—No lo sé. Quien fuera tuvo la inteligencia de no delatarse y mantener su identidad a salvo.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó el Niño—. ¿Eras un asqueroso de estos que meten las narices en los cadáveres? Tío, qué fuerte.

El Gris no contestó.

—En realidad, no —matizó Piedra—. Solo un aprendiz. Ni siquiera llegaste a completar tu iniciación, pero tenías curiosidad, y una mente ágil y despierta. Por eso te acepté. Algo tiraba de ti, Gris, un deseo de saber más. No me cabe duda de que tenías un objetivo personal que nunca compartiste conmigo, lo que una vez más demuestra que no eras ningún estúpido.

—No me lo trago —dijo Diego, incapaz de callarse—. No le creas, Gris. Tú no eres un asesino de mierda como él. Yo te conozco...

—No me conoces —le cortó el Gris—. Ni yo tampoco. No sé cómo era antes. No sé quién soy en realidad.

—Nadie ha hablado de asesinos —aclaró el nigromante—. Que yo sepa, no acabaste con la vida de nadie en el corto periodo de tiempo que estuviste conmigo, si eso te tranquiliza. Además, por aquel entonces, tu concepto sobre la muerte era distinto. No habrías considerado a nadie asesino como hace la gente corriente, los ingenuos, los seres inferiores que no tienen la claridad de pensamiento que tú y yo sí poseemos.

—Estoy un poco confuso —admitió el Niño—. Creo que el feo me acaba de insultar, ¿no? ¿O lo de inferior era porque soy bajito?

El Gris le tranquilizó con una mirada.

—No queda nada de lo que me enseñaste entonces, nigromante. Si alguna vez vi en ti a algo parecido a un mentor, como insinúas, eso no me concierne ahora. Pocas cosas me importan ya.

—Algo sí queda, Gris, siempre hay un resto, un poso que arraiga donde ni siquiera alcanza tu dolor. Nosotros estudiamos los cadáveres como lo haría un forense, pero no es la causa de su muerte lo que analizamos, sino cómo se separó el alma del cuerpo. Ahí reside el secreto. Tú eres un muerto para mí y también puedo ver lo que te sucedió. Sufriste mucho, tanto que no quieres recordarlo. Te resististe, ¿verdad? Claro que sí, te aferraste a tu alma durante días enteros, puede que una semana.

El Niño se encogió al escuchar aquellas palabras.

—No me dices nada que no sepa —dijo el Gris, impasible.

—Podría precisar más, si me dejas estudiarte. Tendría que pintarte unas runas que...

—Ni lo sueñes.

—Entonces, tengo que recurrir a hipótesis y conjeturas. Una práctica que me desagrada.

—Esfuézate.

—He visto demasiadas almas abandonando un cuerpo. Nadie aguanta tanto como hiciste tú, Gris, nadie. Solo se me ocurren dos posibilidades. Una, que quien lo hizo fuera un chapucero, por decirlo de algún modo, dado que era la primera vez que se llevaba a cabo algo semejante. Y dos, que tú fueras más de lo que decías ser.

Hubo un instante de silencio.

—Venga, va. ¿Cuál de las dos posibilidades es? —Se impacientó el Niño—. No nos dejes así, macho.

—¿Quién sabe? —Piedra se encogió de hombros—. Y a quién le importa, ¿verdad? —añadió clavando los ojos en el Gris—. Sucedió. Pero como te decía, algo perduró en ti, algo que solo algunos perciben, gente... especial, con una percepción fuera de lo común.

—¿Como tú? —preguntó el Gris.

—Y como tantos otros.

—¿Los nigromantes? No es infrecuente que os creáis especiales. Es un rasgo, de hecho, muy común. Esos delirios de grandeza me asquean. Me he topado con muchos así.

—No me compares con esos magos, o con cualquier otro, por favor. No recurras a un argumento tan pobre. No hablaba de los nigromantes, no de todos, al menos. Hay un montón de escoria que ensucia nuestra ciencia. Me refería a otros, a gente como tú y como Ramsey.

—¿El neurótico del sombrero y el bastón? —se burló Diego—. Apañados estamos. Si era tan especial, ¿por qué te lo cargaste?

—Yo no le maté.

—¡Será capullo! Tío, le tiraste desde un quinto piso.

—No olvides que fue él quien subió a la azotea. Yo solo le di lo que necesitaba para lograr lo que en realidad deseaba, lo que intuía que era su destino.

—Así justificas el asesinato —dijo el Gris—. ¿Esa es la claridad de pensamientos a la que te referías?

—Ramsey no está muerto —recalcó Piedra—. Y tú eres como él, Gris. ¿No intentaste morir hace poco? Tú sientes que algo no encaja, que te falta...

—Qué gilipollez —murmuró Diego.

—... Dar un paso. Dime, ¿por qué te aferras tanto a la vida? ¿Puedes ser sincero y decirme que eres feliz, que cada mañana rezumas alegría de que un nuevo día se abra ante tí? Cuando miras hacia atrás, ¿te enorgulleces de lo que has conseguido? ¿Las personas que te acompañan son mejores gracias a tí? ¿Son más felices? ¿Logran alguna meta en la vida?

—Tengo mis razones para seguir vivo.

—Eso te dices a ti mismo. Tus actos, sin embargo... —Piedra dejó esa frase en suspenso—. Ni siquiera puedes responder a una de mis preguntas sin una evasiva o una respuesta vaga. Gris, tú has venido a mí, porque en realidad quieres morir. Lo sabes. Siempre lo has sabido.



Una sacudida y un tirón muy fuerte detuvieron la caída. Notó un crujido en el hombro, que ardió de dolor. Después, un fuerte golpe contra la fachada del edificio despejó la confusión de su cabeza y la dejó sin aliento.

Sara pateó en el aire mientras notaba una fuerte presión en la muñeca.

—Te quedan menos de tres segundos —dijo, con un terrible esfuerzo, una voz sobre su cabeza.

Sara consiguió mirar hacia arriba y vio a Álex, que la sostenía por el brazo. Comprendió lo que estaba a punto de suceder y se aferró a la cornisa justo cuando la mano de Álex se volvió inmaterial. Se quedó colgando y supo que no aguantaría ni medio minuto. Si su compañero no volvía a materializarse, le esperaba una dura caída.

—Puedes hacerlo —dijo Álex—. La pierna derecha. Estírala. Hay un saliente en la ventana del piso inferior. Busca apoyo para los pies o no aguantarás. Un poco más. Ahora dobla la rodilla izquierda. Ahí está bien. Acerca el pie y notarás... Perfecto. Recupera el aliento porque lo vas a necesitar.

Sara ni siquiera podía hablar. No se atrevía a mirar hacia abajo y le dolía el brazo por el tirón que la había detenido en la caída. Permaneció pegada a la fachada, con miedo de hacer el menor movimiento y precipitarse al vacío.

Le llegaron con claridad varios sonidos de golpes muy fuertes, por lo que dedujo que Erik y el centinela todavía luchaban en la habitación del hospital. Sara tomó buena nota de no volver a tratar de parar una pelea entre tipos como esos.

—¿Me lo dice un centinela que juega con la sangre de un demonio? —Oyó rugir a Erik.

La respuesta fue alguna clase de sacudida que hizo temblar la pared.

—Álex, ayúdame... No puedo... Mi brazo...

El hombro le dolía mucho y la muñeca parecía que se le iba a quebrar en cualquier momento. Con el brazo derecho en ese estado, no podría trepar hasta la ventana por sí misma.

—Ya no puedo materializarme más... —dijo Álex—. Estoy... agotado.

Álex se cayó y pasó a través de ella. Sara no sintió nada, tan solo un ligero vahído en que se le nubló la vista. Tampoco escuchó la estampida de Álex contra el suelo, pero supuso que no podía morir otra vez por una caída.

La rastreadora se quedó sola. Decidió trepar antes de quedarse sin fuerzas, porque no podía contar con que la pelea terminara a tiempo de que la rescataran, y era obvio que Álex solo podía materializarse unos segundos.

Afianzó las dos manos como pudo y ordenó a sus brazos que se doblaran y tiraran de ella. Ascendió unos centímetros, pero en cuanto sus brazos soportaron todo el peso de su cuerpo, supo que no lo lograría. Dejó de sentir la mano derecha por el dolor. Luego su cuerpo se balanceó violentamente a la izquierda, por lo que dedujo que la mano se había soltado. Pateó, pero no encontró dónde apoyar los pies.

Los dedos de la mano resbalaron... y terminaron por perder su agarre.



—¡Y yo estaba preocupado! —El Niño apoyó los brazos en las caderas y sacudió la cabeza—. ¿Esa era tu gran teoría de la vida? ¿Que el mundo da asco y tenemos que suicidarnos? Bueno, eso, los inteligentes como vosotros, ¿no? Los tontos de baba, según decías, estamos muy contentos aquí. ¡Ja! Me parto el culo de esa ciencia tuya. A ver si espabilas, macho. Para saber que el mundo apesta no hace falta escarbar

tumbas. Con ver el telediario es suficiente. Tanto muerto te ha perjudicado el cerebro. Anda, Gris, pasa de este idiota y suéltale dos hostias bien dadas. Gris... —Diego le dio una palmada en la espalda—. ¡Gris!

—Te oye —dijo el nigromante—. Pero no está de acuerdo con tu patética simplificación de los hechos.

—Hay... algo más allá —masculló el Gris—. Lo sé. Lo he visto.

—No, no, eso fue otra cosa —se preocupó Diego—. ¿No jodas que te lo has tragado? Mirale. ¡Mirale bien! Es un amargado. Seguro que por lo feo que es. Apuesto a que en el colegio los demás le zurraban por mamarracho. Reconozco a un pringado a simple vista. Y te digo que este no se come una rosca ni con las putas. Es virgen, hijo, y por eso odia el mundo. En el fondo le entiendo, con esa jeta tan fea yo también odaría a todos.

El nigromante sonrió, lo que deformó todavía más su rostro. A Diego le recorrió un escalofrío, porque le pareció todavía más feo y desagradable.

—Niño, hay una parte de verdad en sus palabras —dijo el Gris—. Piedra quizás sepa mucho más sobre la muerte que nosotros.

—¿Quizás? —preguntó el nigromante.

—¿A quién le importa? —continuó el Gris—. Tal vez tuve interés en la muerte como para ser tu aprendiz, pero ya no soy el mismo. Ahora carezco de intereses reales, ¿lo sabías, nigromante? Carezco de sentimientos, incluso de instintos. ¿Sabías que puedo estar sin comer varios días? Ni siquiera me acuerdo de que debo hacerlo. Mis sentidos son una parodia de lo que deberían ser y así sucesivamente. Espero que lo entiendas, Piedra. Ya no soy tu aprendiz. No deseo interferir en tus experimentos y tampoco quiero descubrir ese gran secreto que es la muerte.

—¿Pero? —dijo Piedra—. Siempre hay un pero.

—En esta ocasión, no. Quitale la pulsera al Niño y nos iremos. Es todo lo que te pido. Podrás seguir desarrollando esa ciencia tan apasionante sin mezclarnos a nosotros en ello.

—Menos mal, macho —dijo el Niño—. Con toda esa movida de tu pasado pensé que te habías olvidado de a qué habíamos venido. Te lo traduciré, pedrusco, por si no lo has pillado: coge esta pulsera de mierda que me has endilgado y métetela donde quieras, luego estudia la muerte si es lo que te pone cachondo. A nosotros nos la suda. Si no, mi colega te va a soltar una manta de hostias que vas a flipar. Gris, saca el cuchillo ese decrepito.

—No es necesario —dijo el Gris.

—No puedo hacerlo, Niño, lo siento mucho —dijo el nigromante—. Me temo que esa pulsera se queda donde está.



—¡Te tengo!

Erik la había cogido de la muñeca izquierda en el último momento, cuando Sara ya se veía irremediadamente estampada contra el suelo. El mago la izó como si ella estuviera hecha de papel, sin esfuerzo visible por su parte. La rastreadora, una vez de vuelta al interior de la habitación, necesitó algo de tiempo para que su corazón y sus pulmones se recuperaran de aquel ritmo enloquecido.

—Ningún hueso roto —dijo el mago tras examinar su brazo.

Sara ahogó un gemido al descubrir que una flecha atravesaba el brazo de Erik a la altura del bíceps.

—¿No te duele?

Erik no contestó. Se levantó y fue hasta la puerta de la habitación de Ramsey. La rastreadora acudió a su lado. Observó con preocupación que brotaba bastante sangre de la herida, y con sorpresa, que no se veía a nadie en el pasillo.

El mago parecía concentrado en reparar la runa de la puerta.

—¿Mataste a Edgar?

—No —gruñó el mago sin mirarla—. Huyó para evitar que nadie del hospital acudiera a esta planta.

Sara sabía que los centinelas tenían que mantener aquel mundo oculto al margen de la gente corriente, pero se preguntó qué explicaciones daría Edgar para desviar la atención del ruido de la pelea y los destrozos evidentes.

—Estamos en un hospital, Erik. Vamos a que te saquen la flecha y te curen antes de que se infecte o...

—¡Estoy bien! ¡Déjame en paz!

Erik estaba furioso, tenía la cara desencajada. Sara retrocedió alarmada. No sabía cómo casar esa ira con el buen trato que había recibido del mago en La Taberna. Y, sin embargo, ahora le gritaba y la echaba de su lado. Consideró marcharse, pero el mago la cogió por el brazo y la retuvo.

—¡Suéltame!

—Ya está. He terminado. Lo siento, Sara, no quería gritarte. Yo nunca te haría el menor daño. Mira.

Erik agarró el asta de la flecha y la quebró por la parte de atrás, donde había dos plumas plateadas que servían para estabilizar su vuelo. Luego tiró por el otro extremo, por la punta, hasta que la flecha atravesó por completo su brazo.

—Apenas sangras —observó Sara.

—He ralentizado mis latidos y acelerado el proceso de coagulación.

—¿Puedes hacer eso? Pensaba que era el alma lo que...

—El alma y el cuerpo son uno, así debería ser siempre.

Sara no sabía que los magos poseyeran semejante control sobre su organismo. Decidió ignorar la última parte de la explicación de Erik, que sin duda hacía referencia a una excepción única: el Gris.

—No tenía nada que ver contigo, Sara, pero necesitaba estar furioso.

—¿Por qué?

—Por la runa de la puerta. Para disolverla se necesita un ingrediente especial, como sabes. No puedo replicarlo con mi alma sin un estado emocional concreto. No es sencillo de explicar.

Sin embargo ella creyó entender la idea general, que le pareció asombrosa. Si no se equivocaba, los magos no solo podían pintar runas sin necesidad de ingredientes, también podían emularlos, y cada uno se correspondía con una emoción diferente. Aquello abría un mundo de posibilidades que no dejaría de explorar si finalmente aceptaba tener una cita con Erik.

—¿Entonces ya está? —preguntó ella señalando la puerta.

—Compruébalo tú misma.

Erik la invitó a hacerlo con un gesto de la mano. Sara abrió la puerta sin la menor dificultad.

—¿Creías que ese centinela podía hacerme daño?

—¿Te peleaste con él solo para enfurecerte?

—Más o menos —asintió el mago—. Pero yo desconfiaría de un centinela que juega con sangre de demonio. Entremos, no tardará en volver y estoy agotado.

Ramsey estaba tumbado en la cama, tal y como ella lo recordaba. No había nada en la habitación que pareciera sospechoso o fuera de lugar. Erik fue directo a examinar la pulsera.

—Enséñame otra vez las runas de la pulsera del Niño.

Sara sacó el papel en el que había dibujado los símbolos con la mayor exactitud posible, también el teléfono móvil, para mostrar las fotografías que había tomado.

—¿Qué ves? ¿Algo malo? Dime.

—Hay diferencias —dijo el mago—. ¿Las ha pintado el mismo nigromante?

Sara asintió y luego estudió con mayor atención las dos secuencias de runas.

—Esta tiene una menos, ¿verdad? —dijo señalando la de Ramsey.

—Sí —confirmó Erik.

—¿Qué significa?

—Juraría que la secuencia está incompleta. Los nigromantes esconden bien el secreto de sus runas prohibidas, pero hay una cosa de la que estoy convencido. La pulsera del Niño... —Erik frunció el ceño.

—¿Sí? Vamos, dime lo que sea.

—No es de un nigromante —terminó Erik.

—Se la entregó uno. Lo vi —aseguró Sara.

—Los nigromantes también pueden pintar runas normales. A eso me refería. Las de la pulsera del Niño son muy extrañas, diría que para imitar las estructuras de los nigromantes, pero falta una parte esencial, la que rastrearía su alma en el momento de su muerte.

—¿Entonces?

—Entonces creo que Piedra os ha tomado el pelo. O eso o... dudo mucho que sirva para nada bueno.



El Gris sacó el cuchillo lentamente, como si quisiera que Piedra tuviera tiempo suficiente para verlo. El nigromante apenas pestañeó.

—Te di la oportunidad de arreglar esto —dijo el Gris.

—Y la rechacé —replicó Piedra—. No era una oportunidad justa, para ser sincero. Mi trato con el Niño sí fue justo. Él lo aceptó libremente. No tienes ningún derecho a pedirme que renuncie a él.

—Otra vez crees que me importan los principios que os guían a los demás. Verás, Piedra, algo que quizás no sepas sobre la muerte es que hay formas y formas de hacerlo. Tomaré tu alma, nigromante, despedazaré tu cuerpo con las runas más dolorosas y luego te la devolveré.

—Y si me hinchas los cojones —intervino el Niño—, yo te curaré y volveremos a empezar. Chúpate esa, guijarro.

—Vaya —dijo Piedra—. Reconozco que es una de las amenazas más terribles que he escuchado en mi vida.

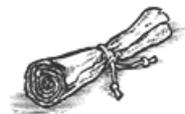
—Yo no amenazo —le advirtió el Gris—. Considéralo una descripción de lo que te va a pasar. No pienses que me detendré o cambiaré de opinión. La piedad es otro de esos sentimientos de los que carezco.

—Entiendo. Te tomo muy en serio, Gris. Sé que no mientes.

—¿Y a mí no? —se quejó el Niño—. ¿No ves que no puedo mentir, idiota? Si yo digo que voy a...

—A ti también —le cortó el nigromante—. Formáis una pareja temible. Tendré que protegerme. Por mi propio bien.

Piedra sacó una pistola que tenía oculta en la parte de atrás del pantalón y apuntó al Niño.



—Si fuera tan fácil —dijo Erik, que seguía estudiando la pulsera de Ramsey—, todo el mundo conocería las runas prohibidas. No puedo descifrar su significado. Nadie puede.

—Busca algo —le apremió Sara—. Si no lo averiguamos, al Niño le pasará algo terrible, estoy segura.

Erik giró la pulsera. El brazo de Ramsey colgaba inerte mientras el mago sostenía la tira de cuero en el aire para que Sara pudiera verlo.

—Esta runa está de más, al menos si la comparamos con la pulsera del Niño —dijo Erik—. Mi intuición me dice que esa es la clave.



—Retrocede un poco —dijo el Gris—. No te dispararé.

Diego temblaba tanto que no fue capaz de replicar ni de obedecer la orden.

—¿No lo haré? —preguntó Piedra.

—No —aseguró el Gris. Obligó al Niño a dar un paso atrás con un codazo—. No mientras no estemos dentro de esa runa que has pintado en el suelo.

Piedra apuntó al Gris con la pistola.

—Yo no estaría tan seguro.

—Tenías razón. Somos previsible. Sabías que vendríamos y has pintado esa runa por alguna razón. Es parte de tu plan.



Sara estudió la runa que Erik le indicaba.



El Niño estudió la runa que Piedra había pintado en el suelo.



—No me suena —admitió Sara—. Parece... una forma alargada con algunos trazos ondulados por los lados...



—No me suena —admitió el Niño—. Pero parece... una polla gigante y arrugada. Si dibujamos dos círculos justo ahí...



—Yo tampoco conozco la runa —dijo el mago—. ¿Ves ese punto de ahí?

—¿El marrón?

—Sí.

—¿Es un ingrediente distinto? —preguntó Sara.

—No. Es sangre.

—¿Qué significa?

—Si tuviera que apostar... Diría que está incompleta, que le falta algo. Puede que la otra parte del símbolo...

Les interrumpió un ruido de pasos apresurados que se acercaban.

—Será el centinela otra vez. Quédate aquí, yo me ocuparé de él. No te preocupes, no le haré demasiado daño.

El mago salió de la habitación. En cuanto se cerró la puerta a su espalda, Alex apareció a través de una pared. Sara no soltó un alarido del susto de milagro.

—¡Alex! Maldito seas...

—Era yo quien ha hecho el ruido para que Erik saliera.

—¿Por qué? ¿Encontraste al hombre que vi al rastrear a Ramsey? ¿Está muerto? ¿Qué has descubierto?

—Todo. Sé lo que planea Piedra. Y tenemos que darnos prisa, porque te aseguro que el Gris y el Niño no tienen ni idea.



—Por desgracia para ti, sí apretaré el gatillo. —El nigromante sostenía la pistola con firmeza—. No tengo elección, ¿o ya habéis olvidado lo que planeáis hacerme? Tú no mientes nunca, ¿verdad, Niño? Para que veas que sí me tomé en serio vuestras amenazas.

—Apúntame a mí, no a él —dijo el Gris.

—¡No! —saltó Diego—. Estoy harto de ser un cobarde. ¡Apúntame a mí, feo! Tú tienes algo por lo que seguir aquí, Gris.

—Cierra la boca, Niño.

—¡No! Déjame hacer lo correcto por una vez. Yo te metí en este lío y tú siempre das la cara por mí. Es mi turno. ¿Lo ves? Ni un calambre, así que no miento. Cárgate a este cerdo si puedes. —El Niño dio un paso adelante—. Dispara, pedrusco asqueroso. Sé perfectamente que un hijo de puta como tú acabará en el Infierno. Así que allí nos veremos. ¡Y te vas a cagar!

—Espera —pidió el Gris—. No lo hagas. Sabes que el peligro soy yo, que te mataré si le disparas a él. No soy tan rápido como para detenerte antes de que aprietes el gatillo, pero te garantizo que no lo apretarás dos veces. Mátame a mí. El Niño es inofensivo.

—Conmover. . . —dijo Piedra.

No terminó la frase porque una figura inmensa apareció caminando por la derecha.

—¡Harley! —gritó Diego.

—¡Brad Pitt! —contestó Harley.

—La madre que te. . . —se exasperó el Niño—. ¡A por él, abuelo! ¡A por el feo! ¡El de la pistola!

—¿Harley? —Piedra ni siquiera se volvió para mirarlo, les mantuvo encañonados en todo momento, prestando especial atención al menor movimiento del Gris—. Ni siquiera sabéis quién es, ¿verdad?

El motorista detuvo sus pesados pasos a pocos metros de Piedra, giró la cabeza y miró a todos los presentes. Su melena canosa cubrió parte de su rostro. Después de dos interminables segundos se sentó en el suelo y colocó los brazos llenos de tatuajes sobre las piernas cruzadas.

—¡Harley! ¿Por qué. . .? —se desesperó el Niño—. ¡Levanta el culo y salva el nuestro! ¡Maldito retrasado!

El motorista echó un vistazo por encima de su espalda.

—No salvo culos —dijo—. No tengo prisa, así que no me he retrasado.

De la garganta de Diego surgió un sonido difícil de clasificar, una mezcla de insulto, babeo, tos y bufido que sonó vagamente como el rebuzno de un burro afónico.

—Él no os ayudará —aseguró el nigromante—. Deberíais sentirnos afortunados. Vais a presenciar una revelación que asombrará al mundo. Solo lamento que no podáis comprenderlo, que no seáis capaces de ver que nos han estado ocultando información, negándonos el acceso a ciertas runas con la absurda premisa de que están prohibidas. Yo desvelaré. . .

—Que estás loco —le interrumpió el Gris—. Al final resulta que tienes delirios de grandeza, así de sencillo. Has fracasado toda tu vida, ¿no es así, Piedra? Nunca has logrado nada significativo en esa ciencia que predicas. Eres patético.

—Tío, no creo que cabrearle nos ayude —susurró Diego.

—Lo que te ha pasado es que has tenido un atisbo de inteligencia y te has dado cuenta de que has malgastado tu vida apartado del mundo para nada, y a cuántos habrás matado y engañado para estudiar sus muertes. Encontrar la verdad absoluta te redimiría ante ti mismo de ser la parodia humana que en realidad eres. Sí, todo suena mejor si hay una conspiración contra ti, así eres el mártir, seguro que los ángeles prohibieron esas runas por ti. ¿De verdad quieres vendernos que lo haces por nosotros? ¿Por el mundo?

—Es fácil hablar de ese modo cuando no tienes ni idea —repuso Piedra.

—Oh, claro que la tengo. Sé muy bien a dónde conducen tus delirios. Crees que has descubierto el secreto de la resurrección, el máximo anhelo de cualquier nigromante.



—¡Piensa, maldita sea! —Se enfureció Álex.

Sara nunca le había visto con el rostro tan desencajado. La situación debía de ser extremadamente peligrosa.

—Hay cosas de las que no puedo hablar. Tienes que deducirlo tú sola. ¡Razona! ¡Usa el cerebro por una vez!

Lo que hubiera descubierto Álex estaba relacionado con la muerte, algo de lo que no podían hablar, como ya explicó Piedra en el cementerio. Sara exprimió los conocimientos y experiencias que había atesorado hasta el momento, tratando de encontrar una conexión.

—Me falta una pieza, Álex. No puedo. . . Tú sabes más que yo.

—Aprovecha ese conocimiento. ¡Piensa!

Sara decidió hacerlo en voz alta.

—Veamos, se trata de algo que un muerto puede averiguar, pero un vivo no. . . Y algo relacionado con la muerte o podrías contármelo y no estaríamos como estamos. . .

Sara fue repasando todo lo sucedido sin dejar de mirar a Álex. Nunca antes se había sentido tan estúpida. Esperaba un gesto, una mueca que la guiara y le confirmara si su razonamiento iba por buen camino. Pero Álex ni siquiera parpadeaba.

—Sabemos que Piedra mintió respecto al Niño. Y Erik. . . Ha dicho que la runa estaba incompleta. . .

—Más deprisa.

—Eso no me ayuda. . . La runa principal de la pulsera de Ramsey tiene sangre, así que. . . ¿La va a completar en otra parte? ¿Y necesitará

sangre? Maldición. ¡Va a matar al Niño! Pero el Gris se lo impedirá. Nadie puede prever al Gris porque... ¡El Gris! ¡Es él! ¡Siempre fue él!

—Más deprisa.

—El Niño era solo una excusa. Piedra usa runas prohibidas, infringe las normas, las leyes establecidas... ¡El Gris es una infracción viviente de todo lo que existe! ¡Es a él a quien quiere, no al Niño!



—¿De verdad no entiendes lo que estoy haciendo? —rugió Piedra, que perdió ligeramente la compostura por primera vez—. Precisamente tú, Gris. Admito que no esperaba eso de ti. Puedo entender que disientas de mis métodos, pero que cuestiones la meta final... Qué decepción.

—No le calientes más, macho —suplicó el Niño entre dientes.

Harley continuaba sentado con aire indiferente. De vez en cuando seguía con la mirada a quien estuviera hablando.

—Decepciono mucho —dijo el Gris—, es lo que hay. No vas a conseguir nada. Pasarás a la historia entre los tuyos como un idiota que se creyó el salvador del mundo y no logró más que hacer el ridículo.

—Tú no me hagas ni puto caso... —protestó Diego—. Sigue metiéndole caña... ¿Quieres callarte, Gris? ¡Tiene los nudillos blancos! Pedrusco, pasa de él, en serio, le robaron el cerebro además del alma. Mira cómo viste. Tío, a mí me mola eso de la resurrección. Podemos hacer como los médicos. Vamos a probar primero con ratones, ¿eh? Esos bichos tienen alma también...

—No te hará caso, Niño —le cortó el Gris—. Es un demente. Ha consagrado su vida a esto y nada ni nadie le harán cambiar de opinión.

—Pues estamos bien jodidos.

—¿Por qué sigues hablando, entonces? —preguntó Piedra.

—Porque quiero que sepas que eres un fracaso. Ten bien presente que te lo advertí. Ahora dispara de una vez y veamos qué pasa.

El nigromante movió el brazo y apuntó al Niño.

—¿Piensas que no lo haré?

—Pienso que no lloraré su muerte...

—Gracias, tío.

—Es que... no puedo. Eso significa que tampoco me sorprenderé ni experimentaré un vacío en mi interior por mucho que quiera que el Niño viva. Me mantendré frío y acabaré contigo.

—¿Y eso no podías hacerlo antes? —murmuró el Niño.

—Entiendo —murmuró Piedra.

—No, no lo entiendes, pero lo harás. Dispara de una vez, loco. ¿O ahora tienes miedo? ¡Dispara!

El nigromante sostuvo la mirada del Gris unos segundos largos, tensos, de esos en los que parece que el tiempo se ha detenido.

—Como quieras —dijo Piedra.

Entonces alzó un poco el cañón de la pistola, hasta apuntar a la cabeza del Niño. Y disparó.



La papelería saltó por los aires y esparció desperdicios sobre dos jóvenes que se besaban y toqueteaban en un banco cercano. Luego una señora, que no volvería a cruzar en su vida la calle con el semáforo en rojo, tuvo que arrojar a un lado y terminó dentro de un charco maloliente. Poco después, en la salida de un garaje, un hombre obeso que conducía una vespino destartada aprendió a mirar a ambos lados antes de incorporarse a un carril.

—Sé que es un tópico, pero en tu caso, Sara, no podría ser más acertado.

La rastreadora quería replicar, pero tuvo que dar un volantazo a la derecha para esquivar a un ciclista que le agradeció el gesto con un insulto bastante obscuro. Chocó contra uno de los coches aparcados de refilón, lo abolló, destrozó su espejo retrovisor y finalmente logró controlar el vehículo.

Sara apenas sabía conducir. En una ciudad como Madrid, con una red de transporte público que recorría todos sus recovecos, no veía la necesidad de tener coche propio, algo que ahora lamentaba, porque se saltaba los semáforos e infringía todas las normas de tráfico.

El primer coche de Policía asomó a su espejo retrovisor y comenzó a perseguirla.

—Acelera —ordenó Álex.

Sara maldijo en su interior a los muertos.

—No conseguiré despistarlo.

—Ya queda poco.

La rastreadora torció por una calle estrecha, derribando varios contenedores de basura. Por el retrovisor vio que los cubos habían bloqueado la calle y obligado al coche de Policía a detenerse.

—Buena jugada —dijo Álex.

Ella dejó que pensara que lo había hecho a propósito.

—¿Por qué no fuiste con el Gris si sabías que estaba en el Edificio España?

—Porque me agoté —contestó Álex—. ¡A la derecha! ¡No me mires a mí!

Sara estaba muy harta de esas órdenes, de ser la marioneta de un muerto que no podía actuar por sí mismo. Por desgracia, le necesitaba tanto como él a ella. El coche que conducía lo habían robado. Sara creyó que Álex le iba a enseñar a hacer un puente, como había visto en las películas, pero en realidad le enseñó a dibujar una runa que activaba el circuito de arranque del motor. Lástima que no conociera una runa que

le enseñara a ella a conducir mejor.

Se preguntó qué habría pensado Erik cuando se despidió de él en el hospital, después de todo lo que había hecho por ella. El mago debía de estar agotado por utilizar su alma para disolver la runa con sangre de demonio, porque no hizo amago de seguirla cuando ella se disculpó y se marchó corriendo.

—Por cierto, ¿qué es eso de que te agotaste?

—Fue culpa tuya. ¡Que no me mires! Tuve que mantenerme sólido para sujetarte. ¿O ya se te ha olvidado?

Llegaron derrapando a la plaza de Cibeles y Sara dio gracias a que fuera de noche, porque en una zona tan concurrida sería imposible circular a esa velocidad de día. Ya estaban muy cerca. Un nuevo coche de Policía iba en su persecución.

—Álex, dime que Piedra no lo conseguirá. —Su compañero no respondió—. El Gris se dará cuenta, ¿verdad?

—No es probable. Él solo verá una amenaza. Piedra es demasiado listo y no le dejará tiempo para razonar. Tú eres su única posibilidad, Sara.

—¿Listo? Está loco.

—No cometes ese error. Y acelera.

Subían la Gran Vía, una calle muy céntrica rebosante de actividad, cualquier día del año y a cualquier hora. Al final de la calle estaba su destino. En aquel momento ya les seguían dos coches de Policía, como poco.

—Piedra va a jugar con la muerte como nadie ha imaginado jamás, Sara. No es un loco. Es un peligro.

—Pero lo que pretende es imposible, ¿no?

Álex no contestaba. Sara había deducido, o eso creía, lo que el nigromante se proponía, pero que entrara dentro de lo posible era algo que Álex no podía desvelar.

—Sigo pensando que está loco.

—No le comprendes. ¿Qué importan unas pocas vidas humanas a cambio de descubrir el secreto de la resurrección?

—¡Que no es posible!

—Él piensa que sí lo es. Y no puede haber resurrección sin que primero haya una muerte. Para aquí. ¡Detente!

Sara pisó el freno del coche a fondo. Faltaban unos doscientos metros para llegar a la entrada del edificio.

—¿Ahora? ¿Aquí? No dejarán que nos vayamos.

Álex se bajó del coche sin abrir la puerta.

—Yo me ocupo de la Policía. ¡Vete! ¡Sálvalos!

Sara aceleró. Por el retrovisor vio a Álex agacharse tras un contenedor de basura. Los coches de la Policía se acercaban a toda velocidad. Álex salió a la carretera en el último momento y se quedó allí plantado, impassible. Los policías giraron para evitar atropellarlo. Uno de los coches patrulla chocó con un camión que circulaba en sentido contrario al invadir su carril. El otro se empotró contra un semáforo y a punto estuvo de llevarse a dos peatones por delante.



Diego vio con toda claridad el pequeño círculo negro del cañón de la pistola. Escuchó el estampido del disparo y advirtió un diminuto flogonazo, una chispa de luz donde antes solo había un punto oscuro.

Entonces todo se volvió negro. El tiempo se detuvo, se desvanecieron los sonidos y el aire se tornó espeso y pesado.

Cayó de espaldas al suelo, que le resultó sorprendentemente frío. Siempre había pensado que el Infierno sería un lugar ardiente y apestoso. Su muerte debió de ser inmediata, porque no había sentido el impacto de la bala. Se palpó la frente para comprobar si tenía un agujero, pues era justo ahí donde apuntaba el nigromante cuando apretó el gatillo.

—¡Niño! ¡Levántate!

Abrió los ojos. Era el Gris, que le miraba con irritación.

—¿También estás en el Infierno? ¿Te disparó después de mí?

El Gris le cruzó la cara.

—Despiértate y deja de decir estupideces.

El Niño parpadeó varias veces. Harley seguía sentado en el suelo y acariciaba su melena canosa. Piedra yacía boca arriba, sobre la runa que había pintado. El Gris se acercó a él, sonaron los tacones de sus botas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Diego, aún desconcertado—. ¿Era una bala de fuego?

—No exactamente.

El Gris separó un lateral de su gabardina y metió la mano dentro. Al sacarla sostenía algo pequeño en la palma.

—¡Lo hiciste! —gritó el Niño cogiendo la bala de la mano del Gris—. ¡Detuviste la bala con la gabardina!

Por eso lo había visto todo negro. El Gris le había cubierto la cabeza y la gabardina se había tragado la bala.

—Tío, si alguna vez vuelvo a hacer una coña sobre esa gabardina, ¡quiero que me partas la boca! ¡Lo digo totalmente en serio!

El Gris le miró de reojo y asintió.

—Ya pasó todo. Tranquilízate.

—¿Que me tranquilice? ¡Ese cabrón me ha disparado a la cabeza!

El Gris se agachó junto al nigromante, que tenía la mano derecha atravesada por el cuchillo del Gris y ensartada al suelo. Un charco rojo oscuro crecía a su alrededor. Diego observó a su amigo con total admiración. Debía de haber sido increíblemente rápido para protegerle a él y en el mismo movimiento, con el otro brazo, lanzar el cuchillo al nigromante para desarmarlo.

El Gris apoyó la rodilla sobre el brazo derecho de Piedra y extrajo el puñal.

—Confiaste demasiado en que tenía un brazo roto —dijo el Gris.

Cambió el cuchillo de mano con un movimiento muy veloz y lo clavó en el antebrazo izquierdo de Piedra. El nigromante aulló de dolor.

—Pero no temas, ya nunca más volverás a equivocarte. En nada. Quiero que me mires a los ojos, como hiciste en el cementerio cuando me engañaste. Quiero que veas bien cómo ni siquiera pestañeo mientras acabo contigo.

El Niño se quedó a un paso de distancia. No recordaba haber tenido nunca miedo del Gris, pero ahora... Esa voz reposada que utilizaba, con tanta firmeza en cada palabra... Deseaba la muerte de ese malnacido que había intentado matarle, pero lo que más deseó en ese instante fue no estar en su pellejo.

—Puedo... arreglar... —suplicó el nigromante en un susurro.

—No me importa —atajó el Gris.

Cogió el cuchillo y lo colocó sobre el cuello de Piedra.



Sara acabó estrellándose contra una Harley Davidson que estaba aparcada frente al rascacielos, seguramente a causa de haber mirado por el retrovisor más de la cuenta cómo Álex había entretenido a la Policía. La moto era de Harley, seguro, nadie más usaría un modelo tan hortera en Madrid. La reparación le iba a costar una fortuna cuando la sacaran de debajo del coche.

Se bajó tambaleándose, pero contenta de abandonar el vehículo; además, la moto de Harley confirmaba que se encontraba en el lugar correcto. Sara, como cualquier madrileño, conocía el Edificio España, pero no se acordó del número exacto de plantas hasta que descubrió que los ascensores no funcionaban.

Soltó una maldición digna de Diego y tomó aire antes de encarar las escaleras. Ya en el tercer piso se dio cuenta de que debía bajar el ritmo para administrar las fuerzas o se agotaría antes de tiempo. Además, tenía el presentimiento de que el Gris y el Niño no se encontrarían en las plantas bajas.

Al llegar a la décima resoplaba y le pesaban las piernas como si fueran de cemento. En la duodécima jadeaba sonoramente y era incapaz de dar un paso sin cargar todo el peso del cuerpo en la mano que mantenía apoyada en la barandilla. En el decimoquinto piso quería morirse. Una vez en el vigésimo, cuando no tuvo más remedio que sentarse a recuperar el aliento, escuchó un disparo.

Lo cierto es que Sara nunca había oído uno salvo en las películas, pero no podía tratarse de otra cosa. El miedo y la angustia, y probablemente un torrente de adrenalina que inundó su organismo, le imprimieron nuevas fuerzas con las que levantarse y correr. Rezaba para que no hubiera sido lo que se temía, para que aún tuviera tiempo de llegar e impedir que nadie muriera. Apartó a un lado la imagen del Niño sobre un charco de sangre. Si eso llegara a suceder, no se lo perdonaría nunca.

Resbaló con algo mojado, pero mantuvo el equilibrio. Oyó pasos y voces y juraría que una de ellas era la del Niño. Sara corrió a trompicones, resoplando, agotada, hasta que llegó a una estancia llena de velas con una runa dibujada en el suelo. Aquella runa era la misma que había visto en la pulsera de Ramsey cuando la estudiaba con Erik, solo que mucho más grande, obviamente.

Harley estaba sentado en el suelo con la mirada perdida. ¡El Niño! Diego estaba bien... Entonces, ¿el disparo? Había una mano en el suelo con una herida horrible y una mancha que crecía a su alrededor. La rastreadora se movió, dio un paso a un lado para evitar la columna que le tapaba la visión.

El Gris estaba arrodillado sobre Piedra, con el cuchillo sobre su cuello. El nigromante yacía indefenso boca arriba.

—¡No!

Apenas sonó en voz alta, aunque su intención era gritar. Sara cayó al suelo de rodillas, extenuada por haber corrido escaleras arriba. El Gris volvió el rostro hacia ella. Sus ojos se encontraron a tiempo de que él leyera su súplica.

Y Sara tuvo la certeza de que no había llegado tarde, de que el Gris había entendido su gesto, su mirada, su expresión. Su advertencia. Y no dejó de mirarla en ningún momento.

Atravesó a Sara con sus ojos de ceniza mientras hacía descender lentamente el cuchillo. No pestañeó cuando le salpicó la sangre. No se inmuto mientras un gorgoteo espantoso brotaba entre pompas rojas de la boca del nigromante. Se mantuvo firme mientras el cuerpo de Piedra temblaba y se sacudía.

Y continuó así, quieto, durante varios segundos más después de que la cabeza del nigromante quedara separada del cuello.



Edgar tardó más de lo que había previsto en calmar al personal del hospital. Su pelea con Erik había causado más ruido del que había imaginado, más del que había logrado absorber la runa con la que había insonorizado aquella planta. Una enfermera muy insistente se negaba a aceptar sus explicaciones improvisadas.

El centinela se había puesto una bata de médico, y tras su acuerdo con Mario Tancredo, su identidad estaba en regla en el hospital. Pero la adrenalina todavía inundaba su cuerpo por la pelea con el mago. Su cabeza no andaba tan fina como debía para improvisar excusas. Al final, recurrió a una runa para estropear los circuitos del ascensor y simular una avería. Aquello los entretendría un rato, porque el pobre operador de mantenimiento que estuviese de guardia esa noche iba a pasar bastantes apuros para encontrar el problema que inutilizaba los circuitos del ascensor; de hecho, la única posibilidad de reparación sería reemplazar los mencionados circuitos, a menos que él borrara la runa más tarde.

Con todo, no estaba satisfecho, de modo que atrancó con otra runa la puerta que conducía al pasillo en el que estaba la habitación de Ramsey. Su prioridad, por encima de evitar víctimas inocentes, era que nadie tuviera conocimiento del mundo oculto, y ver a un mago y un centinela enfrentándose suscitaría muchas preguntas incómodas. Por suerte no tenía que preocuparse de las cámaras de seguridad del hospital, porque Mario las controlaba.

Ahora el único problema que restaba era el mago. Edgar no entendía la implicación de Erik en este asunto. Los magos consideraban su

alma como el bien máspreciado que tenían, por lo que los nigromantes, desde siempre, habían tenido serios problemas para encontrar entre ellos candidatos para sus experimentos. Erik, además, pertenecía a uno de los linajes más influyentes. ¿Por qué se mezclaba en esto? Y con Sara, nada menos, a quien había conocido en la iglesia como miembro del grupo del Gris, el ser más opuesto a lo que representa un mago.

Luego estaba el detalle de la propia lucha contra Erik. Edgar no albergaba duda alguna de que el mago se había contenido. No se había enfrentado antes a él, pero conocía lo suficiente para saber que Erik era capaz de mucho más, de muchísimo más. Incluso sin las runas adecuadas, Erik podría, con toda probabilidad, derribar una pared de un puñetazo.

Definitivamente, aquella historia contaba con más actores de los que había previsto. El centinela sacó su arco, lo tensó, colocó una flecha corta y rápida, adecuada para las distancias cortas. En ese momento apuntaba hacia abajo, justo donde cayeron los restos de una de sus flechas.

—Eso es tuyo, centinela —dijo Erik.

Eran los pedazos de la flecha con la que había atravesado el brazo del mago. Erik venía caminando hacia él sin atisbo de preocupación.

—¿Y Sara? —preguntó Edgar.

Alzó un poco el arco sin llegar a apuntarle, aunque preparado para hacerlo y disparar al menor ademán que resultara sospechoso.

—Se ha ido.

Erik pasó a su lado sin dedicarle una mirada.

—¿A dónde vas? Tienes muchas cosas que aclararme.

—No tengo nada que decirte, centinela.

Edgar podría dispararle por la espalda, podría darle en una pierna, o eso parecía, aunque no creía que Erik estuviera indefenso. Aun en el caso de que le abatiera, no lograría hacerle hablar. Lo que sí lograría sería provocar un trastorno sin precedentes en los últimos tiempos. Atacar a la cúpula política de los magos podría llegar a agitar el mundo oculto entero. Semejante acción exigiría responder ante los ángeles, lo que le obligaría a explicar qué hacía él allí, manteniendo una relación, dudosa cuanto menos, con Mario Tancredo, con una runa elaborada con la sangre de un demonio y un paciente en coma que llevaba la pulsera de un nigromante. Tal vez se arrepintiera más adelante, pero si Erik no quería prolongar su enfrentamiento, él tampoco veía la necesidad de complicarse todavía más su situación.

Reprimió las ganas de atravesar al mago con una flecha cuando le vio arrancar la puerta que él había atrancado. En lugar de eso, Edgar accionó el mecanismo que replegaba su arco hasta convertirlo en un cilindro plateado y lo guardó en el interior de su chaqueta. Decidió desaparecer antes de que acudiera el personal del hospital, pero antes echaría un vistazo a Ramsey, por si averiguaba qué había sucedido.

El centinela tuvo que saltar por encima de un anciano que salía por la puerta de la habitación de Ramsey, justo cuando él llegaba corriendo. No le dio de milagro, gracias a sus extraordinarios reflejos y a que el anciano era de corta estatura e iba encorvado.

—¿Quieres esperarme, Tedd? —dijo una voz infantil desde el interior de la habitación—. No debes caminar solo.

Un chiquillo de unos diez años salió y agarró con firmeza el brazo del anciano.

—Aquí no es, Todd —gruñó el viejo—. Te has vuelto a equivocar. No sé por qué he dejado que me convenzas.

Ambos tenían los ojos violetas. El anciano lucía una larga coleta blanca que casi le llegaba a la cintura. Edgar no podía entender cómo habían llegado a la habitación de Ramsey. ¿Los habría visto Erik? ¿Tendrían algo que ver con él?

—¿Qué hacíais en esa habitación? —preguntó el centinela.

—¿Lo ves, Todd? —Gruñó Tedd, que había aceptado la ayuda del chico y cargaba su peso sobre él al caminar—. Ya has enfadado al doctor con tu ignorancia.

—Discúlpame, Tedd —contestó Todd—, por preocuparme por tu salud. Si hubieras aceptado hacerte esas pruebas el otro día, no estaríamos ahora buscando la sala de rayos X para que te examinen las rodillas. En lugar de eso, hemos incordiado a un pobre hombre que está en coma.

Edgar irrumpió en la habitación nada más oír la supuesta explicación. No podía ser una coincidencia que dos tipos tan llamativos estuvieran precisamente allí. Lo cierto era que algo en ellos le inquietaba, no solo su modo de hablar. Había algo más, quizás su aparente fragilidad y el hecho de que ni siquiera le hubieran dedicado una mirada. Dos personajes tan peculiares le desconcertaban, y antes de interrogarlos, Edgar quiso comprobar si le habían hecho algo a Ramsey.

La habitación estaba a oscuras, pero un examen rápido le reveló que Ramsey seguía en la cama y su situación no había variado. Sin embargo, debía de haber algo más, algo que se le escapaba. Erik, Sara, Tedd, Todd... Todos habían pasado por aquella habitación y debía de ser por una razón. El centinela decidió estudiar la pulsera. La tomó entre sus dedos y le dio la vuelta para repasar las runas... Entonces sucedió algo increíble. La pulsera se deslizó con facilidad y con un simple tirón se la quitó a Ramsey. Edgar sostuvo la pulsera ante sus ojos sin poder creerlo. Solo cabía una explicación lógica: Piedra había muerto.

Su misión había terminado... No sabía si considerarlo un fracaso. Desde luego su intención era capturar al nigromante, pero si Ramsey seguía vivo, o en coma, al menos, Piedra no debía de haber logrado su propósito. Comprobarlo le resultó de lo más sencillo. Edgar se quitó el collar que llevaba al cuello sin la menor dificultad. Sí, Piedra había muerto. ¿Tendrían esos tales Tedd y Todd algo que ver? Como poco, eran los últimos en haber visitado a Ramsey.

El centinela salió, decidido a descubrir en qué consistía la participación de aquellos dos estafalarios personajes, pero se encontró con un pasillo completamente vacío. Tedd, el anciano de las piernas temblorosas, no podía haber recorrido tanta distancia en tan poco tiempo.

Edgar lo pensó un segundo y se marchó. Sabía que no estarían buscando la sala de rayos X, como habían dicho.



El Gris se incorporó. La misma sangre que ensuciaba la hoja de su cuchillo resbalaba por su gabardina. Su mirada era completamente neutra, así como su expresión, aunque tal vez parecía pensativo.

—¿Qué has hecho? —dijo Sara más alto de lo normal—. ¿Por qué no me hiciste caso? Te advertí... ¡Llegué a tiempo! ¿Por qué...?

La rastreadora todavía resoplaba. A la fatiga se le había sumado una sensación que no podía describir, una mezcla de incredulidad y de

impotencia. El Gris la había visto y oído, se habían cruzado sus ojos, pero eso no había detenido su mano.

—Hice lo que tenía que hacer —respondió él.

—¡No me escuchaste!

—¿Qué mierda te pasa, Sara? —Se enfadó el Niño.

Pasó por delante de Harley, que continuaba sentado en el suelo, ajeno a cuanto sucedía, y se acercó al Gris.

—Ese hijo de perra me disparó. ¡Me pegó un tiro en la cara! Si no hubiera sido por él, ahora estaría asándome las pelotas en el Infierno.

—No lo sabía —dijo Sara, aún con problemas para controlar su frustración—. Pero cuando llegué estabas bien. El Gris le había reducido. ¡No había necesidad de matarlo!

—¿Que no? —repuso Diego, furioso—. Debería haberme dejado a mí que lo estrangulara. —Se giró y le dio una patada a la cabeza de Piedra—. ¡Ay! La madre que lo parió... —Se agarró el tobillo y dio saltitos, cojeando.

—Deja que te ayude —se ofreció Sara.

—¡Ni de coña! —rugió el Niño.

Dio una zancada larga y luego asestó otra patada a la cabeza del nigromante. Y luego otra.

—¡Toma esto! ¡Y esto también! ¡Jódete! ¡Toma experimento con la muerte! ¡Así te pudras! ¡Y otra más!

Sara no se atrevió a intervenir. Diego estaba fuera de sí, descargando patadas contra la masa déforme que había sido la cabeza del nigromante, y alguna que se le escapaba contra la pared, pero ni aun así se detenía. La escena era grotesca. Un niño pateando una cabeza ensangrentada. Claro que ese niño soportaba una condena terrible y había estado a punto de verla cumplida. Antes se le agotarían las fuerzas que la ira. El Gris así debía de entenderlo, porque ni siquiera le miraba.

Fue Harley el que se acercó hasta el Niño y le envolvió con sus enormes brazos.

—¡Suéltame, abuelo! ¡Tú no me ayudaste! ¡Bastardo! ¡Déjame! ¡Quiero patear a ese cabrón!

Diego descargó contra el motorista, aunque apenas hizo mella en el hombretón. Para Harley, que le habían visto caminando con el cuchillo del Gris atravesando su pierna, aquellos golpes ni siquiera debían de ser caricias.

Harley le levantó en el aire y resistió impasible la ira del Niño. Diego, que claramente se quedaba sin fuerzas, lejos de renunciar, redobló sus esfuerzos en el ataque verbal. Vomitó todos los insultos imaginables sobre Harley, quien por fortuna también resultó inmune a la afilada lengua del Niño.

Sara aprovechó para acercarse al Gris.

—Este no es el mejor momento —dijo él con la mirada perdida.

—Tienes que escucharla —dijo Álex, que apareció sin que Sara se hubiera dado cuenta—. Has metido la pata, Gris.

—Yo no lo veo así.

—Piedra quería descubrir el secreto de...

—Lo sé —atajó el Gris.

—¡No, no lo sabes! —insistió ella—. La resurrección es posible, según él, si puedes burlar la muerte.

El Gris extendió el brazo y señaló el cadáver, lo que encolerizó más a Sara.

—¡Sí, lo mataste, estúpido! Eso era lo que él quería.

—Pues yo también, así que hemos ganado todos. Escuchadme bien los dos. Me estoy conteniendo y no es el mejor momento para que la toméis conmigo. No estabais aquí. No tenéis que aprobar lo que hice. Ni siquiera me importa lo que penséis.

—Gris, tienes que entender lo que has hecho —intervino Álex—. Tendrá consecuencias.

—Como siempre.

—¡Escúchanos al menos! —exigió Álex—. El plan de Piedra para burlar la muerte eras tú. Tenía que morir a manos de alguien que no debería poder matar, ni siquiera existir. Tú eres la excepción a cualquier regla, incluida la muerte. Contigo se pueden transgredir las normas. Te manipuló. Te atrajo hasta aquí, hasta esa runa y amenazó al Niño para manipularte. El Niño nunca le importó.

—Y lo consiguió, porque no me hiciste caso —continuó Sara—. Le tenías. Podías haberle apresado, pero... Nunca me tomáis en serio. Eso no es trabajar en equipo.

—¡No somos un equipo! —estalló el Gris—. Me equivoqué. ¿Es eso lo que os importa tanto? ¡Celebradlo si queréis!

—Eres un ingrato y no me extraña que estés solo...

—¡Basta! No estoy para sermones, hoy no. Esto no tiene nada que ver con vosotros dos. ¡Nada! Estoy cansado de todo el mundo, de todos los que quieren matarme. Ese nigromante atentó contra el Niño, no le importaba si yo podía o no detener la bala con tal de provocarme. Puso en peligro la vida del Niño. —La última frase la dijo particularmente despacio—. En lo que a mí respecta, atacar al Niño es atacarme a mí. —Hizo una pausa, tomó aire—. Si eso es un error, que así sea, pero no se lo voy a permitir a nadie. Culpadme de lo que os apetezca, yo afrontaré las consecuencias. Yo. Ahora, apartaos de mi camino.

El Gris fue hasta Harley y el Niño. El motorista todavía sostenía a Diego entre sus brazos, aunque el Niño ya no se resistía. Parecía agotado, triste.

—Suéltale —ordenó el Gris—. Vas a seguirnos siempre, ¿no es así?

Harley obedeció y asintió.

—No siempre —dijo el motorista.

—Niño, la pulsera.

Diego abrió mucho los ojos.

—¡Lo había olvidado!

La pulsera se deslizó con suavidad sobre su muñeca y su mano. La tiró al suelo y la pisoteó. El Gris extendió el brazo herido.

—¿Te importa?

—Claro que no, tío, ¿pero qué les pasa a Sara y Álex? Hemos ganado. ¿A qué vienen esas jetas tan feas?

—Niño... —le apremió el Gris.

—Voy.

Diego posó las manos alrededor del brazo fracturado del Gris. Enseguida se estremeció y se rió con el cosquilleo característico que le provocaba curar a su amigo.

—¡Funciona! ¡He vuelto! ¿Qué tal? ¿Lo he hecho bien?

El Gris abrió y cerró la mano, giró la muñeca.

—Perfectamente.

Entonces, como un rayo, se giró y estrelló el puño recién curado en el estómago de Harley. El motorista se dobló, se le escapó todo el aliento de golpe. El Gris repitió el puñetazo y le hizo retroceder.

—Tú y yo teníamos una cuenta pendiente.

Le golpeó de nuevo. Harley se tambaleaba hacia atrás para evitar caer.

—Creo que sé quién eres, Harley, y no me gusta.

Esta vez le dio en el pecho.

—Pero podría equivocarme.

Otro golpe.

—Lo hago mucho últimamente. Por lo visto no aprendo nunca.

El último puñetazo hizo que Harley se estrellara de espaldas contra una ventana y la agrietara. El Gris no esperó y saltó sobre él. Le dio una patada brutal en el pecho. La ventana reventó y Harley se precipitó al vacío.

—¿También tenéis alguna queja sobre esto? —dijo volviéndose hacia Sara y Álex—. Mucho mejor. Ahora, dejadme todos en paz una temporada.



El Gris lanzó el cuchillo, la última de las cinco réplicas con que contaba para entrenarse. El puñal voló recto y terminó clavado en una roca. El ejercicio requería un gran esfuerzo, ya que se trataba de un cuchillo que casi podía considerarse una espada corta.

—Te has movido.

—Ni un milímetro —repuso Álex—. Has fallado.

El Gris se acercó a la roca sobre la que Álex apoyaba la espalda. Los mangos de los cuchillos sobresalían de su pecho. Cuatro de ellos, muy juntos, le atravesaban el corazón. El quinto, el último que había lanzado el Gris, tres dedos más a la derecha.

—Probaré ahora con los ojos —dijo extrayendo los puñales de la roca.

—No te conviene estar solo —dijo Álex cuando el primer cuchillo le cosió el ojo derecho. El mango vibraba un poco en su cabeza—. Es demasiada tensión, incluso para ti. No es bueno con lo que ha pasado.

—La tensión no es tan mala. Me mantiene alerta. Además, te tengo a ti. No estaría solo aunque quisiera.

—Sabes que Sara tenía razón. Solo escogió un mal momento para decírtelo.

Esta vez el puñal hizo diana en la boca de Álex, pero él siguió como si nada.

—No entendió por lo que habías pasado y por eso no esperó a que te calmaras, pero eso no invalida sus palabras. Reconoce que si estuvierais hablando ahora, en frío, no discutirías que Piedra te utilizó y no lo viste venir. Debiste confiar en...

—Lo sé.

El Gris falló. El cuchillo se clavó en la roca, pero ni siquiera rozó la cabeza de Álex.

—¿Ahora te cae bien?

—Sara te conviene.

El Gris detuvo el lanzamiento del último puñal.

—¿Es solo eso? Hay algo más. Lo sabe, ¿verdad?

—No me lo ha dicho, pero estoy convencido de que sí.

—Me sorprendes —admitió el Gris.

—A mí me sorprende que tú creas que yo haya permitido voluntariamente que se entere.

—¿Entonces?

—Me rastreó. Cuando la cogí de la mano en el hospital para salvarla. Sé que vio mi muerte. Sí, lo sabe. Ya te dije que es muy buena.

—Tiene que serlo.

El último puñal se clavó en la frente de Álex, justo entre los ojos. El Gris se acercó para coger de nuevo los cuchillos.

—Deberías disculparte con ella —insistió Álex mientras el Gris recogía de nuevo sus armas.

—No servirá de nada. Ella no me soporta. Cuanto más tiempo pasa conmigo, cuanto más me conoce, menos aprueba todo lo que hago. Ya no soy una novedad ni un misterio. Ahora empieza a verme como realmente soy. Y no la culpo. En eso es como todos los demás.

—No, no lo es.

—Piensa en todo lo que le ha pasado por acompañarme. Tuvo que matar a un inocente. Yo... Yo la entiendo. Deberíamos ser tú y yo solos, Álex, hasta que uno de los dos mate al otro. Es nuestro camino, de nadie más.

—¿Y el Niño?

—El Niño es un caso perdido —dijo el Gris—. Me idolatra. Podría exterminar a la raza humana y seguiría pensando que soy el mejor.

—Pero no es idiota, aunque desde luego tampoco es un genio. A lo mejor, el Niño te idolatra por una razón. En cualquier caso, es mejor dejar este juego autodestructivo por el que te ha dado ahora. Les necesitas a los dos.

El Gris dejó los puñales y se sentó en una tumba.

—No soy autodestructivo, Álex, no simplifiques las cosas, que no es tu estilo. Soy destructivo, más que antes. Desde que Mikael me absolvió, me cuesta mucho más controlarme. Me noto más agresivo y ya no soporto que nadie intente... Ni siquiera me soporto a mí mismo.

—Esa agresividad es a causa del dolor. Tienes que resistir.

—Estoy cansado, de todos, de este mundo asqueroso. No quiero controlarme más, ¿lo entiendes?

—No puedes hacer esto solo.

—Quienes estén a mi lado lo pagarán.

—No son estúpidos. Es su elección, y no merece la pena hablar de esto porque no les convencerás de que te dejen.

—Puede —convino el Gris—. Sobre todo si tú les manipulas, como hiciste con Sara.

—Me sobreestimas. ¿Crees que puedo hacerle cambiar de parecer? Solo le dije la verdad. Eso no es manipular.

El Gris iba a replicar, pero en lugar de eso se incorporó y se acercó a una fosa. Cogió una pala y comenzó a enterrar el cadáver del nigromante.

—Es hora de que me cuentes la verdad a mí.

—Sabes que no puedo —dijo Álex—. Lo haría, pero...

—No hablo de Piedra y su experimento.

Álex tardó en contestar. Le observó un rato mientras arrojaba paletadas de tierra en la zanja.

—No tengo las respuestas —dijo al fin—. Lo siento, amigo mío. Tenías un hijo, sí, y puede que aún lo tengas, pero yo no sé quién es. Nunca lo vi. Ni siquiera sé su nombre.

El Gris apretó las mandíbulas.

—Álex —murmuró apretando también los puños.

—Sabía que este momento llegaría. Sabía que no podría negarte la verdad. Por eso no quise saberlo, para no tener nada que ocultarte ahora. ¿De qué serviría incrementar tu agonía?

El Gris regresó a su tarea de dar sepultura al cadáver.

—Eres muy listo, Álex. Cada vez ansio más que llegue el momento de nuestro duelo.

—No llegará si sigues por ese camino. ¿Qué hay entre Mikael y tú?

—Eso no te incumbe. Me ocuparé del ángel, no te inquietes.

—¿Que no me inquiete? Juegas con quien no debes, Gris. Y no solo es Mikael. Piedra, Erik, te metes con quienes son... —Álex no terminó la frase.

El Gris se detuvo de nuevo.

—Acaba.

—Son más inteligentes que tú.

El Gris asintió.

—Esperemos que la diferencia no sea demasiado grande. ¿Tengo que preocuparme por él? —señaló a Piedra, que ya estaba medio enterrado. —Álex no contestó—. ¿Lo consiguió? Resucitará un día y vendrá a por mí.

—Céntrate en los problemas que tienes, no en los que podrías tener.

—No me mires así. Yo no fui a por Piedra, ni a por Mikael, ni a por ningún otro. ¡Fueron ellos quienes interfirieron en mi camino! Pero tranquilo, me ocuparé de todo. ¿No lo hago siempre?

—¿Y cómo lo harás con Mikael?

—Todavía no lo sé. Iré paso a paso. Y el siguiente es el vampiro.

—Ese no es un adversario cualquiera. No has conseguido ayuda y...

—Lo haré solo.

—No podrás. Un vampiro no es como...

—¿Qué sugieres? ¿Que me esconda y espere a que venga él a por mí? ¿Que huya?

—No es eso. —Álex se colocó delante de él. La tierra que arrojaba el Gris a la fosa pasaba a través de su cuerpo—. Eres un maldito inconsciente, Gris. Por una vez en toda tu vida quiero que tengas miedo. ¡Miedo! ¿Me oyes? El miedo hace que te pienses las cosas dos veces, no es tan malo. Si vas a por Sombra a lo loco, como has hecho con Piedra, te matará. No tienes ninguna posibilidad contra él. Quiero que me mires y me digas que lo has entendido.

—Lo he entendido.

—No estoy bromeando. Tu inmunidad al miedo te hace imprudente. Si le temieras, no cometerías el error...

—Sé lo que es el miedo.

—Saberlo no es lo mismo que sentirlo.

—¿Un vacío en mi interior? ¿Un frío intenso ante la perspectiva de que suceda algo malo?

—¡Deja ya la pala! —Se enfadó Álex.

—Lo sentí. Aquí dentro. —El Gris apoyó la pala en el suelo y se tocó la barriga—. Fue solo un instante. Quizá lo imaginé, pero lo dudo.

—¿Cuándo?

—Cuando Piedra disparó. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de que no llegara a tiempo de cubrir al Niño. Hasta ese instante no lo había considerado ni una sola vez. ¿Crees que es... un sentimiento?

—Podría ser. Trabaja en ello. Eres una caja de sorpresas, Gris.

—¿Era miedoso antes de perder mi alma?

—No es eso, amigo mío. No estás recuperando tu ser.

—¿Entonces?

—Es difícil saberlo. Mi teoría es que estás creando sentimientos nuevos, pero me temo que tendremos que ir viendo lo que sucede.

El Gris reflexionó un momento.

—No —dijo de repente—. No quiero. Si el primer sentimiento genuino que experimento es el miedo, prefiero seguir como estoy.

—Si tengo razón, los sentimientos que creas se apoyan en las experiencias que tienes. Piensa en la vida que llevas, en las cosas que haces... Yo tendría cuidado con mis expectativas. Lo que tienes que hacer es volver al trabajo. Busca un modo de acabar con el vampiro, Gris. Tú puedes conseguirlo. Siempre haces lo que se supone que no se puede hacer. Demuéstralo una vez más.

—Estoy en ello. De momento, voy a enseñar a ese tal Sombra que yo también sé jugar a su juego.

—¿Qué juego?

—Mató al padre Jorge para enviarme una advertencia. Es mi turno.

—¿Qué has hecho?

—Relájate —dijo el Gris, pensativo—. Solo le voy a contestar con otro mensaje. —Cogió la pala de nuevo y siguió enterrando al nigromante—. Mientras tanto averiguaré si Piedra lo consiguió. No hables sobre ello si no puedes, pero yo no voy a pasarme la vida mirando hacia atrás.

—¿De qué estás hablando? —Se enojó Álex—. ¿Qué es ese mensaje que piensas enviar al vampiro? ¿Y eso que dices del nigromante? No puedes ocultarme...

—¡Sí puedo! —El Gris arrojó la pala a un lado—. ¡Igual que tú escondes lo que quieres! ¡Es mi vida! ¡No la tuya...! Y no... no voy a dejar que... No puedo librarme del dolor, pero quiero vivir sin que nadie intente matarme... Menos tú, claro. Dime, Álex, ¿estoy pidiendo mucho?

Se derrumbó al borde de la fosa. Le habían fallado las piernas. Álex se arrodilló ante él.

—Tal vez sea hora de que entiendas tu situación —dijo suavizando el tono—. No creas que me gusta lo que te voy a decir, Gris, ni que me produce satisfacción alguna...

—Suéltalo ya.

—De acuerdo. Siempre has sido la mejor opción para recuperar tu alma y lo sigues siendo.

—Pero no la única —se adelantó el Gris.

—Exacto. Piensa en las implicaciones. Yo no quiero que mueras, Gris, pero tampoco puedo evitarlo si sigues cometiendo estupideces. Dejarme al margen es el mayor error de todos. Pero yo no puedo convencerte. O me crees o no me crees. La decisión es tuya.

Álex se sentó. El Gris también, justo enfrente de él. Pasaron mucho tiempo mirándose el uno al otro.

—Te lo contaré —dijo finalmente el Gris—, pero no escucharé tus opiniones a menos que hables sobre aquello que mantienes en secreto.

—Sabes que no puedo.

—No me digas a mí eso, Álex. No te atrevas. Cada día, cada hora, tengo que hacer un esfuerzo indescriptible para seguir adelante y tú eres quien me recuerda que sí puedo. Ahora es tu turno. Esfuérzate como hago yo.

—¿Crees que no me esforcé cuando...?

—Aquello pasó —le interrumpió el Gris—. Ahora es ahora. Yo sigo sufriendo. ¡Sufré conmigo! ¡Demuéstrame que estás a mi lado!

Álex bajó la vista.

—No puedo —admitió—. No soy tan fuerte como tú. Ojalá lo fuera.

—Entonces estoy solo... Como siempre. Bien, yo cumpliré y te diré qué planeo, pero no te interpondrás en mi camino. Voy a... ¿secuestrar? No lo sé muy bien, pero voy a atrapar a Ramsey y a descubrir lo que Piedra planeaba.

—¡No! —Álex se levantó de un salto.

El Gris lo hizo despatuco, se tomó su tiempo para estudiar la expresión de pánico en el rostro de Álex. Era la primera vez que lo veía así.

—Te advertí que no te escucharía.

—Gris, por lo que más quieras... No sé suplicar, pero no lo hagas. Tienes que olvidar todo lo que...

—No puedo. No quiero olvidarlo.

Álex se mordió el labio inferior.

—De acuerdo, escúchame. Piedra no estaba solo, contaba con... alguien que le ayudó en su proyecto.

—¿Quién?

—No puedo decírtelo. ¡No, espera! No te pasará nada si lo dejas correr... Ya consiguieron lo que querían de ti. Gris, presta mucha atención. Hay cosas con las que nadie debería jugar, ni siquiera tú. Te puedo asegurar que no eres especial en esto. Comprender la muerte no es posible. Si lo intentas... No puedo decirte más. Lo siento, pero nunca, jamás, te he dado un consejo mejor. Olvídalo. Sigue tu camino, incluso échame de tu lado si es lo que quieres, pero olvida a Ramsey... Te lo pido por favor.



Al segundo sorbo de su taza de chocolate caliente, Sara ya sabía que no se la podría terminar. Estaba delicioso, caliente pero no ardiendo, cremoso sin ser demasiado espeso. El problema venía de la puerta de la cafetería, donde el camarero mantenía una discusión acalorada con el responsable de interrumpir la paz que ella andaba buscando en esos momentos.

—¿Que es mi colega! ¿Es que eres tonto, macho? Oye, ¿y eso de que el cliente siempre lleva la razón? Ahora pido una coca y dejas de tocarme las pelotas, ¿vale?

Sara no tenía que mirar para saber que el Niño iba a armar una buena si ella no intervenía. A saber qué habría hecho para enfadar al camarero.

—Lo siento, chico, pero no se aceptan animales en el establecimiento. Son las normas.

—Que no es un animal... Parece un chucho enano y piojoso, pero es mi amigo. Tiene sentimientos, ¿sabes? Venga, va, ¡pero si es minúsculo! Tirate el rollo, tío, que nadie se va a enterar. —El perro ladró—. Cierra el hocico, Plata, así no me ayudas.

—¿Por qué no le atas a esa farola mientras estás en la cafetería? —propuso el camarero con el tono característico de quien cada vez tiene menos paciencia.

—¿Qué? ¿No me escuchas? ¿Le pondrías una correa al cuello a un amigo tuyo? —Gruñó el Niño muy ofendido.

Aquello no terminaría bien; Diego no iba a ceder y la vena del cuello del camarero se estaba hinchando hasta límites peligrosos. Sara decidió intervenir.

—Yo me encargo de él —se ofreció. Llegó justo cuando el camarero abría la boca para replicar algo que seguro no sería agradable—. Es un amigo mío —le explicó con una sonrisa—. Mejor salimos un momento, Niño.

Diego se dejó empujar fuera del local a regañadientes.

—Sara, tía, mira que te gusta este sitio. ¿Es por el nombre tan cursi que tiene?

A Sara, El Confidente de Melissa le parecía un nombre precioso para una cafetería con un ambiente tan agradable. Un lugar donde desconectar y relajarse, que no le apetecía mezclar con las aventuras del grupo y la doble vida que llevaba cuando interactuaba con el mundo oculto.

—Siempre tienes que montar algún escándalo, Niño. No puedes evitarlo.

—¿Cómo? La culpa es de Plata, no mía. Este desagradecido me está dando unos dolores de cabeza que flipas. ¡Y me ha mordido! ¿Tú te crees? El muy pirado seguro que me ha confundido con un dragón.

—Eres un caso, Niño.

—¿Por qué? —refunfuñó Diego.

—Mira bien al perro. ¿No ves cómo ha cambiado su expresión? Plata ya ha saltado a otro cuerpo.

—¡Ahí va! —soltó el Niño—. ¡Es verdad! Ya decía yo que no se meaba por todas partes. Ah..., por eso me mordiste, pillín, porque te quité el plato de pienso... No quería que Plata comiera una cosa que huele tan mal. ¿Por qué apesta así la comida de los chuchos? ¿Y ahora qué hago yo con este?

—¿Por qué no lo llevas a una asociación de animales abandonados?

—¡Buena idea! —dijo el Niño, asombrado—. Jo, Sara, tú sí que sabes. ¿Se te ha pasado ya la rabieta?

—No estoy enfadada...

—Sara, tía, yo entiendo mucho de pibitas. Que no tengas una maldición no significa que puedas mentirme descaradamente. Soy muy sensible a las inquietudes femeninas y...

La rastreadora se agachó y le cogió la cara con las dos manos.

—Te prometo que no estoy enfadada. —Le dio un beso en la frente—. Contigo no puedo enfadarme. Es imposible.

—Si es que las tengo loquitas... —sonrió Diego—. Álex se va a morir de envidia. Oye, ¿y qué pasa con el Gris? No me gusta que os peleéis. No mola nada.

—Tampoco estoy enfadada con él. Él es... complicado. Me esfuerzo por entender lo que le está pasando, pero creo que nunca lo conseguiré. Supongo que aún no he asumido que es una excepción, que no se le puede juzgar como a los demás, que sus actos son...

—Ya, ya, menudo rollo —la interrumpió Diego—. Que es un tío raro y ya está. ¿Ves qué fácil? Venga, vámonos a tomar algo. Me lo pasé muy bien el fin de semana que estuvimos juntos. Venga, va.

—No puedo, Niño, lo siento.

—¿Cómo? —Diego frunció el ceño.

—Ya no voy a esconderme. Yo... necesito algo más.

—¿El qué?

—Necesito tener una vida normal aparte del grupo.

—¿Para qué?

La rastreadora tomó aire.

—Para ser feliz —dijo con una sonrisa.

—¿No eres feliz con nosotros? Tía, yo...

—No, no, está bien. Yo nunca te dejaré. Te lo prometo.

—Joder, pues no digas eso.

—Pero también necesito mi intimidad, cumplir otros objetivos en la vida. Lo comprendes, ¿verdad?

—¡Pues claro! Ni que fuese un idiota... ¡Au! ¡Ay! ¡Aaaaaay! Está bien, no lo pillo del todo. Pero yo quiero que seas feliz, te lo juro. En serio, dale caña a la intimidad esa si es lo que te va. Pero volverás, ¿no?

—Estoy segura de que antes o después me encontraré un gato negro con ojos verdes, y yo acudiré, sí. Adiós, Niño.

—¿Ya? Oye... ¿me llevas a la asociación esa de animales? Está bien... Intimidad. Lo he pillado. Pero ¿a dónde vas tan rápido?

Sara, que se había alejado ya unos pasos, se giró y le despidió con un gesto de la mano.

—Tengo una cita.



El primer paciente que visitó Sabino, en su primer día después de su reincorporación al trabajo, fue Ramsey. Y lo primero en lo que se fijó nada más entrar en la habitación fue en que ya no llevaba la pulsera de cuero, la que había resistido inexplicablemente su intento de cortarla con un bisturí. Eso le irritó.

Sabino iba a marcharse en busca de alguna de las enfermeras chistosas que le habían gastado aquella broma, cuando reparó en un objeto que le resultaba familiar. Una mirada más atenta le confirmó que se trataba del bastón de aquel viejo llamado Tedd, el que solo hablaba con el niño. Una pareja difícil de olvidar.

¿Habían visitado a Ramsey estando en la Unidad de Cuidados Intensivos? No le pareció probable. Debía de tratarse de un bastón muy parecido al del anciano, lo que no dejaba de ser una coincidencia.

Sabino lo agarró para examinarlo de cerca y... No pudo moverlo, ni un milímetro. ¿Cómo era posible? Tiró con todas sus fuerzas, incluso se apoyó contra la pared, pero no hubo manera. Algo tan pequeño no podía pesar tanto. Se enderezó convencido de que era, de nuevo, la víctima de una broma pesada.

Y entonces se encontró con los ojos abiertos de Ramsey.

—¡Los frenos! —gritó.

El rostro de Ramsey adoptó la expresión de pánico más auténtica que Sabino hubiera visto jamás. Agarró las sábanas con las dos manos y chilló. Tenía los ojos en blanco, desenfocados, como si estuviera soñando. Desde luego, nunca un paciente había manifestado un sueño tan real estando en coma, y sin estarlo tampoco. La gente que habla en sueños, por lo general balbucea, sin que se les entienda más que alguna palabra suelta, a lo sumo.

—¡No funcionan! —chilló Ramsey—. ¡No...! ¡Me quemo...! ¡Ayúdame!

Sabino trató de mantenerlo en la cama, pero Ramsey se movía mucho. Así no podría aplicarle ningún sedante. Debía de estar reviviendo alguna experiencia terrible en la que el pobre sufría quemaduras, tal vez en un incendio.

Cada vez le costaba más evitar que se moviera, cuando de pronto se quedó quieto.

Sabino tampoco se movió durante unos segundos, no fuera a provocarle otra crisis. Le extrañó que su pulso fuera normal, no lo acelerado que cabría esperar después de semejante ataque de pánico.

Ramsey se enderezó hasta quedar sentado y esta vez Sabino retrocedió un paso sin darse cuenta. No debería moverse con tanta soltura tras varios días en coma, por no hablar de los huesos rotos, contusiones y otras lesiones internas.

—¿Dónde estoy? —preguntó.

Sonaba confundido y observaba sus manos con mucha atención.

—Está en un hospital —le informó Sabino—. Ha estado en coma y...

—¿Sobreviví? No... No lo había creído posible. Yo... Juraría que había muerto... Y que pude contactar con mi sobrino...

Sabino se acercó a él.

—Su desorientación es normal —le tranquilizó—. Necesita reposo y poco a poco su mente se aclarará. Tumbese, por favor, voy a

examinarlo.

—Me siento bien. —Ramsey le arrojó una mirada feroz—. Tengo que encontrar a mi sobrino.

—No puedo consentirlo.

Sabino se mantuvo firme. Permitir que un paciente que acababa de despertar de un coma se marchara era algo inaudito. Además, se moría de curiosidad por estudiarle, para entender cómo era posible que se comportara como si nada. No refería ningún dolor, ni una sola molestia.

—Señor, no puede abandonar el hospital. Necesita atención médica. Yo contactaré con su familia. Si quiere facilitarme algún número de teléfono o dirección, le pediré ahora mismo a una enfermera que haga las llamadas pertinentes.

—No... No recuerdo ningún número... ¿Es eso normal? Recuerdo a mi sobrino. Sé que es urgente que hable con él cuanto antes... O sucederá algo terrible.

Sabino ya estaba convencido de que no habría forma de convencer a Ramsey de que se tranquilizara solo con palabras, así que buscó una jeringuilla para administrarle un calmante y luego...

—¡Eh! ¡No puede bajar de la cama!

Y sin embargo lo había hecho. Ramsey se tambaleaba un poco, pero por lo demás se desenvolvía perfectamente. ¡En su estado!

—No debería decírselo ahora, señor, pero cometió un intento de suicidio. Su mente ha sufrido mucho y es probable que haya bloqueado los recuerdos dolorosos.

—¿Suicidio?

—Sí. Saltó de un edificio.

—Absurdo —repuso Ramsey observando su propio cuerpo—. Aunque es cierto que me siento raro. ¿Puede ser por la medicación?

—Puede ser por un millón de razones. Por favor, vuelva a la cama y déjeme hacer mi trabajo.

—Tal vez esté desorientado, pero estoy seguro de que nunca he querido matarme. ¡El bastón de Tedd!

Ramsey lo vio a su lado y lo cogió antes de que Sabino pudiera hacer nada. El médico se quedó absolutamente desconcertado al ver que lo levantaba sin la menor dificultad cuando él mismo no había sido capaz de moverlo.

—¿Conoce a Tedd y Todd?

Esa era el otro detalle que casi le había dejado inconsciente de la sorpresa. Ahora mismo, Sabino no sabía cuál de los dos estaba más confuso, si él o Ramsey.

—¿Todd? —preguntó Ramsey—. ¿Lo encontró? ¿Finalmente el viejo Tedd encontró a Todd? No puedo creerlo. Después de tantos años... ¿Cuánto tiempo dice que he estado en coma?

—Poco más de una semana, creo.

Sabino ya no estaba seguro ni de su propio nombre.

—¿Usted conoce a Tedd? ¿Dónde está? Tengo que hablar con él ahora mismo.

—Tedd y Todd están... ocupados, creo. Me pidieron que le repitiera un mensaje de su parte.

Sabino se acordó de que había pensado que nunca se daría esta situación cuando Tedd y Todd le hicieron memorizar el mensaje. Ahora se arrepentía de no haber puesto más empeño en escuchar.

—Vera, lo cierto es que esos dos hablan un poco raro y no recuerdo bien todas las palabras...

—¡El mensaje! ¡Dígame! —Se impacientó Ramsey.

—Sí, por supuesto... Creo que usted trabajó en algo con Tedd... ¿En un coche? No recuerdo esa parte muy bien, pero desde luego ellos estaban muy satisfechos con su trabajo y dijeron algo así como que tenían una nueva tarea para usted, que era el mejor, que nadie más podría...

—Un coche... —murmuró Ramsey.

—¿Lo recuerda?

—Vagamente... ¡Tengo que encontrar a Tedd!

El caos que reinaba en la mente de Sabino era tan grande que se quedó bloqueado, sin saber qué decir. Y fue todavía peor al ver a Ramsey cojear hacia la puerta apoyado en el bastón de Tedd.

—Espere, Ramsey, no puede...

—¿Ramsey? ¿Por qué me llama con ese nombre?

—¿No recuerda su identidad? —preguntó Sabino.

—Por supuesto que sí —aseguró Ramsey—. Mi nombre es Óscar.



—Esto es más importante, ¿me oyes? —Se encolerizó Álex—. Deja de pensar en ti mismo y usa la cabeza.

El Gris hizo una mueca.

—Yo decido cómo debo actuar, no tú. Luego me ocuparé de eso.

—Eh, eh, ¿qué pasa? —El Niño dio varios saltos para llamar la atención—. ¿Lo hacéis para cabrearme? Si queréis pelearos, me parece bien, pero decidme de qué va todo esto. ¡No soporto estar al margen!

Álex y el Gris se miraban con mucha intensidad, serios. Cualquier persona menos Diego se lo pensaría dos veces antes de interrumpirlos.

—Debería dejar que ese vampiro acabe contigo de una vez —gruñó Álex—. Así, a lo mejor, aprenderías lo que es la prudencia.

—He dicho que luego compararé los ingredientes. Ahora, necesitamos a Plata con nosotros.

—¿Plata? ¿Ya ha aparecido en su nuevo cuerpo? Ha sido rápido esta vez. ¿Dónde está ese condenado asesino de lagartijas? Tengo cuatro cosas que decirle. Además, le echo de menos, qué coño.

—Tienes que pintarte las runas, Gris —dijo Álex, furioso—. Plata puede esperar. Lo primero es la seguridad.

—Yo decido lo que es prioritario...

—¡Anormales! —chilló Diego—. ¿Queréis hacerme un poco de caso? ¡Al menos miradme! Eso es. ¿Tan difícil era? Bien, ¿por qué no vais a por... lo que sea? Gris, píntate las runas de marras y a ver si os relajáis un poquito, troncos. Yo iré a buscar a Plata.

El Gris y Álex le atendieron por primera vez.

—Es increíble. Ni siquiera lo habíais considerado, ¿verdad? ¿Qué soy, invisible? Esto me duele, en serio. No contáis conmigo y...

—Niño, no es eso —dijo el Gris—. Lo siento. A veces discutimos y nos olvidamos de todo lo demás. ¿Quieres ir tú a buscar a Plata?

—¡Claro! Ese chillado es mi colega. ¿En qué cuerpo está ahora?

Álex extendió el brazo y señaló a lo lejos.

—¿Ves a aquellos dos? El que está apoyado en el coche.

—¿Podrás hacerlo sin meterte en un lío? —preguntó el Gris.

—Que sí, pesado.

—¿Seguro?

—Oye, ¿me meto yo con lo que tú haces? Venga, nos vemos donde los brujos, ¿no? A menos que nos encontremos con un dragón por el camino, allí estaré con nuestro colega.



El agente Beltrán se ajustó el cinturón del uniforme mientras su compañero examinaba la ventana rota, o perdía el tiempo para evitar las formalidades, no era fácil saberlo.

—Me temo que eso es competencia de la compañía aseguradora, no de la Policía.

El albañil se encogió de hombros.

—¿Le importaría decirle eso al jefe de la obra? Está a punto de llegar y no quiero que me eche la bronca, ya sabe. Seguro que con un policía es más suave que conmigo.

—Lo lamento —dijo Beltrán—. Deberían hacer inventario y notificarnos si ha habido algún robo; en caso contrario, informaremos como vandalismo.

El albañil se encogió de hombros de nuevo y se retiró. Beltrán llamó a su compañero.

—¡Crespo! Vámonos.

Beltrán quería marcharse cuanto antes. No le gustaban los rascacielos, menos cuando no funcionaba el ascensor y se veía obligado a utilizar las escaleras. La mala suerte quiso que fueran ellos los agentes más cercanos al Edificio España cuando alertaron del incidente.

—Tengo una teoría —dijo Crespo cuando todavía les faltaban diez plantas hasta llegar abajo.

—No me interesa —resopló Beltrán.

—Creo que ha sido un suicidio.

Crespo era joven y tenía una imaginación excesiva, que a su vez alimentaba la ambición de realizar algo importante en la vida. Beltrán estaba convencido de que su compañero terminaría con una buena depresión dentro de unos años, una vez entendiera de verdad cómo funcionaba el sistema.

—Ya veo —repuso Beltrán por decir algo.

—Creo que las manchas marrones, las que estaban sobre el garabato ese que habían pintado en el suelo, eran de sangre.

—Unos gamberros se colaron, seguramente bebieron o se drogaron, y luego uno de ellos, para impresionar a una chica, dijo que iba a hacer espiritismo, o un exorcismo, o cualquier otra estupidez. De ahí las velas y la pintada del suelo. Después, colocados, apuesto a que alguno creyó ver realmente a un fantasma, se volvería loco y a saber qué arrojaría por la ventana. Déjate de suicidios y de chorradas —terminó Beltrán, satisfecho de su reconstrucción de los hechos.

—O puede que se tirara por la ventana. —Crespo no parecía dispuesto a renunciar a su teoría—. No es incompatible con lo que has dicho.

—¿Quieres informar de un posible suicidio? Muy bien. Contéstame a esta pregunta y lo haremos. ¿Dónde está el cadáver?

Aquello bastó para que su compañero cerrara la boca hasta que llegaron abajo, aunque al salir, de camino al coche patrulla, Crespo se detuvo un momento a estudiar el suelo. Beltrán se apoyó en el coche y perdió la mirada en el parque de Plaza de España, dejando a su compañero y al rascacielos a su espalda. Le apetecía sentarse un rato en uno de los bancos y escuchar música, tal vez comerse un bocadillo, con una cerveza bien fría. Sí, eso sería perfecto para...

—¡Más sangre! —gritó Crespo.

Se acercaba trotando, le brillaban los ojos de excitación. Beltrán anticipaba una charla incómoda.

—¿Seguro que no es pintura roja? ¿Se te ha olvidado lo de hace un mes en la discoteca? Están reformando el edificio, los pintores pueden haber derramado algo de pintura.

Crespo dudó. Con el ceño fruncido, desvió la mirada. Beltrán sabía que aquel no era el fin de la conversación ni de las teorías absurdas de su compañero.

Entonces apareció un chaval corriendo por la calle, ¿directamente hacia ellos? Sí, eso parecía. Se le veía alegre y se echó encima de Beltrán antes de que pudiera reaccionar, ya que ni siquiera imaginó que el chico no se detuviera antes.

—Tío, cuánto me alegro —dijo el chaval.

Abrazaba a Beltrán con mucha efusividad, demasiada como para juzgar la situación normal desde cualquier ángulo que el desconcertado policía considerara.

—¡Esta vez sí que has vuelto pronto! —El chico se separó—. Te felicito. Has trincado un buen cuerpo esta vez. Fuerte.

El chico le tocó el brazo con gesto de aprobación y se acarició un lunar que tenía en la barbilla.

—¿Conoces a este mocososo? —preguntó Crespo.

Beltrán iba a responder que no, pero el chico se adelantó.

—Pasa de este, colega —dijo refiriéndose a Crespo—. Tengo algo para ti. Te lo he reservado desde que estuviste en el cuerpo del chucho.

El chaval se dio la vuelta. Beltrán, que por fin reaccionó, estaba convencido de que ese niño tenía algún desajuste en la cabeza. Decía unas estupideces imposibles de clasificar y por alguna razón le consideraba su amigo.

Le puso la mano en el hombro y tiró con suavidad para obligarle a que se volviera y le mirara de nuevo.

—Hijo, creo que tienes un...

—¡Toma un poco de esto! —dijo el chico con una carcajada escandalosa.

Se había bajado la cremallera y estaba orinando en los pantalones de Beltrán, que todavía no podía creerlo. Aquel mequetrefe se partía de risa. ¡Le apuntaba y descargaba un chorro amarillo encima!

Crespo lo agarró por los hombros y le estampó contra el coche de Policía.

—¿Crees que puedes cachondearte de un policía? ¿Te parece gracioso?

—¡Plata! Quitame a este idiota. ¡Ay! Que me aplastas, joder. ¡Plata!

Beltrán estaba furioso, pero nunca había golpeado a un niño y no quería empezar por uno que tal vez precisaba de ayuda psiquiátrica.

—¿Por qué dice plata todo el rato?

—¿Qué? —bufó el chico—. ¿Es una broma, Plata? —preguntó mirando a Beltrán—. Tú te has estado meando y cagando toda la semana. ¡Te la debía! Venga, hombre, es solo una coña entre colegas. Te he pillado por sorpresa, ¿eh? Eso para que te acuerdes de que a mí me cascaron una multa cuando estuvimos con las putas y...

—Métele en el coche —dijo Beltrán—. Es evidente que le falta un tornillo.

Crespo asintió.

—¿Cómo? ¿Que estoy loco? ¿Loco yo? ¡Plata, te voy a crujir por esto! ¡Te he estado cepillando el pelo y ahora me la juegas por una broma de nada! ¡Así te vomite un dragón encima, desgraciado sin sentido del humor! ¡Au! Vale, ya entro en el coche. Sin empujar. ¡Ay!

Los dos policías cerraron la puerta y miraron los pantalones de Beltrán.

—¿Alguna teoría? —preguntó de muy mal humor.

—Ninguna —aseguró Crespo—. Te juro que nunca había visto a un lunático como ese. Tiene que haberle sucedido algo terrible para estar tan mal de la cabeza. ¡Mierda!

—¡Será malnacido!

—¿No me digas que ahora está...? Dios, dentro del coche no.

Los dos agentes contrajeron el rostro en una mueca de disgusto.

—¡Será cerdo! —soltó Beltrán, asqueado.

—Creo que tendremos que conducir con las ventanillas abiertas al máximo.



—Tengo que reconocer que el Niño es único para armar escándalos —dijo Álex—. ¿Quieres que le libere?

—No —dijo el Gris—. El mensaje aún no está entregado. Solo serán unos días. Tampoco le viene mal aprender algo de disciplina con la Policía.

—Se enfadará mucho cuando se entere de que le has engañado.

—Tiene que actuar con naturalidad. Si supiera la verdad, lo revelaría por su maldición. Y, sinceramente, no creo que a propósito se le hubiera ocurrido una forma mejor de cabrear a esos policías. El Niño no necesita ayuda para meterse en líos.

—Eso es cierto —dijo Álex—. Pero me preocupa que el mensaje no se entienda. El Niño es capaz de revolucionar una comisaría de Policía entera.

—El Niño cumplirá, no te preocupes —aseguró el Gris—. El vampiro recibirá el mensaje. Y te prometo que no tendrá problemas para interpretarlo.



FERNANDO TRUJILLO Sanz (Madrid, España, 1973). Escritor madrileño, que comenzó su carrera literaria como un pasatiempo en que entretener las horas de insomnio. El año 2010 supuso una vuelta de tuerca en su trayectoria, ya que empezó a publicar sus historias en el mercado digital.

En poco tiempo, *El secreto del tío Óscar* (junio 2010) y *La última jugada* (julio 2010) escalaron puestos hasta encabezar las listas de Amazon en la categoría de suspense y misterio. También ha publicado *El secreto de Tedd y Todd* (agosto 2010), *La Biblia de los caídos* (mayo 2011) y, en colaboración con César García Muñoz, *La prisión de Black Rock* (octubre 2010) y *La guerra de los cielos* (diciembre 2010).